



TU SANGRE, MIS HUESOS

KELLY ANDREW

AUTORA *BEST SELLER* DEL *NEW YORK TIMES*

TU SANGRE, MIS HUESOS

TU
SANGRE,
MIS
HUESOS

KELLY ANDREW

Traducción de David Tejera Expósito

 **UMBRIEL**

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *Your Blood, My Bones*

Editor original: Scholastic Press, un sello de Scholastic Inc.

Traducción: David Tejera Expósito

1.ª edición: enero 2025

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2024 by Kelly Andrew

Derechos de traducción cedidos por ADAMS LITERARY y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL

All Rights Reserved

© de la traducción 2025 by David Tejera Expósito

© 2025 by Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.umbrieditores.com

ISBN: 978-84-10495-01-2

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para todos aquellos que han dejado atrás una parte de sí mismos.

PRIMERA PARTE

REGRESO A CASA

Antes quisiera morir con honor que vivir avergonzado.

*Y si pudiese morir cien veces,
preferiría hacerlo antes que rendirme ante ti.*

La muerte de Arturo, sir Thomas Malory.

1

WYATT

Quería quemarla. La casa, con sus gabletes torcidos y la pintura descascarillada, con las ventanas de plomo y cristales amarillos. El tejado estaba cubierto por unas tejas curvadas y grises, con la parte inferior llena de musgo. Tenía algo innegablemente lúgubre: la manera en la que se combaba, la forma en la que los parapetos de hierro forjado del balcón se habían enrojecido a causa del óxido.

Ella se encontraba en el extremo del camino de adoquines, asediado por una pradera de equináceas grandes y púrpura, con un bidón de gasolina rojo en la mano izquierda. En la derecha, aferraba un librito de cerillas hecho de cartón. Pensó en embadurnar el porche de combustible. Pensó en disfrutar de un último balanceo en el columpio destrozado.

Y luego pensó en prenderle fuego.

Pensó en cómo la haría sentir ver a sus fantasmas alzarse entre el humo.

Los recuerdos eran algo voluble. Recordaba que la casa de su padre era blanca, pero se había sorprendido al ver que el porche de varias entradas era de madera de árbol de hoja perenne, con el revestimiento de panelado amplio de un amarillo apagado y enfermizo. La última vez que lo había visto, había sido a través del espejo retrovisor del Ford oxidado de su madre. La mochila estaba junto a ella en el asiento del coche, llena de libros. Aferraba a su gata Maine Coon, llamada Poquita, entre los brazos y había estado llorando. La silueta de su padre se hacía cada vez más pequeña en el porche.

«¡Ella encontrará la manera de volver!», había gritado él.

Y era cierto.

La muerte de su padre la había sorprendido. No tenían una relación precisamente íntima, para nada. Él le enviaba una postal en Navidad que ella estaba acostumbrada a ignorar. También le enviaba regalos en su cumpleaños, que siempre le daba a su prima. No le respondía las cartas. Tampoco le devolvía las llamadas. Aun así, la vida se le había puesto patas arriba cuando le habían dado la noticia de su fallecimiento.

«No quería que supieras que estaba enfermo —le había dicho Joseph Campbell, en el umbral de la puerta abierta del apartamento de su tía, con la chaqueta húmeda a causa de las lluvias de abril. La última vez que había visto al ayudante de su padre, este agarraba a su hijo James, con las manos pegajosas a causa de la sangre y el rostro contorsionado debido a la rabia. Ahora, esas mismas manos no dejaban de retorcerse alrededor de una boina plana. Tenía un aspecto

sorprendentemente contrito—. Quería que lo recordases tal y como era».

«¿Alguien ausente?». Wyatt agarraba la puerta con tanta fuerza que había empezado a dolerle.

«Fuerte —la corrigió Joseph, con los labios fruncidos—. Fuerte y dedicado. Un buen administrador de Willow Heath».

«Administrador». Era una palabra muy graciosa para describir al padre de Wyatt. Ella había tenido otras muchas para hacerlo cuando aún vivía en la granja. Y «administrador» no era una de ellas. Su padre había sido botánico, encerrado siempre en el invernadero con su ecléctica colección de plantas; un naturalista, con la buhardilla llena de cuadrúpedos disecados y mudas de cuernos, un gabinete de curiosidades que mantenía cerrado a cal y canto.

Era como un fantasma, demasiado sumido en sus pasiones como para prestarle atención a la niña que requería sus cuidados. Sus cartas y sus regalos habían llegado demasiado tarde; los sellaba con un arrepentimiento que a ella le daba del todo igual a esas alturas, con disculpas que no tenía interés alguno en aceptar.

«Como bien sabes —le había dicho Joseph, ajeno al remolino en el que se habían convertido sus pensamientos—, tu padre fue el mejor amigo que he tenido jamás. Me eligió como albacea de su testamento justo después de que lo diagnosticasen. Su último deseo fue que heredases la granja de la familia Westlock, ya que eres la última Westlock que queda con vida».



Allí, de pie en el camino que llegaba hasta la entrada, Wyatt solo era capaz de ver cómo la niebla se alzaba entre los prados en volutas grises. Detrás, vio el primer tejado de una cabaña de listones, cuya buhardilla asomaba en el horizonte. De haber cerrado los ojos, aún habría podido imaginarse la campiña que había detrás, los pocos edificios anexos que adornaban la superficie irregular de las algo más de veinticinco hectáreas de Willow Heath. En el pasado eran refugios para el ganado y corrales, pero luego los habían remodelado para convertirlos en alojamientos modestos para las idas y venidas de las visitas que su padre tenía en verano.

Y ahora todo le pertenecía.

Se preguntó si arderían igual de bien. Intensos y relucientes como leña.

«Vienen para la cumbre —le había dicho su madre cuando fue lo bastante mayor como para interesarse por el misterioso grupo de invitados de su padre—. Intenta mantenerte al margen si puedes. Se irán cuando termine el verano».

Con siete años, Wyatt no tenía ni idea de lo que era una cumbre. Lo único que sabía era lo que significaba para ella. Significaba habitaciones llenas de desconocidos que se quedaban en silencio cuando ella entraba, olor a incienso en todas sus posesiones, faroles en la campiña cuando oscurecía, la cadencia gregoriana de los cánticos durante el amanecer.

Pero lo más importante de las cumbres para ella eran Peter y James.

Eran nombres que habían formado parte de sus veranos en Willow Heath durante más tiempo del que podía recordar. Cuando llegaba el otoño, la enviaban al internado entre pataleos y gritos, ataviada con su falda a cuadros y sus merceditas. Cuando llegaba la primavera, regresaba para encontrarse en casa con James y Peter esperándola, aburridos hasta la extenuación y acechando a los conejos desde detrás del granero oxidado. Mientras que Willow Heath era el hogar de Wyatt, para James y Peter no era más que una prisión bucólica, una condena de ocho semanas que los obligaban a cumplir mientras sus guardianes se reunían en secreto con el padre de Wyatt.

Peter era larguirucho, un poco asilvestrado y siempre iba descalzo, el típico chico al que el hambre no parecía abandonar. Tenía una mirada impasible y un mechón de pelo blanco que se le iba para todos lados. Mientras que Wyatt era como un libro abierto, siempre ansiosa por compartir sus pensamientos más íntimos con todo aquel o con cualquier cosa que quisiese escucharla, Peter era exasperantemente callado. Por lo tanto, Wyatt nunca había conseguido descubrir a quién pertenecía. Los primeros veranos que habían pasado juntos, lo había cosido a preguntas sin parar: «¿Has venido con tu padre? ¿Con uno de tus tíos? ¿Dónde vas a la escuela? ¿Has venido en tren? ¿En que cabaña te estás quedando?». Lo había hecho hasta que el chico se había hartado del interrogatorio y había empezado a evitarla. Después, Wyatt había dejado de hacerle preguntas. Comenzó a considerarlo un misterio. Su misterio.

James Campbell, que les llevaba un año a los dos, era todo lo contrario a Peter. Ingenioso en lugar de ingenuo. Hablador en lugar de introvertido. Encantador en lugar de asilvestrado. Llevaba el pelo negro rapado y prefería vestir siguiendo el protocolo inflexible de su conservador internado inglés, aunque nadie se lo pidiese.

James, que era un renegado en ciernes y un ladrón imprudente, llegaba todos los veranos con otra expulsión debajo del brazo y el equipaje lleno de cosas robadas, como una antigua Polaroid, un mechero de plata o una cajetilla de cigarrillos importados que había birlado del despacho del director. Los tres escondían el tesoro en el altillo carcomido por las termitas del granero, se arremangaban las perneras de los pantalones y pasaban el resto del día capturando ranas en las aguas poco profundas y llenas de juncos del estanque del molino.

No eran amigos, o al menos no en el sentido habitual de la palabra. Y mucho menos al principio. Wyatt creía a menudo que, de haber ido a la misma escuela, seguro que habrían hecho todo lo posible por evitarse. Ella habría tenido a su gente, ellos a la suya, y eso habría sido todo.

Pero en Willow Heath solo se tenían los unos a los otros.

Pero eso tampoco quería decir que se llevasen bien. Ni de lejos. Pasaban los días con pequeñas riñas y disputas, con elaborados juegos de guerra que solían terminar con golpes de verdad. James, que era el maquinador del grupo, los había mantenido a los tres muy ocupados organizando expediciones diarias con la confianza de un príncipe. Siempre intentaban evitar los grupos de adultos, por lo que se llenaban los bolsillos de galletas del desayuno y se iban de paseo

a los confines de la granja, donde pasaban las mañanas subiendo a los árboles en busca de nidos de pájaros y las tardes recogiendo mudas de piel de serpiente de la zona rocosa que había al norte. Habían soñado juntos. Habían luchado juntos. Y no les había quedado más remedio que crecer juntos.



El graznido vibrante de un cuervo hizo que Wyatt volviese a centrarse en el presente y en lo que tenía entre manos. Una cerilla. Combustible. Fuego. Su infancia cubierta de humo. No quería pensar en Peter ni en James. No quería hacerlo allí, a la sombra de la casa de su padre con un bidón lleno de gasolina y sedienta de venganza. No quería hacerlo con el recuerdo de su última noche en la granja ardiéndole en la memoria como si de una marca de ganado reciente se tratara.

Habían pasado muchos años, pero aún era capaz de recordarlo con nitidez: Peter de rodillas, con los ojos brillándole rojos y obstinados en la oscuridad del eclipse. James escupiendo sangre, con el cuello de la camisa arrugado dentro del puño de su padre. Wyatt no pudo evitar preguntarse con qué se encontraría si se acercaba a la antigua capilla de madera donde los había visto por última vez. ¿Estarían aún por allí los restos de aquel encuentro brutal y definitivo o los habrían limpiado?

En el pasado, la fría capilla había sido su escondite. Su santuario y su base de operaciones. Se hallaba en la zona más septentrional del lugar, rodeada por una arboleda de pinos moribundos. La cara occidental estaba bordeada por un cementerio de tumbas resquebrajadas, y la torre estaba cubierta de líquenes azulados. Les gustaba porque les pertenecía, porque era un rellano de paz en el mundo secreto y ajetreado de sus padres. En muchas ocasiones, cuando el día estaba en su apogeo y el calor se hacía insufrible, se retiraban para hablar entre las sombras de sus pasillos. Wyatt se subía al altar vacío y aseguraba que era su trono, para luego pasar tardes interminables encargándoles misiones a sus obedientes caballeros.

Y allí estaban otra vez, insistentes como avispa, Peter y James, recuerdos que picaban como un aguijonazo. Wyatt no hablaba con ellos desde hacía cinco largos años, desde que su padre la había sacado a rastras de la capilla mientras el desprecio de sus palabras resonaba entre los árboles: «Esto ha ido demasiado lejos».

Por mucho que se esforzase por olvidar esa noche, aún recordaba la manera en la que James les había gritado, enfrentándose al control del padre de Wyatt. Recordaba también el silencio de Peter, la sensación de su mirada en la nuca. Y bajo todo aquello, enterrado a mucha más profundidad, recordaba también el extraño batir de la sangre en sus venas; la manera en la que algo oscuro e inmenso se deslizaba y se le escurría en el vientre.

Su madre había hecho las maletas de Wyatt la mañana siguiente. A ella la había metido en el coche como si fuese parte del equipaje, para luego dirigirse hasta el apartamento de su tía en

Salem. Ni Peter ni James habían ido a despedirla.

Había esperado durante meses. Una llamada. Un mensaje. Una carta cifrada.

Pero lo único que había encontrado era silencio.

Lo único que le había aportado Willow Heath a su vida era aflicción y una gran cantidad de preguntas sin respuesta. Cuanto más pronto redujese a cenizas aquel lugar, mejor que mejor.

Aun así, cuando cruzó el umbral y entró en la casa, no lo hizo con una cerilla encendida. En lugar de eso, se dirigió hacia el marco blanco de la puerta en la que su madre había marcado a lápiz la altura a la que llegaba cada año. La de Peter estaba hecha con muescas a cuchillo, como si fuese una ocurrencia tardía, alzándose por encima de la suya más y más a medida que pasaban los veranos. De vez en cuando también se apreciaba la de James, con su nombre católico escrito con la caligrafía propia de una escuela privada.

Wyatt sintió como si le quitasen unos puntos de sutura del pecho. Allí, bajo los huesos, tenía una herida que creía que había sanado, en carne viva y supurando como el primer día. Respiró hondo y sintió una punzada en la nuca. Cuando parpadeó, se le humedecieron las pestañas.

Durante el año anterior había aprendido que las lágrimas no podían traer consigo nada bueno, por lo que no dejó que se le derramasen. Agarró mejor el bidón y continuó. No había vuelto para darse un paseo por sus recuerdos, sino para cumplir una misión. Una cruzada final. Avanzó estancia tras estancia, levantando el polvo a su paso.

Cuando llegó hasta su antiguo dormitorio, notó un sabor amargo en la garganta que fue incapaz de contener. Se quedó allí en pie, en silencio y respirando el aroma a bolas de alcanfor de la habitación de su infancia. El lugar era un caos colorido y desordenado, lleno de encajes, tafetán y estampados de flores desvaídos. El asiento bajo la ventana estaba lleno de peluches de animales, y la cama estaba cubierta por esa colcha artesanal hecha con prendas de cuando era bebé. El lugar hubiese tenido exactamente el mismo aspecto que recordaba, pero alguien lo había registrado a conciencia.

Wyatt tardó unos instantes en darse cuenta de lo que estaba viendo. Alguien había roto el espejo del tocador, y las esquirlas relucían como diamantes sobre la alfombra. Los cajones de la cómoda estaban entreabiertos y también habían volcado el joyero, cuyas bisagras se habían roto y cuya bailarina de cuerda había quedado retorcida. También había piezas de bisutería desperdigadas por toda la estancia sin ton ni son.

Se hubiese sentido mancillada de haber dejado allí algo de valor, pero no era el caso. Wyatt se había llevado consigo hasta el último rastro de sí misma antes de marcharse. No sabía qué era lo que había estado buscando aquel intruso, pero no le importaba. Entró, recogió el joyero del suelo y lo colocó sobre la cómoda saqueada. La bailarina había quedado torcida sin remedio hacia la izquierda.

Una brisa sopló en la estancia, y alzó la vista para encontrarse con la ventana entreabierta, y el

viejo sauce que había fuera de su dormitorio salpicado de las candelillas amarillas propias de la primavera. Verlo le hizo volver a recordar sin querer: pleno verano, un James de once años que escalaba por las ramas al amparo de la oscuridad.

«Mi padre estaba abajo con los demás —había dicho, al tiempo que se metía con ella en la cama—. ¿Qué crees que están haciendo?».

«Pues sacrificando un corderito, seguramente —repuso Wyatt—. O comiendo niños pequeños».

Les encantaba especular, teorizar sobre lo que hacían sus padres, con esas túnicas, esos secretos y esos cánticos en las praderas.

«Creo que está relacionado con Peter —había continuado James al tiempo que rodaba sobre sí mismo para encararla. Tenía los ojos del color de la medianoche, adornados con el titilar de las estrellas y reservados, y siempre hablaba como si supiese mucho más de lo que revelaba—. Ayer los oí susurrar sobre él».

«Qué tontería —dijo Wyatt—. Nosotros somos los únicos a los que nos interesa Peter».

El chico en cuestión había aparecido por allí poco después, arrastrándose al interior de la estancia por la ventana mientras el rojo pálido del amanecer empezaba a derramarse por el horizonte. Wyatt levantó la colcha, medio dormida y temblando cuando la brisa fría de la noche se deslizó entre las sábanas.

«Me lo contarías, ¿verdad? —había preguntado, nariz contra nariz en la oscuridad—. Me contarías si alguien te hiciese daño, ¿no?».

Pero Peter no le había respondido. Ya se había quedado dormido.

Cuando cerró la puerta del dormitorio, el chasquido reverberó por la casa vacía como un disparo. Se le hizo un nudo en el estómago y notó la maraña en la que se le habían convertido los nervios y las venas. No quería volver a sentir todo aquello, no quería desenterrar todos esos recuerdos que tendrían que haber quedado bajo tierra. No quería regresar allí para visitar a sus fantasmas. Había ido para prenderles fuego.

Hizo una pausa mientras volvía a bajar las escaleras.

Lo acababa de oír. Estaba segura. La casa había estado sumida en un silencio sepulcral, pero poco después había oído su nombre alzándose desde el sótano. Al otro lado del pasillo, la puerta que daba a las escaleras estaba abierta. Avanzó hacia ella con precaución, con el bidón de combustible en mano y el corazón desbocado.

—Hola —dijo—. ¿Hay alguien ahí?

Bajó por las escaleras al ver que nadie le respondía. El sótano era una estancia alargada y baja, con paredes de hormigón llenas de telarañas entre las grietas. Hacía frío y se le puso la piel de gallina.

Lo primero de lo que se percató fueron las raíces. Parecía como si el sauce blanco que había

por fuera de su dormitorio hubiese atacado el lugar de forma consciente, con esas extremidades de madera que se retorcían entre las grandes grietas de los cimientos. Unas raíces más pequeñas recorrían las paredes para conformar una red de lo que se asemejaba a venas. Daba la impresión de que las hubiesen guiado, igual que un arbolista da forma a una enredadera alrededor de una pérgola. Pero en lugar de hacerlo por una celosía de madera, los tubérculos fibrosos recorrían un par de cadenas gruesas de acero que estaban atornilladas al techo.

Y allí, pendiendo de unos grilletes, estaba la segunda de las cosas de las que se percató.

Peter. Ya no era un niño como lo recordaba, sino que había crecido.

Colgaba de las cadenas, con los brazos sobre la cabeza y su figura esbelta pálida como el mármol. La maraña blanca que era su pelo le cubría la frente, y estaba desnudo a excepción de unos pantalones y un colgante redondo que pendía de un cordel grueso de cuero.

El pavor se apoderó de Wyatt y se retorció en su interior. Se olvidó por unos instantes de su venganza, y el bidón cayó al suelo junto a sus pies. Peter alzó la barbilla al oírlo, y ella se topó con una mirada argéntea como la plata líquida, una que había hecho todo lo posible por olvidar.

Peter no parecía asustado de estar allí, demacrado, famélico y medio enterrado entre las raíces. Tampoco parecía aliviado por verla. En lugar de eso, arqueó las cejas. Las comisuras de su lívida boca se torcieron hacia abajo en un gesto arrogante.

—Al fin has vuelto a casa —dijo, con tono impaciente—. Ya era hora.

2

PEDYR

Nadie recordaba el nombre de Pedyr Criafol. Su anonimato era un accidente. Había pasado tanto tiempo hablando tan poco, guardándose secretos entre los carrillos como si de caramelos se tratara, que cuando se había decidido a hablar con esas personas, todas habían desaparecido. Llegado ese momento, no había nadie con vida que recordarse quién había sido Pedyr antes de llegar a Willow Heath.

Era un desafortunado efecto secundario de la inmortalidad.

No era que Pedyr no pudiese morir. Podía y, de hecho, era algo que se le daba extremadamente bien. Pero no era capaz de permanecer muerto. Daba igual lo que le pasase, ya fuese rápido e indoloro o lento e insoportable. Cada vez que ocurría, cada vez que lo derribaban y lo enterraban, el cuerpo que habían entregado a la arboleda sin vida volvía a emerger. Al día siguiente podía aparecer ovillado entre las raíces superficiales de un pino enorme. Dejaba de ser un joven suplicante para convertirse en un recién nacido rosado y quejumbroso.

Y nadie sabía por qué.

«Es capaz de desafiar a la muerte —habían dicho los Westlock la primera vez que tuvieron que hacerse cargo de él—. ¡Es un prodigio médico! ¡Una rareza! ¡Un paradigma!». Hombres de ciencia y taumaturgos por igual se reunían por turnos con él para pincharlo con lancetas y cuchillos. Untaban sus células en placas de cristal para luego analizarlas debajo de un microscopio. Lo diseccionaban como a una rana.

Lo mataban de formas más imaginativas cada vez, hasta que aprendió a soportarlo todo sin emitir apenas un quejido. No era mucha la información que conservaba entre vida y vida, pero al menos conseguía recordar con decoro la manera en la que había muerto. Suponía que era algo congénito, de igual forma que los perros domesticados seguían enterrando huesos en invierno o que los cuervos recordaban rostros de generación en generación.

En su interior yacía latente un instinto primario que lo convertía en alguien muy versado en sufrir en silencio.

Y había sufrido a Wyatt Westlock durante trece largos veranos.

No recordaba cuándo la había conocido, solo que siempre había estado allí durante aquella vida en particular, ruidosa e inestable, propensa a berrinches que lo obligaban a taparse los oídos, a correr en dirección a las colinas tan rápido que asustaba a los ciervos.

Tampoco recordaba cuándo había conocido a James Campbell, solo que siempre acompañaba

a su padre a Willow Heath en verano y que siempre traía muchísimas golosinas. Tofes y Maltesers, bolsas de papel llenas de gominolas y barritas de chocolate a medio derretir. Se sentaban en el prado durante el ocaso, con un tarro lleno de luciérnagas de tonos dorados titilando entre ellos, y comían hasta que tenían los dientes sucios y les dolía la barriga.

«No le guardes nada a Wyatt —decía James—. Lleva todo el día portándose mal».

Por aquel entonces, Pedyr había vivido tanto tiempo que ya había empezado a olvidar a qué sabía la muerte. El padre de Wyatt Westlock había regresado de la ciudad con una licenciatura universitaria bajo el brazo, una esposa embarazada y una opinión muy contemporánea sobre los sacrificios rituales. Su primer decreto como administrador de Willow Heath había sido terminar con aquella práctica centenaria.

«Es propio de bárbaros —le había oído decir Pedyr en una ocasión a la madre de Wyatt. Estaba escondido en los muebles de la cocina, viendo cómo se tomaban el café matutino. Tenía en el puño cerrado la galleta que había robado de la despensa, que se desmigajaba—. Lo que está ocurriendo aquí es imperdonable. He pasado toda la vida viendo a estos ancianos imbéciles aprovecharse de ese chico, año tras año. ¿Para qué?

«La necesidad hace que los hombres se conviertan en monstruos —dijo la madre, con tono cauteloso—. Tú mismo sabes mejor que nadie lo que hay en el bosque».

«Pero tiene que haber otra manera —dijo el padre—. No es más que un niño».

«Por ahora. —Una cuchara repiqueteó contra el borde de una taza—. Pero crecerá, si se lo permites. Me pregunto en que se convertirá un chico así, después de toda una vida de tormento».

Las muertes habían cesado en aquel entonces, pero no era el caso del dolor insoportable de la ceremonia. Una de las medianoches de cada verano, Pedyr se convertía en objeto de todas las miradas de Willow Heath. Todos los íntimos del patriarca de los Westlock lo contemplaban y se convertía en Pedyr el Inmortal, un mito viviente y un milagro moderno. Yacía tumbado y desangrándose en el altar, con la piel cerrándose tras el deslizarse de la daga, y veía cómo los adultos terminaban por arrodillarse. Tragaba nubes y nubes de incienso, con el estómago lleno de fuego y prometiéndose que algún día tendría la oportunidad de escapar y ser libre.

Porque, al igual que todos los cautivos, tenía un plan para escapar.

Y Wyatt Westlock era la clave.

Tenía un aspecto diferente al que recordaba. Cuando se había marchado, era esbelta y muy inquieta, con el rostro moteado de pecas. Daba la impresión de que crecía a cada día que pasaba, como Pedyr. Ahora estaba paralizada frente a aquel hormigón lleno de raíces. Tenía los ojos marrones muy abiertos y reluciendo, con el pelo suelto en una maraña del color de las fresas, una imagen que a él le resultaba inmensamente familiar y del todo novedosa al mismo tiempo.

—¿Peter? Joder.

Y luego se acercó para colocarse frente a él. Y lo rozó, y el roce encendió ascuas en su

garganta. Unos dedos torpes le recorrieron la carótida y tantearon el pulso que latía bajo su piel.

—Peter —repitió, con voz más constreñida que antes—. Peter, ¿me oyes?

Se agachó para colocarse a la altura de sus ojos, y Pedyr vio su mirada penetrante, una que se había pasado trece años turbulentos haciendo todo lo posible por no recordar.

Porque Pedyr nunca había querido que Wyatt Westlock fuese su amiga.

Quería verla muerta.

—Dios. —Había empezado a balbucear, y el pánico iba arrebatándole el rubor de las mejillas—. ¿Estás bien? Vale, no respondas... Claro que no estás bien. Qué pregunta más tonta. Olvídala. ¿Quieres que llame a la policía? ¿A una ambulancia?

Sacó el teléfono del bolsillo de los pantalones, y no dejaba de arrastrar los pies por el suelo de hormigón yendo de un lado a otro de la estancia. De un lado a otro. Para aquí y para allá. Sin cerrar la boca.

—Venga ya. No hay cobertura. ¿En serio? —Se detuvo y echó un vistazo por el lugar, parándose de vez en cuando a mirarlo—. ¿Dónde están las llaves? Tiene que haber llaves. Y tienen que estar cerca, ¿no?

Estaba tan cerca que Pedyr le veía el latir del pulso en el triángulo de la garganta. Sangre Westlock, sin derramar. Era su puerta para escapar de aquel bucle interminable de inmortalidad, al fin. Era en lo único en lo que había pensado desde hacía dieciocho largos años.

—Mierda. —Se pasó los dedos por el pelo—. El padre de James me dijo que la casa llevaba vacía desde que mi padre estaba en cuidados paliativos. ¿Por qué iba a engañarme? ¿Acaso no sabía que estabas aquí? Me dijo que la había revisado. ¿No gritaste para pedir ayuda? —Volvió a detenerse y lo fulminó con la mirada desde la penumbra—. ¿Fue él quien te encerró aquí?

Pedyr bajó la mirada para contemplarla y empezó a rechinar los dientes, tanto que le dolieron las muelas. Estaba haciendo todas las preguntas equivocadas que podía hacer, preocupándose por cosas que no tenían sentido. No tenían tiempo para un interrogatorio así. Los días no dejaban de pasar mientras la casa moría a su alrededor.

En vida, el padre de Wyatt había sido el único encargado de la vegetación de Willow Heath. El último bastión frente al bosque silvestre. Los jardines perennes de la granja eran lo único que mantenía a raya la oscuridad estigia de la espesura. Desde la muerte del padre de Wyatt, el lugar se había marchitado cada vez más, poco a poco. Ahora que nadie se hacía cargo, Willow Heath no tardaría en quedar engullido por el avance hostil de las malas hierbas. Las salvaguardas caerían y se apoderaría del lugar una noche interminable que traería consigo un ejército de criaturas de las profundidades.

Pedyr no quería estar allí cuando ocurriese algo así, encadenado como un perro en el sótano. Y menos ahora que había encontrado la manera de escapar. Para sobrevivir, necesitaba que un guardabosques Westlock cuidase de los jardines. Para escapar, necesitaba que un corazón

Westlock alimentase la famélica oscuridad. Y allí estaba ella, justo delante, hija pródiga y sacrificio perfecto, y Pedyr no iba a decir ni a hacer nada que la llevara a huir.

No en esta ocasión.

—No entiendo cómo puedes seguir con vida —dijo ella, sin dejar de deambular por la estancia. El olor a gasolina había empezado a marear a Pedyr, mientras ella no dejaba de balbucear a toda velocidad sin preocuparse siquiera por la manera en la que su voz hacía que a él le diesen ganas de dejarse llevar por la rabia—. Atado, quiero decir. Pero ¿qué está pasando aquí?

—Por favor. —La voz sonó muy ronca por todo el tiempo que llevaba sin hablar—. No grites.

La cabeza le daba vueltas, como si fuese una ruleta de recuerdos olvidados que volvían para atormentarlo. El crujido de los neumáticos en la gravilla cuando Wyatt se había marchado. El granero en llamas. La tierra bajo las uñas. Los siete integrantes del gremio ahorcados, con los brazos extendidos como si fuesen pequeños crucifijos negros. Los murmullos incesantes del bosque que le recorrían los huesos para terminar por asentársele en la cabeza.

«Cobarde. Se te ha escabullido entre los dedos y ahora ambos nos moriremos de hambre».

—No encuentro la llave por ninguna parte —dijo Wyatt, con tono cada vez más desesperado—. Tiene que estar por aquí, ¿no?

La ironía de la situación se apoderó de él, amarga y metálica. Ella era la única llave que había en esa estancia.

—Las ataduras son orgánicas —consiguió articular—. Tendrás que soltarme tú.

Wyatt giró la cabeza hacia él con brusquedad.

—¿Y cómo se supone que voy a hacer eso?

—Pues con sangre. ¿Sabes lo que es la labranza hemática? —La frustración se abrió paso en su estómago al ver que la expresión de la joven no había cambiado—. Es el dogma principal del legado de los Westlock, de tu legado. ¿Qué has estado haciendo estos últimos cinco años?

—Pues ir a la escuela pública —espetó como respuesta, aunque Pedyr consiguió fijarse en cómo se le había relajado la arruga de la frente, en la manera en la que había retorcido los dedos. Habían pasado cinco años, pero sus gestos no habían cambiado. No estaba diciendo toda la verdad—. No he parado de hacer trabajos sobre Jane Austen y aprender lo que son los triángulos isósceles, como las personas normales.

—Pero no eres una persona normal. —Las palabras rechinaron entre sus dientes—. Tu padre era el alquimista ambiental más importante de Nueva Inglaterra.

Otro gesto. Hizo tanta fuerza con los dedos que los nudillos se le pusieron blancos.

—Puede que te hayas olvidado, pero mi padre me ignoraba casi por completo cuando yo estaba aquí. No es que pasásemos mucho tiempo juntos en plan padre e hija.

—Pero sí que prestabas atención —continuó él, con la garganta ardiendo a causa de la sed—. Tenías tus sospechas. Siempre estuviste convencida de que pasaba algo extraño en la granja.

—Sí. Creía que mi padre era un agricultor aficionado al que le gustaba mucho jugar a rol en vivo. —Pasó a mirar la maraña de raíces que se enroscaban entre las cadenas—. Está claro que me equivocaba. A menos que esto aún forme parte de una campaña muy elaborada de sus partidas.

Pedyr volvió a intentarlo. Le dolían las muñecas.

—Tu madre es una bruja.

—Wiccana —corrigió ella, sin dejar de mirar las raíces—. Y sí, le gusta mucho la astrología. No tengo muy claro en qué puede ayudarte su signo lunar a salir de aquí. Mira, de verdad que creo que tendríamos que pedir ayuda. ¿A los bomberos? Tienen sierras.

—No te molestes —dijo él, agotado—. No me encerraron aquí para ellos.

—Pero ¿te encerraron aquí para alguien? ¿Para quién?

Para ti, pensó Pedyr, pero no dijo nada. Era demasiado orgulloso como para decirlo en voz alta.

—No es un hechizo complicado —dijo en lugar de eso—. Podría ayudarte. El mecanismo de cierre requiere sangre de los Westlock para desactivarse.

Wyatt parpadeó.

—¿Quieres que te vierta sangre encima?

—A mí no. A las raíces.

El silencio posterior fue tan sepulcral que le dio la impresión de que se habían sumergido en el agua.

—Siento decepcionarte —dijo Wyatt, un segundo después—, pero no soy la chica a la que buscas.

Pero sí lo era. Era la única. La confidente de su infancia. La guardabosques reticente. Su sacrificio definitivo. Wyatt Westlock aún no lo sabía, pero era lo único que se interponía entre él y las fauces del infierno.

Si conseguía que lo ayudase, la muerte no tardaría en encontrarlos.

Insistió, como si hubiese oído sus pensamientos:

—No sé qué es lo que crees que estoy haciendo aquí, pero no he venido para continuar con lo que fuera que hiciese mi padre. De hecho, he venido para reducir este lugar a cenizas.

Para quemarlo, igual que él había quemado el granero el día en que ella se había marchado. Pedyr aún recordaba el suave roce de las ascuas en su piel. Las columnas de humo plumizo que oscurecían los cielos. Una hoguera, sin bruja.

Ahora tenía delante a dicha bruja; sangre Westlock que latía en sus venas, una bruja ajena a cómo controlarla. Él podía enseñarle, podía mostrarle cómo mezclar componentes, cómo sangrar, cómo nutrir las salvaguardas que había en la linde del bosque. Podía aguardar el momento, como había hecho cuando eran niños, mordiéndose la lengua y haciendo todo lo que ella le decía,

esperando una oportunidad de actuar.

Y luego.

Luego.

—No lo sabes de verdad —dijo Pedyr—. Nadie te contó nunca lo que ocurría aquí, ¿verdad?

La cautela hizo que Wyatt entornara los ojos.

—Puede que te sorprenda, pero no había vuelto a pensar en este lugar desde que me marché.

Pedyr recordó el aspecto que tenía a través de las ventanas del sótano aquella última mañana, llorando a moco tendido mientras la lluvia caía sobre ella y su madre metía las maletas en el coche. No muy lejos, el padre de Wyatt permanecía estoico y silencioso a pesar de la andanada de exigencias entre lágrimas de su hija: «¿Dónde te has llevado a Peter? ¿Qué vas a hacer con él? No, me niego. No me voy a ir sin despedirme».

—En Rumanía —dijo, más alto de lo que pretendía—, la gente cosía endrino en las prendas para protegerse de los vampiros. —Sintió como si hablase con la boca llena de cristales rotos. No quería recordar el momento en el que Wyatt se había marchado, recordar a James corriendo por la gravilla tras ella, con el pijama a medio poner y el ojo izquierdo cerrado de lo hinchado que lo tenía. Pedyr no quería recordar el último día que los había visto—. Colocaban ramas de endrino en los umbrales de las puertas para que no entrasen los muertos. También colgaban acebo de las ventanas para resguardarse del mal.

—M-muy bien. —Wyatt no había dejado de mirarlo con gesto cauteloso—. ¿Y a qué viene eso?

—Viene a que la naturaleza siempre se ha usado como salvaguarda contra la oscuridad. A esta altura en las montañas, el aire es lo bastante liviano como para colarse en cualquier parte. Podría decirse que forma puertas, huecos entre este mundo y el siguiente. —Pedyr se movió como pudo, y las cadenas repiquetearon como si fuesen dientes. Motas de polvo plateadas revolotearon en el haz de luz que los separaba—. ¿Te has preguntado alguna vez por qué tu padre nos prohibía ir a la antigua capilla de los bosques? ¿Por qué siempre hacía frío en la arboleda aunque estuviésemos en lo peor del verano? La familia de tu padre pasó siglos cultivando la tierra de Willow Heath. Sin un guardabosques en activo, nada conseguirá evitar que crucen a este lado cosas indeseadas.

Wyatt volvió a retorcer los dedos. Le estallaron los nudillos.

—¿Qué clase de cosas?

Una bestia —pensó Pedyr—. *Y un chico lo bastante estúpido como para negociar con ella.*

—Monstruos —terminó por decir en voz alta.

—Monstruos —repitió ella, y Pedyr se dio cuenta de que no le había creído.

El viento arreció en el exterior de la casa. Agitó las ramas del sauce y arrastró candelillas por el tejado. A pesar de los crujidos del ambiente, acertó a oír el susurro insidioso de la bestia, y

Pedyr no llegó a estar del todo seguro de si venía de dentro o de fuera de su cabeza, a pesar de que lo había oído durante cinco largos años.

«Está aquí —dijo la criatura—. Ha vuelto a casa al fin. Con nosotros».

El cuero de las ataduras que le rodeaban la garganta se le antojó un nudo corredizo, que se apretaba cada vez más.

—Si nadie hace nada —dijo Pedyr—, Willow Heath se marchitará y morirá. Cuando lo haga, la oscuridad entre los mundos nos devorará a ambos.

3

WYATT

No había cobertura en la casa. El único teléfono era una monstruosidad con cable que se encontraba junto al frigorífico, amarillo, antiguo y pendiendo de la pared. Cuando Wyatt lo descolgó y se lo llevó a la oreja, no oyó más que el silencio propio de la ausencia de línea. Estaba junto a la isla de la cocina, el sol se proyectaba a través de las contraventanas y sostenía el móvil en el aire como si estuviese en un concierto dentro de un estadio. Lo mantuvo así hasta llegar a la luz mortecina del salón. Luego, atravesó el prado que había junto a la casa mientras el brazo empezaba a dolerle y las briznas de hierba le hacían cosquillas en las canillas. Nada. Nada. Nada.

Tenía que llamar a su madre. Tenía que preguntarle qué hacer.

A Theodora Beckett nunca le había gustado Peter. Que Wyatt recordase, su madre siempre se comportaba con cautela en presencia del chico, cosa que no demostraba en el caso de James. Este era una amenaza asegurada que siempre robaba en el gallinero, irritaba a las gallinas y sonreía al hacerlo, pero aun así la madre de Wyatt le servía rodajas extra de sandía congelada cuando lo veía pasar por la cocina. Peter, en cambio, era silencioso y educado. No armaba jaleo ni buscaba problemas.

Pero siempre que entraba en la casa, la madre de Wyatt lo seguía hasta que se marchaba.

Wyatt se preguntaba qué diría su madre si se enterase de que Peter había pasado todo este tiempo encadenado en el sótano, abandonado allí para que muriera como un perro. También se preguntó qué consejo le daría si supiese que Peter le había pedido a Wyatt que le derramase sangre encima.

No era una petición del todo extraña. En una ocasión, cuando Wyatt aún era pequeña y propensa a los berrinches, había llorado durante tanto tiempo y tan alto que, al terminar, habían brotado en la hierba a sus pies unas pequeñas setas lengua de gato blancas. Al verlas, su madre las había arrancado una a una. Después las había tirado en la tierra y le había prohibido que comentara el incidente con su padre.

«Pero lo he hecho yo —había insistido la niña mientras se enjugaba las lágrimas—. Crecieron gracias a mis lágrimas».

«Qué tonterías dices. —La mirada de su madre recorrió nerviosa el jardín—. Tienes mucha imaginación, tortuguita. Ha sido un verano muy húmedo. Es normal».

Pero no lo era. Wyatt siempre lo había sentido en su interior, algo febril y dulce como el fenol,

una extrañeza rígida e hinchada como una ampolla. En ocasiones, a altas horas de la noche, se quedaba tumbada y despierta preguntándose qué era aquella cosa sin nombre que latía en sus venas y si no era posible que algún día la rompiese desde dentro y empezase a supurar.

«Un poder así no es algo que puedas usar por accidente, pequeña —le explicó su madre mientras le cepillaba el pelo y se lo trenzaba antes de acostarla—. Tienes que cuidarlo como si fuese un ser vivo más».

Wyatt pensó durante un tiempo que, aunque quizá fuese verdad, cabía la posibilidad de que terminase por desaparecer si ignoraba el dolor lacerante que sentía correr por sus venas.

Pero no lo hizo, claro. Hizo lo que hacían todas las ampollas.

Reventó. Ocurrió una noche de enero, en el suelo manchado de cerveza de una estancia sucia, en una casa en la que solo se oía el retumbar de la música. El agua se acumuló bajo sus manos ensangrentadas mientras, sobre ella, una imagen iracunda no dejaba de emborronarse.

«Wyatt, zorra. ¿Qué cojones me has hecho?».

Wyatt intentó librarse de aquel recuerdo no solicitado y se aventuró por el largo camino de tierra, aferrando el teléfono con algo más de fuerza de lo normal. La barra medio llena que había en medio de la pantalla la contempló con su luz tenue. No iba a llamar desde Willow Heath. Ni a su madre ni a nadie.

Darse cuenta de algo así la hizo sentir muy nerviosa. Atrapada. No le gustaba haber vuelto ni la manera en la que aquel lugar la hacía sentir. No le gustaba cómo la había mirado Peter, allí en el sótano, esos ojos grises, fríos e ilegibles iguales a los de aquella última noche en la capilla.

La necesidad de correr se apoderó de ella, lejos y muy rápido, sin mirar atrás. Se encontraba a unas tres horas del pequeño apartamento de su tía en Salem, donde había vivido con su madre desde que se habían marchado de Willow Heath. Si se iba ahora, llegaría a casa antes de que anocheciese. Y podría llamar a la policía desde la carretera. Comentarles que pasasen por la granja y se encargasen de Peter. Y que entonces ellos decidiesen qué hacer con él.

Nunca tendría que volver a pensar siquiera en Willow Heath.

Echó la vista atrás para mirar la casa de su padre. Se había alejado con prisas para encontrar cobertura y había dejado abierta la puerta delantera. Las sombras se proyectaban como tinta derramada desde el vestíbulo vacío. Pensó en Peter, solo y atado en el sótano en ruinas, con las mejillas demacradas y las costillas marcadas.

No podía hacerlo. Independientemente de lo que hubiese pasado entre ellos o del rencor que hubiese sentido por él durante los últimos cinco años. Eran cosas de críos y aquello, fuese lo que fuere, era real. No podía dejarlo allí solo.

Se alejaría un poco por la carretera, lo suficiente para conseguir cobertura, y luego llamaría a su madre para pedirle ayuda. Se marcharía a Maine sin contarle a nadie sus planes, aunque no le cabía duda de que su madre sospecharía de a dónde había ido. Theodora Beckett siempre tenía

una forma asombrosa de saber exactamente el tipo de problemas en el que estaba metida su hija.

Pero Wyatt no estaba segura de cómo iba a explicar el problema en el que se había metido.

Peter encadenado. Monstruos en el bosque. Era una locura.

Wyatt no dudaba de que los monstruos fuesen reales. Sabía que lo eran. También sabía que no acechaban en el bosque, como Peter parecía pensar. No tenían colmillos, pelaje, dientes afilados o garras retorcidas. Tenían el aspecto de una niña con pecas propias del verano y el pelo del color de la fresa. Manos manchadas de cerveza y un rostro humedecido por las lágrimas.

Peter no tenía ni idea de lo que le estaba pidiendo hacer a Wyatt. Si se rendía a eso que latía en sus venas, no iba a conseguir contener a un monstruo.

Iba a liberarlo.

Sintió un nudo en la garganta y se abrió paso por el estanque del molino, cubierto de nenúfares verdes, en dirección a su camioneta: una monstruosidad roja que le había pedido prestada a su prima para dirigirse al norte. El maletero, ancho y que había sido negro en el pasado, ahora era de un naranja descascarillado debido al óxido. La manecilla de la puerta de pasajeros estaba casi colgando.

«Aún enciende —le había asegurado Mackenzie al darle las llaves—. Mientras no vayas a más de cincuenta kilómetros por hora. O intentes usar el aire acondicionado. O pongas la radio demasiado alta. Mejor no pongas la radio muy alta, sí. Bertha se asusta con mucha facilidad».

Cuando había abierto la puerta, Poquita soltó un bufido agresivo desde el trasportín.

—Lo siento —dijo Wyatt mientras entraba—. Sé que te prometí un ratón, pero no podemos quedarnos.

Había leído en internet que los gatos de edad avanzada tendían a escabullirse para encontrar un lugar solitario en el que morir. Y la edad de Poquita era algo más que avanzada. Se había pasado la primera mitad de su vida acechando con alegría por Willow Heath, cazando ratones y retozando al sol.

Pero en Salem, Poquita se pasaba todo el día metida en el apartamento demasiado pequeño de la tía Violet, contemplando el mundo a través de una ventana también demasiado pequeña. La última vez que Wyatt la había llevado al veterinario, la auxiliar le había dicho que aquella gata geriátrica estaba llegando al final de su existencia.

Wyatt la había llevado a aquel lugar para soltarla.

—Peter está aquí —le dijo a la gata, que le respondió con otro maullido desconsolado—. Necesita tu ayuda.

Acentuó las palabras con el giro de la llave en el contacto. El motor soltó un refunfuño heroico y volvió a apagarse de inmediato. Wyatt volvió a intentarlo, sin suerte.

—Mierda —dijo. Luego lo repitió, porque sintió que las circunstancias bien lo merecían—: Mierda.

Cinco meses antes, una situación así la habría hecho ponerse a llorar. Habría apoyado la frente en el volante y llorado hasta que solo quedase aire en su interior. Pero esa Wyatt estaba muerta y enterrada. La Wyatt actual no iba a hacerlo. Había comprobado lo que pasaba cuando una empezaba a llorar sin parar. Contuvo un sollozo y se obligó a sentir poco más que apatía, una insensibilidad deliberada.

Salió de la camioneta y se dirigió a la parte delantera para luego abrir la capota. Debajo, la plataforma del motor estaba gris a causa del hollín y llena de pinocha, como si se hubiera convertido en el hogar de un ser vivo. *No te enfades*, empezó a repetir en su mente como un mantra. *No te enfades*. Volvió a respirar hondo. Volvió a cerrar la capota y le dio una patada desganada a la defensa. Los faros apagados la contemplaron con pesar.

—Vale. —Lo acababa de pronunciar con los dientes apretados y un falso optimismo—. Parece que vamos a tener que ir andando.

Sacó el trasportín de Poquita del vehículo y caminó en dirección a la puerta que demarcaba el límite de la propiedad. Hacía una mañana calurosa y con mucha luz, pero había algo extraño y penetrante en la brisa que descendía desde la montaña, algo que la obligaba a darse prisa. Al menos, si apretaba el paso, podría llegar a una gasolinera que había a pocos kilómetros. Y cuando tuviese algo de cobertura podría llamar a su madre.

Recorrió unos escasos cientos de metros por la carretera antes de que sus planes volviesen a torcerse. En un primer momento, lo oyó: el chasquido de una rama. El rasguñar de una pezuña. Después el balido iracundo de un animal de corral. No consiguió apartarse antes de que una cabeza la arrollase y la golpease por detrás. Se tambaleó hacia delante y estuvo a punto de soltar el trasportín de Poquita, pero consiguió mantener el equilibrio. La gata soltó un maullido lleno de rabia por el susto.

—¡Oye! —Wyatt se dio la vuelta con brusquedad y se topó cara a cara con una cabra enana blanca y negra, con los cuernos despuntados hasta poco más que muñones. La criatura estaba preparándose para volver a atacar, con las pupilas horizontales fijas en Wyatt y cargadas de desdén. Se apartó lo más rápido que pudo y evitó por los pelos un golpe en las rodillas.

—¿En serio?

El balido que recibió como respuesta le indicó que la cabra iba muy en serio.

—Vale, vale. —Wyatt se apartó a un lado por segunda vez mientras el animal se levantaba sobre las patas traseras—. Me marchó. No quiero saber nada. El prado es todo tuyo.

Pero cuando dio un paso al frente, la cabra volvió a correr hacia ella. Con la cabeza gacha. Los cascos empezaron a levantar tierra, y Wyatt tuvo que esquivarla varias veces más, agotada, antes de darse cuenta de que la cabra no la estaba alejando del prado, sino del límite de la propiedad.

Y cuando alzó la vista, vio el porqué.

Siete hombres encapuchados se habían reunido detrás de la valla oxidada, todos ataviados con

túnicas negras. No dijeron nada. No se movieron. Se limitaron a esperar, contemplándose con una quietud sobrenatural. Por suerte, la cabra dejó de moverse al mismo tiempo que Wyatt, para luego colocarse a su lado como si fuese un enjuto centinela de dos cuernos.

—Hola —gritó ella.

La voz que le respondió sonó extraña, con un acento implacable.

—Wyatt Westlock iii, supongo. Nos ha llegado el rumor de que las escrituras de la casa han cambiado de manos.

—Así es. —Aferró con fuerza el trasportín de Poquita—. ¿Quiénes sois?

Se dibujó una sonrisa en la penumbra tras la capucha del tipo que estaba más cerca de la puerta.

—Éramos amigos de tu padre.

El recelo se apoderó de ella.

—No os reconozco.

—Con todos nuestros respetos, pero llevas un tiempo lejos de aquí. —El desconocido inclinó la cabeza y la examinó desde detrás de las sombras de la túnica—. Incluso me atrevería a decir que no sabes demasiado sobre tu padre y las compañías que frecuentaba.

La cabra soltó un balido ronco junto a Wyatt. Los árboles se agitaron sobre ellos, y el viento arqueó las ramas. No pudo evitar volver a oír la advertencia de Peter: «Sin un guardabosques en activo, nada conseguirá evitar que crucen a este lado cosas indeseadas».

Wyatt se sintió muy ridícula, pero hizo bocina con las manos y gritó:

—Si tanto le gustabais a mi padre, ¿por qué no entráis en lugar de quedaros ahí gritándome desde el otro lado de la valla? No está cerrada.

Se preparó para que empezasen a moverse. Hasta esperó que el tipo creyese que le había mentido e intentase comprobar que la valla no estaba cerrada. Pero, en lugar de eso, le cambió la sonrisa y los bordes se le afilaron en un gesto sin duda arisco. El tipo bajó la vista a sus pies y se fijó en los arbustos aromáticos de *Cephalanthus occidentalis* que habían crecido alrededor de la valla.

—Te crees muy lista, pero hay una línea muy delgada entre la valentía y la estupidez —dijo él—. Estamos aquí por hacerte un favor.

No se habían movido. Ni un centímetro.

Monstruos, pensó. Y se volvió a sentir ridícula de inmediato.

—Hay un joven atado en el sótano —continuó el desconocido—. Su presencia en la casa de tu padre supone una amenaza directa para ti.

Algo en su voz hizo que se le erizase el vello de la nuca.

—¿Qué clase de amenaza?

Silencio por respuesta. En el bosque, varios cuervos alzaron el vuelo y proyectaron sus

sombras en el prado, unas franjas negras y enormes.

—El chico es muy inestable —le gritó el hombre—. No queremos que te haga daño. Podemos decirte lo que tienes que hacer para ponerte a salvo.

Había algo en la manera en la que los desconocidos estaban allí en pie, inertes y con las miradas ocultas, que hizo que la recorriese un escalofrío. Había cierta malicia en la postura, una malevolencia que no era capaz de definir. Deseó que se marchasen. Estaban bloqueando el camino. Si no conseguía salir de la propiedad, no podría llamar a su madre. Y si no llamaba a su madre, no tendría respuestas ni podría obtener ayuda. Peter permanecería atrapado en Willow Heath. Y ella también. Tenía claro que no iba a poner un pie en el bosque mientras esos tipos siguiesen ahí acechando.

—No sé si tendría que hacer caso a vuestros consejos —dijo, al ver que seguían mirándola sin decir nada—. Diría que no le gustáis mucho a mi cabra.

La criatura apostilló la última frase con un balido rabioso.

El tipo soltó una carcajada quebradiza e impasible.

—Claro, puedes echarnos. Pero las salvaguardas de este lugar se debilitan a cada día que pasa y no eres una bruja con experiencia. No puedes mantenerlas por ti sola. El chico está marcado por la bestia, y la bestia vendrá a por lo que se le debe.

Pronunció «la bestia» con un tono amenazante que hizo que un escalofrío le recorriese la espalda a Wyatt. Clavó los talones en la tierra y optó por no responder, aferrada al trasportín de la gata como si fuese un escudo. Los hombres de la valla empezaron a dispersarse uno a uno, perdiéndose como sombras entre el frondoso dosel arbóreo que tenían detrás. Solo se quedó por allí el primero, con una sonrisa que bien parecía una herida espeluznante en la parte inferior de su rostro.

—Soy piadoso, así que escúchame bien —dijo el tipo—. El chico hará lo que sea para sobrevivir. Si eres tan lista como parece creer, lo ofrecerás tú misma a la bestia. Y pronto, antes de que se alce la luna de sangre.



Tras su marcha, Wyatt le dio la espalda a la valla e hizo todo lo posible por ignorar el acertijo que habían sido sus últimas palabras. Una tontería propia de un imbécil. ¿Quién en su sano juicio llevaría una capa de montar por los bosques septentrionales de Maine? Un desquiciado, sin duda.

No un monstruo, sino un hombre.

A pesar de todo, no le pareció muy buena idea deambular sola por el bosque a sabiendas de que podrían estar esperándola. Dejó que pasaran unas horas, para darles tiempo a que se marcharan, y luego volvió a intentarlo.

Trató de extinguir las llamas de su irritación y volvió al camino. Pasó junto a la camioneta

inservible, el estanque cubierto de nenúfares y la bandada de urogallos que había en la pradera. Regresaba a la casa. Permaneció unos instantes en el umbral de la puerta y se planteó cerrarla de un golpe y hacer repiquetear los cristales. Mientras se lo planteaba, la puerta empezó a cerrarse poco a poco por su cuenta, entre el chirrido de las bisagras, como si hubiese tomado la decisión por sí misma.

Una vez en la cocina, dejó el trasportín sobre la isla y abrió la puerta. Poquita salió disparada hecha un borrrón de pelo, para desaparecer de su vista sin mirar atrás. Wyatt la vio marcharse mientras pensaba qué hacer a continuación. Sabía que tenía que volver a bajar al sótano y hablar con Peter, que no hacerlo solo serviría para retrasar lo inevitable, pero no se veía capaz de mirarlo a los ojos. Cada vez que lo hacía, le venían a la mente recuerdos indeseados: el silencio de tonos rosados de la arboleda y la sensación del corazón de Peter latiéndole con fuerza en la palma de la mano. El mohín embadurnado de sangre de James, plateado a la luz de una linterna, su voz hendiendo la oscuridad: «Sal de aquí, Wyatt. No permitas que te vean».

Wyatt había pasado cinco largos años odiando a Peter por su silencio. Resentida con él por haberla abandonado cuando más lo necesitaba. Maldiciéndolo por haber continuado con su vida y haberse olvidado de ella. Y esa falta de contacto había sido una decisión que había tomado él deliberadamente.

No tenía sentido. Peter y James, que eran polos opuestos en casi todo, siempre se habían peleado. Sus insignificantes discusiones derivaban muy a menudo en violencia en un abrir y cerrar de ojos. Pero se olvidaban con la misma velocidad y hacían las paces mientras sostenían bolsas de guisantes congelados contra ojos igual de morados.

Esa última noche en Willow Heath no había sido diferente.

Pero mientras lo pensaba se dio cuenta de que estaba equivocada.

Esa noche lo había cambiado todo.

Wyatt se preguntó cuándo había sido la última vez que Peter había comido algo. ¿Cuánto podía sobrevivir así una persona, atada en la oscuridad sin comida ni agua? La idea la había dejado intranquila, por lo que se metió en la despensa para buscar algo comestible. Las estanterías estaban vacías en su mayor parte, y se vio obligada a hacerse con lo poco que quedaba. El teléfono empezó a sonar cuando había llenado la mitad de una cesta de barritas de avena correosas.

Se estremeció una sola vez y el auricular repiqueteó en el gancho donde se apoyaba. Wyatt dejó la cesta sobre la encimera y frunció el ceño en dirección al teléfono de pared amarillo, medio convencida de que se lo había imaginado. Volvió a sonar, y el eco reverberó por toda la casa. Salió de su estupor, atravesó la cocina y levantó el auricular para luego llevárselo al oído con cautela.

—¿Sí?

Oyó los estallidos de la estática y, por segunda vez en el mismo día, Wyatt Westlock se encontró hablando con un fantasma.

—¿Wyatt?

La voz de James Campbell se había vuelto algo más grave después de cinco años. Ya no se le quebraba a menudo como les ocurría a muchos adolescentes, sino que había pasado a tener una pronunciación perfecta de Lancaster que había conseguido asustarla un poco. Le resultaba dolorosamente familiar. Y extraña, al mismo tiempo.

—Joder —continuó él—. Se suponía que no ibas a contestar.

Wyatt arrugó la frente y miró el auricular.

—No pareces muy contento de oírme.

—Acabo de hablar por teléfono con mi padre —comentó, preocupado—. Me dijo que te había enviado a Willow Heath, pero esperaba que lo hubieses ignorado. Wyatt, me he enterado de lo del tuyo. Lo siento mucho. Tendría que haber ido al funeral.

—No pasa nada. —Las palabras brotaron ahogadas entre sus labios. Se imaginó vacía como el tronco de un árbol, como si le hubiesen arrancado las entrañas. *No llores. No llores.* Le resultaba ridículo pensar siquiera que podía hacerlo. No había hablado ni una palabra con su padre desde hacía casi un año.

—Bueno, mira —continuó James—. Te lo voy a compensar, ¿vale? Estoy de camino a Heathrow. Tengo un vuelo reservado al aeropuerto de Nueva York.

La conexión chisporroteó, siseó y su voz quedó ahogada por la estática durante unos instantes.

—¿H-hola? —Wyatt se apartó el auricular del oído mientras escuchaba el chasquido indescifrable en el que se había convertido la voz de James a través del altavoz—. ¿James? ¿Sigues ahí?

—Sí —dijo él—. Sigo aquí. Wyatt, escúchame. Esto es importante. Peter sigue en Willow Heath.

—Ah. —Wyatt empezó a girar el cable entre los dedos a medida que la inquietud se apoderaba de ella—. Sí, lo sé. Está aquí, en la casa.

James maldijo entre chasquidos de estática. El teléfono triste y amarillo consiguió emitir un único «Tienes que...» antes de que la estática volviese a apoderarse de la llamada.

—¿Hola? —Wyatt soltó el cable—. ¿Jamie?

Estática. Otra vez. Wyatt pensó durante unos segundos que se había cortado. Pero luego volvió a oír a James, con una voz muy nítida que al fin brotó del auricular.

—Tienes que salir de ahí, Wyatt. Ya. Hoy. O te matará.

Se parecía a uno de esos juegos a los que se entregaban hacía años, con las narices ardiendo, los dedos arrugados como ciruelas pasas y las piernas metidas hasta las rodillas en el estanque. James, el osado pícaro, con su espada ancha que había tallado de la rama de un roble joven.

Wyatt, la reina capturada, atada a una de las rocas que sobresalía del agua.

Y Peter, el tiburón, que no dejaba de nadar en círculos por las aguas superficiales.

Pero no era más que eso, un recuerdo localizado en el tiempo. Ya no eran niños y estaban demasiado mayores para los juegos. No había nada en el tono de voz de James que indicase que fuese uno. La voz de aquel desconocido encapuchado volvió a ocupar los pensamientos de Wyatt: «El chico hará lo que sea para sobrevivir».

Miró nuevamente hacia el otro extremo de la cocina, donde casi no se apreciaba la puerta abierta del sótano del pasillo exterior. Donde Peter estaba colgado en las sombras, con la silueta familiar de su cuerpo emborronada hasta convertirse en algo famélico y desconocido. Wyatt se quedó mirando, y siguió mirando, y se obligó a no sentir absolutamente nada.

No llores. No llores.

Se llevó el teléfono a los labios y susurró:

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ya lo ha intentado antes —respondió James.

4

PEDYR

Dentro de Pedyr Criafol había un nudo que era imposible de deshacer. Lo intentaba día tras día. A veces, conseguía que los hilos que lo conformaban se deshiciesen en colores. Otras, recordaba imágenes: una casa en una colina, un árbol hinchado a causa de la putrefacción, un cuerpo sin vida, un hacha que le sobresalía del pecho. Se dedicaba a deshacer bobinas de hilo de vidas pasadas y yoes olvidados, enmarañándose a sí mismo en una trampa incesante de recuerdos, hasta que ya no era capaz de distinguir lo que era real y lo que solo habitaba en sus pensamientos.

Una cosa tenía clara: tenía cinco años la primera vez que vio a la bestia. Era el primer recuerdo de su vida actual. Recordaba el color gris, una lluvia de abril que no había cesado en días. Se había dedicado a seguir a una salamandra por la orilla de un estanque primaveral, con los calcetines empapados y las rodillas llenas de barro. No se había dado cuenta de que se había alejado demasiado de la casa hasta que notó un cambio en la iluminación. Al principio, creyó que se había hecho de noche, pero luego alzó la vista y se topó con el bosque frente a él.

El bosque de Willow Heath siempre había tenido un aspecto ominoso, pero aquel día en particular las sombras entre los árboles le dedicaron miradas particularmente maliciosas y amenazantes. Pedyr tardó varios parpadeos en darse cuenta de que lo que estaba mirando no era una sombra, sino una criatura. Más alta que una persona. Más estrecha que una raíz. Con dedos largos y de dos articulaciones. Lo primero que le vino a la cabeza fue empezar a correr. Lejos y rápido, en dirección a la granja y a la calidez amarillenta de la cocina de los Westlock.

Pero luego la criatura habló:

«Pedyr Criafol», había susurrado, y de repente Pedyr recordó que aquel era su nombre, que tenía un nombre a pesar de ser el pequeño niño perdido de Willow Heath. Pálido e inerte como un fantasma. Un estorbo en una casa llena de desconocidos, sin saber muy bien a cuál de ellos pertenecía. Si es que pertenecía a alguien. En realidad, no sabía si se había limitado a aparecer un día, pequeño e iracundo, en los armarios de la cocina.

También recordaba haber muerto. Una y otra vez, grito ahogado tras grito ahogado. Allí, a la sombra del bosque y empequeñecido por aquel cielo tormentoso y la bestia terrible e imponente, sintió por primera vez cómo el helado tacto del miedo lo atenazaba por su pequeña garganta.

«¿Cómo sabes quién soy?», había preguntado él, con una voz quebrada que no se propagó demasiado debido al repiqueteo de la lluvia al caer contra las hojas.

Recortada contra los árboles, la bestia inclinó la cabeza.

«Tú y yo llegamos a este lugar juntos, a través del cielo. ¿Lo recuerdas?».

Pedyr había negado con la cabeza. Lo único que recordaba era Willow Heath.

«Han pasado demasiados años para nosotros —había continuado la bestia—. Ha llegado la hora de que yo vuelva a casa. Y también tú. Tu madre te espera».

Y luego, justo en ese momento, Pedyr recordó que tenía una madre. Recordó el silencio, el chasquido y el zumbido de un telar, el borboteo distante de un arroyo. La sensación de que lo acunasen para dormirlo. Una madre, igual que Wyatt. Alguien que le curase los arañazos y le diese un beso en la cabeza y le cantase. En ese momento, y con los árboles alzándose junto a él como si de centinelas se tratase, su madre parecía una figura muy distante.

La bestia lo miró de soslayo, agazapada en la oscuridad, con el cuello estirado y la cabeza ladeada.

«¿Te gustaría? ¿Te gustaría ver a tu madre? ¿Volver a casa? Tienes que estar muy cansado de morir. Puedo decirte qué es lo que tienes que hacer para sobrevivir. Es muy fácil».



Se despertó cuando oyó un teléfono.

«Solo ha sido un sueño», intentó convencerse. Retazos de un Pedyr diferente, uno de una vida anterior que lo había seguido hasta el mundo de la vigilia. Solo había un teléfono en la casa, y llevaba años sin funcionar.

Pedyr empezó a forcejear con las cadenas, desesperado por oír a Wyatt en el piso de arriba. Aquella noche catastrófica antes de que ella se marchase para siempre, había planeado acabar de una vez por todas, atravesarle el vientre con un cuchillo y dejar que se desangrase, como la familia de Wyatt había hecho con él durante años. Después, la hubiese llevado a la arboleda y dejado que la bestia se bebiese a lengüetazos los últimos latidos de su corazón. Una ofrenda final y sangrienta a cambio de su libertad.

Pero había sido incapaz de hacerlo llegado el momento.

Oyó el silbido de un hervidor de agua en algún lugar sobre él. Los pasos alternos de un par de zapatos golpearon la madera. La granja gruñía a causa de los movimientos de Wyatt, huesos antiguos que volvían a sentarse sobre las patas traseras. La joven se había marchado escaleras arriba hacía un rato, lo más seguro que para llamar a su madre, y no había vuelto. No había regresado para liberarlo. Ni para hacerle preguntas. Ni para mirarlo.

Pasaron los minutos, y el atardecer se tornó del dorado al rojo para luego dar paso al violeta, momento en el que la luz de la luna se proyectaba a través de las ventanas en pequeños haces argénteos. Poco a poco, y para su sorpresa, Pedyr terminó por dormirse, con los brazos retorcidos y atados y la cabeza a rebosar de sueños.

Wyatt estaba allí cuando volvió a despertar. Sintió su presencia como si fuese un moretón, como si la hubiesen enterrado en sus huesos a base de golpes.

—Peter —dijo ella, y no era la primera vez que lo hacía—. Despierta.

Él se tomó su tiempo. Tenía un ojo cerrado con fuerza mientras alzaba la cabeza del pecho, donde la había tenido apoyada. Wyatt estaba justo debajo de él, cubierta por un suéter blanco y apolillado y con un diario forrado en cuero aferrado como si fuese un escudo. Las páginas se abrieron como un acordeón, y Pedyr vio los márgenes llenos de ramitas de tréboles. Había algo cauteloso en el marrón silencioso de su mirada, algo precavido en la manera en la que se mantenía en pie sobre la punta de los dedos, como una cierva a punto de escapar.

Pedyr lo supo al momento. Algo había cambiado.

Cuando Wyatt lo había visto por primera vez atado en la oscuridad, se había puesto frenética y desesperada por encontrar la manera de liberarlo. Ahora lo analizaba de reojo, como si Pedyr fuese un lobo con el que se hubiese topado en el bosque, como si un movimiento en falso pudiese provocar que se abalanzase sobre ella.

—No he podido hablar con mi madre —dijo, con una voz tan impasible que bien podría haber sido la de una muerta. Al ver que él se limitaba a contemplarla en silencio, Wyatt suspiró—. Me he puesto a revisar las cosas de mi padre durante horas. Buscando respuestas.

—¿Y has encontrado alguna?

—No lo sé —respondió ella—. Dímelo tú.

Pasó otra página, sin dejar de mirarlo con recelo. Una lobelia reseca cayó a sus pies al tiempo que se deshacía en un polvillo azulado.

—«Este invierno es el más frío que se ha registrado hasta la fecha —leyó, y oyó las palabras de su padre en su voz—. Los carámbanos cuelgan como colmillos y rozan la parte superior de los bancos de nieve. Por la noche, la temperatura desciende muy por debajo del punto de congelación. El chico ya ha preguntado en dos ocasiones si puede entrar. Esta vez ha sido Theodora quien se lo ha negado. No confía en él. No lo quiere cerca de Wyatt. Aun así, sé que se arrepiente. La noche de Navidad la vi llenando un cuarto calcetín con algunos de mis juguetes de infancia que había hallado en la buhardilla».

Se le quebró la voz mientras pasaba la mirada sobre el resto del párrafo. Pedyr no necesitó que continuara leyendo; recordó ese invierno a la perfección. Se había despertado en la rectoría abuhardillada donde dormía, con los músculos agarrotados después de pasar otra noche temblando en el catre. Había entrado a la capilla entre tambaleos para toparse con las ventanas cubiertas de escarcha, y un calcetín colocado sobre el altar. Había sido como una comunión sagrada, una ofrenda reticente llena de pequeños hombrecitos verdes con armas, yoyós de plástico y dulces envueltos en papel de aluminio.

La tradición continuó durante los años posteriores. Se despertaba todas las Navidades con un

calcetín lleno de chucherías, como si de una culpabilidad envuelta en calceta se tratara. Había pasado el resto de la solitaria mañana de pie frente a la orilla congelada del estanque, con los pies metidos en unas botas que le quedaban dos tallas más grandes. Había ido dejando que los regalos se hundiesen uno a uno bajo el hielo. No quería cromos de béisbol, ni coches de juguete ni yoyós amarillos llenos de nudos.

Lo que quería era una madre a la que recordar. Un hogar cálido.

—«La hermana de Theodora llama todos los días —continuó leyendo Wyatt, y Pedyr se sobresaltó al oír el crujido de una página al pasar—. Dice que ha visto lo peor en sueños, que hay algo en el bosque que habla con el chico. Que pronto abandonará su hogar en las sombras para venir a por todos nosotros. Joseph Campbell y el resto dicen que se trata de un regreso a las antiguas tradiciones. Comentan que lo único que aplacará a esa oscuridad de otro mundo es una ofrenda, pero yo no lo tengo tan claro. Lo que sí tengo claro es que el chico va a seguir creciendo si se lo permito. Un día, su confusión se tornará rabia y querrá vengarse de lo que se le ha hecho. Tengo en mi mano acabar con todo, amordazar las fauces del infierno y librarme del chico de un plumazo. Pero ¿qué será de mí si mato a un niño, si vuelvo a empezar el ciclo?».

—Para —dijo Pedyr, y Wyatt obedeció. Cerró el diario con cautela, como si fuera a desmoronarse en sus manos o los bordes de las páginas fueran a desollarla. No alzó la vista para mirarlo mientras recorría con los dedos el pelícano grabado que había en la cubierta de cuero.

—Qué raro —dijo ella, con un hilillo de voz tan tenue que Pedyr tuvo que esforzarse por oírla—. Siempre había pensado que Billy Deacon era tu padre. ¿No es absurdo?

En ese momento sí que alzó la vista para mirarlo, y Pedyr descubrió que parte de su cautela había desaparecido. Ahora, en su lugar había algo sumiso y suplicante. Sabía qué era lo que quería Wyatt: una explicación a las páginas y páginas de entradas similares que era muy probable que hubiese hojeado en el piso de arriba. Quería respuestas. Quería confesiones. Quería desvelar sus secretos, desmadejarlos, desacreditarlos por completo hasta dejarlo del todo desnudo y desgastado.

No se lo iba a permitir.

—Tenía ojos azules, como los tuyos. —La voz de Wyatt reverberó en el turbado silencio del sótano—. Venía todos los años para la cumbre, y nosotros pasábamos todo el verano evitándolo como si fuese la peste. Si te veía por la casa, empezaba a tirarte de las orejas con tanta fuerza que te las dejaba rojas para el resto del día. —Wyatt clavó la uña del pulgar en el estigma en relieve que destacaba en el pecho emplumado del pelícano—. Antes creía que tenía que ser terrible tener un padre así, que quizá no fuese tan malo que te ignorasen.

Pedyr no se había dado cuenta de que había comenzado a morderse los carrillos hasta que notó el sabor a sangre. Tragó saliva y le pitaron los oídos.

—Nunca lo cuestioné —añadió Wyatt, al ver que él se la había quedado mirando—. Nunca me

cuestioné nada.

—Mi padre está muerto. —Una confesión que había sonado como poco más que un chirrido.

—¿Y tu madre?

Esperaba que Wyatt se lo preguntase. Era lo normal después de lo anterior. No obstante, le afectó de igual manera. No podía hablar con Wyatt Westlock sobre su madre. Pedyr no podía confesarle que solo era capaz de evocarla en forma de sombras, de siluetas, del zumbido de una nana que casi había olvidado.

No podía confesarle que no conseguía recordar su nombre.

—No quieres hablar del tema. —Wyatt lo examinó a través de los haces inclinados de luz de luna y consiguió leerle los pensamientos con demasiada facilidad—. Lo entiendo. No tienes por qué hacerlo. Hablemos mejor sobre James. Hoy he tenido una conversación muy interesante con él.

A Pedyr se le heló la sangre. Lo sabía. El tintineo incesante del teléfono que lo había despertado la primera vez. El teléfono que no funcionaba. El que no tenía línea. El diario, su madre y el puño de Billy Deacon desaparecieron de su mente, se alejaron en el momento en el que su mundo dio un vuelco. Wyatt se acercó, ajena a la manera en la que Pedyr se había puesto a jadear.

—Tenía muchas cosas que contarme.

—Típico de James —admitió él, aunque lo hizo con voz constreñida.

Ella bajó la vista al colgante que le rodeaba el cuello y no la apartó.

—¿No quieres saber lo que me dijo?

—No.

Lo que quería era que dejase de mirarlo, agarrar aquel pequeño botón azul que hacía las veces de colgante y ocultarlo. No quería volver a oír el nombre de James Campbell.

—Al principio no lo creí —continuó Wyatt—. James siempre ha sido muy buen mentiroso. Pensaba que todo formaba parte de una de sus bromas tan elaboradas. Pero luego recordé que mi padre guardaba estos diarios. Por eso me puse a buscar en ellos. Si James me estaba mintiendo, encontraría la respuesta en sus páginas.

—Déjame adivinar —dijo Pedyr con voz ronca—. Los diarios de tu padre te han dejado con más preguntas que respuestas.

—Solo me han dejado con una pregunta. ¿Me matarás si te libero de esas ataduras?

Sintió las palabras como una corriente eléctrica que le recorriese la espalda. Lo dejaron estupefacto. Tendría que haberse enfadado porque, después de haber pasado tantos años protegiendo su mayor secreto, se habría desvelado al fin sin que él hubiese hecho nada. Pero en lugar de eso sintió alivio, como si le hubiesen quitado un peso del pecho.

Ahora que sabía la verdad podía contárselo todo. Podía contarle cómo había muerto tantas

veces que la mismísima muerte formaba parte de él. Cómo acabar convertido en polvo ya no significaba nada para él. Pero imaginarse a Wyatt bajo su control era algo muy diferente. Era como una fantasía afilada y dolorosa, como tener un cuchillo clavado entre las costillas.

Quería contárselo todo, pero su instinto se equivocaba. Ella no era su confidente, era su sacrificio. Y esa fue la razón por la que hizo lo que siempre había hecho: se quedó en silencio.

Dicho silencio no era confirmación de nada. Justo debajo de él, Wyatt respiró hondo, con brusquedad y nerviosismo, como si acabasen de empalarla.

—¿Y qué me dices de la última noche que pasé en Willow Heath? ¿Planeabas matarme entonces?

Aquel incidente final y todo lo que había ocurrido después aún le quitaban el sueño. Recordó las últimas horas que habían compartido, encogidos de miedo, el silencio sobrenatural de la arboleda, los tres tumbados uno al lado del otro sobre un lecho de pinocha.

El cuchillo en su bota. El nudo en su garganta.

Los dedos de Wyatt avanzando entre titubeos por la oscuridad que lo cubría.

Todos los años que había pasado la bestia susurrándole en la mente, todo el tiempo que había ansiado la libertad..., pero aquella noche lo único en lo que había podido pensar era en lo bien que encajaba la mano de Wyatt en la suya. Y cuánto le había gustado la manera en la que los miraba James con esos ojos sagaces de obsidiana.

Anhelos estúpidos e infantiles. Había pagado un precio demasiado alto por ellos.

«Cobarde —se había mofado la bestia en el bosque cuando Wyatt se había marchado—. Cobarde —la había oído burlarse en la brisa, en el retumbar de los truenos—. Has dejado que se escapase y ahora nunca volverás a ver a tu madre».

—Esa noche llevabas encima un cuchillo —afirmó Wyatt al ver que Pedyr tardaba mucho en responder—. Lo recuerdo.

La boca se le quedó seca como el algodón. Pedyr parpadeó, momento en el que le sobrevino un recuerdo muy vívido de James:

«Pedazo de cabrón. Te matarán si te ven con eso».

—¿Querías usarlo conmigo? —preguntó Wyatt, que no se había dado cuenta de cómo él se estaba enfrentando a sus fantasmas.

Se había colocado insoportablemente cerca, tanto que lo mareaba. Los dedos de Pedyr se retorcieron en las cadenas mientras la voz de James seguía resonando en sus pensamientos.

«¿Qué se supone que ibas a hacer con eso, eh?».

No le gustaba recordar lo rápido que se había desarrollado todo, y tampoco evocar cómo la nariz de James había crujió bajo su puño, ni cómo las flores empezaron a brotar en plena medianoche bajo las lágrimas de Wyatt. Un acto impulsivo e irreflexivo que le había hecho perder a James y a Wyatt al mismo tiempo. Ahora era mayor. No tenía amigos y estaba famélico.

Había pasado años reforzando las partes más débiles de su personalidad, dejando que se le osificara el corazón. No iba a cometer el mismo error dos veces.

Bajo él, se percató del primer atisbo de dolor en la mirada de Wyatt.

—La noche antes de que me marchase había luna de sangre. Tú fuiste quien insistió en que fuésemos a la capilla para ver el eclipse. No se te podía llevar la contraria y, ahora que lo pienso, aquello tendría que haber sido el primer toque de atención, porque nunca te había visto tan convencido de algo.

Otro instante en silencio. Wyatt volvió a alzar la vista para mirarlo, a la espera de que hablase, examinándolo sin parpadear, quebrantando sin esfuerzo alguno su entereza. Él se limitó a mantener la mirada fija en un punto sobre la cabeza de ella, con los dientes apretados, decidido a permanecer en silencio aunque le costase la vida. No iba a confesar. No quería arriesgarse a asustarla.

No ahora que todo estaba tan cerca de terminar.

—James dice que va a tener lugar otro eclipse dentro de dos semanas y media —continuó ella, a pesar de su silencio—. Dice que lo que sea que haya en el bosque exige una luna de sangre y una ofrenda. —Volvió a abrir el diario y apartó con el pulgar un pedazo de trébol mientras pasaba párrafos y párrafos de la caligrafía descuidada de su padre—. Mi padre escribió justo lo mismo en su diario. ¿Dónde estaba? Lo acabo de leer... Aquí. «Comentan que lo único que aplacará a esa oscuridad de otro mundo es una ofrenda». —Y cerró el diario de repente, un ruido que hizo que Pedyr se sobresaltase—. ¿Es lo que creo que es? ¿Estás pensando en usarme como algún tipo de sacrificio ritual?

La voz de Wyatt se quebró al pronunciar las últimas palabras, como si le hubiese costado mucho decirlo en voz alta. «Sacrificio ritual». Durante todos los años que había pasado en cautividad, Pedyr se había esforzado por entrenar su cuerpo para provocarle un entumecimiento sobrenatural. Pero ahora que ella estaba allí, lo sentía todo. Sentía el roer hueco de su estómago y los pinchazos de las agujas en los brazos, la lentitud con la que se le atrofiaba el tejido muscular y los latidos erráticos de su corazón. Estaba seguro de que Wyatt lo había oído en aquel silencio.

—Si vuelve a sonar el teléfono, no respondas —dijo él.

La frustración hizo que el rubor se apoderase de las mejillas de Wyatt.

—No entiendo nada. Antes me has dicho que quieres que trabajemos juntos y que Willow Heath necesita una bruja para mantener las salvaguardas. No puedo hacerlo si estoy muerta.

—No —admitió—. No puedes hacerlo.

—¿Entonces qué quieres? ¿Qué vas a conseguir cuando me mates?

¿Qué importaba si se lo decía? Qué importaba. Si ni siquiera iba a intentar usar la magia de los Westlock, si no iba a hacer nada para ayudarlo, era muy probable que acabasen muertos antes del final. La granja moría poco a poco. La bestia estaba a la espera. Podían considerarse acabados.

—Quiero volver a casa —dijo él. La verdad había brotado de su interior a duras penas, como un hilo que atravesase una aguja demasiado pequeña. Wyatt dio un paso atrás, como si le hubiesen dado una torta. El polvo se agitó a su alrededor y formó patrones geométricos en el aire.

—A casa —repitió.

Pedyr sintió una punzada de rabia en el estómago, una que parecía memoria muscular. Era la rabia justificada de un niño a la orilla del estanque tirando al agua los soldaditos.

—¿De verdad creías que Willow Heath era mi hogar?

—Lo era. —La voz de Wyatt sonó descarnada—. Era el hogar de todos nosotros.

—Y eso lo dice la chica que vuelve cinco años después con un bidón de gasolina y una cerilla.

—No —espetó ella—. No finjas saber por qué lo hago.

Pedyr podría haberle dicho que estaba muy equivocada, que la había estudiado durante tanto tiempo, durante tantos años, que la conocía igual que un marinero conocía la mar. Que sentía sus cambios de humor igual que un farero notaba molestias en las rodillas cuando se avecinaba una tormenta.

En lugar de eso, se limitó a apretar los dientes y dijo:

—Lo mismo te digo.

Vio el destello de la determinación en su mirada un segundo antes de que se moviese, como el brillo plateado de las hojas de los árboles durante la lluvia. Wyatt extendió la mano hacia él, cerró los dedos alrededor del colgante y tiró con fuerza. El cordel se le clavó en la nuca, cuero contra piel endurecida, con la fuerza suficiente como para que Pedyr soltase un gemido entre dientes.

Tendría que habérselo imaginado. Claro que Wyatt lo iba a reconocer. Había guardado aquel pequeño botón de plástico durante años. En el bolsillo. En la bota. En la superficie llena de grietas de su altar. Era un pequeño trofeo azul que llevaba como si fuese una moneda de la suerte. Ahora no tenía ningún lugar donde esconderlo. El cordel de cuero colgaba inerte del puño de Wyatt, perverso e irrefutable. A pesar del rumor de la sangre que batía su cabeza, Pedyr oyó el precioso murmullo de su voz.

—Esto me pertenece.

No era una pregunta, por lo que él no respondió.

—Dios. —Wyatt abrió los dedos y miró el pequeño botón azul sobre la palma de la mano. Pedyr le había hecho un agujero en el medio, lo que lo había dejado plano y liso como una arandela. Cuando volvió a hablar, Wyatt formuló la pregunta con tranquilidad—. ¿Fue real todo lo que vivimos?

La pregunta se le clavó en las entrañas. «¿Fue real todo lo que vivimos?».

Pedyr pensó en las estrellas desplazándose sobre ellos, en la mano de Wyatt contra la suya. En

el latido intenso de su corazón contra la punta de sus dedos y en cómo había creído que quizás otra vida en la cara equivocada de los cielos no habría sido tan insufrible si hubiese estado junto a Wyatt y a James.

Pensó en el precio que había pagado al final por aquel titubeo.

—No —respondió, y lo decía en serio—. Creíste lo que yo quise que creyeras.

Los ojos marrones de Wyatt se deslizaron para mirarlo, y Pedyr vio el tenue relucir de las lágrimas acumulándose en los párpados inferiores. En el exterior, el viento arreció. Lanzó las semillas aladas de los sicomoros contra los cristales de las ventanas, que resonaron con un repiqueteo enajenado.

«Al menos no se pone muy fea cuando llora —había dicho James en una ocasión mientras la veían marcharse a través de los árboles, con las palmas de las manos rojas de las quemaduras que se había hecho al caer al suelo—. Estalla en lágrimas unas diez veces al día. Seguro que practica el gesto delante del espejo».

Ahora no había estallado en lágrimas.

Se había limitado a cerrar el puño alrededor del botón y a soltar el aire poco a poco, con tranquilidad.

—En ese caso, que ahí te pudras —fue lo único que dijo.

5

WYATT

La madre de Wyatt le había contado una vez que crecer era como cuando las serpientes mudan la piel, que cambiabas un poco cada vez que lo hacías, que adquirías patrones y pigmentos diferentes y dispuestos de otra manera. Wyatt no se había olvidado a lo largo de los años, durante los que se había imaginado a sí misma perdiendo pedazos de piel cada vez que soplaban las velas de una tarta de cumpleaños.

Cuando se graduó en el instituto, dejó atrás muchas cosas. Willow Heath y todos sus recuerdos. Los aparatos que había llevado el primer año. Las pequeñas lucecitas nocturnas con las que había dormido hasta su decimosexto cumpleaños. Retazos de juventud que había descartado como si fuesen basura a medida que se hacía mayor y perdía interés en ellos.

Pero no Osito. Osito se quedó con ella. La acompañaba al campamento de *softball*. A las fiestas de pijamas. A los encuentros de futuros alumnos de su universidad, metido en el pequeño bolsillo lateral de su morral, con la cabezota doblada contra la pelusa aterciopelada de su vientre.

Era un oso feo, viejo y raído, con una costura en la barriga, donde en una ocasión se le había salido el relleno. Se había llevado la peor parte de los berrinches de Wyatt en aquella época. Ella vagaba entre claros y colinas arrastrándolo, y el suave terciopelo a menudo se quedaba enganchado en las lustrosas zarzas o en arrancamoños. Baño tras baño y remiendo tras remiendo, Osito se había convertido en una criatura informe e inidentificable mucho antes del décimo cumpleaños de Wyatt.

«Eres demasiado mayor para tener un peluche», le había comentado James aquel verano en el que acababa de cumplir once años y se sentía demasiado vanidoso como para seguir jugando a los piratas. Se había dedicado a tirar piedras al arroyo, y la orilla estaba empapada de agua de lluvia mientras la corriente discurría a toda velocidad. James se había posicionado encima de una roca mientras agarraba a Osito por una de esas patas deformes. Wyatt, que no alcanzaba a recuperarlo desde abajo, intentaba contener las lágrimas.

«Devuélvemelo —había exigido mientras daba un pisotón—. Le estás haciendo daño».

«Pero si no es más que una bola de relleno —había comentado James—. No tiene sentimientos. ¿No estás cansada de comportarte siempre como una niña pequeña?».

Peter estaba sentado y apoyado contra un abedul imponente cerca de ellos. Los miraba, pero no hacía ademán de intervenir. A Wyatt también le habían dado ganas de gritarle. Por no ponerse de su parte. Por no decirle a James que la dejase en paz. Por sus silencios constantes e intolerables.

Finalmente, y con la seguridad de estar haciendo lo mejor para ella, James tiró a Osito al arroyo. Wyatt se lanzó al agua detrás de él, vadeándolo con la corriente por los tobillos hasta llegar a los rápidos, donde vio cómo su peluche se perdía fuera de su alcance. Se dejó caer de rodillas allí mismo, en el agua superficial, y unas lágrimas enormes empezaron a resbalarle por las mejillas.

James y Peter la habían dejado allí sola, el primero mientras no dejaba de llamarla «niñita» y el segundo sin pronunciar palabra e impertérrito, con las manos metidas hasta el fondo en los bolsillos. Ella no se movió del lugar donde se encontraba en el arroyo. No lo hizo al notar que bajaba la temperatura. Tampoco cuando vio que un cúmulo de nubes negras se acercaba y que los cielos empezaban a resquebrajarse. Cuando al fin llegó a casa entre tambaleos, húmeda y tiritando, recibió una fuerte reprimenda, un baño caliente y la mandaron a la cama sin cenar.

Ya era de noche cuando consiguió volver a su habitación, con la piel rosa de tanto frotarse y el pelo trenzado. Para su sorpresa, Osito estaba sentado sobre su cama, apoyado contra la pila de almohadas con volantes. Estaba empapado y lleno de barro, con la pesada cabeza colgando a un lado.

Había perdido uno de los botones azules que eran sus ojos.

Wyatt se despertó sobresaltada, como si la hubiesen arrastrado de repente fuera de un sueño lúcido para llevarla hasta el ambiente viciado y confuso del salón. El antiguo sillón orejero crujió al moverse, con los botones floreados ocultos bajo el antimacasar de tela. La luz se proyectaba inclinada a través de las cortinas de terciopelo, lo que cubría toda la estancia de un tono amarillento algo extraño. Wyatt tenía en la palma izquierda abierta el botón perdido de Osito, de cuyo centro colgaba el cordel que lo atravesaba.

No sabía qué era lo que la había despertado, solo que había recuperado la conciencia con tortícolis y los pies dormidos, así como el corazón desbocado en el pecho. Aguzó el oído y oyó el movimiento primordial de la casa, el silencio demasiado intenso que venía del otro lado de la puerta del sótano abierta.

Y allí estaba de nuevo, un ruido similar al aullido de un fantasma, uno solitario e incorpóreo que hizo que se le erizase el vello de los brazos y le aceleró el pulso. El grito se extendió por toda la casa y reverberó en el panelado de pino de las paredes, hasta que Wyatt fue incapaz de saber si venía desde kilómetros de distancia o desde la estancia contigua. Se puso en pie de repente cuando un segundo alarido se unió al primero. Con el tercero, ya había llegado al pasillo, tras haber dejado el botón de Osito a buen recaudo en el bolsillo de los pantalones.

Al bajar al sótano, la casa entera estaba inundada con el aullido descontrolado de los perros. Peter seguía donde lo había dejado, con los brazos encadenados sobre la cabeza y una mirada acuosa, reluciente y atenta.

—¿Qué es eso? —exigió saber Wyatt sin miramientos—. ¿Coyotes?

—Son lobos —respondió Peter. Miraba hacia la ventana y seguía con la mirada a una araña pálida mientras giraba en una de las telas enmarañadas del cristal.

—No hay lobos en Willow Heath desde hace años.

—Los lobos van a los lugares donde hay comida —aseguró él—. Ahora que nadie cuida del vergel, los ciervos han vuelto a acercarse. Y donde hay presas, hay depredadores.

A Wyatt no le gustó la manera en la que lo dijo, como si en realidad fuese una advertencia. Estuvo a punto de comentárselo, pero justo en ese momento la interrumpió otro aullido. En la distancia, se oyó un gañido quejumbroso y conclusivo. No había sido el grito victorioso de una criatura que mata a otra, sino el ladrido lastimero que precedía a la muerte. El sonido hizo que se le erizasen los pelos de la nuca.

—Es demasiado temprano para que salgan los lobos —aseguró Wyatt—. No deberían estar ahí fuera.

—Eso es porque no estaban cazando. —Peter le devolvió la mirada, con ojos fríos como el hielo—. Sino que los estaban cazando a ellos.

Wyatt notó cómo la frialdad de las palabras le recorría todo el cuerpo. La dejó estremeciéndose en la oscuridad. No dejaba de oír lo que su padre había escrito en el diario: «Comentan que lo único que aplacará a esa oscuridad de otro mundo es una ofrenda». En la ventana, una mosca había quedado retenida en la trampa de la araña. No dejaba de tirar e intentar zafarse en vano, enredada en la gasa pegajosa de la telaraña.

Wyatt preguntó, con inquietud en la voz:

—¿Qué daría caza y acabaría con una manada entera de lobos?

Fuera cual fuere la respuesta que hubiese dado Peter, jamás llegó a oírla. Volvió a resonar un golpe contra la puerta principal del piso de arriba. Se miraron durante unos instantes en la penumbra.

—No abras —ordenó Peter, pero ya era demasiado tarde. Wyatt se encontraba a medio camino de las escaleras.

—Podría ser James.

—No lo es. —La voz de Peter subió las escaleras tras ella, seca como una hoja marchita.

Resonó otro golpe, nudillos que repiqueteaban con ritmo contra la gran puerta de la granja. Avanzó por el recibidor con sus gruesos calcetines de lana y se golpeó el codo contra el aparador. Vio frente a ella la mitad superior del cuerpo de un hombre, recortada a la luz natural contra la cortina de macramé. La esperanza se apoderó del pecho de Wyatt por primera vez desde que había regresado a Willow Heath.

Un tercer golpe y luego silencio, mientras ella abría la puerta.

—Ya era hora de que... Ah.

Quien estaba en el porche no era James Campbell. Era un desconocido. Un hombre de mediana

edad, de hombros encorvados y que le recordaba a un ave, debido a lo afilado de sus rasgos y a la manera en la que sus manos blancas como la leche se aferraban al mango de un paraguas, como si de unas garras se tratara.

Ladeó la cabeza al verla.

—¿Llego tarde?

El graznido de un cuervo que estaba en el tejado enfatizó la pregunta. El ruido descendió por la chimenea y convirtió la casa en una cámara de eco. Rasguñó las paredes y le arrancó un escalofrío. Wyatt no tardó en apoyarse en la puerta, momento en el que la cerradura se le clavó a la altura de la cadera.

—Esperaba a otra persona.

—Ah, entiendo. —Tenía un acento irreconocible en el que destacaban unas consonantes muy aflautadas—. Sé que se trata de una visita inesperada. Soy un viejo amigo de tu padre. Era un guardabosques excepcional. Todos los Westlock lo han sido. Me gustaría darte mi más sentido pésame.

—Gracias —dijo Wyatt. No le gustaba la manera en la que el tipo la miraba, con esos ojos parecidos a los de un ave y relucientes como cuentas—. ¿Puedo ayudarlo con algo?

—¿Puedes? Supongo que eso está por ver. Busco a alguien. —Alzó la mirada hacia el dintel, donde un majuelo reseco colgaba de un clavo oxidado. Las ramitas quebradizas estaban atadas con un cordel y los pétalos, antaño blancos, se habían convertido en una mancha sepia.

Una salvaguarda contra la oscuridad, pensó. Era lo que había dicho Peter. Igual que el arbusto de *Cephalanthus occidentalis* que había en la valla. Algo así tendría que haberla reconfortado, pero solo sirvió para despertar su intranquilidad, para que esta empezase a chisporrotear enfermiza por sus entrañas. Allí, frente a ella, había un desconocido al amparo de la oscuridad. Y le acababa de abrir la puerta.

—¿A quién busca?

—A un inmortal —comentó el desconocido, que no había dejado de mirar la flor de mayo—. Un chico. O puede que un joven a estas alturas. Supongo que habrá crecido con los años.

Un inmortal. Un inmortal. Las palabras le recorrieron las entrañas hasta enraizarse. No podía referirse a lo que Wyatt estaba pensando. Peter no era inmortal. Los inmortales eran criaturas solemnes. Sabias. Peter era la persona más infantil que había conocido jamás. Era taciturno, desorganizado e ingenuo hasta decir basta.

Tragó saliva para deshacerse del nudo que se le había formado en la garganta.

—¿Qué más sabe sobre él?

Una sonrisa, falsa y afilada, que hizo que Wyatt deseara no haberle abierto la puerta.

—Pobre. Supongo que todo esto te resulta un tanto chocante. Me han dicho que eras muy amiga del joven. Seguro que tienes muchas preguntas. Puedo contarte todo lo que quieras saber.

De dónde viene. Cuál es su propósito, aquí en Willow Heath. Qué tipo de bestia le susurra al oído cuando el bosque toma aliento.

Otra vez esa bestia. La acababa de mencionar, igual que los hombres de la valla. Se oyó el graznido de otro cuervo. Wyatt miró detrás del desconocido y vio cientos de aves negras hacinadas en las ramas del sicomoro frente a la casa. Se acicalaban las plumas y chasqueaban los picos, mientras la examinaban con la misma perspicacia intensa que el hombre que se encontraba en el porche. Sintió un escalofrío al ver esas miradas imperturbables.

—Entre —dijo ella por impulso—. Hablemos dentro.

La sonrisa del desconocido desapareció de su rostro. Levantó el paraguas y lo giró, al tiempo que inspeccionaba la protuberancia lisa que era el mango.

—¿Crees que está bien invitar a un desconocido a tu casa?

—Puede que sí —aseguró ella—. O puede que no.

Wyatt volvió a mirar el majuelo. Un recuerdo se apoderó de ella: su padre inclinado sobre un entramado de hojas en el invernadero, con una pipeta de vidrio en su mano ensangrentada, llena de un líquido negro con reflejos carmesíes. Solo unas gotas en la tierra y las flores habían brotado blancas. ¿Cómo lo había llamado Peter? ¿Labranza hemática?

Pensó, aunque no quisiese hacerlo en realidad, en el agua derramándosele entre las manos. La sangre en el suelo y los pétalos cada vez más abiertos de las flores verdeazuladas. Esa voz, terrible y ahogada: «Wyatt, zorra. ¿Qué cojones me has hecho?».

Dio un paso a un lado y dejó sitio en la entrada. Tenía la esperanza de que su instinto no se la jugase.

—Cualquier amigo de mi padre es bienvenido en esta casa.

El tipo tocó la madera con la punta del paraguas. Una vez, dos, tres. Cuando el remate de plata llegó hasta el umbral, se oyó un siseo y lo retiró al momento. Se echó atrás, sacudiendo la mano como si se hubiese electrocutado. La sonrisa se le tornó un mohín, uno muy cortante.

—Las salvaguardas no durarán para siempre. —Había pronunciado la advertencia en un gruñido—. Un pajarito me ha dicho que no has estudiado el oficio de tu familia. Si nadie se encarga de los jardines, se marchitarán hasta morir. Cuando lo hagan, volveremos para reclamar al chico.

—¿Volveremos? ¿Quiénes?

Justo en ese momento, las aves alzaron el vuelo entre aleteos y ocultaron el sol tras un agitar de plumas negras. Hendieron el silencio con el inquietante estruendo de sus graznidos aserrados. En el porche, el hombre estalló en un revoltijo de plumas, para luego empezar a aletear en dirección a las alturas mientras soltaba un grito cuajado de sangre. Wyatt se quedó a solas con el corazón acelerado, sin apartar la vista del lugar en el que había estado aquel hombre hacía un momento.

6

WYATT

Hubo una época en la que Wyatt creyó que iba a pasar toda la vida en Willow Heath. Arrullada por la brumosa abulia del estío y aún lo bastante joven como para permanecer ajena a toda lógica, pasaba las tardes soñando con un futuro doblegado a sus caprichos. Su plan era el siguiente: tener caballos en el establo. Puede que un unicornio, si conseguía hacerse con uno en algún momento. Vacas en el prado. La casa llena de gatos y un chuchito enjuto y pequeño; un duende en la cocina que armase un poco de escándalo. Media docena de niños asilvestrados, y Peter en la carpintería. James visitándolos en las vacaciones, con muchos regalos bajo el brazo.

«No vamos a jugar a las casitas —recordó que le había espetado James, con la espada de madera a medio desenvainar y un rasguño en la mejilla—. Peter no es tu mayordomo, es mi mejor general y estamos en mitad de una batalla».

Cerca de ellos, Peter contemplaba el bosque con rostro lívido. Ese día en particular, Wyatt había pensado que se había quedado prendado por el juego de James, que se había imaginado tocando un flautín militar al ritmo constante de los tambores de guerra. Pero ahora sabía lo que había ocurrido en realidad.

Había oído algo que venía del bosque.

Nada de lo que había descubierto sobre Peter casaba con la imagen que tenía de él en su infancia, con lo que recordaba y con los momentos que atesoraba. Por mucho que lo intentase, no era capaz de imaginárselo como algo peligroso. Para ella, no era más que el chico en su ventana, con ese rostro iluminado de plata bajo el cielo encapotado, esa sensación de un primer beso permeando el ambiente que los rodeaba.

Había ocurrido aquel último verano en la granja. Wyatt había llegado a casa tras pasar un año en St. Adelaide y se había encontrado a Peter esperándola en el gran sauce que había junto a la ventana de su habitación, descalzo y aburrido como una ostra, soplando una flauta de pan improvisada que había hecho con juncos y paja.

«Llegas tarde», había dicho él. Y nada más.

James atravesó la puerta delantera dos días después, con *jet-lag*, quejándose y espantando moscas a manotazos con la concentración de un jugador de tenis. Aquel verano, no había llevado la típica maleta llena de baratijas robadas. Tan solo una bolsa llena de chucherías y una baraja de cartas.

Había aprendido muchos juegos estando en el colegio, y se tomó su tiempo para enseñárselos mientras repartía las chucherías. En lugar de jugar a la guerra, batallaron con las cartas. En lugar de jugar a los piratas, lo hicieron a un juego de beber que usaba las cartas. En lugar de jugar a los vikingos, jugaron al veintiuno. Se escondían en la capilla con pilas y pilas de chocolate con leche y golosinas ácidas. Apostaron aquella divisa que tenían poco a poco, discutiendo como urracas cada vez que ganaban, hasta que se quedaron sin chucherías, les empezó a doler la barriga y James les enseñó el último juego que había aprendido.

«Se llama “aspirar y soplar”. —Un comodín apareció entre sus dedos y les sonrió desde el estrecho asiento de un monociclo—. Es el más fácil de todos. Te pones la carta en los labios y la aspiras. Cuando la persona de al lado se la lleve a la boca, soplas».

«¿Y si se cae?», había preguntado Wyatt.

Los ojos de James brillaron de júbilo.

«No puedes dejarla caer».

Él había sido el primero, apoyado sobre los nudillos para inclinarse sentado hacia Wyatt. Ella había sentido su aliento, el lustre de la carta cuando se la había depositado en los labios. Luego, ella se había girado al instante hacia Peter, con un nudo en el estómago. Lo había encontrado esperándola, con un gesto que denotaba reticencia. En realidad, esperaba que la rechazase, que la avergonzase y terminase el juego antes de comenzar siquiera. Para sorpresa de Wyatt, Peter le había seguido la corriente y había aceptado la carta para luego girarse a toda prisa hacia James.

Y habían seguido así. Dando vueltas mientras James cacareaba de puro deleite. Él fue quien dejó caer la carta durante la cuarta vuelta. Wyatt solo tuvo tiempo de parpadear una vez, sorprendida, antes de que la boca del chico se pegase a la suya. Lo recordaba como un momento de sobresalto a cámara lenta, con la boca cerrada y los ojos muy abiertos, con la lengua aún dolorida por la acidez de una de las chucherías. Había pasado tan solo un segundo antes de que James se apartase y empezara a reír.

«Lo sabía», había dicho, como si hubiese confirmado algo.

En el suelo junto a Wyatt, Peter se había abalanzado hacia él. Tenía las manos cerradas en sendos puños en los costados, y un rubor intenso le había cubierto la garganta. Al ver la sonrisa de James, se había dado la vuelta para dirigirse hacia la puerta.

«Me voy. Este juego es una tontería».

«Espera, Peter —había dicho Wyatt, que gateó tras él, con punzadas de acidez en el estómago—. Espera. ¿A dónde vas?

Pero él no le había respondido. Se había limitado a salir a la arboleda y a desaparecer entre las ramas peladas de los pinos.

«Deja que se marche —había dicho James mientras se dejaba caer en uno de los bancos—. Si quiere comportarse como un niño pequeño, pues él sabrá».

Wyatt no había vuelto a ver a Peter hasta mucho más tarde esa misma noche, después de que su madre la mandase a apagar las luces. Recordaba que hacía calor y no había brisa alguna, que el cielo por fuera de su ventana abierta titilaba con el fulgor pálido de los relámpagos. Se enderezó de repente en la cama cuando vio que una silueta saltaba de una rama y aterrizaba en el alféizar de la ventana.

«No se lo tengas en cuenta —dijo Wyatt, segura de que se trataba de Peter—. James siempre intenta hacerte rabiar. Ya sabes cómo es».

En el otro extremo de la estancia, Peter permanecía inescrutable en la oscuridad. La mera sombra de un joven. Wyatt salió de la cama, atravesó la habitación y se subió al alféizar junto a él.

«Odio cuando nos peleamos», le había dicho.

Dos lunas pálidas y argénteas se deslizaron hacia ella.

«No nos estamos peleando».

«Pues parece que sí».

Peter no había respondido. No en ese momento. En lugar de eso, se había hecho con un conejo de pana blandito que había en la pila de animales que descansaba junto al alféizar. La cabeza demasiado grande del conejito no dejaba de balancearse de un lado a otro, con esas orejas de satén que le rozaban los nudillos de los puños cerrados.

«¿Qué sentiste? —le había preguntado Peter—. Cuando te besó».

«Pues sabía a limón», había respondido ella, bajo otro resplandor estroboscópico blanco del cielo.

«¿Y te gustó?».

El corazón de Wyatt latió sombrío entre las costillas. Aquello era algo nuevo para ella, ajeno e incómodo.

«Peter —había empezado a decir, para intentar que él la mirase—, solo fue un juego tonto».

Wyatt no lo había visto inclinarse hacia delante debido a que estaba sumido en aquella oscuridad aterciopelada. Solo sintió el cauteloso roce de sus labios en las comisuras de los de ella. Y de los labios de Wyatt brotó un único aliento entrecortado. Al otro lado de la ventana abierta, las nubes de tormenta acechaban en el horizonte. Cuando se oyó el primer retumbar, Peter se separó de ella y se giró hacia el temporal.

«Mañana habrá luna de sangre», había dicho, como si no hubiese ocurrido nada fuera de lo normal. Pero estaba claro que había tenido lugar algo extraordinario. El ambiente estaba electrificado, y la noche bullía a su alrededor. La tormenta se había apoderado del cielo, y también de Wyatt. El corazón le atronaba en el pecho. El pulso le iba a la velocidad del relámpago. Con cuidado, con mucho cuidado, Peter había extendido la mano para dejarle el conejo en el regazo.

«No puedo hacerlo», había susurrado, con la vista fija en los árboles distantes.

Y luego se había marchado; había saltado de la ventana hacia el sauce y la había dejado estupefacta y sola, mientras las primeras gotas de lluvia empezaban a repiquetear contra los cristales.



El hombre del paraguas había llamado «inmortal» a Peter. Inmortal, como si fuese una especie de divinidad. Un dios y no un chico. Aquella noche en la ventana, a Wyatt le había parecido la persona más humana que hubiese conocido jamás.

En la cocina, cubierta por la oscuridad previa al amanecer, la carcasa amarilla del auricular del teléfono tenía cierta tonalidad azulada. Varios minutos antes, Wyatt lo había agarrado de la pared para llevárselo a la oreja. No había oído nada. No había línea. Ni estática. Nada. Había hecho lo mismo una hora antes. Y una antes de esa. El ritual estaba empezando a exasperarla.

Avanzó por las baldosas y esquivó a una adormilada Poquita. En esta ocasión, cuando levantó el auricular no se molestó en llevárselo a la oreja. Se limitó a golpearlo contra el colgador con la fuerza suficiente como para despegar de la pared la base entera.

—Esto no sirve para nada.

Le dio una patada al zócalo de la rabia, pero se hizo daño en el dedo gordo del pie contra la esquina de uno de los muebles. El golpe hizo que empezase a saltar a la pata coja y soltase una retahíla de juramentos entre dientes apretados. Poquita salió corriendo al oír que el teléfono emitía un único tintineo estruendoso. Sorprendida, y dolorida aún, Wyatt se afanó por hacerse con el auricular.

—¿James?

Solo se oía ruido de fondo. Después oyó el estruendo de la megafonía de algún lugar público. Luego, por encima de todo aquello:

—Sigues ahí.

La incredulidad estaba muy patente en su tono de voz. Sonaba como si se encontrase a años luz, a la deriva en algún lugar de un cúmulo cósmico de estrellas, un satélite que Wyatt había lanzado fuera de su órbita hacía cinco años.

—¿Cómo consigues llamar a este teléfono? —preguntó, al mismo tiempo que él decía:

—Creía que te había dicho que te marchases de allí.

Ella tragó saliva y notó un sabor amargo en la boca.

—Sí, bueno, pero no puedo.

—No puedes —repitió James—. ¿Cómo que no puedes?

—Es que no me arranca la camioneta, para empezar. Y luego está el hecho de que he visto a gente en el bosque.

Una cautela muy palpable se apoderó de la línea telefónica.

—¿Qué clase de gente?

—Nadie que haya reconocido. Unos tipos raros con túnicas que han estado deambulando por la linde de la propiedad. Y ayer un hombre se convirtió en un pájaro delante de mí. En un pájaro, Jamie, en serio.

Wyatt se quedó en silencio y esperó a que él solicitase más información, que, al igual que ella, no llegase a comprender las realidades sobrenaturales de Willow Heath. Pero se limitó a suspirar y a decir:

—Hazme un favor y no hables con nadie hasta que llegue.

Otro anuncio incomprensible resonó de fondo, y James maldijo por lo bajo. Wyatt intentó imaginarse qué aspecto tendría en aquel momento, pero lo único que le vino a la mente fue un niño enjuto en una estación abarrotada, con el pelo negro cubriéndole las orejas y un ojo morado.

—Putra suerte la mía —dijo él, y no hubo nada en el tono cauteloso de su voz capaz de evocar la imagen que le había venido a Wyatt a la mente—. Mi vuelo se ha retrasado. Problemas mecánicos. Están intentando conseguir otro avión, pero... —Volvió a suspirar—. Podría tardar horas. No lo sé. La azafata de la puerta se ha quedado pálida. No me inspira mucha confianza.

—Vale, pero...

—No te preocupes por el alcaide óseo —la interrumpió—. No es más que un charlatán. En realidad, no se transformó en un pájaro. No es más que una ilusión. Lo cierto es que es lo único que sabe hacer.

Algo amargo se retorció en el vientre de Wyatt. No le gustaba la tranquilidad con la que había dicho eso de «No es más que un charlatán», como si él y aquel extraño visitante aviar se conociesen desde hacía tiempo. Como si siempre hubiese conocido los secretos de Willow Heath mientras ella seguía sin tener ni la más mínima idea.

Le dieron ganas de clavar los talones en el suelo y exigir una disculpa, pero no quería arriesgarse a comenzar una discusión. No mientras estuviese tan lejos. No mientras todo le siguiese pareciendo tan inestable. Peter no hablaba y, si Wyatt quería respuestas, necesitaba a James para que completase las lagunas.

Luego preguntó, con más animadversión de la que pretendía:

—¿Qué quiere de Peter?

—Llevárselo, supongo. Mi padre siempre me ha dicho que el alcaide óseo tiene todo tipo de especímenes a su cargo. Y está muy interesado en Peter, por razones obvias.

Para ella no eran tan obvias, pero no lo dijo en voz alta.

—Comentó algo muy raro —continuó, y se sintió ridícula por planteárselo siquiera—. Dijo que Peter era inmortal.

Lo único que le hizo percatarse de que la llamada no se había cortado fue el rechinar

continuado del carrito de equipaje.

—¿Jamie? ¿Estás ahí?

—Deberías ir a la capilla —respondió, aunque sonaba algo distraído—. Si quieres respuestas, digo. Peter guarda cosas en ese lugar. Recuerdos. Creo que están todos debajo de su colchón.

Wyatt miró el auricular y frunció el ceño.

—¿Su colchón?

—¿Dónde crees que duerme? ¿En el suelo?

—No sabía que se estuviese quedando en la capilla.

Se oyó la cremallera de una mochila al cerrarse.

—¿Dónde si no iba a refugiarse una efigie como él?

«Efigie». La palabra le sentó como un jarro de agua fría. Sintió que unos dedos helados empezaban a recorrerle todo el cuerpo.

—Peter no es una efigie. Es... Es... —Pero no sabía qué era. Ya no. Todos los recuerdos que tenía de él se habían evaporado, y Wyatt ya no sabía lo que era real y lo que no.

La voz de James volvió a sonar muy alejada.

—Mira, no me puedo imaginar siquiera lo difícil que tiene que ser para ti aceptar todo esto. Sé que siempre te gustó.

—¿Peter? —Se le cerró la garganta—. Claro que no.

—Venga ya, Wyatt. ¿De verdad creías que estabas siendo sutil? Todo el mundo lo sabía. ¿Por qué crees que tus padres te enviaban fuera? —Se cortaba el sonido porque la conexión empezaba a fallar—. Mira, voy a llegar más tarde de lo que me gustaría, pero parece que esto mejora. —Oyó el susurro de la tela. La voz ahogada por los altavoces. Luego a James—: Tengo que dejarte. Escúchame muy atentamente, ¿vale? Si Peter se libera antes de que llegue yo..., si va a por ti..., acaba con él. Me da igual la manera. La encontrarás.

Y luego el silencio, sin despedirse siquiera. Un chasquido, y se perdió la llamada.

Wyatt se quedó paralizada en el silencio posterior, sintiendo como si hubiese fallado al pisar el último escalón de una escalera. Sentía un vuelco interminable en el estómago. Volvió a colocar el auricular en el gancho, con cuidado, como si estuviese hecho de cristal. El cable se le había enrollado alrededor de la mano, y las espirales conformaban una maraña irresoluble.

No llores —intentó convencerse mientras parpadeaba con rabia—. *No llores*.

Se puso un suéter de punto bien grueso y salió a la niebla fría y matutina del exterior. Las gallinas se agitaron por lo repentino de su aparición en el gallinero. Posado en las alturas, el gallo moteado la contemplaba con unos ojos negros como el aceite. Wyatt ignoró el gorjeo inquisitivo del animal, atravesó la valla de madera y salió al exterior, donde la neblina de la mañana se alzaba por el prado en volutas grises y fantasmales.

Willow Heath había sido un lugar muy bullicioso cuando su padre estaba vivo, pero ahora

parecía del todo abandonado. No se oía escándalo alguno. Tampoco había gente ni ajetreo. Solo Wyatt Westlock en esa mañana fría, tan silenciosa que hasta era capaz de oír los latidos de su corazón.

Avanzó a duras penas por la hierba alta, junto a casas de invitados cubiertas de hierbas trepadoras, hacia la zona más septentrional del lugar, donde se alzaba una arboleda de pinos marchita y densa. Varios ciervos que pastaban por la zona se marcharon en silencio al verla llegar, dejando tras de sí un remolino blanco de niebla como única prueba de su presencia.

Cuando Wyatt llegó a la antigua capilla de madera sintió una punzada en un costado. Las lápidas cercanas se alzaban como dientes irregulares, sin rostro y cochambrosas. Olía a cerrado en el interior. Una raíz seca se extendía entre los bancos. Avanzó por el pasillo y dejó tras de sí huellas húmedas en el suelo desigual. El ruido de su respiración era lo único que conseguía oír a medida que se acercaba al altar vacío, para detenerse justo delante de la pesada losa.

El sol de la mañana proyectó su luz en las vidrieras, que se reflejaban sobre la piedra del altar en un caleidoscopio de tonalidades rojo pálido y azul acuoso. La imagen del cristal era la de un pelícano enjuto, con el pico de punta roja y afilado como un sable, al que le habían abierto el pecho en canal.

«¿Sabíais que la gente solía pensar que los pelícanos se abrían el pecho para alimentar a su progenie con su sangre?», había comentado James en una ocasión, cuando los tres se encontraban frente a frente en el suelo frío, con la piel cubierta por aquel mosaico enjoyado de luces.

Wyatt había arrugado la nariz al imaginárselo.

«Qué asco».

«Puede ser. Pero también es una muy buena analogía de un sacrificio humano, ¿no creéis?».

Ella había girado la cabeza para mirar a James, aterrorizada.

«Pero aquí no hacen ese tipo de cosas, Jamie».

James ladeó la cabeza y alzó el mentón, con una mirada en la que parecía relucir un secreto.

«¿Estás segura?».

Más tarde, cuando el sol se ocultaba entre los árboles, se abrieron heridas en la palma de la mano con una navaja para luego unir las manos ensangrentadas.

«Siempre estaremos juntos los tres. Siempre. A toda costa».

Una promesa de película. Un vínculo de sangre. Una mentira.

Estaba perdiendo el tiempo. Allí no había nada. Solo polvo y recuerdos indeseados, el regusto empalagoso de la podredumbre y la amenaza inoportuna de las lágrimas. Había pasado veranos enteros en esa capilla, y nunca había visto indicio alguno de que alguien viviese allí.

Pero lo vio cuando se giró para marcharse: una puerta abierta, detrás del círculo de luz. No era más que una rendija, una franja de oscuridad recortada contra el nudoso panelado de madera de

pino, pero fue suficiente para que se viera obligada a detenerse. Caminó de puntillas hacia ella, lejos del resplandor del pelícano y en dirección a la penumbra.

Al verla de cerca, comprobó que la puerta encajaba a la perfección con la pared y no tenía ningún arquitrabe que indicase su existencia. La inquietud se apoderó de Wyatt. ¿Cuántas tardes se había sentado apoyada en ese mismo lugar sin saber que había algo al otro lado?

Unas bisagras ocultas soltaron un gruñido cuando empujó la puerta para abrirla del todo. Al otro lado había una habitación. Era estrecha y muy abuhardillada, con clavos oxidados y curvos que brotaban del techo. Contaba con una mesilla de noche desgastada en uno de los rincones, sobre la que había una lámpara de acampada. Un colchón de matrimonio destacaba en el suelo, amarillento y lleno de moho, con el relleno mordisqueado por las ratas.

Wyatt apenas se atrevió a respirar, pero consiguió arrodillarse y levantar el colchón. Una tarántula se escabulló de debajo a toda prisa en busca de refugio, y ella soltó un grito indigno a causa del susto. El colchón volvió a caer al suelo con un golpe húmedo. Se le erizó la piel al levantarlo por segunda vez, para luego tantear la tarima hasta que rozó varios objetos con la punta de los dedos. Los arrastró con cuidado para sacarlos de debajo.

Entre ellos estaba aquel collar de la amistad cutre que Gisella Castellanos le había dado en la escuela, con el corazón rosado de aluminio partido a la mitad. También un pintalabios que James le había regalado un verano, con las palabras «Rojo dalia» impresas en la parte inferior. También un mechero de acero inoxidable con el que se había hecho James durante su breve paso por el instituto Norrington, con la marca de cuando se le había caído durante una pelea. «Recuerdos», había dicho por teléfono.

También había varias polaroids, instantáneas del verano en el que James se había aficionado a la fotografía. Wyatt las recogió del suelo y empezó a pasarlas, hasta que tuvo que hacer una pausa cuando vio una borrosa en la que aparecían Peter y ella en el estanque del molino. Estaba sentada a horcajadas sobre sus hombros, y él le aferraba con fuerza los tobillos. Debajo de esa, apreció la imagen congelada de Peter y James en el granero, el primero con una sonrisa extraña y opresiva en el gesto y el otro con la cabeza echada hacia atrás en una de sus carcajadas habituales. La siguiente era una foto espontánea de Wyatt en el prado, de espaldas y con el cabello trenzado. Sintió una presión en el pecho, como si un globo hubiese empezado a inflarse en su interior hasta que no dejó espacio ni para respirar siquiera.

La siguiente, que tenía las esquinas arrugadas y estaba descolorida, era de Peter por fuera de la capilla. Parecía pequeño. Junto a él se encontraba el abuelo de Wyatt, con rostro serio, ataviado con una túnica negra y la mano sobre el hombro de Peter. La fecha pixelada rezaba «16/07/1992», una década antes del nacimiento de Wyatt.

«Inmortal», repitió la voz del alcaide óseo en sus recuerdos. Imposible, respondió al momento la parte lógica de su mente. Pero, a pesar de todo, tenía la prueba en la mano. La siguiente era un

pequeño ferrotipo que aparecía casi al final de la pila, en blanco y negro. En el centro de una de las imágenes se veía a Peter, con la mirada perdida y los labios apretados. Iba vestido con unos pantalones cortos hasta las rodillas y un gorro blanco de marinerito. También llevaba un palo en una de las manos. Wyatt le dio la vuelta en busca de una fecha.

Y allí estaba, a lápiz y casi ilegible: «4 de julio de 1910».

La mano empezó a temblarle. El corazón le latió tan fuerte que le dio la impresión de que se le iba a salir del pecho. *No llores*, empezó a repetir mentalmente como un mantra, aunque lo cierto era que no tenía ningunas ganas de llorar. Quería gritar. Soltar todo lo que había ido creciendo en su interior desde el momento en el que había vuelto a Willow Heath para encontrarse con Peter esperándola en el sótano.

Las puertas principales de la capilla se cerraron con un golpe, fuera de la estancia en la que ella estaba. Wyatt se puso en pie con brusquedad sin soltar las fotos.

—¿Hola? ¿Quién anda ahí?

No respondió nadie. El silencio posterior trajo consigo el rasguñar de unos zapatos. El crujido lento de la tarima. Empezó a jadear a medida que el miedo le atenazaba la garganta.

—¿Peter? ¿Eres tú?

Los cristales se rompieron y cayeron al suelo en una lluvia escalofriante. Wyatt se desplomó hacia atrás en el colchón mientras el sonido reverberaba por la pequeña estancia, con un eco que se meció entre las vigas. Todo terminó por quedar en silencio. Ella permaneció paralizada en la oscuridad de la pequeña habitación de Peter, sin atreverse siquiera a hacer ruido alguno.

No supo cuánto tiempo pasó hasta que consiguió reunir las agallas suficientes como para dirigirse a la capilla. Para aquel entonces, quienquiera que hubiese estado allí ya se habría marchado hacía mucho tiempo. El lugar de culto estaba vacío y el sol de la tarde se proyectaba inclinado en los bancos. Sobre el altar, la vidriera estaba a oscuras y opaca, como un agujero aserrado en el centro ensangrentado en mitad del pelícano, como si alguien hubiese lanzado una roca. Unos fragmentos de un blanco lechoso estaban desperdigados por el altar, moteado por aquí y por allá de esquiras rojo rubí.

En el centro de todo, colocado a la perfección en la mandíbula, había un cráneo pelado. Wyatt no tuvo que acercarse mucho para comprobar que se trataba de algo carnívoro, con un hocico alargado en el que destacaban unos dientes amarillentos y afilados. Debajo, alguien había escrito un mensaje con letras rojas. Verlo le dio escalofríos, aunque las palabras aún húmedas casi no tenían sentido. «El corazón de un lobo no es suficiente».

7

PEDYR

Pedyr estaba despierto cuando Wyatt regresó. Apareció en lo alto de las escaleras como si fuera un chubasco primaveral, como un torrente racheado, ruborizada y con el pelo alborotado. Llevaba una gran cesta de ratán llena de cosas debajo del brazo. Pedyr no miró cuando le tiró a los pies una pila de fotos. No le hacía falta hacerlo; supo desde un primer momento de qué se trataba. Supo dónde había estado, rebuscando en la oscuridad confidencial del escondrijo, deshaciendo otro nudo de la maraña que había apretado con tanto ahínco.

Ninguno de ellos emitió palabra alguna durante un rato. Un grillo empezó a cantar en algún lado. Wyatt jadeó.

—¿Y bien?

Él deslizó la mirada hacia ella poco a poco.

—¿Qué quieres que te diga?

—Algo. —La palabra cayó con un ruido sordo al suelo que los separaba—. Cualquier cosa.

Él se agitó en los grilletes, con las muñecas doloridas.

—Pues te diré algo. Hoy has salido de la casa. No vuelvas a hacerlo.

Pedyr vio el tortazo antes de que le impactase, pero no tenía espacio para esquivarlo. La cabeza se le balanceó a un lado al recibir el golpe, y empezó a arderle la mejilla. Vio sin querer las fotos desperdigadas en el suelo: el destello de la lente y el difuminado espontáneo de las instantáneas veraniegas. Momentos que había atesorado a lo largo de los otoños en ruinas y de los inviernos sin color. Le resultaba patético pensar en cómo había dependido de ellas hasta que regresaba la primavera y el mundo recuperaba su color. También le resultaba lamentable la manera en la que cada año se arrastraba fuera de su guarida como si fuese un oso que saliese de una cueva, con un reloj interno que le repiqueteaba en el pecho: *Wyatt. Wyatt. Wyatt.*

Y también era dolorosa la manera en la que los latidos de su corazón se le aceleraban cuando la oía en las escaleras de la granja, cuando notaba su respiración irregular y veía ese rostro electrizante. Pedyr había parpadeado al verla desde el gran sauce que había por fuera de su ventana y pensado que tenía justo el aspecto propio de la primavera, con el pelo del color de orquídeas herrumbrosas, con peonías rosadas en las mejillas y una sonrisa que brotaba como una atrevida dalia roja.

Ahora no sonreía. Tenía la boca pálida como la consuelda, y los ojos eran poco más que unas hendiduras en las que había lágrimas a punto de brotar.

—¿De verdad es lo único que vas a decir?

—Es lo único que importa. —No había dejado de sentir la palma abierta sobre la mejilla. Disfrutó del aguijonazo y dejó que le recorriese la piel—. Si sales de esta casa, morirás. Y muerta no me sirves de nada.

Aún no.

Por unos instantes, creyó que iba a golpearlo otra vez. Pero en lugar de eso cerró los ojos y respiró hondo para tranquilizarse. Cuando volvió a mirarlo, las lágrimas habían desaparecido. Wyatt lo observaba con un gesto frío e impasible.

—Te odio —dijo, palabras que saltaban de sus labios como lascas de hielo.

Pedyr movió la mandíbula dolorida, pero no dijo nada.

—Te has quitado un gran peso de encima —continuó ella—. Ya no tienes que seguir fingiendo.

Toda una colección de los veranos que había pasado fingiendo lo contemplaba desde el suelo. En una, estaban mirando las nubes en los prados, Wyatt con la cabeza apoyada en su vientre y el pelo desperdigado por las costillas de Pedyr. En otra, estaban en el granero, con las piernas apoyadas en el borde cubierto de paja del piso superior y las rodillas rozándose. Se le secó la boca. Vio por el rabillo del ojo cómo ella se arrodillaba y colocaba algo en el espacio que los separaba. Era el cráneo pelado de un lobo, con el hocico alargado e incisivos muy afilados.

—Encontré esto en la capilla —dijo, cuando él se giró para mirarlo bien—. Además de un mensaje que estoy muy segura de que habían escrito con sangre. «El corazón de un lobo no es suficiente». ¿Significa algo para ti?

Significaba que a la bestia se le estaba acabando la paciencia. Significaba que estaba famélica, igual que él, consumido sin llegar a morir nunca, hasta que el mundo ardiese y los dos con él. Pero no podía decirle nada de eso a Wyatt. No podía decirle el trato al que había llegado cuando era pequeño y estaba amargado, ni tampoco cuánto se había arrepentido antes de que ella se marchase de allí para siempre.

En lugar de todo eso, dijo:

—Si alguien ha entrado en la capilla, quiere decir que las salvaguardas de tu padre ya han empezado a fallar. Como te he dicho, no es seguro que salgas sola.

La rabia se reflejó en la mirada de Wyatt.

—Claro. ¿Y crees que estaré segura aquí dentro contigo?

—Mírame. —Tiró de los grilletes. El metal repiqueteó como si fuesen dientes, y levantó un polvo que se arremolinó a su alrededor entre el resplandor de los haces de luz—. No puedo hacerte daño.

La risa forzada que soltó Wyatt sonó algunos decibelios más alta de lo que pretendía. Rozando la histeria. Pedyr sabía qué venía a continuación, sabía que con Wyatt todo lo que subía siempre

terminaba por bajar.

—Qué gracioso —dijo ella, con tono serio—. Qué gracioso que eres.

Pedyr no pretendía ser gracioso, y ambos lo sabían. Wyatt se pasó los dedos por el pelo, y aquel cobre despeinado salió despedido en todas direcciones. La carcajada siguiente sonó algo quebrada.

—¿Sabes qué? Que te den, Peter.

La cesta que llevaba colgada del brazo cayó al suelo entre ellos. De ella salieron volando porciones de manzana roja dulce y una hogaza marrón de pan. A Pedyr se le hizo la boca agua nada más ver la comida y le gruñó el estómago, pero Wyatt ya se había marchado por las escaleras sin echar la vista atrás. El crujido de la puerta del sótano al cerrarse hizo que se le estremeciese todo el cuerpo. Con demasiada fuerza, como si se tratase de una respuesta al golpe, como si fuese el retroceso de una escopeta. Luego se oyó el gruñido lento de la madera, un sonido similar al de un árbol al que arrancasen de raíz, y también el tintineo desesperado de las cadenas al desengancharse.

Cayó al suelo de cara, un golpe muy fuerte en la barbilla contra el hormigón, lo bastante como para partirle el labio.

Se quedó bocabajo en el sótano, con la mandíbula dolorida y los músculos tensos, mientras el olor a podredumbre endulzaba el ambiente. Intentó rodar para colocarse bocarriba, pero se percató de que tenía las piernas entumecidas e inservibles. En el piso de arriba, la casa permaneció en silencio, por lo que hizo lo propio, mientras una sensación se apoderaba poco a poco de sus articulaciones al sopesar lo imposible.

Los grilletes se habían abierto.

Sabía lo que necesitaban los Westlock para hacer su magia, la minuciosidad con la que había que preparar los componentes para obligar a la tierra a despertar. Wyatt no había hecho nada. No a sabiendas. Pero, aun así, las raíces anchas del viejo sauce que había en la pared se habían retorcido a causa de unas iracundas úlceras negras, por cuyas heridas en la corteza brotaban unas setas festoneadas. El olor húmedo a descomposición lo permeaba todo, como si el árbol hubiese empezado a pudrirse desde dentro.

Pedyr no supo cuánto tiempo se quedó allí hasta que al fin encontró las fuerzas para ponerse en pie. Para entonces ya había oscurecido del todo, y el rectángulo del cielo que se veía a través de la ventana era de un negro intenso y sedoso. Se apoyó en una columna de metal y extendió los dedos hasta que sintió el estallido de los huesos, hasta que el agujoneo del entumecimiento fue desapareciendo de sus extremidades.

A su alrededor, los pedazos desperdigados de la manzana habían empezado a oxidarse, del blanco al marrón, y unas pequeñas hormigas negras habían comenzado a formar un enjambre. Las sacudió y se comió hasta el último pedazo. Le dolía el estómago y notaba la lengua ácida,

pero se limitó a estirar la espalda hasta que le estallaron las vértebras al alinearse.

Wyatt no había vuelto a bajar por las escaleras en todo ese tiempo.

Empezó a subir por ellas cuando al fin consiguió recuperar las fuerzas suficientes como para volver a ponerse en pie. Aún tenía las piernas paralizadas a causa de la parestesia y avanzaba poco más que a rastras, apoyando una mano sobre la otra en la barandilla. La sangre le batía en la cabeza y estaba mareado y medio ciego, afectado por la delgadez extrema mientras su cuerpo intentaba recuperarse.

Se tambaleó en dirección a la cocina y la encontró vacía, con una taza de té que se enfriaba en la encimera. El salón estaba igual de abandonado, con el piano que asomaba de su fantasmagórica funda. Giró un poco los hombros y cojeó hacia las escaleras.

No llegó muy lejos. Cuando dobló la esquina lo asaltó un resplandor plateado, con el silbido de algo pesado que hendía el aire. Extendió las manos justo a tiempo para agarrar el arma. El extremo afilado del hacha le quedó a escasos centímetros de la sien, y se topó frente a frente con Wyatt en la oscuridad.

Arqueó una ceja al verla.

—¿Esperabas compañía?

Tenía la mirada inyectada en sangre, reluciente y acusadora.

—Creía que era algo que había superado las salvaguardas.

—Las salvaguardas están intactas —le aseguró Pedyr—. Solamente soy yo.

—¿Y se supone que eso tiene que hacerme sentir mejor? —Pegó un tirón al hacha—. ¿Cómo has escapado?

—Suéltala y te lo cuento.

—Tú primero.

—Yo no soy el que ha intentado partirme la cabeza como si fuese un pedazo de leña. —Pedyr probó a tirar del hacha, pero Wyatt no la soltó y estuvo a punto de caer sobre él—. Suéltala, Wyatt.

—No.

El teléfono volvió a sonar en la cocina. Aquel estruendo imposible le recorrió la espina dorsal. En la oscuridad del pasillo, los ojos de Wyatt titilaron sin apartarse de los suyos.

—Es James.

El nombre le retorció el pecho como si de un sacacorchos se tratara.

—No respondas.

—¿Para que puedas darme un hachazo en la espalda mientras estoy hablando? —preguntó ella—. No pensaba hacerlo.

—Ya te he dicho que... No voy a hacerte daño.

La palabra «todavía» flotaba en el espacio que los separaba, como una promesa y una amenaza

al mismo tiempo. El teléfono volvió a emitir otro de esos tañidos desgarradores. Wyatt soltó el hacha sin previo aviso, y él dio un paso tambaleante hacia atrás al tener que soportar de repente todo el peso. Cuando la apoyó junto al zócalo, ella ya estaba a medio camino de la cocina, por lo que la siguió al trote.

—Wyatt. —Daba pasos forzados con los huesos doloridos—. Wyatt, no respondas.

—Solo quiere saber si estoy bien.

—Le da igual si estás bien o no. —Pedyr se plantó delante del teléfono, justo cuando sonó un tercer tañido inquietante—. Esa no es la razón por la que llama.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —Wyatt lo miró con el ceño fruncido—. ¿Sabes lo que me dijo? Me dijo que debería matarte. Que si tenía oportunidad, lo mejor era que acabase contigo antes de que me matases tú. ¿Crees que me diría eso si no le importase?

A Pedyr le dio un vuelco el estómago.

—Sí —dijo cuando el teléfono dejó de sonar. La cocina quedó en silencio. Ninguno se movió—. ¿Por eso te hiciste con el hacha?

—Ya te lo he dicho —comentó Wyatt—. Creía que alguien había superado las salvaguardas. No sé si te has dado cuenta, pero mi vida se ha visto amenazada muchas veces desde mi regreso. Por ti, por los raros del bosque, por el hombre pájaro, por la bestia...

Pedyr alzó la cabeza al instante.

—¿Qué acabas de decir?

—Por la bestia —repitió Wyatt—. De los bosques.

El miedo le recorrió la espalda.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque me lo dijo el grupo de hombres con túnica. ¿Cómo iba a ser si no? Dijeron que si no te entregaba, la bestia del bosque vendría a buscarte y te arrastraría por la fuerza.

—¿Cuántos?

—¿Cuántos qué?

—¿Cuántos hombres había en el bosque, Wyatt?

—No lo sé. —La irritación empezaba a apoderarse de su mirada—. Cinco. Puede que seis.

—Siete —aseguró él con enfermiza determinación. Siete, como los siete integrantes del gremio a los que había dado muerte después de que Wyatt y James se fuesen. Siete, como los cuerpos que había enterrado. Como las siete tumbas con siete cadáveres, listos para resucitar. Si andaban por ahí, significaba que la bestia había empezado a actuar.

Y eso significaba que tenían menos tiempo de lo que creía.

El teléfono volvió a sonar en la pared. En esta ocasión, cuando Wyatt hizo un amago de contestar, Pedyr la agarró por la muñeca.

—No lo hagas.

Estaban hombro con hombro en la oscuridad, mientras el teléfono no dejaba de burlarse de él y notaba el pulso de Wyatt en las puntas de los dedos. Sangre de los Westlock que batía justo debajo de la piel. Cuando se zafó, Pedyr siguió notando el pulso, como si fuese un eco.

—Démonos una tregua —dijo él al momento.

Ella se agarró la muñeca con la otra mano mientras la rabia empezaba a reflejarse en su mirada.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza o qué? ¿Por qué iba a aceptar algo así?

—Porque no tienes elección.

—Siempre hay elección. —Le dio la espalda en el preciso instante en el que el teléfono dejó de sonar y luego se dirigió hacia el pasillo. Lo abandonó allí a su suerte, y Pedyr no había dejado de sentir la impronta de sus latidos en la palma de la mano. Le habló a gritos justo cuando estaba a punto de desaparecer.

—Teníamos siete años cuando nos obligaste a James y a mí a que durmiéramos en tu habitación. Estabas convencida de que había monstruos debajo de tu cama. James te dijo que era imposible, que no había nada que cupiese en un espacio tan pequeño y pudiese ser tan monstruoso, pero tú insististe en que la oscuridad crecía cuando estabas en ella.

Wyatt no lo miró, pero tampoco se había marchado. Tenía una mano apoyada en el umbral de la puerta, con los dedos debajo de la manga de punto del suéter. En la oscuridad del exterior resonaron los ladridos irregulares de un coyote. Luego se hizo el silencio, como si el sonido hubiese quedado extinguido como una llama tras el soplido de la brisa. Pedyr sintió un escalofrío que arraigó en su piel.

—No te equivocabas —dijo él—. La bestia vive en esos espacios, entre los cielos, donde la oscuridad es tan grande que no tiene fin. Y si en algún momento llegase a entrar aquí, ese sería el fin. Se abriría paso hasta tu cabeza. Dejaría tu mente hecha pedazos, hasta que ya no supieses lo que es real y lo que no.

Wyatt giró el rostro hacia él mientras hablaba.

—¿Eso es lo que te hizo a ti?

La pregunta le sentó como un golpe. Pensó en ese susurro primordial que resonaba siempre en la base de su espina dorsal. *Ella te abandonó. Te abandonó.* En la manera en la que el cristal del espejo de Wyatt se había resquebrajado cuando él le había dado un puñetazo, en la forma que tenían los cuerpos de los integrantes del gremio envueltos en la mortaja. Por último, pensó en la manera en la que James Campbell lo miraba de rodillas, con una oscuridad insondable agitándosele en los ojos.

Aún sentía el fantasma del pulso de Wyatt en la punta de los dedos. Sentía algo a caballo entre las ganas de frotárselos para que desapareciese y cosérselo a la piel.

—Solo una bruja puede mantenerlo a raya —dijo, al tiempo que se rozaba el pecho con la

palma abierta.

—Ya te he dicho que no sé nada de magia —aseguró Wyatt.

—Pero podrías aprender. —No iba a dejar que se marchase. No cuando había tantas cosas en juego—. Podrías aprender. Y yo voy a enseñarte.

8

WYATT

El gallo de la granja despertó a Wyatt. El ruido consiguió sacarla de repente de la pesadilla, cuyos detalles cruzaron por su mente como diapositivas que alguien pasase a toda velocidad: el frío agitar de las aguas, un banco de pececillos de ojos negros y moribundos. Unas serpentinas de algas verdes que le colgaban de la punta de los dedos.

Se incorporó, con visión borrosa y un dolor en los pulmones. Se fijó bien en lo que la rodeaba, como si intentase restañar una hemorragia de miedo.

No llores. No llores.

Solo era un sueño.

Poquita dormía a sus pies, bocarriba en una franja de luz del sol. Wyatt tenía las manos secas. Secas y no húmedas. No tenía nada asqueroso colgando o alrededor de ellas. Tampoco había nada podrido que se le enredase en las venas. Se notaba consumida y muy pegada a los huesos, como si algo le hubiese sulfatado la piel. Un dolor de cabeza se le avivó detrás de los ojos mientras el gallo cantaba en el patio por segunda vez.

Se vistió despacio, con un top harapiento y unos pantalones de lino arrugados. Por fuera de su ventana, el viejo sauce gruñó a causa de una ráfaga repentina de viento. El corazón le dio un vuelco al oírlo, y alzó la vista con la idea de encontrarse con Peter esperándola en él, con las piernas colgando y los pies llenos de barro. Pensarlo siquiera hizo que se le formase un nudo en el estómago. Apartó la vista de la ventana, aún asediada por sus recuerdos. *No llores. No llores.*

En la cómoda tenía los recuerdos que se había llevado de la habitación secreta de Peter: el corazón de plástico en un cordel, el mechero abollado de James. El pintalabios robado. Primero se hizo con el mechero y se lo guardó en el bolsillo junto al botón perdido de Osito. Después tuvo la ocurrencia tardía de hacerse con el pintalabios. Brotaba del tubo de un rojo dalia atrevido, liso debido al uso continuado. Se puso un poco y unió los labios, antes de inclinarse hacia delante para mirarse en los restos resquebrajados del espejo.

No había diferencia alguna.

La chica del espejo aún le parecía una desconocida.

Cuando bajó por las escaleras con el hacha en mano, Peter ya estaba en la cocina, vestido con un suéter verde deformado y unos pantalones de pana. Tenía el cabello corto y peinado hacia arriba, en forma de pinchos irregulares, como si hubiese intentado cortárselo con unas tijeras de podar. Comía un plato lleno de huevos revueltos y coliflor cocida, y solo alzó la vista durante un

instante cuando Wyatt apoyó el hacha contra la mesa de cabestrillo.

Tragó y luego preguntó:

—¿Vas a llevar eso a todas partes?

Ella se dejó caer en el asiento que estaba frente a él.

—Depende.

—¿De qué?

—De varias cosas. —Wyatt se inclinó sobre la mesa y le arrebató un pedazo de coliflor del plato. Él se quedó paralizado mientras con la mirada seguía los movimientos de la joven, que se llevó la comida a la boca y dio un mordisco. Lo había hecho para demostrarle que no le tenía miedo. Para demostrarle que tenía el control sobre él. Pero lo cierto es que lo único que sintió fue una familiaridad íntima y dolorosa, un caleidoscopio conformado por muchos otros momentos parecidos. Volvió a dejar la coliflor en el plato de Peter sin terminarla—. Para empezar, aún no he decidido qué hacer contigo.

—Te refieres a que no has decidido si vas a intentar matarme. —Peter la miró con recelo—. Por curiosidad, ¿por qué no lo haces?

—Por esto. —Wyatt metió las manos en los bolsillos llenos y tanteó hasta que encontró el ferrotipo quebradizo. Lo colocó sobre la mesa entre ellos con mucho cuidado. La versión infantil y en blanco y negro de Peter los miraba con el ceño fruncido, con el gorro de marinerito inclinado sobre el cabello blanco y aplastado. Los dientes del tenedor de Peter rechinaron contra el plato. Alzó la vista hacia Wyatt poco a poco. Se le marcaron los tendones de la garganta cuando tragó a duras penas el bocado que se acababa de llevar a los labios.

—¿Y qué pasa?

—Si te diese un golpe, ¿serviría de algo? —reflexionó Wyatt, fingiendo indiferencia—. O sea, esta foto tiene más de cien años, Peter. ¿Puedes morir acaso?

Un atisbo de júbilo relució en los ojos azules y claros de Peter.

—Yo... —empezó a decir al tiempo que extendía el brazo hacia el vaso de agua—. Sí, se me da muy bien morir.

Wyatt lo miró con la frente arrugada.

—¿Y qué se supone que significa eso?

Pero él no respondió. En cambio, dio un buen sorbo. Wyatt lo vio mientras se bebía el vaso entero y se preguntaba si había podido comer o beber algo en los cinco años que habían transcurrido desde su marcha. Si pasaba hambre igual que una persona normal o si no sentía absolutamente nada. Peter volvió a dejar el vaso sobre la mesa y se enjugó una gota de agua del mentón.

—Te voy a plantear una pregunta mejor —dijo él—. ¿Quién es Micah?

Las palabras se le retorcieron en el vientre.

—¿Dónde has oído ese nombre?

—Lo pronunciaste anoche mientras dormías.

Wyatt rememoró la pesadilla, como si fuese una ola que le rompiese encima. Parpadeó y vio las flores sanguinolentas, oyó aquella voz ahogada y terrible. «Wyatt, zorra».

Al otro lado de la mesa, Peter pasó la punta de un dedo por el borde del vaso vacío. El ruido reverberó por la estancia como si hubiese golpeado un diapasón. Después preguntó, con tono neutro:

—¿Es tu novio?

La silla se tambaleó debajo de ella cuando se puso en pie.

—Perdona. —Agarró el hacha por el mango y dejó que la parte roma de detrás repiquetease contra el suelo tras ella mientras se dirigía hacia la puerta y tiraba del par de aves zancudas antiguas y amarillas que formaban parte del picaporte.

Peter se levantó de la silla.

—¿A dónde crees que vas?

—A cualquier otra parte —espetó, justo antes de que la puerta mosquitera se cerrase de golpe entre ellos.

En el exterior, la recibió el canto del gallo y los cacareos descontrolados de las gallinas. A la sombra de una conífera, la cabra la contemplaba con ojos impasibles y extraños, mientras masticaba un pedazo de hiedra con la boca torcida.

Ella le devolvió la mirada y puso la cara más horrible de la que fue capaz, al tiempo que apoyaba el hacha en las vías de tren descascarilladas. Cerca del lugar, el sauce emitió un quejido espectral, de huesos que se agitaban en una brisa repentina. Wyatt se metió la mano en el bolsillo, sacó el mechero de James y pasó el pulgar por una de las muescas que tenía a un lado. Le resultaba extraño que lo hubiese dejado allí. Solía llevarlo encima a todas partes y se dedicaba a abrirlo y a cerrarlo como si fuese un tic. No paraba en todo el día. *Clic. Clac. Flas.*

Cuando intentó encenderlo, no ocurrió nada. Lo intentó por segunda vez, pero solo consiguió que una chispa se alzase titilante hacia los cielos. Arrugó la frente y cerró la tapa. Puede que se hubiese quedado sin gas. O puede que ella no supiese encenderlo. Puede que James lo supiese todo, y que ella no supiese nada. La amargura se apoderó de Wyatt y extendió el brazo, preparada para lanzarlo a unos arbustos cercanos.

Una mano la agarró por la muñeca, justo antes de que soltase el mechero.

—Es peligroso que estés aquí fuera —indicó Peter mientras la puerta se cerraba a su espalda —. En el bosque hay cosas que podrían matarte.

Wyatt tiró para zafarse, pero fue incapaz.

—¿Y tú no lo harás?

Él emitió un ruido que bien podría haber sido una risa en caso de haber sido cualquier otra

persona. Wyatt aflojó un poco el agarre del mechero, y Peter lo agarró y le soltó el brazo. Después pasó a mirarla a la boca, y el azul impasible de sus ojos hizo que a ella se le formase un nudo en el estómago.

—Recuerdo cuando empezaste a ponerte eso —dijo él, y Wyatt tardó unos segundos en darse cuenta de que se refería al pintalabios que había encontrado debajo del colchón—. No te dejaban ponerte maquillaje, pero te escabullías hasta el granero y lo hacías de igual manera. Te hacía sentir rebelde, como si tuvieses algo bajo control. —Después posó sus ojos claros en los de ella—. ¿Sientes ahora que tienes algo bajo control, con esa hacha roma y el mechero roto?

Peter la comprendía con demasiada facilidad, algo que ella odiaba. Odiaba la facilidad con la que desentrañaba todos sus secretos y que ella solo tuviese aquella ligera idea de los suyos gracias a unas fotografías, un botón robado y engaños para parar un tren.

Cuando Peter dio un paso al frente hacia ella, Wyatt se apartó e intentó hacerse a la desesperada con el mango del hacha. Otro paso, y la espalda de ella chocó contra la puerta. Unas mariquitas que estaban al sol alzaron el vuelo en enjambre, asustadas. Peter no les prestó atención, se guardó el mechero en el bolsillo trasero del pantalón y se inclinó para mirar a Wyatt a los ojos.

—Nada de rebeldías —dijo—. Nos habíamos dado una tregua, ¿recuerdas?

—Eso es cosa tuya —aseguró ella—. Yo no acepté nada.

—¡Hola!

Ambos se quedaron paralizados y se dieron la vuelta hacia el lugar del que había venido la voz. Allí, frente al emparrado del jardín, había una anciana que Wyatt consiguió reconocer. Llevaba un vestido estampado y holgado, y en su cabeza destacaba un cabello hirsuto y lleno de canas. Tenía la piel curtida como si de la corteza de un árbol se tratara, por lo que parecía más árbol que persona, con los ojos hundidos y tan negros como agujeros en el tronco de un viejo roble.

—Señorita Wyatt. —Le dedicaba una sonrisa a la que le faltaban varios dientes, y tenía unas marcas de un púrpura claro en los dedos—. No puedes ser tú. Cuánto has crecido. Y qué guapa te has puesto.

—No le hables —ordenó Peter.

Wyatt le dio un empujón en el pecho para apartarlo del camino.

—Pero ¿a ti qué te pasa? Es la señora Germaine.

Peter parpadeó sin dejar de mirarla.

—De la granja de al lado. Ya sabes, la que tenía muchos gatos.

—Nunca he salido de la granja —aseguró él con tono amargo—. ¿Cómo iba a conocer a sus gatos?

Ella lo miró boquiabierta, segura de que no lo había oído bien.

—¿Cómo que nunca...? Mira, da igual. ¡Hola, señora Germaine!

—No debería estar aquí —murmuró Peter.

Wyatt lo ignoró al tiempo que sonreía a la anciana.

—¿Puedo ayudarla con algo?

—Creo que sí. —La anciana señora Germaine parpadeó y miró a Wyatt con una mirada extraña, parecía tener la vista fija en el infinito. Tenía el dobladillo del vestido lleno de barro. Iba descalza, y en las piernas se percibían algunos moretones. Algo liso y plateado le brillaba en una mano—. Tengo un mensaje para ti.

—Ah. —Wyatt sintió el primer atisbo de inquietud—. ¿Va todo bien?

—Sí, sí, querida. —El tono edulcorado de su voz bajó una octava; pasó a convertirse en el gruñido de los árboles, en el quejido de un antiguo roble al retorcerse a causa de un viento fuerte, en el tenue susurro de varios cientos de voces al mismo tiempo—. Todo va muy bien ahora que has vuelto a casa con nosotros.

Wyatt frunció el ceño.

—¿Con nosotros?

—Con el chico y conmigo —aclaró la mujer—. Te estábamos esperando.

—Wyatt. —La voz de Peter en el oído la hizo estremecer y dio un salto. Detrás de ellos, la puerta rechinó al abrirse—. Entra. Ya.

La anciana la agarró por el cuello con una rapidez que no se correspondía con su edad. Un brillo plateado, un rastro rojizo y unas gotas carmesíes que mancharon el estampado pálido de su vestido. Wyatt abrió la boca como un pez fuera del agua, intentando respirar mientras la sangre no dejaba de derramarse de su cuerpo.

Y luego empezó a reír.

Un sonido quejumbroso y terrible que hizo que las gallinas aletearan hasta perderse de vista.

—¡Wyatt!

El brazo de Peter la agarró por la cintura y comenzó a arrastrarla, a tirar de ella lejos del sol cegador del mediodía hacia la oscuridad de la cocina. La puerta se cerró con fuerza. Wyatt permaneció inerte mientras notaba los golpes del corazón contra el yunque que eran sus huesos.

—Pero ¿qué ha sido eso? —Se pasó las manos por el pelo enmarañado y volvió a preguntar, porque era normal que lo hiciese—: ¿Qué ha sido eso?

Peter, apoyado en la ventana de guillotina, no parecía tan alarmado como Wyatt creía que debía estar.

—¿Qué crees que era?

—¿La bestia? —Wyatt pensó en los gimoteos de los lobos, en la advertencia velada de los hombres encapuchados en el exterior—. ¡Cómo va a tener ese aspecto! ¿Cómo es posible?

—Las cosas que viven en la oscuridad tienden a tomar formas que escapan a la comprensión humana. —Peter se apartó de la ventana. El patio se había quedado en silencio al otro lado del

cristal—. Si ha adoptado el aspecto de esa mujer, es posible que lleve muerta ya un tiempo.

Adoptar su aspecto, como si fuese una piel con la que vestirse. Wyatt se dejó caer en la silla más cercana y se inclinó hacia delante para apoyar la frente en las rodillas. Se centró en recuperar el aliento respirando poco a poco. Cuando Peter volvió a hablar, lo hizo justo encima de ella.

—¿Qué haces?

Wyatt no alzó la cabeza.

—Todo lo que acabas de decir me ha dado ganas de vomitar.

—Pues no lo hagas —dijo él—. No servirá de nada.

Wyatt se enderezó y lo fulminó con la mirada.

—Me he dejado el hacha fuera.

—Eso tampoco te servirá de nada. —Miró por la ventana—. Ha dejado de agitarse. Mañana saldré para enterrarla.

Pensar en la señora Germaine tirada ahí fuera todo el día, a merced de los buitres, hizo que se le formase un nudo en el estómago.

—¿Y por qué no lo haces ahora?

—¿Has visto lo cerca que estaba de la casa? No quiero estar cerca de la arboleda cuando anochezca. La enterraré por la mañana.

—¿Y luego qué?

—Luego nos pondremos manos a la obra. —La miró con esos ojos azules en la luz tenue de la cocina—. No soy lo peor que hay ahí fuera, Wyatt. Si cae la última salvaguarda, nos esperan destinos peores que la muerte al otro lado de esos árboles.

9

PEDYR

Pedyr tardó algo más de una hora en cavar la tumba. Dos metros de profundidad y uno de ancho, lo suficiente para un cuerpo. La última que había cavado no había sido tan profunda. Aún era un crío en aquel entonces, larguirucho y lleno de rabia, y había vomitado en la tierra justo antes de terminar.

No miró a la anciana mientras depositaba el cadáver en el agujero. Tampoco le dio la extremaunción mientras volvía a echarle la tierra encima. ¿Por qué iba a hacerlo? No la conocía. No sentía nada por la mayor parte de los vivos. Mucho menos por los muertos.

Al terminar, dejó la pala a un lado y esperó mientras escuchaba. La arboleda sin hojas que había en un extremo del bosque estaba en silencio. No cantaban los pájaros. Nada se agitaba ni parloteaba ni correteaba por la maleza. La capilla proyectaba su sombra en el cementerio como si de un reloj solar se tratara, con esa torre que hacía las veces de gnomon sobresaliendo entre los árboles como un brazo funesto.

Sabía que tenía que volver, que quedarse solo serviría para empeorar la presión que sentía en el pecho hasta que no fuese capaz de respirar. Pero se quedó, atravesando los haces de luz que se proyectaban entre las copas para luego permanecer junto a un árbol cubierto de setas de ostra blancas. Debajo había una tumba sin nombre, que llevaba allí cinco años y era considerablemente más pequeña.

Se quedó encima un buen rato sin decir nada.

—Wyatt ha vuelto —susurró al final. Se dejó caer al suelo y apoyó la espalda en aquel pino desprovisto de verde. Junto a él, una hormiga maderera se abría paso por el sombrero plano de un champiñón—. Me dijiste que lo haría, pero no te creí.

El silencio que obtuvo como respuesta se le antojó como un oído a la espera. Era un alivio temporal y necesario. El susurro incesante no podía alcanzarlo en aquel lugar, ya que no le gustaba a la bestia; la manera en la que los árboles crecían tan juntos o en la que el suelo permanecía tan seco, el hecho de que no hubiese nada que lo sustentase a excepción de los muertos.

Sacó el mechero de James del bolsillo y le dio vueltas hasta que la luz brilló en el metal pulido. La noche anterior se había quedado tumbado y contemplando cómo unas chispas tenues brotaban del pedernal, con el estómago hecho pedazos.

—No creo que pueda volver a perderla —susurró—. ¿Eso me convierte en un cobarde?

Era absurdo hacer preguntas a los muertos y se sintió muy ridículo al momento. Dejó el mechero sobre el montículo y luego se sentó, con los antebrazos colgando sobre las rodillas. Cerró los ojos y dejó caer la barbilla hacia el pecho. Se asustó al darse cuenta de que estaba a punto de llorar.

—Mierda. —La voz reverberó entre los árboles sin hojas—. Ojalá estuvieses aquí. Sabrías qué hacer.

Pero no era más que tierra. Y bajo ella solo había huesos.



El teléfono estaba sonando cuando Pedyr volvió a la casa. Se quedó en la cocina unos segundos, con las manos sucias de tierra mientras escuchaba aquel trino imposible. Lo dejó sonar cuatro veces más antes de ceder y llevarse el auricular a la oreja.

—Wyatt. —Dijo la voz de James Campbell cargada de estática—. Gracias a Dios. No sabía si ibas a responder. No he dejado de llamar.

Pedyr no dijo nada. No se movió. No respiró. Y tampoco parpadeó. Al otro lado de la línea, James parecía haberse quedado sin aliento, como si llevase un buen rato corriendo.

—¿Wyatt, estás ahí? —Se hizo el silencio. La desconfianza restalló en la línea—. Peter.

Pedyr colgó al momento. Arrancó el teléfono de la pared. Lo tiró a la basura y dejó los cables pendiendo del hueco vacío, mientras el corazón le latía a toda velocidad. Cuando terminó, fue a buscar a Wyatt.

La encontró en el salón, hecha un ovillo en el sofá frente a la antigua televisión de antena de bigote. Hacía calor y se había puesto uno de los vestidos estampados veraniegos de su madre. Contemplaba en silencio un azafrán a medio marchitar en una maceta de terracota mientras se trenzaba y destrenzaba el pelo. Sobre su regazo descansaba un diario abierto de par en par, y le sangraban dos dedos; puntos rojos destacaban entre el caos que era la caligrafía de su padre.

—He encontrado instrucciones en los diarios de mi padre —dijo sin alzar la vista—. Tres partes de sangre y dos de polvos. Añadir tres gotas de la mezcla a la tierra. Conseguía que sonara fácil.

Había una botellita de polvos sobre la mesa, con un contenido opaco y negro como el carbón. Cerca había un pequeño cuentagotas de cristal apoyado en el borde de un mortero de cerámica blanca. Un líquido rojo y pastoso se acumulaba en el fondo. La flor parecía estar a punto de morir. Un pétalo marchito cayó y empezó a balancearse en dirección al suelo formando una espiral violácea.

—Puede que las instrucciones te parezcan simples —dijo él, al tiempo que apoyaba los antebrazos contra el respaldo del sillón—, pero eso no significa que lo que estás haciendo sea fácil.

Ella se giró en el asiento y movió el cuello hasta que consiguió mirarlo a los ojos. Hoy no llevaba pintalabios y tenía un gesto de atrevimiento en la cara, que relucía de un bonito rojo.

—¿Cuál es la diferencia?

La tenía tan cerca que podía llegar a contarle hasta la última peca de la nariz. También le veía ese anillo dorado que le rodeaba el iris. Pedyr sintió una comezón en el fondo de la garganta.

—Una puñalada entre la cuarta y la quinta costilla podría desangrar a un oponente —explicó—. Con la inclinación correcta, podrías atravesar ambos ventrículos de un solo golpe. Una muerte limpia. Simple. Pero eso no significa que matar sea fácil.

Ella abrió los ojos de par en par.

—¿Has matado a alguien de esa manera?

—No —aseguró él—, pero sí que lo he sufrido y he muerto de la forma más simple del mundo. No tienes que hacer nada, solo quedarte sentado y aceptarlo. No hay instrucciones ni hojas de ruta. Solo el sangriento final. Es simple, pero al mismo tiempo no tiene nada de fácil.

Estaba tan cerca que la oyó tragar.

—Creía que se suponía que eras inmortal.

—Y yo creía que tú no practicabas magia. —Miró de soslayo hacia ella—. ¿Qué ha pasado?

—Dijimos que íbamos a dejarlo, ¿recuerdas?

—Eso hicimos, sí. —La miró con el ceño fruncido—. Pero eso no es lo que te ha hecho cambiar de opinión.

Ella se miró la palma de la mano, y cerró los dedos sanguinolentos en un puño.

—No dejo de preguntarme si esa cosa no habría poseído a la señora Germaine en caso de que las salvaguardas estuviesen intactas.

Eso era. Pedyr rodeó el sillón y se derrumbó en la mitad vacía. Cayeron varios pétalos más cuando pasó junto a la flor, que se agitaron en el aire como confeti.

—Quizá —respondió al tiempo que agarraba uno antes de que llegase al suelo—. Quizá no.

Se quedaron allí sentados en ese silencio abrumador durante un rato. Pedyr ya casi había destrozado el pétalo entre el pulgar y el índice, y en ese momento consiguió reunir el coraje para girar la cabeza hacia ella. Cuando lo hizo, vio que Wyatt lo estaba diseccionando con la mirada.

—¿Era James? —preguntó—. ¿El del teléfono?

El estómago de Pedyr le dio un vuelco. Se centró en limpiarse los restos del pétalo que aún tenía en los dedos, con los dientes tan apretados que a punto estuvieron de resquebrajarse.

—Lo era, ¿verdad? —Wyatt se puso de rodillas, y el vestido cayó a su alrededor mientras se giraba para encararlo—. ¿Qué le dijiste?

—Nada —respondió Pedyr, porque eso al menos era verdad.

—Vale. Bien. ¿Qué te dijo él?

Notó cómo se le movía el ojo izquierdo y se lo tocó con uno de los dedos. No quería hablar

sobre James. No quería pensar lo íntimo que era con Wyatt ni cuántas veces se habían sentado como ellos estaban ahora sin tocarse las manos, con ese viejo ventilador que no funcionaba y al aire tórrido del verano soplando húmedo de un lado de la estancia al otro.

«Esta vez tienes que aguantar despierto, Peter —había dicho James como reprimenda al tiempo que sacaba unas cajas machacadas de DVD de la mochila—. Esto es lo mejor de Spielberg».

Ahora la televisión estaba rota, James ya no estaba allí y Wyatt podía considerarse muerta.

—Bueno, encarguémonos de esto —dijo él, que había obviado responder la pregunta que le había hecho Wyatt—. ¿Por qué usar ese polvo negro? ¿Por qué el diario no dice que viertas sangre Westlock directamente sobre la tierra?

Ella sorbió por la nariz y luego se rascó la punta.

—No lo sé. He usado la tinta porque era lo que decía el diario.

—¿Tinta?

—Sí, tinta en polvo.

—¿Eso es lo que crees que es?

Ella le dedicó una mirada cargada de cinismo.

—Es un bote de tinta. Solo haría falta una pequeña pluma y ya tendría el kit completo.

—Mmm. —Pedyr se inclinó hacia delante y agarró el bote. Le dio la vuelta en las manos y vio cómo la sustancia se movía como si fuese un reloj de arena—. ¿Sabías que el hueso es un aditivo excelente para la tierra? Los granjeros usan harina de huesos orgánica de los mataderos como fertilizante.

—Pues no lo sabía, no —dijo ella con cautela.

—La harina de huesos viene en polvo —continuó Pedyr, sin dejar de mover la tinta en polvo—. La espolvorean sobre la tierra, le añaden compost y las plantas se alimentan. Tienen todo lo que necesitan para desarrollarse: potasio, fósforo, calcio... Si se le añade un poco de sangre de bruja, las plantas se convierten al momento en una salvaguarda contra el mal. Y si se las persuade un poco, se consigue que florezcan cuando se les ordene.

Wyatt miró el bote que Pedyr tenía en las manos. Ese polvo tan ligero que había en el interior. A él no le gustaba pensar sobre lo que había dentro. No quería recordar los horrores que había tenido que soportar para llenarlo.

Podía ser simple, pero no lo era al mismo tiempo.

—Esta harina de huesos en particular fue sacada de aquí, de esta granja. —Lo pronunció con toda naturalidad, para evitar que Wyatt viese cuánto le afectaba.

Pedyr la notó analizándolo, instantes antes de que la joven preguntase:

—¿De qué clase de huesos?

Era una pregunta con dientes, dientes que se le hundieron en la carne.

—Los ingredientes son de lo más normales —dijo, al tiempo que tocaba con un dedo el diario

abierto que Wyatt tenía encima—. Lo más complicado es conseguir una sangre que sea así de potente. Puedes sacarle la savia a un árbol, pero no se convierte en sirope hasta que se hierve. Es lo que solía decir tu abuelo.

Wyatt se envaró junto a él.

—¿Por qué no has respondido a mi pregunta?

—Porque da igual.

—Pero podrías haber dicho que eran huesos de gallina. Podrías haber dicho que quemaron los huesos del ganado y yo te hubiese creído.

Le costaba mucho mirarla, por lo que no lo hizo. Se inclinó hacia delante hasta apoyar los codos en las rodillas.

—No me mientas, Peter —insistió Wyatt—. No podemos tener una tregua si te guardas secretos.

Él volvió a dejar el bote sobre la mesa con cautela. El cristal tintineó contra la madera galvanizada. El silencio posterior fue tan sepulcral que podría haberse oído el impacto de una aguja contra el suelo.

—Son míos —admitió al fin.

—Son tus...

—Mis huesos. En la tinta.

Pedyr no tuvo que mirarla para saber que se había quedado petrificada, que había empezado a reflexionar al respecto para intentar encontrarle sentido a la desesperada a lo que acababa de oír. Pedyr también sabía que era muy posible que no pudiese llegar a encontrarlo, porque estaba sentado a su lado, entero y sano, y ahora que ella había vuelto no le faltaba ninguna parte de su ser.

Wyatt hizo la siguiente pregunta con un susurro.

—¿Cómo hacen algo así?

—Pues queman el cuerpo —dijo él, con tono neutro—. Cuando se extingue el fuego, recogen los restos chamuscados y los muelen hasta convertirlos en polvo.

Mortero, mano y una pasta negra y densa. Oscura como el carbón dentro de un bote muy frágil. Eso era lo único que siempre quedaba de él.

A su lado, Wyatt lo miraba sin parpadear.

—Pero... ¿cómo es posible?

Pedyr sabía lo que acababa de preguntar, pero no quería responder. No quería que Wyatt supiese que no siempre había sido así, alguien que escapa de una vida que se acaba para recaer en otra; quería que supiese que también había sido un niño de verdad en el pasado, intentando respirar en la entrada entre ambos mundos, con sangre en los pulmones mientras su padre suplicaba a la famélica oscuridad: «Haré lo que sea, pero déjalo vivir».

No quería decirle que la mayoría de las maldiciones parecían dones en realidad, al principio.

—Lo curioso sobre la inmortalidad —dijo, en lugar de todo eso— es que la muerte va y viene.

Se oyó un leve gimoteo, y una silueta peluda saltó al respaldar del sillón. Pedyr se sobresaltó al ver a Poquita, la vieja gata de la familia. Aterrizó en sus brazos mientras agitaba la cola. Era otra de las cosas que había perdido el día que Wyatt se había marchado, y ahora estaba allí de nuevo, como si no se hubiese ido jamás.

La calidez y la suavidad de su cuerpecito lo hicieron sentir muy bien. Enterró las manos en aquel pelaje calicó y dijo:

—He vivido y he muerto cientos de veces en esta granja. Puede que más. Uno pierde la cuenta después de tantas.

Lo que insinuaba aquella afirmación quedó allí flotando entre ellos. No fue capaz de mirar a Wyatt. En su regazo, Poquita no dejaba de darle cabezazos contra la mano en busca de afecto. Pedyr le frotó el pelaje sedoso de detrás de la oreja y añadió:

—Es la gata más vieja que he visto.

Después desvió la mirada en dirección a Wyatt y la encontró con los ojos muy abiertos e ilegibles.

—Di algo —ordenó Pedyr.

Ella tartamudeó sin dejar de parpadear:

—L-las fotos de la capilla...

—Se hicieron durante los días en los que me habían condenado al matadero. En nombre de la ciencia.

La sangre se esfumó de las mejillas de Wyatt, que se quedó pálida como un espectro. Un silencio incómodo volvió a apoderarse de la estancia. Pedyr vio cómo los pétalos del azafrán marchito caían, consciente de que Wyatt lo estaba fulminando con la mirada a su derecha, como si intentase encontrar bajo su piel alguna prueba de lo que acababa de decir. Pedyr no sabía cómo decirle que no iba a encontrar nada; no sabía cómo explicarle que todas sus heridas estaban en el interior, supurando allá donde nadie podía verlas.

Wyatt habló al fin, en un hilo de voz.

—Si vertiera sangre en la tierra sin la harina de huesos, ¿crecería algo?

—Puedes intentarlo. No funcionó con ninguno de los Westlock antes que tú.

—¿Esa es la razón por la que te han mantenido aquí todo este tiempo, para amplificar sus capacidades?

—Sin un guardabosques —aseguró con voz apenada—, nadie sería capaz de mantener la protección. Es tu legado.

—Pero sin tus huesos, tampoco habría legado de los Westlock.

—La harina de huesos siempre me ha sido arrebatada. Los Westlock siempre lo han hecho.

Ella reflexionó al respecto mientras miraba cómo Poquita ronroneaba en el regazo de Pedyr, bocarriba y muy feliz. Luego dijo:

—Entonces no me extraña que quieras matarme.

Quizás en el pasado. Quizás aquel día lluvioso junto al bosque, mientras la animadversión lo consumía por dentro y la bestia agitaba la libertad frente a él como si de una zanahoria se tratara. Pero ¿ahora? Ahora era porque no le quedaba elección.

Cobarde —gruñó esa voz infernal en su cabeza—. *No me echas la culpa a mí.*

Sintió cómo el dolor fluía por su interior y apartó la mano con un mohín. Poquita dejó de clavarle las garras, se dejó caer al suelo y se marchó con desaire y la frondosa cola en alto. Pedyr se enjugó una gota roja del nudillo y se levantó para marcharse.

Dio igual que hubiese perdido los nervios la última vez, también que hubiese llegado a un acuerdo temporal o que él se hubiese quedado despierto la noche anterior ahogándose en la culpa y con la imagen de Wyatt batiéndole en la sangre. El destino de ella era morir, antes del final. El destino de él era matarla. Ese era el trato al que había llegado Pedyr, y no había forma alguna de librarse de él.

—Sigue intentándolo —dijo al tiempo que se dirigía hacia el pasillo—. Lo conseguirás.

Hizo una pausa en la puerta cuando oyó su nombre. No se giró, pero sí sintió como Wyatt lo miraba como si pretendiese abrirle un agujero en la espalda.

—Si te sirve de algo —dijo—, quiero que sepas que lamento mucho todo lo que te hicieron.

La voz terminó por acabar con lo que le quedaba de valor. Pedyr la dejó allí sin respuesta y se marchó con el estómago revuelto entre tambaleos, con los susurros de esa bestia atemporal siguiéndole los pasos.

10

WYATT

La mesa de la cocina estaba llena de plantas a punto de marchitarse. Tomate y cilantro, *Caladium* y *Mimosa pudica*, así como petunias púrpura con los pétalos llenos de agujeros. Wyatt había salido al invernadero para hacerse con ellas una a una, eligiendo aquellas con las hojas más secas y en peor estado. Las más apagadas, las que tenían peor color y las más marchitas. «La naturaleza siempre se ha usado como salvaguarda contra la oscuridad», había dicho Peter. Y era justo eso lo que pretendía hacer.

Sangrar, tal y como habían hecho los Westlock que la habían precedido. Asegurar las salvaguardas que rodeaban la casa y mantener a raya a la oscuridad del bosque. En mayor medida, lo hacía por evitar que volviese a ocurrir lo que había pasado con la anciana señora Germaine.

James iba a llegar pronto y seguro que entre los dos podrían decidir qué hacer a continuación.

No había vuelto a llamarla. Se habían acabado las advertencias y los consejos. Habían pasado tres días, muy despacio. Tres tardes exasperantes. Tres noches tortuosas. Se había pinchado los diez dedos para sacarse sangre, pero no había conseguido nada. Había mezclado sangre y hueso hasta que el negro había cubierto por completo el rojo.

Había hecho todo lo posible por no pensar en los ingredientes, por ignorar el hecho de que un chico hubiese vivido y muerto cientos de veces a lo largo de cientos de años, como si Peter fuese un tallo que arrancasen de la tierra justo antes de florecer, como si lo quemasen para adueñarse de sus cenizas y luego lo replantasen, igual que replantaban cultivos al enterrar las semillas.

Pensar al respecto le revolvía el estómago. Todos los veranos que Wyatt había olido sangre en la piel de Peter sin saber la razón. Todas esas noches de luna llena en las que se había preguntado dónde estaba sin llegar a preguntarle nunca a él. La traición de Peter no era nada comparada con la suya.

Wyatt volvió a canalizar su agitación para centrarse mientras seguía las instrucciones de su padre al pie de la letra. Aun así, no ocurrió nada. Peter le había dicho que era simple y al mismo tiempo no lo era. Y tenía razón. Por mucho que lo intentase, las plantas seguían marchitándolo poco a poco, hasta que la cocina empezó a adquirir un olor dulzón y húmedo y le comenzó a doler la cabeza. El azafrán estaba en uno de los extremos, con un moho blanco que cubría la tierra como si fuese nieve, como si Wyatt estuviese acelerando su descomposición con su mera presencia. Como si su sangre fuese veneno.

Ahora yacía bocabajo entre las macetas de arcilla desperdigadas, mientras la música reverberaba a través de los viejos auriculares de su madre, y con aquel cordel de Peter con el pequeño botón azul colgándole del cuello. Dejó que el tenue siseo de la lluvia la acunara hasta quedar en trance. No había hecho absolutamente nada durante las últimas horas. No había sangrado. No se había movido. No había tenido un pensamiento coherente siquiera. Se había limitado a contemplar el aguacero argénteo que repiqueteaba inclinado contra el cristal, a escuchar pop de finales de los noventa en un bucle interminable.

En el otro extremo de la cocina, tres golpes iracundos resonaron en la puerta. La canción que estaba escuchando en ese momento terminó y dio comienzo otra. Unos acordes oníricos de sintetizador zumbaron en el interior de su cráneo. Los ojos se le agitaron en las cuencas.

Quizá fuese eso. Quizá hubiese algo terrible en su interior, algo retorcido y extraño. Quizá lo único para lo que servía era para pudrirlo todo a su alrededor.

Otra andanada de golpes en la puerta atronó por la cocina. Wyatt se giró hacia una de las petunias. Vio cómo los pétalos caían al suelo formando espirales, como confeti podrido. Intentó imaginarse a Peter como un inmortal. No era capaz de hacerlo. Los inmortales pertenecían a los libros de cuentos; eran de piedra, de rostro severo y devotos. Eran ídolos pintados en una catedral antigua y mohosa o un busto de mármol en un museo a rebosar de gente.

El Peter que recordaba ella siempre tenía manchas de tierra en la mejilla. Cacareaba a las aves que descansaban en los árboles y perseguía a Poquita a cuatro patas. Dormía bocabajo, con la cara aplastada contra la almohada de Wyatt. Su comida favorita eran los *cupcakes* de la marca Hostess. Siempre les quitaba primero la cobertura blanca y el azúcar se le quedaba debajo de las uñas.

Peter siempre había sido la persona más humana que conocía.

El gallinero estaba muy silencioso en el exterior. Wyatt se quedó muy quieta, se quitó los auriculares y se dedicó a escuchar el silencio. Oyó el goteo del agua en el fregadero. También el ruidoso fluir del agua de la lluvia en los canalones. El repiqueteo de las patas de Poquita al perseguir ratones por la despensa. Y luego, en el otro extremo de la casa, se oyó un cristal al romperse. Una cerradura al desbloquearse. La puerta delantera abriéndose con la brusquedad suficiente como para descascarillar el yeso.

Wyatt se puso en pie de inmediato y se guardó el botón debajo del cuello del viejo vestido de su madre. Salió de la cocina y avanzó por el pasillo, para luego quedarse muy quieta al ver a Peter debajo del dintel. Estaba inmóvil como un buitre, con el pelo negro empapado y la camisa envuelta alrededor de un puño. Las esquirlas de cristal esmerilado de la puerta principal titilaban como polvo de estrellas a sus pies.

—Oh —dijo Wyatt con toda la inocencia de la que fue capaz—. ¿Te habías quedado fuera?

Peter enseñó los dientes y soltó un gruñido. Unos riachuelos plateados le caían por el pecho

mientras avanzaba hacia ella sin hacer ruido con las botas. Wyatt no se quedó para comprobar cómo se acercaba, sino que salió corriendo y subió por los escalones de dos en dos mientras el corazón le latía desbocado en la garganta. Le dio la impresión de estar reviviendo uno de sus recuerdos de infancia: Peter y James jugando al ajedrez en la buhardilla llena de telarañas del granero. Wyatt, aburrida hasta decir basta, provocándolos hasta que conseguía que se pusiesen a seguirla.

Cuando Peter llegó hasta ella en el rellano, un estallido efervescente de carcajadas había estado a punto de brotarle del pecho. Él le rodeó la cintura con el brazo y ella se giró al instante, agitada. Soltó un bufido mientras las manos de Peter la empujaban con fuerza contra la pared, fijas a ambos lados de su cabeza. Se quedaron cara a cara en el pasillo.

—¿Te crees muy graciosa?

—Un poco —admitió ella.

Torció una de las comisuras de los labios.

—¿Qué ha pasado con el acuerdo?

—He tomado una decisión unilateral por el bien del equipo. Eres un profesor horrible y no has dejado de estar pendiente de mí desde hace tres días. No me puedo concentrar.

—¿Y por eso me has dejado fuera como a un perro?

—No hay razón para enfadarse tanto, Peter. Solo es un poco de agua.

—¿Eso crees? —Algo peligroso se le agitó en la mirada—. ¿Que solo es un poco de agua?

Antes de que pudiese protestar, Peter se la echó al hombro y volvió por donde habían venido. Bajó por las escaleras y la sacó a la lluvia, donde el aire estaba frío y húmedo. Intentó zafarse a cada paso que daba Peter, con el estómago aplastado contra su hombro y pataleando sin remedio. La lluvia le empapó la espalda y le golpeó las mejillas.

—Bájame —espetó, enfatizando cada palabra con un puñetazo en las costillas.

—¿Que te baje? —lo oyó preguntar tras el rugido de la lluvia.

Había cierto júbilo gratuito en la pregunta. Wyatt dejó de dar puñetazos.

—No, un momento —respondió al instante, pero se percató demasiado tarde de que estaban sobre los listones de madera del muelle y las espadañas aplastadas bajo la lluvia—. Peter, espera...

Las protestas de Wyatt quedaron ahogadas por esa sensación mareante de las caídas, por el golpe contra el agua. Se hundió con un grito mudo, debajo de aquel cristal turbio que era el estanque. El frío le recorrió todo el cuerpo, sumergida mientras pataleaba para librarse de la maraña imposible de nenúfares. Cuando salió a la superficie, empapada y escupiendo agua, encontró a Peter con una sonrisa dibujada en la cara. Avanzó por el agua, dejando tras de sí el rastro blanco de la gasa del vestido y las ondículas de su movimiento.

—¿Estás loco?

Él ensanchó la sonrisa, tanto que se le torció en los extremos; era el tipo de sonrisa de Peter que conseguía que le bailotearan mariposas en el estómago. Este se llevó una mano a la boca y gritó:

—¿Qué pasa, Dalia? Solo es un poco de agua.

—Increíble —murmuró Wyatt, que nadó hacia él con brazadas a medio gas—. Eres un crío. — Y luego lo notó en el estómago, esa sensación incontenible. El aleteo jovial de una mariposa que recordaba demasiado bien. La había llamado «Dalia». Tal y como hacía antes, cuando Wyatt aún creía que iban a tener todo el tiempo del mundo. En la orilla, Peter no había dejado de sonreír de oreja a oreja. Ella atravesó los matorrales de plantas acuáticas y le hizo un gesto obsceno con la mano al pasar. Tenía espirales de milhojas acuáticas que le colgaban de los brazos.

Y lo sintió justo en ese momento, cuando pisó el barro. El roce de unos dedos que se le cerraban alrededor del tobillo. Alzó la cabeza hacia Peter, que la miraba con los ojos muy abiertos, un segundo antes de volver a hundirse. Las burbujas brotaron a su alrededor mientras descendía hacia aquella turbia oscuridad. Empezó a patear entre las algas para intentar librarse del agarre. Golpeó algo duro como el hueso y cubierto de fango.

Volvió a patear, una y otra vez, mientras la visión se le llenaba de chispas y fuegos artificiales por la asfixia que se había apoderado de sus pulmones. Unos puntos blancos bailotearon ante sus ojos, convirtiendo la oscuridad en un lienzo estrellado hasta que se quedó sin fuerzas. Empezó a flotar con los brazos extendidos a los costados, como si fuese un crucifijo cubierto de espuma.

Cuando todo quedó a oscuras, se le antojó hasta piadoso.

Despertó con el golpeteo inclinado de la lluvia, con las costillas a punto de partirse bajo la presión de las palmas de Peter en el esternón. Se echó a un lado y vomitó agua turbia una y otra vez, con la garganta ardiendo. Cuando volvió a colocarse bocarriba en la orilla llena de barro, Peter se dejó caer al suelo a su lado. Se quedaron tumbados en silencio entre juncos y jadeos.

Wyatt no sabía cuánto tiempo llevaba allí, pero ninguno habló hasta que la lluvia amainó. Se obligó a ponerse en pie y comenzó la tediosa tarea de quitarse del cuerpo todas las plantas acuáticas. Peter hizo lo propio, incorporado sobre los codos.

—Pero ¿qué ha sido eso? ¿No sabes nadar?

—¿Crees que me ahogué a propósito o qué? —Wyatt se escurrió el pelo mientras controlaba las ganas de empujarlo de nuevo al barro—. Había algo en el agua conmigo.

Peter se irguió, con los ojos abiertos y las pestañas perladas con agua de lluvia.

—¿A qué te refieres con «algo en el agua»?

—No lo sé —dijo ella, que se quitó una hoja del pelo húmedo y enredado—. Tampoco es que pudiese ver mucho ahí abajo. Seguro que eran plantas, pero se me enredaron tan fuerte al tobillo que juraría haber creído que se trataba de la mano de una persona.

Se hizo una pausa. Cuando Wyatt miró a Peter, lo encontró contemplando la superficie del estanque. Cualquier retazo de familiaridad había desaparecido de su rostro, para dejar tan solo el semblante tallado de un asesino. Se preguntó con miedo si aquello sería lo que se sentía cuando a una le rompían el corazón: mirar a los ojos a alguien a quien había pasado toda su vida memorizando y descubrir que no reconocía lo que veía en las profundidades de su ser.

No le gustó pensar en algo así, por lo que se negó a aceptarlo. Se escurrió el agua del dobladillo del vestido y luego se puso en pie.

—Creo que deberíamos entrar.

Él la imitó sin hablar y se quedó muy quieto cuando se enfrentaron cara a cara; tenía manchas de barro en la sien y la boca apretada en una línea torcida e iracunda.

—¿Qué pasa? —Wyatt frunció el ceño y se miró—. ¿Qué?

Estaba empapada, y los volantes del cuello del vestido se habían convertido en una especie de segunda piel, lo que hacía que se marcara el collar que llevaba puesto. Un ojo azul claro envuelto en muselina del color del marfil. No tuvo tiempo de ruborizarse, porque Peter extendió la mano hacia el collar robado sin mediar palabra. El cordel de cuero se le clavó con fuerza en el cuello mientras él tiraba para sacárselo por encima de la cabeza.

—Eso es mío —gruñó Wyatt mientras intentaba recuperarlo.

Él alzó el brazo lo suficiente como para que ella no lo alcanzase.

—Quien lo encuentra se lo queda.

—A ver si creces. —Le hirvió la sangre de la rabia y reprimió las ganas de darle un pisotón—. No lo encontraste, Peter. Lo robaste.

Pero él no dijo nada. Tenía la atención fija sobre el hombro de Wyatt, que siguió su mirada y encontró el origen de dicha distracción. Allí, en la superficie espejada del agua, los capullos blancos y enjutos de los nenúfares habían empezado a arrugarse y las hojas de debajo a amarillear rápidamente. Parecía como si alguien estuviese pasando un vídeo a cámara rápida. Brotaron unas manchas marrones en las cosas, a una velocidad sobrenatural.

—¿Qué está pasando? —preguntó Wyatt—. ¿Qué es eso?

Una arruga cada vez más marcada iba cruzando la frente de Peter.

—Has sido tú.

—¿Yo? —Los nenúfares continuaron marchitándose; pétalos agujereados que caían al agua uno detrás del otro—. Es imposible. Yo no he hecho nada.

Él volvió a mirarla y luego fijó la vista en el pequeño botón azul que tenía en la mano.

—Imposible —repitió con gesto reflexivo, como si ella no lo acabase de decir. Y luego se marchó, con los hombros hundidos bajo la lluvia, en dirección a la casa sin comprobar siquiera si Wyatt lo había seguido.



El sol se había puesto cuando terminó de ducharse y se cambió de ropa. Bajó las escaleras prácticamente a rastras con un suéter de lana y unas medias de punto mientras se escurría el pelo húmedo. Encontró a Peter en el salón echando leña al fuego. Iba sin camisa, tenía la cabeza inclinada y el pelo aún era una maraña mojada. Tenía el cuerpo cubierto de un halo naranja, y los tendones le bailoteaban en la luz irregular de las llamas. No alzó la vista cuando Wyatt se le acercó y se hizo un ovillo, como un gato, en el sillón orejero desgastado.

Wyatt se quedó viendo todo lo que hacía durante un rato, mientras se mordía el pulgar, absorta en la imagen de ese pequeño botón azul que se balanceaba en el collar. Peter soltó el atizador del fuego, se sentó y se limitó a contemplar las llamas. No alzó la vista para mirarla.

—Te di mi primer beso —dijo ella, antes de que le faltase coraje para hacerlo—. ¿Lo sabías?

—El tercero —respondió él al momento—. Emily Rathbone en el vestuario de chicas de St. Adelaide. James Campbell en la capilla de Willow Heath.

Un pedazo de corteza se separó de la leña antes de brillar en llamas.

—Peter —dijo ella—. En la ventana durante una tormenta.

Él no la había mirado. La desesperación empezó a atenazarle la garganta.

—Fuiste el primer beso que me importó.

Un músculo se le tensó en la mandíbula.

—No hagas esto.

—¿El qué?

—Lo que estás haciendo. —Clavó el atizador en la leña. Unas chispas salieron despedidas en iracundos resplandores rojos—. No intentes hacer que me sienta bien.

—No lo estoy haciendo —protestó ella. Peter la miró a los ojos, fríos y llenos de incredulidad. Después dijo, con más resignación de lo que pretendía—: ¿Sirve de algo que lo haga?

Por toda respuesta, él se levantó para marcharse. El atizador resonó cuando lo colocó en su sitio, en la repisa de las herramientas; el tintineo del metal contra el metal reverberó en el silencio mientras Peter se dirigía hacia el pasillo. Wyatt se abalanzó hacia él desesperada, para luego bloquearle el paso en el umbral de la puerta.

—Peter, espera.

Él se detuvo muy cerca, unos pocos centímetros antes de chocar contra ella. Ahora que no había luz de las llamas, todo su ser parecía estar hecho de frío mármol. Wyatt tragó el nudo que se le había formado en la garganta.

—¿Por qué llevas puesto mi botón?

Tenía los ojos mortíferos como la oscuridad del estanque.

—Apártate.

—No. No hasta que hables conmigo. Acuérdate de la tregua.

Las últimas palabras hicieron que se detuviese. La miró en silencio mientras recuperaba la compostura.

—¿Recuerdas a Gaspar Allendale? Venía todos los veranos para la cumbre y traía su fusil. Por las mañanas, salía y siempre volvía con un ciervo.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Tú no tenías estómago para hacerlo —continuó sin responderle—, pero James y yo lo acompañábamos y lo ayudábamos a preparar los cadáveres allí donde caían. Dejaba restos para los coyotes, pero siempre se quedaba con algo simbólico para celebrar la muerte.

—Algo simbólico. —Wyatt intentó mantener la voz tranquila, a pesar de que se estaba dando cuenta de a qué venía aquella conversación. No funcionó. Articuló las palabras como si de veneno se tratara—. Un poco pronto, ¿no? Aún no has conseguido matarme.

Peter la miró con gesto extraño y luego la empujó para cruzar la puerta en dirección a las escaleras. Ella no lo dejó escapar y lo siguió escalón tras escalón, resbalándose a causa de las medias cada vez que pisaba.

—¿Y sabes qué? Creo que nunca llegarás a hacerlo. Podrías haberlo hecho la última noche que pasé aquí. Has tenido muchas oportunidades. —Iban por la mitad de las escaleras, y ella se aferraba a la barandilla—. Estuvimos solos en la arboleda durante horas. Sé que tenías un cuchillo. Podrías haberlo hecho. Pero no lo hiciste. No lo hiciste, Peter.

Se giró hacia ella tan rápido que estuvo a punto de hacerla perder el equilibrio.

—¿Y por qué crees que no? —No parecía una pregunta retórica por la manera en la que la había pronunciado, por la manera en la que las palabras habían salido a gritos de entre sus labios—. Parece que te has parado a pensarlo, así que dime. Venga. Dime por qué no lo hice. Dime qué fue lo que me detuvo.

—Que éramos amigos. —Odiaba la manera en la que se le quebraba la voz—. P-puede que no formase parte de tus planes. Puede que no fuese tu intención. Pero lo éramos. Sé que lo éramos.

Los ojos de Peter brillaban en la oscuridad. El resto de su cuerpo no era más que sombras, el atisbo de un chico, con el mismo aspecto que había tenido aquella noche en su ventana, con la boca cerca de la suya y recortado contra un cielo eléctrico.

—Lo de Allendale —explicó él—. El problema es que no era buen cazador. Fallaba la mitad de los disparos. Los ciervos lo oían y salían corriendo. ¿Sabes lo que aprendí al verlo? Aprendí que es mucho más fácil matar algo que no huye al verte.

Se quedó mirándola para ver bien el momento exacto en el que lo comprendía, con la boca apretada y una sonrisa fluctuante en el gesto.

—Nunca fuimos amigos, Wyatt —dijo Peter—. Nunca has dejado de ser la presa.

11

PEDYR

Pedyr había cometido muchos errores a lo largo de sus numerosas y peligrosas vidas, pero había tres que sin duda lo habían complicado todo.

El primero había sido hacerse amigo de Wyatt Westlock. Era su debilidad y tenía la intención de mantenerse alejado de ella. El segundo de los errores era haberla besado. Por pura envidia. No quería que James hubiese experimentado algo que él no. El tercero de sus errores había sido decirle a James cómo matar a un inmortal.

Eso lo había hecho por desesperación.

No entraba en sus planes hacerlo, pero estaba demasiado cansado de morir. Había pasado demasiado tiempo a punto de explotar, y cuando se llevaron a Wyatt fue incapaz de evitar dicha explosión. Incapaz de evitar prenderle fuego a todo lo que le recordase lo cerca que había estado de tener lo que más había querido.

El día de su confesión estaba sentado en el árbol que había por fuera de la ventana de Wyatt. La habitación estaba hecha un desastre, con el espejo roto y los cajones desperdigados, el joyero volcado que intentaba interpretar una nana distorsionada... Eran cosas que había destrozado él, en un intento desesperado por encontrar cualquier cosa de la que Wyatt se hubiese olvidado. El cielo sobre el árbol estaba gris. Copos blancos de ceniza flotaban en el ambiente. El granero había dejado de arder hacía horas, pero el horizonte seguía ennegrecido a causa del hollín. Se había bajado del árbol y vuelto a la vida, como si fuese un recurso renovable, o un escudo contra el bosque.

Nunca iban a dejar que se marchase de allí.

—No me puedo marchar —había dicho, dolido por lo que estaba a punto de hacer—. Pero si me ayudas, puedo distraerlos. Podrás llegar hasta donde está ella por tus propios medios.

Se suponía que iba a ser un secreto. Algo apenas susurrado entre compañeros de conspiraciones entre las ramas retorcidas del árbol. ¿Cómo iba a saber que alguien estaba escuchando cada una de sus palabras?



El chasquido de la madera al partirse asustó a una bandada de pavos que huyeron para ponerse a salvo. Pedyr estaba en el gallinero y los vio desaparecer uno a uno entre los arbustos cercanos, mientras se enjugaba el sudor de la frente con el dorso del guante. Colocó otro pedazo de leña

sobre el tocón, levantó el hacha sobre la cabeza y la descargó con fuerza. Las dos mitades cayeron sobre la tierra llena de astillas. Se sacudió las manos, ya que aún sentía las punzadas reumáticas provocadas por su encarcelamiento. En la distancia, el bosque se agitaba en una brisa invisible.

Era casi mediodía, y Wyatt no había bajado aún. Desde ayer, desde que la había dejado sola en la oscuridad de las escaleras. Colocó otro leño en el tocón. Sintió el chasquido de la madera en los antebrazos. Era un imbécil. No tendría que haber sido tan cruel, y menos sabiendo que dependía de su lealtad para sobrevivir a la luna de sangre.

Pero la manera en la que lo había mirado desde la silla, con esos ojos de oro líquido que titilaban en la oscuridad, había hecho que se le revolviese el estómago. «Fuiste el primer beso que me importó», había susurrado ella. Y el calor de la sangre había empezado a abrirle llagas de pánico en las entrañas.

Otro leño se partió bajo el golpe del hacha. El sudor le goteaba por la espalda. Recordó a James persiguiendo el coche por el aparcamiento la mañana en la que Wyatt se había marchado, con los pantalones a medio poner mientras su padre le pisaba los talones. «Vuelve aquí, chico. Estás haciendo el ridículo».

Recordó cómo él se había agitado en los grilletes hasta que las muñecas le habían comenzado a sangrar y le dolía el cuello; cómo la voz de la bestia era lo único que estaba allí para consolarlo ahora que había llegado su fin. «Dulce y solitario Pedyr. Te ha abandonado. ¿No ves cómo has acabado por culpa de tu debilidad?».

No podía permitirse querer a Wyatt Westlock.

No cuando sabía que ella ya estaba muerta.

—¡Chico!

Se quedó paralizado, con el hacha sobre la cabeza y el sudor frío bajándole por la piel. Oyó el estruendo de una escopeta, el olor a nitroglicerina en el ambiente. Las gallinas se asustaron, frenéticas.

—Te lo advertí, chico —aulló una voz sobre el histérico cacareo—. Te dije lo que haría si te volvía a ver husmeando por esta casa.

Pedyr bajó el hacha despacio hasta el suelo. No se dio la vuelta.

—Estás desperdiciando tu energía —dijo a la nada que tenía delante—. No te tengo miedo.

El chasquido de una rama. Olor a espíritus a su alrededor.

—Voy a llenarte de plomo. Sí, eso es lo que voy a hacer. Y me lo voy a pasar muy bien viendo cómo te sacas las balas de las tripas. ¿Es eso lo que quieres?

Volvió a oír un disparo, y vio que una bala rebotaba en la cerca agujereada. Pedyr se agachó cuando la puerta se abrió de par en par y la madera reventó como si fuera metralla.

—Será mejor que corras, chico —dijo con parsimonia y acento sureño—. La próxima vez no

pienso fallar.

Cuando vivía, Billy Deacon había sido un tipo muy tosco. Mejillas rojas, nariz roja, rabia también roja. Era un fanático de las armas de fuego y un cazador a quien el gremio le había prometido una presa que nunca llegaba a morir. Ahora que estaba muerto, no había en él nada que recordase aquel rojo de antaño. Era de un blanco pálido y estaba cubierto de telarañas, como si la oscuridad boscosa se hubiese estado alimentando de él. Envuelto en aquellas sombras arácnidas a las que lo había llevado Pedyr, descalzo, jadeante y con el zumbido de un fuerte golpe en la cabeza.

Ahora, Billy estaba demacrado y gris. Le faltaba un ojo, y en la cuenca se retorcían los gusanos. Pedyr se levantó para encararlo, con las manos cerradas en sendos puños y el estómago revuelto.

—¿Crees que eres mejor que yo, chico? —Billy se tambaleó hacia delante con un andar inestable propio de un cadáver—. Somos iguales. Sé que no sientes ni pizca de remordimientos. Lo vi. Lo vi en tus ojos. Viste cómo la viuda me rajaba de arriba abajo y lo único que sentiste fue emoción. Lo mismo de siempre. La euforia propia de un asesinato.

A Pedyr empezaron a temblarle las manos.

—No eres real.

Billy sonrió de oreja a oreja, un gesto propio de un esqueleto. Cuando habló, lo que se oyó fue la voz de la bestia.

—Pero el pozo que tienes por estómago sí que lo es. Lo huelo. Lo saboreo en la bilis de tu garganta, lo oigo batir en tu sangre. Quieres correr, y hacerlo muy rápido. —Una araña de patas largas salió del agujero negro que era su nariz y le reptó por la mejilla—. ¿Recuerdas lo que dolía cuando las larvas te escarbaban en el fémur? ¿Recuerdas lo que se sentía el permanecer tumbado y despierto, oyendo el crujido de la puerta, el arrastrar de una bota, asustado como un conejo y tan solo?

Pedyr se dio la vuelta. Se dirigió hacia la puerta. No pensaba quedarse allí mientras los fantasmas se burlaban de él. La bestia era una azotamentes y una manipuladora. No sabía nada de cazar. No iba a hacerle daño; solo quería que la alimentasen. Pedyr era todo lo que tenía. Igual que esa cosa era todo lo que tenía él.

—Sigues solo —siseó la criatura, tanto en su cabeza como fuera de ella—. Incluso ahora que ella ha vuelto a casa, a ti. ¿Crees que le importa tu sufrimiento? Te abandonó una vez. Lo volverá a hacer.

—Cierra la boca. —Pronunció las palabras entre un rechinar de dientes.

—Mientras ella viva —susurró la bestia—, siempre estarás solo.

Le dio un puñetazo a la puerta. La mosquitera traqueteó en respuesta y estuvo a punto de soltarse. Pedyr cerró los ojos y apoyó la frente en el panelado de madera fría. Cuando la bestia

volvió a hablar, lo hizo justo detrás de él y quedó envuelto en un hedor agrio como el whisky.

—Tu madre te espera, Pedyr. Está atrapada en el mismo bucle interminable. Seguro que no te has olvidado. Seguro que recuerdas a quién le debes lealtad.

Pedyr se dio la vuelta de improviso, con los puños levantados para luego empezar a agitarlos por los aires. Pero el gallinero estaba vacío. El bosque se alzaba en la distancia, oscuro y amenazador. No permitió que lo viese desfallecer. Levantó el hacha, la colocó en su sitio y luego recogió la leña y la amontonó en el cobertizo.

Pasó el resto de la tarde arrancando malas hierbas en el jardín, con las rodillas hundidas en la tierra cada vez más seca y el estómago revuelto. Cuando terminó, arrastró una escalera hasta el vergel y subió a la rama más alta para hacerse con la última de las manzanas Black Oxford.

Ahora que la magia ya estaba disminuyendo, la podredumbre se había envalentonado y empezado a arrugar la fruta que colgaba más baja, que luego caía a la tierra mordida por los bichos. Agarró las piezas en mejor estado y las llevó a la casa, donde las lavó una a una, con ganas, hasta que brillaron. Luego las colocó en un gran cuenco de cerámica. Intentó no pensar. Un silencio ensordecedor se había apoderado de la casa que lo rodeaba. *Solo. Solo.*

El teléfono sonó en la basura.

El sonido hendió la quietud del lugar, un estruendo imposible que siseó a través de los cables que colgaban suspendidos de la pared. Pedyr se irguió junto al fregadero, con una manzana en la mano, y se lo quedó mirando sin respirar. Sonó por segunda vez. Tercera. Cuarta.

Pedyr ignoró lo que le dictaba la razón y sacó el auricular de la basura.

—Ya casi he llegado, Peter —dijo James Campbell justo cuando se lo acercó al oído—. ¿Le dirás lo que has hecho cuando volvamos a estar juntos?

La línea se quedó en silencio.

La poca convicción que aún tenía acabó hecha trizas. Cuando el cuenco salió despedido contra la pared, se quebró en miles de esquirlas brillantes. Las manzanas rodaron por el suelo, llenas de golpes, y se arrepintió al momento. La rabia amainó, se arrodilló para recoger la fruta y oyó a Wyatt en la escalera por primera vez.

Nunca apareció. En la ventana, el ocaso púrpura se había apoderado del cielo. Ya casi había anochecido, y ella seguía en la cama. Pedyr sabía que estaba enfadada, sabía que lo estaba evitando después de lo ocurrido el día anterior, pero tendría que bajar al menos para comer algo. La inquietud se apoderó de él, colocó las manzanas sobre la encimera y empezó a subir por las escaleras.

Llegó hasta el dormitorio de Wyatt antes de perder la compostura. Nunca había entrado por allí, por la puerta. Siempre se había apostado debajo de la ventana abierta, con las canillas arañadas por la corteza y las palmas de las manos doloridas. Después se acurrucaba en la cama junto a ella y se quedaba dormido, arrullado por el sonido de su respiración.

«Este año he visto un documental en la escuela —había susurrado James en una ocasión mientras entrelazaba las manos detrás de la cabeza—. Sobre los dragones de Komodo. ¿Sabías que no son dragones de verdad? No son más que lagartos grandes. Aun así, me parecen geniales. Tienen un anticoagulante venenoso cuando muerden. No tienen ni que esforzarse. Una mordida y se acabó».

Se había quedado en silencio después de haber dicho eso, mientras los dos escuchaban los sonidos distantes de un chotacabras. La curiosidad había hecho que Pedyr terminase por preguntarle: «¿Y qué pasa luego?».

«Al principio, nada. —James había rodado para colocarse de lado—. Esperan. A veces durante días, acechando a su presa desde una distancia segura hasta que termina por morir. Y luego se dan un festín».

Pedyr se había hundido contra la mitad vacía de la almohada de Wyatt. «Ah».

Luego, el silencio otra vez. Uno tan largo que Pedyr había llegado a pensar que James se había dormido. Pero cuando miró por encima del rostro soñoliento de Wyatt, vio que había dos ojos relucientes que lo miraban sobre la curva de la garganta de la chica.

«Tú miras así a Wyatt», había dicho.

A Pedyr le había dado un vuelco el corazón.

«¿Como si estuviese esperando a que se muriese?».

«No —había respondido James—. Como si estuvieses esperando tu momento para atacar».

El pasillo estaba a oscuras cuando Pedyr consiguió reunir la voluntad suficiente para tocar a la puerta. La respuesta llegó en forma del crujido ahogado del sauce marchito. Tras él se hizo un silencio que le formó un nudo en el estómago. Abrió la puerta al momento y vio que la habitación estaba vacía. Habían hecho la cama a toda prisa. Habían tirado encima el edredón, algo torcido.

Wyatt no estaba allí.

Al otro lado de la ventana abierta se extendía un paisaje gris e informe. La madera proyectaba sombras en el prado. Oyó un leve gimoteo que le dio un susto de muerte. Bajó las escaleras a toda prisa y se encontró a Poquita junto a la puerta, maullando para que la dejaran salir. La abrió solo una rendija, y vio cómo la gata anciana se colaba para dirigirse hacia la recién aparecida oscuridad.

Y luego lo vio, detrás de la cerca. Era un orbe blanco que bailoteaba entre los árboles. Una linterna demasiado tenue como para iluminar algo que no fuese la muñeca cubierta de lana blanca de quien la agarraba. Le vinieron a la mente miles de insultos mientras la luz se detenía de repente. Se quedó allí, inerte, moteada por los brazos atrofiados de los antiguos árboles de hoja perenne.

Y luego desapareció en un instante.

La oscuridad cubrió el bosque y se tragó por completo a Wyatt Westlock.

12

WYATT

A veces, los días más calurosos del verano, antes del cambio de tiempo y de que los padres de Wyatt la volviesen a enviar a la escuela, se acurrucaba en el asiento del porche para contemplar cómo las polillas se reunían alrededor de los faroles encendidos. Peter nunca la acompañaba. Era un lugar que estaba muy a la vista, por lo que era muy probable que su madre fuese a echarlo del porche como a un vagabundo. Pero nunca le decía nada a James, quien tenía esa sonrisa con hoyuelos y su educación de colegio privado, por lo que siempre estaba cerca, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza y contemplando los murciélagos que aleteaban en la oscuridad.

«No es verdad que los murciélagos muerdan a la gente cuando está sentada fuera, como nosotros —había dicho una noche mientras el asiento crujía al balancearse debajo de ellos—. A la mayoría de las personas las muerden mientras duermen. Ni siquiera se han enterado hasta que no empiezan a notar los síntomas. Cuando ya es demasiado tarde. Cuando podrían considerarse muertas».

«Vaya. —Wyatt se había sacudido una polilla blanca y negra de la manga—. Gracias por las pesadillas».

«No es una pesadilla, es la naturaleza. —Los ojos de James habían empezado a relucir a la luz de los faroles. Su mirada brillaba, cargada de secretos—. Imagina pensar que estás a salvo y luego descubrir que siempre ha habido un animal portador de la rabia, encerrado contigo en tu habitación».



El camino frente a ella estaba oscuro. No había luz en la que fijarse.

Wyatt estaba sumida en la oscuridad e intentaba encontrar el resplandor amarillo de los faros. Aguzó el oído y oyó el crujido del asfalto bajo los neumáticos. Hizo todo lo posible por ignorar la manera en la que el dolor crepitaba como escarcha en sus venas.

Se había pasado la mañana encerrada en la habitación, evitando a Peter, tumbada al revés en la cama, mareada a causa de la anticipación y cada vez más hambrienta, hasta que le había sonado el móvil.

Casi se había caído de la cama al tratar de responder. Había llegado a cuatro patas a la cómoda y no se había movido de allí para no perder la cobertura. En la pantalla, le sonreía una fotografía

saturada de su madre.

—¿Mamá?

—Wyatt, gracias a Dios. —En el otro extremo de la línea, la voz de su madre había sonado como si estuviese muy lejos—. Llevo días intentando ponerme en contacto contigo.

Le dieron ganas de llorar a causa del alivio que sintió. Se había dejado caer de rodillas y se había cambiado el teléfono de oreja.

—Estoy en Willow Heath. Aquí no hay cobertura.

—Ya lo sé, cielo.

—¿Lo sabes?

—Tu tía tuvo una visión. Te vio allí. Wyatt, cariño, sé qué es lo que debes estar pensando, pero no tienes por qué quedarte ahí. Todo eso era problema de tu padre. No tienes que cargar con ello. Deja que los Campbell se encarguen de todo. Voy de camino a recogerte.

Wyatt no había querido mencionar a Peter, como siempre hacía. Algo se le agitó en el pecho. Algo hueco y mudo. Distinguió a Peter en el gallinero a través de la ventana de su dormitorio, con la camiseta pegada al cuerpo. Lo había visto levantar el hacha. Había visto cómo la madera salía despedida al cortarla y había sentido aquellos golpes en las entrañas.

—No me puedo marchar —le había susurrado a su madre—. Hay algo en el bosque.

—Tranquila. —La voz de su madre había sonado con algo de estática, como si fallase la conexión—. Eres una Westlock. La bestia te dejará pasar y no te hará nada.

Wyatt se había quedado fría, sin palabras.

—¿Sabes lo de la bestia?

—¿Que si conozco lo único por lo que vivía tu padre? Claro que sí. —La cobertura había empezado a fallar. Solo conseguía oír algunas sílabas sueltas—. Vuel... a ca... conmigo. Te... chas cosas... las que... ha...

—¿Mamá? —Se había puesto en pie, con los dedos agarrotados y el estómago revuelto. En el exterior, otra rama se partió en dos—. ¿Mamá, sigues ahí?

—Te lo contaré todo cuando te vea, ¿vale? Nos vemos en la carretera. Llegaré pronto.

Eso había sido unas horas antes. Wyatt había pasado el resto de la tarde intentando meter a Poquita en el trasportín. La única prueba que le había quedado era un rastro de marcas de garras en el dorso de cada mano y varias horas de tiempo perdido. Aun así, su madre no había llegado aún.

Salem estaba solo a unas tres horas en dirección sur. No era un viaje corto, pero tampoco tan largo. Ya tendría que haber llegado. Wyatt unió las manos para calentárselas con el aliento. Comenzaba a arrepentirse de haberse alejado tanto de la casa. En la profundidad del bosque flotaba un rencor que podía llegar a palparse. Podía llegar a escucharse el silencio. Estaba rodeada de podredumbre y aguarrás, del chasquido de las garras y del desgarrar de los dientes.

Llevaba la antigua navaja de su padre en el bolsillo, con el mango de cuero grabado con el emblema del pelícano. Era una protección escasa después del incidente con la señora Germaine, pero no se hubiese sentido cómoda marchándose de la casa con las manos vacías. Y Peter se había quedado con su hacha.

Dio un respingo cuando algo pálido pasó volando sobre ella. Un cárabo norteamericano con las garras extendidas y un ulular fantasmagórico que hendió el silencio. Junto a ella, la cabra emitió un balido acusatorio.

—Me da igual —dijo entre dientes apretados—. Nadie te ha invitado.

La cabra baló por segunda vez, antes de ponerse a arañar una raíz con las pezuñas.

—Que sepas que no te voy a llevar a casa conmigo —añadió Wyatt, desesperada por mantener a raya el silencio—. No me gustas. Y yo no te gusto. Y, aunque ese fuera el caso, el apartamento de mi tía no sirve para el ganado.

Una rama se partió en la distancia. Algo invisible se escabulló entre el crujir de la maleza. El sonido no dejaba de acercarse a ella ni de quebrarle todo el coraje que pudiese albergar en su interior.

—Dios —dijo al tiempo que se frotaba el cuerpo para ahuyentar el frío—. ¿Dónde está?

Como si los hubiese invocado con solo pensar en ella, aparecieron dos faros que iluminaron la oscuridad. Unos haces plateados atravesaron los árboles y le dieron al bosque la tonalidad propia de los huesos. Ciega como un murciélago, Wyatt avanzó con cautela y haciéndose visera con la mano.

Una figura se colocó frente a la luz en la distancia.

—¿Mamá?

La cabra iba detrás de ella, con la cabeza gacha, los cuernos preparados y un balido que parecía de alarma. La silueta de los haces de luz empezó a acercarse, recortada y estrecha como un mondadientes en el resplandor. Wyatt tuvo tiempo suficiente para que su alivio pasase a convertirse en miedo, antes de que las luces se apagasen y quedase cubierta por una oscuridad insondable.

Sacó el teléfono móvil del bolsillo, encendió la linterna y apuntó con ella hacia delante. Había un rostro iluminado de plata a escasos centímetros del suyo. Le dedicaba una mirada intensa y humanoide, con una sonrisa de oreja a oreja. Wyatt pegó un grito y dejó caer el teléfono.

—Qué decepcionante —susurró una voz mientras ella se daba la vuelta para salir corriendo—. El alcaide óseo dijo que eras una bruja, pero yo solo veo a una niñita fea.

Wyatt se tropezó con marañas de raíces, sin saber muy bien hacia dónde ir bajo la luz de la luna, y sintió el mordisco de algo afilado en el estómago. Asustada, bajó la vista para mirarse el ombligo. Vio cómo la navaja de su padre sobresalía de sus entrañas, y sus dedos cubiertos de sangre rodeaban la empuñadura de cuero. La cabra soltó otro balido estridente, fuera de su vista,

mientras ella se tambaleaba hacia atrás y recuperaba el aliento. Frente a ella, la criatura humanoide se había convertido en sombras, extraña y cruzada por las ramas. Sus ojos eran poco más que puntos de luz de luna moteada entre los árboles. Wyatt estaba sola.

El mundo se agitó a su alrededor. Cayó de rodillas e intentó pedir ayuda, pero lo único que brotó de sus labios fue un borboteo. Tenía las manos embadurnadas en sangre. Una mancha carmesí había empezado a extenderse por el suéter. Demasiado rojo por todas partes, brotando de ella en franjas grandes e iracundas.

Morir era simple y al mismo tiempo no lo era, había dicho Peter.

—¡Eh!

El chasquido de una rama. Las pisadas inconfundibles de alguien que corría a toda velocidad hacia ella. Y frente a sus ojos, apareció al instante la versión enjuta de un chico que había conocido en el pasado. Pelo negro, ojos negros y labios torcidos en un gesto.

—No. —Wyatt se echó hacia atrás arrastrándose por el suelo, hasta que se detuvo, demasiado asustada como para creerse lo que estaba viendo—. No te acerques.

James Campbell le cortaba el paso, con apariencia de príncipe oscuro y una corona de luz de luna en la cabeza. Aferraba una guirnalda de enlodos amarillos entre las manos.

—Dios, Wyatt. —La luz de la luna desapareció de su rostro cuando se arrodilló junto a ella. Extendió los brazos hacia Wyatt y le aguantó las manos para que dejasen de temblarle. La sangre se le derramaba en riachuelos densos que le caían entre los dedos—. Quieta. No te la saques.

Las manos de James parecían muy reales al tacto. Humanas, cálidas y verdaderas.

—No te acerques a mí. —Gateó hacia atrás y consiguió darle una patada leve en las canillas. Se le nubló la vista—. No eres... No eres Jamie.

Él le miró el círculo carmesí del suéter, que no dejaba de agrandarse.

—Pero ¿qué te ha hecho?

—No ha sido Peter —consiguió articular Wyatt—. Fue... —Pero no supo qué responder. Fueron los árboles. Las sombras. Ese horrible rostro sonriente. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás hasta que consiguió apoyarla en la tierra. Luego, susurró—: Creía que era mi madre.

Le castañetearon los dientes. Tenía las puntas de los dedos húmedas y pegajosas. Cuando consiguió reunir la energía necesaria para abrir los párpados, se encontró a James a horcajadas sobre su cuerpo tembloroso, con esa corona de flores colgándole de la mano.

—No podemos quedarnos aquí fuera —dijo—. El eneldo es un buen protector, pero no mantendrá a raya a los críptidos más antiguos.

—Los críptidos —consiguió pronunciar Wyatt, que se sentía ebria y delirante.

—Sí, a los críptidos. —James arrugó el ceño de cejas negras—. Ni siquiera sé cómo has llegado tan lejos. Estamos en las fauces del infierno, Wyatt. Esto no es un parque natural. Todo lo que repta fuera de esta oscuridad ha quedado retorcido por el abismo. Si algo nos hallara aquí,

tendríamos un gran problema. Tenemos que irnos. Te llevaré.

—Puedo caminar...

—¿Caminar? Te estás desangrando.

Ella volvió a cerrar los ojos.

—No te pongas tan dramático.

Sintió que el cuerpo se le empezaba a mover bajo los brazos de James, que la había levantado de la tierra y avanzaba cargándola a través de la hierba, a través del metal de la valla. Lejos de aquel bosque violento y de los vigilantes que había en los árboles. Cuando se detuvieron al fin, Wyatt abrió un ojo y lo miró.

—Quédate con Mamá —dijo él—. Yo voy a encontrar a Peter.

—James. —Pronunció su nombre en un acceso de tos húmedo y babeante. Quería decirle que se quedase, suplicarle que no la dejase allí, moribunda en un prado cubierto de rocío. En el punto de mira del infierno. Pero lo único que consiguió decir fue—: ¿Quién es Mamá?

La cabra soltó un balido apacible, como si fuese ella la que había respondido a su pregunta. El animal se acurrucó a su lado, con el pelaje y el cuerpo cálidos contra el frío de la piel de la joven. Después, Wyatt perdió la noción del tiempo. No supo decir cuánto tiempo pasó tumbada allí, desangrándose poco a poco.

La cabeza le daba vueltas, y también las daban las estrellas del firmamento, trazando un círculo en el cielo y dejando tras de sí un rastro del blanco más puro. Wyatt terminó por cerrar los ojos. Cuando los volvió a abrir, lo hizo solo durante un instante. Lo suficiente como para ver que la hierba que tenía debajo había sido reemplazada por sábanas; la espiral de estrellas por un dosel. Le dolía todo. Le pesaban los párpados. Había algo en la habitación, dos siluetas que conformaban una sola. Cuerpos duplicados, informes y que no dejaban de ir de un lado a otro.

—Pero ¿qué estabas haciendo? —espetó Peter—. ¿Por qué has hecho que se alejase tanto?

—Estaba buscando a su madre —respondió otra voz, una que Wyatt no fue capaz de reconocer. Era suave y siniestra, como el crujido leve de una piedra por la gravilla—. Te has olvidado de que ya no formo parte de los vivos. Hay otros ahí fuera que ansían la sangre de una Westlock. Tendrías que haberla vigilado mejor.

La oscuridad se apoderaba cada vez más de su interior, la cubría para sumirla en un sueño húmedo e inexorable. Le dieron ganas de hablar, de gritar, de llorar, pero lo único que pudo hacer fue soñar.

SEGUNDA PARTE

EL DESCONOCIDO

*Pues así como te he amado, mi corazón no me servirá
para verte, pues por ti y por mí se ha destruido la flor de los caballeros y los reyes.*

La muerte de Arturo, sir Thomas Malory.

13

WYATT

Wyatt se despertó con el crujido del sauce por fuera de su ventana. Abrió los ojos, cargados aún de visiones oníricas de algas, del recuerdo de una piel cianótica bajo el resplandor de una luz led. Respiró todo lo hondo que fue capaz y parpadeó para deshacerse de los restos de la pesadilla, mientras analizaba lo que había a su alrededor en silencio. Vio a Osito, con ese único ojo con forma de botón que la miraba desde encima de la colcha. También vio el dosel, colocado en unos postes y afianzado con unos grandes nudos de tela.

Y repantigado en una silla junto a la cama vio a James Campbell. Estaba dormido y apoyaba las piernas en el borde del colchón, con el pelo enmarañado y negro. Suspiró y la cabeza le bamboleó contra la franela de la prenda que llevaba puesta.

—Jamie —susurró Wyatt.

Volvió a levantar la cabeza al momento, con ojos alerta bajo unos párpados entornados. Le costó distinguir sus facciones a la luz resplandeciente del día. Todo en él estaba más afilado de lo que recordaba, como si alguien hubiese usado un cuchillo de tallar para realzar los ángulos prominentes de sus mejillas y el puente torcido de su nariz. Una cicatriz blanca y pálida formaba un brote estelar debajo de su ojo izquierdo. Una marca de despedida de Peter, una de hace cinco largos veranos.

—Estás despierta. —James extendió el brazo hacia el agua que descansaba sobre la mesilla de noche y luego le dio el vaso húmedo—. Bien. Bebe un poco.

—Gracias. —Wyatt intentó sentarse, pero se dio cuenta de que era incapaz. Tenía todo el torso cubierto de vendas y el vientre tenso a causa de un dolor propio de los puntos de sutura—. Auch. ¿Cuánto tiempo llevo dormida?

James se frotó la cara con la mano. Tenía un anillo oscuro en cada uno de los dedos, franjas de ónice que no emitían luz alguna en la penumbra.

—¿Un día? Puede que más. La verdad es que no lo sé. En esta casa, los relojes están todos mal. Hace mucho tiempo que nadie los pone en hora.

—Bueno. —Wyatt enjugó con el dedo una de las gotas de agua que se derramaban por fuera del vaso—. ¿Dónde está Peter?

—Yo me encargo de él —aseguró James. Luego, antes de que ella pudiese preguntarle qué había querido decir con «encargarse de él», añadió—: Perdón por lo que te ha hecho pasar mi

padre. Nunca tendría que haberte enviado aquí sola. La verdad es que no sé en qué estaría pensando.

Wyatt recordó cómo se había encontrado a Peter, atado como ganado en un matadero, con las raíces del sauce devorándolo poco a poco. Pensó en todas las cosas terribles que le habían hecho, en aquel pequeño colchón lleno de secretos y en los muchos viales de harina de huesos que había en la vitrina de su padre. Cerró los ojos y deseó que la estancia dejase de dar vueltas.

No tardó en preguntar:

—¿Siempre lo has sabido?

Oyó que James se agitaba en la silla.

—¿Cómo que si siempre lo he sabido?

—Lo de Peter.

No respondió. No en ese mismo momento. El silencio fue como una respuesta afirmativa, y un acceso de rabia se le extendió por las entrañas. Wyatt abrió los ojos, como si fuese a decir algo mordaz. Pero había algo en la forma de sentarse de James, en la manera en la que apoyaba los antebrazos en las rodillas y en sus hombros tensos, que la hizo parar. Él se quitó uno de los anillos hasta dejarlo cerca de la punta del dedo, mientras un músculo no dejaba de moverse en la mandíbula.

—El primer año que mi padre me trajo a Willow Heath, no quería estar aquí —empezó a decir—. Mis amigos tenían veranos de verdad. Sus padres los llevaban al lago de Como y a Saint-Tropez, pero yo tenía que pasar las vacaciones atrapado en Maine, portándome bien con una llorona y un chico que casi no articulaba palabra.

Wyatt soltó un bufido.

—No seas imbécil.

—No digo que no terminases por caerme bien —continuó él, que volvió a deslizarse el anillo hasta la base del dedo—, pero es la verdad.

—¿Y qué más me puedes contar?

—Que no sabía nada de lo de Peter. Al menos al principio. Pero ese año me habían amenazado con mi primera expulsión del colegio. Mi madre estaba fatal. Y mi padre, muy furioso. Me dijo que si quería que hiciese algo por mí, si quería que obligara al director a ignorarme, tenía que estar la mayor parte del tiempo posible contigo o con Peter.

Wyatt lo comprendió todo en ese momento, y el mundo comenzó a darle vueltas.

—Eras como un escudo.

—No creo que haya palabra para describir lo que los tres significábamos los unos para los otros en aquella época —dijo James, despacio.

Wyatt contempló aquel brote estelar blanco que tenía en el pómulos, la prueba de la verdadera lealtad de Peter. La prueba de que Peter nunca les había pertenecido.

Tragó el nudo que se le había formado en la garganta y preguntó:

—¿Y ahora qué somos?

—Enemigos —dijo James de inmediato—. Algunos, al menos. —Después le dio unas palmaditas a la colcha y se puso en pie para marcharse—. Bébetelo el agua. Y descansa. Yo me encargo de Peter.

—¿Cómo te vas a encargar de él?

Pero James ya se había marchado, y la puerta chasqueó al cerrarse.

Wyatt se quedó mirando el lugar donde había estado hacía unos instantes, esforzándose por contener las lágrimas. *No llores*, volvió a repetir en su cabeza. *No llores*. Consiguió parpadear sin que se le humedeciesen los ojos, pero aún sentía la traición en todos los poros de su piel. Pensó en la confusión caleidoscópica de la capilla, en el rojo de su mano ensangrentada entre la de Peter y la de James. «Siempre estaremos juntos los tres. Siempre».

Al final, los dos estaban fingiendo.

Peter solo quería escapar. Y James ansiaba volver a casa. Y ella, caprichosa y ridícula, había encontrado la paz entre ambos. La amargura que se le había acumulado en la garganta empezó a bullir y terminó por coagularse en un grito. Tiró el vaso, que estalló contra la puerta del armario en miles de esquirlas que cayeron al suelo entre chispas y resplandores. Volvió a dejarse caer sobre la almohada y contempló lo que acababa de hacer, irritada e insatisfecha.

Pasaron los minutos. Una hora. Nadie entró para comprobar qué era lo que había pasado, para darle una reprimenda. En el piso de abajo, un silencio sepulcral se había apoderado de la casa.

Terminó por dormirse, entre accesos febriles y sudores. En una pesadilla, se tambaleaba por un bosque en la penumbra, con un cuchillo clavado en el vientre y sangre en las manos, mientras una podredumbre horrible y terrorífica se extendía por su piel. Y allí, en aquel abismo tembloroso, fue donde lo oyó.

«Wyatt, zorra. ¿Qué cojones me has hecho?».

Cuando volvió a despertar, ya era por la mañana. Las ventanas estaban abiertas y una brisa fría soplaba en la habitación y agitaba el dosel. Poquita estaba sentada en el alféizar de la ventana, con la vista fija en los árboles distantes. Alguien le había dejado una bandeja con comida sobre la colcha.

Lo que le llamó la atención no fueron el pan rancio ni los huevos duros, aunque el estómago le gruñó al verlos. Fue la fotografía, aquella escala de grises que ahora le resultaba tan familiar y que sobresalía por debajo de los adornos florales de un plato. La sacó de allí y contempló a esa versión mucho más joven de Peter que la miraba, con ojos solemnes debajo del gorro de marinerito. Sintió una punzada traicionera en el pecho.

No quería sentir pena por él.

Quería odiarlo.

—Se supone que fue un chiste —dijo una voz desde la puerta. Wyatt alzó la vista, sorprendida, y se encontró a Peter recortado contra la luz tenue del pasillo. Llevaba una maceta de terracota con una planta con los tallos deteriorados y cubiertos por un vello blanco. Cabeceó en dirección a la foto que Wyatt sostenía entre las manos—. Lo del gorro, quiero decir.

Entró en la estancia, con los nudillos blancos a causa de la fuerza con la que aferraba la maceta y las botas cubiertas de barro. Se fijó en los cristales que cubrían el suelo.

—No soy fácil de matar —admitió con voz apacible—. Puedo encajar muchos golpes. El gremio sacó fotos para documentarlo. Querían un registro visual para comprobar los años en los que funcionaba el ritual y los años en los que no. Cambiaba todos los veranos. El método, quiero decir. Normalmente, usaban cuchillos. A veces, espadas. Les gustaba hacerlo ceremonioso, creo. Pero también de otras maneras. Con ruedas y con potros. Con balas y con escalpelos. A golpes. De muchas formas.

Wyatt contuvo el aliento. En el otro extremo de la estancia, Peter seguía sin mirarla. Se colocó la maceta en el hueco del codo para hacerse con la caja de música que había sobre la cómoda. Enderezó a la bailarina con un roce muy cuidadoso, pero esta volvió a caer al momento y emitió una única nota discordante.

—El verano que se hizo esa foto —continuó, sin dejar de jugar con la caja de música—, un hombre llamado George Donnelly tuvo la idea de atarme unos ladrillos en los pies. Me llevaron al estanque y me tiraron al agua desde el muelle.

Wyatt le dio la vuelta a la foto. Tenía el estómago revuelto.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque me lo has preguntado. El otro día por la mañana, en la cocina, me preguntaste qué hacía falta. Tendría que haberte respondido.

La mano alrededor de su tobillo. La sensación del talón chocando contra un hueso. Al comprenderlo, sintió náuseas, una bilis nauseabunda que no dejaba de agitarse en su interior.

—¿Eras tú el de ahí abajo?

—Tu sangre —dijo él, con sarcasmo—. Mis huesos. Eso es lo que hace falta para mantener a raya la oscuridad. Los Westlock siempre han creído que el fin justifica los medios.

—¿Tanto como para ahogar a un niño? Es una locura. Es monstruoso.

Los tendones del cuello de Peter se movieron cuando tragó saliva.

—¿Recuerdas cuando eras pequeña y tu madre te leía el cuento de ese niño que veía un chorrito de agua saliendo de un dique? El que lo tapaba con el dedo y luego se quedaba allí toda la noche, muriéndose de frío y solo, para evitar que el dique se rompiera.

Wyatt lo recordaba. Recordaba haber dejado la ventana abierta de par en par, el pedazo de pan de maíz cubierto con una tela que había puesto en el alféizar a modo de ofrenda. El chasquido de las ramas cuando la sombra de Peter escalaba el sauce para escucharlo también.

—No es lo mismo —aseguró ella—. El chico de ese cuento era un héroe. Hizo algo muy valiente. Nadie lo ató con cuerdas ni lo obligó a quedarse allí.

La mirada de Peter no se movió ni un ápice, velada por una capa de hielo impenetrable.

—La criatura que te encontraste en el bosque es capaz de imitar cualquier cosa. Esa es su manera de cazar.

Le dieron ganas de decirle que no cambiase de tema, pero solo fue capaz de pensar en esa sonrisa terrible, esa mirada fría y viperina. Wyatt reprimió un estremecimiento.

—Acabas de parecerte a mi madre.

Peter frunció aún más el ceño. Parecía enfadado, como si no le gustara que fuese tan insensata.

—Casi te mata, Wyatt. Y no es nada comparado con el resto de las cosas que hay por ahí. ¿Crees que lo que el gremio me hizo fue «monstruoso»? Pues cuando desaparezcan las salvaguardas, se romperá el dique. Ahí fuera hay algo que escapa a tu imaginación. La muerte de un niño no es nada comparada con las entrañas del infierno que nos aguarda.

—¿Estás defendiéndolos después de lo que te hicieron?

—Nunca. —La rabia de sus palabras contrastaba con lo impertérrito de su mirada—. Pero quiero que entiendas a qué nos enfrentamos. Y también quiero que sepas de lo que eres capaz. —Atravesó la estancia con tres pasos titubeantes y dejó la maceta sobre la mesilla de noche. Wyatt distinguió el olor margoso de la podredumbre. En la tierra se alzaba un pequeño grupo de setas de cardo negras, con los sombreros curvados como pétalos de flores. Luego, Peter dijo, en voz baja—: Alguien me comentó una vez que hay una segunda vida en las cosas moribundas.

Wyatt apretó las manos en sendos puños sobre el regazo.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—¿Tú qué crees? —dijo al tiempo que pasaba a mirar las esquirlas de cristal del vaso desperdigadas por el suelo—. Han brotado setas en las macetas de la cocina durante la noche. Las setas de cardo solo crecen en suelo calcáreo, cuando algo vivo ha empezado a pudrirse.

Algo vacilante comenzó a reptarle por el pecho. Algo enfermizo y que no dejaba de retorcerse. Le dieron ganas de preguntarle cómo era posible, pero habría sido una pregunta absurda. Sabía muy bien cuál era la respuesta. Era algo innato, olor a podredumbre, el hedor empalagoso del agua de pecera estropeada. El recuerdo de Micah Barclay de rodillas, con las venas rosadas y las manos aferrándose la garganta mientras una multitud se congregaba en la puerta abierta.

«¿Qué está pasando?».

«Mierda... ¡Se está asfixiando!».

«Es cosa de ella. Le ha hecho algo. Es una...».

«¡Que alguien llame a Emergencias!».

Le habían dado ganas de replegarse sobre sí misma y desaparecer. Cerró los ojos y decidió contar una mentira, con voz insensible y fría:

—No sé de qué estás hablando. No me he movido de aquí.

—Dalia —dijo Peter en voz baja, y el apodo hizo que un fuego ardiese en el pecho de Wyatt.

—No me llames así —espetó ella—. Ya no somos niños.

—Pues deja de actuar como una niña. —El suelo rechinó bajo sus botas—. Abre los ojos.

Wyatt obedeció, pero giró la cabeza hacia la ventana. No quería ver las pruebas, la descomposición junto a su cama. Tampoco quería pensar en el efecto estroboscópico de las luces de la ambulancia reflejadas en la fachada de la casa de los Barclay, ni en cómo nadie había vuelto a acercarse a ella después de aquello.

—Mírame —ordenó Peter.

Se obligó a concentrarse en un pájaro pequeño y amarillo que revoloteaba por las espadañas húmedas.

—No quiero.

—Wyatt. —Peter le puso los dedos en la barbilla y la obligó a mirarlo—. Me dijiste que no hacías magia.

—Y no la hago. —Se le había formado un nudo en la garganta—. No a propósito.

Él retiró la mano y cerró el puño, como si el mero tacto le hubiese hecho daño. Wyatt esperaba que así fuese. Esperaba que el gesto lo hubiese dejado destrozado, igual que a ella.

Peter se metió las manos en los bolsillos y preguntó:

—¿Nuestra tregua sigue en pie?

Ella alzó la vista para mirarlo. Llevaba el cordel de cuero colgando en la garganta y desaparecía bajo el cuello de su camisa. La última vez que lo había visto no era más que una sombra en las escaleras, momento en el que había articulado su confesión con una brusquedad capaz de destrozar huesos incluso.

«Nunca has dejado de ser la presa».

Wyatt quería decirle que nunca se habían dado una tregua. Le dieron ganas de gritarle a la cara, de decirle que se marchase. De clavarle las uñas hasta que sangrase como había hecho ella. Pero, en lugar de eso, volvió a bajar la vista hasta la foto que tenía en el regazo. La fecha a lápiz estaba tan desgastada que casi era ilegible. Un epitafio garabateado con prisas de mano de un chico por el que nadie había llorado jamás.

Luego dijo, en voz baja:

—¿Qué quieres?

—Quiero que vuelvas al estanque conmigo —respondió él—. La última vez, conseguiste que se pudrieran los nenúfares. Veamos si podemos encontrar la manera de controlar ese poder antes de que algo más siniestro que ese mímico se escape por las grietas.

14

PEDYR

El camino hasta el estanque fue insoportablemente lento, entorpecido por la lamentable negativa de Wyatt a dejar que la ayudasen. Apoyada contra la rama torcida de un lilo, se llevó las manos al abdomen y contempló el estanque distante, con ojos vidriosos y los labios apretados.

—Estoy bien —gruñó cuando Pedyr le ofreció la mano—. No me toques.

Llevaba uno de los viejos vestidos de su madre. Lo único que había conseguido ponerse era aquella prenda holgada y abotonada. Se había aplicado el pintalabios rojo oscuro color dalia y el pelo alborotado le caía por los hombros. Allí, rodeada de lilas, parecía una criatura feérica, una que acabara de salir de un anillo de hadas después de haber pasado la noche bailando, con el calzado destrozado.

A Pedyr le revolvía el estómago imaginársela sola en la casa mientras ese mímico no dejaba de susurrarle al oído. Tendría que haber sabido que el bosque intentaría atraerla y alejarla de él, para tragársela en el momento en el que él le diese la espalda. No había dormido ni un minuto siquiera desde que había salido a la oscuridad en su busca para encontrarse con que alguien cargaba con ella, que tenía los brazos colgando, el torso ensangrentado y los ojos vidriosos.

—Solo unos pasos más —dijo Pedyr.

—Me acaban de apuñalar en el vientre, Peter —comentó ella, que se sacudió un pétalo del cuello del vestido—. Pero la vista la tengo muy bien, gracias. —No se movió del árbol—. Que sepas que aún creo que deberíamos haber traído a James.

—Él no forma parte de esto —se apresuró a decir Pedyr, a quien se le revolvieron las entrañas. Wyatt no parecía muy convencida debajo de las lilas.

—Se va a preguntar dónde estamos.

—Pues que lo haga.

Ella lo fulminó con la mirada, y él se preparó para una discusión. Al ver que no era el caso, la tensión empezó a abandonar su cuerpo. Wyatt pasó junto a él sin articular palabra, dejando tras de sí un rastro violeta y con el sudor perlándole la frente.

El bote de remos los esperaba en el agua, con el casco cubierto de barro y la popa balanceándose entre los juncos. Wyatt se detuvo frente al barro de la orilla y contempló el bote de soslayo, con los brazos aferrándose el tronco, como si fuese lo único que conseguía mantenerla entera. Ambos se quedaron allí parados durante unos segundos en silencio y vieron

un par de libélulas apareándose que sobrevolaban la superficie cristalina del estanque.

Pedyr terminó por carraspear.

—Deja que al menos te ayude con el bote.

—No, gracias. —La brusquedad de las palabras transformó la educación en prácticamente un insulto. Wyatt cojeó un poco y luego levantó una pierna para subir al bote, antes de dejarse caer junto al timón avejentado al tiempo que hacía un mohín. Él se acercó, y el agua le cubrió el dobladillo de los pantalones mientras empujaba el bote por las aguas superficiales.

Ninguno dijo nada conforme remaban hasta la mitad del estanque. El croar de las ranas toro llenaba el ambiente; el graznido vibrante de un colimbo. A unos pocos metros, una tortuga se apartó de un tronco y desapareció bajo la superficie con un leve chapoteo. Pedyr vio cómo las ondículas se expandían bajo los nenúfares arrugados y pensó en el pequeño esqueleto atrapado en el fango que tenían debajo.

La mayor parte de los días intentaba no recordar cómo era ahogarse. Aquella violencia fría interminable y las espigas de agua dentro de sus pulmones; el hecho de que hubiese sobrevivido lo suficiente como para empeorar.

Al timón, seguro que Wyatt pensaba lo mismo mientras miraba por encima del borde del tambaleante bote de remos.

—¿Y si vuelvo a despertar tus huesos?

Él se quedó de piedra, con los remos a punto de salir del agua.

—¿A qué te refieres?

—La mano que me agarró por el tobillo. ¿Eso también fue cosa mía?

—No —aseguró él, aunque lo dijo con más brusquedad de la que pretendía. Ese tipo de poder tenía un nombre, una palabra para designar a las brujas que levantaban a los muertos, que se acuclillaban junto a las tumbas de sus amantes con vestidos rasgados y sin dejar de apretar los dientes, soltando alaridos que hendían los cielos.

Los libros de historia las llamaban *banshees*. Todas y cada una de ellas habían ardido.

—No sé cómo explicar lo de los huesos —admitió él, que volvió a meter los remos en el agua. El bote continuó avanzando por la oscuridad cristalina—. Puede que estuviesen enredados en algo y tirases de ellos. Como bien dijiste, estaba muy oscuro. Y entraste en pánico.

—Lo que sentí era real —espetó ella, con más rabia de lo normal—. Algo me agarró por el tobillo.

—Eso es imposible.

Wyatt soltó un bufido y giró la vista hacia la orilla, donde las copas de los árboles distantes se alzaban en las colinas como un ejército a la espera. En esta ocasión, el silencio se volvió insoportable. A Pedyr le dieron ganas de arrancarlo, como si fuese una costra sobre su piel, de ver qué era lo que rezumaba de la herida. Se preguntó cuánto tiempo tendrían antes de que

alguien se percatase de su ausencia. Antes de que él fuese a buscarlos.

—¿Lloras por ti?

La pregunta de Wyatt fue del todo imprevista, y la formuló en voz tan baja que estuvo a punto de no oírla. Al ver que no respondía, ella empezó a levantarse el borde de una de sus vendas ajadas con un dedo meñique.

—Lo pregunto porque he visto todas esas tumbas pequeñas en la capilla y no hay marca alguna en las lápidas. Siempre me había preguntado qué era lo que enterraban allí, pero ahora... ¿Son tuyas?

A Pedyr se le revolvió el estómago.

—La mayoría.

—¿Cómo lo soportas? —preguntó Wyatt—. Yo siempre tengo la impresión de que no dejo de llorar por la persona que era antes... —Hizo una pausa y dejó aquella idea inacabada—. Tiene que ser muy raro, sin más, el hecho de pisar tu propia tumba.

—No pienso en ello —aseguró él con tono neutro.

—Mentiroso —dijo ella, que se sentó sobre el canto de las manos—. Pero es normal. Yo también intento no pensar en ello si puedo evitarlo.

Pedyr reprimió las ganas de preguntarle, sacó los remos del agua y los dejó a sus pies. El bote se mecía en la brisa y dibujaba espirales perezosas sobre la superficie del estanque. Hizo todo lo que fue capaz para evitar pensar en los veranos del pasado, en James dentro del bote con ella, repantigado como un príncipe en un yate; mientras Wyatt acariciaba el agua con la punta de los dedos, como un mascarón de proa dorado, una diosa tallada creada para guiarlos por la oscuridad de las aguas.

«¿Lloras por ti?», le había preguntado. Lo único que sabía hacer era llorar.

Frente a él, Wyatt contemplaba el vuelo de las golondrinas en las alturas.

—¿Este es el plan? ¿Quedarnos aquí sentados hasta que anochezca?

—No.

—Vale. —Jugueteó con uno de los botones del vestido—. ¿Y ahora qué?

Pedyr no lo sabía. No sabía qué tenían que hacer para despertar las habilidades de Wyatt. No podía ser nada relacionado con la sangre, porque no había sangrado la mañana que lo había liberado. Tampoco con los huesos, ya que no los había usado en el estanque aquel día ni cuando estaba confinada en su cama. Era una Westlock, sí, pero también una Beckett. Y los Beckett tenían un linaje con legado propio.

—Cuéntame. ¿Cuándo fue la primera vez que usaste tus capacidades?

Ella se irguió con el gesto torcido.

—¿Perdón?

—Háblame de ello —insistió—. Dime lo que ocurría a tu alrededor, lo que te pasaba por la

cabeza en esos momentos. Paso a paso. Quizá nos ayude a determinar el catalizador.

—No lo hará.

—Podría.

—No lo hará —repitió Wyatt, con una voz lo bastante seca como para dejarlo de piedra—. Prueba con otra cosa.

Él se reclinó con un gruñido. Delante, Wyatt lo fulminaba con una mirada afilada como una guillotina.

—Admítelo —dijo ella, un instante después.

Pedyr se arremangó los puños del suéter cuando empezó a notar el calor y la picazón de la lana en las muñecas.

—¿Que admita el qué?

—Admite que no tienes ni idea de lo que estás haciendo.

—Nunca dije que la tuviera. Y, para tu información, lo único que tiene de malo lo que intento hacer es que te niegas a cooperar.

—Porque es estúpido.

—No es por eso. —Pedyr se inclinó hacia delante, con las manos apoyadas en el asiento—. Es porque tienes miedo.

—¿Miedo? —Una carcajada sarcástica brotó de los labios de Wyatt—. Dios, Peter. Eres demasiado tonto. Mírame. Desde que he vuelto a Willow Heath me han amenazado, me han perseguido y han estado a punto de matarme. ¿Miedo? Sí, estoy aterrorizada.

Él volvió a reclinarse en el asiento.

—Pues haz algo.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque no.

—¿Por qué no?

—Pues porque no, Peter. ¿Vale? ¿Podemos cambiar de tema?

—¿Es por Micah?

Se le había escapado, pero la pregunta brotó de sus labios de igual manera, amarga y acusadora. Desde que Wyatt había regresado, todas las noches se había despertado pronunciando el mismo nombre. Ahora, en la proa oscilante del bote y frente a él, se había quedado del todo pálida.

—No —susurró—. No vuelvas a pronunciar su nombre delante de mí.

Así que sí era eso. Su instinto había acertado. No le satisfizo tanto como esperaba. En lugar de ello, una envidia de un verde corrosivo se extendió por sus entrañas. Pedyr estaba a punto de decir algo más, pero vio por el rabillo del ojo que algo se movía en la orilla. El olor a vegetación

podrida se apoderó de sus fosas nasales cuando vio que aparecía una maraña densa de algas sobre la superficie del agua.

—Wyatt.

—No me hables —espetó ella—. Quiero irme.

—Wyatt, mira.

Ella miró hacia donde le indicaba.

—¿Qué...? ¿Es sangre?

Estalló un grito en la orilla contraria. Allí, de pie y con el agua hasta las rodillas, se encontraba la última persona que quería ver. La brisa arreció, hizo que el pequeño bote se balancease de lado a lado y trajo consigo el desagradable zumbido de la voz de James Campbell.

—No dejes que vea de lo que eres capaz —le indicó Pedyr a Wyatt, para luego hundir los remos en el agua antes de que ella dijese nada.

Cuando llegaron a la orilla, la brisa se había convertido en un vendaval. Batía la proa y amenazaba con volcar el bote por completo. Se bajó al agua, que le llegaba por la cintura, e hizo todo lo posible por no mirar esos ojos plomizos como nubes de tormenta que tenía delante, mientras guiaban el bote hasta el barro. Cuando se dio la vuelta para ayudar a Wyatt, la encontró fuera de la embarcación, con el agua hasta los tobillos, el vestido empapado y las manos en la proa, con mirada desafiante.

—¿Os puedo contar un dato interesante? —preguntó James, con una voz que a Pedyr le sonó brusca e inquietante—. La razón por la que el rey Arturo hacía sus reuniones en una mesa redonda era para que nadie pareciese más importante que los demás, para que todos hablasen de igual a igual. Es difícil hacerlo cuando no se avisa a uno del grupo de que va a haber una reunión.

—Te dije que iba a enfadarse —murmuró Wyatt.

—Solo estábamos tomando el aire —dijo Pedyr casi al mismo tiempo.

—Pues hay mucho aire que tomar en la casa —oyó que decía esa voz imposible detrás de él—. A menos que hayáis venido al estanque porque queríais hablar a solas. En ese caso, Peter, has herido mis sentimientos.

Giró la cara para mirar de frente al fantasma y se arrepintió al momento. Estaban demasiado cerca, y James tenía esos ojos vidriosos que le resultaban tan poco familiares como los de un desconocido. El primer relámpago iluminó el cielo sobre sus cabezas, al tiempo que esa sonrisa terrible hendía la carne de James para formar un hoyuelo; una sonrisa demasiado grande como para considerarla normal, demasiado afilada como para pertenecer a un humano.

—¿No tienes nada que decir?

Pedyr se irritó.

—Tengo demasiadas cosas que decir.

—Seguro que sí, pero mejor guardártelo hasta que sea tarde, demasiado tarde. Y luego puedes explotar y prenderle fuego a todas las personas y a todas las cosas que se te pongan por delante. ¿Verdad?

Habían empezado a caer las primeras gotas de lluvia.

—Que te den.

—Acepta el cumplido, Peter. —Un trueno resonó en el horizonte oriental—. Destruyes cosas de una forma magnífica. Nunca había visto nada igual.

Se abalanzó hacia delante sin pensar y se detuvo al notar el brazo extendido de Wyatt. La joven se había colocado entre ambos con rabia manifiesta en el gesto.

—Pero ¿qué está pasando aquí?

Por encima del hombro de Wyatt, Pedyr vio una sonrisa cegadora y forjada a la perfección.

—¿A mí o a él?

—A los dos. —El viento le agitó el pelo e hizo que le tapase los ojos—. Dios, yo soy la que debería de estar enfadada. Tengo todo el derecho a odiaros a ambos, pero no me he puesto a actuar como una neandertal, ¿verdad que no? Tenemos problemas más inmediatos que una maldita riña de infancia.

—Intentó matarte, Wyatt —oyó decir—. Y lo volverá a intentar cuando tenga la oportunidad. ¿Crees que eso es una «maldita riña de infancia»? ¿O le estás quitando hierro al asunto ahora que al fin te presta algo de atención?

Wyatt se envaró.

—¿Qué has dicho?

—Ya me has oído.

En esta ocasión, cuando el trueno resonó por los cielos, lo hizo directo sobre sus cabezas.

—Vaya. —Wyatt rio con sarcasmo—. Me había olvidado de lo imbécil que podías ser cuando te apetecía.

Wyatt apartó la mano del pecho de Pedyr y se marchó sin girarse para mirarlos, en dirección a la espesura ondulante del prado. Cuando desapareció, esos ojos de azufre se giraron hacia él. Hizo todo lo que pudo para evitar echarse atrás.

—Pero ¿qué estás haciendo? —exigió saber.

—Me limito a proteger mis inversiones —respondió con toda naturalidad—. Me fallaste la última vez. No habrá una segunda.

Algo argénteo salió despedido por los aires, un objeto que se dirigía hacia él con una precisión milimétrica. Pedyr extendió el brazo justo a tiempo para agarrar el mechero de James, el que había dejado en la tumba sin nombre de la arboleda. Pasó un dedo por la muesca y notó cómo el miedo se apoderaba de él.

Cuando volvió a alzar la vista, estaba solo y la tormenta había empezado a arreciar.

Se metió el mechero en el bolsillo y se dirigió hacia los prados mientras el corazón le latía a toda velocidad en la garganta y los relámpagos iluminaban los cielos. Cuando llegó a la cima de la colina que llevaba a la arboleda, con una pala oxidada que había agarrado en el almacén para la leña, estaba empapado de arriba abajo.

Vio la capilla frente a él, iluminada de blanco bajo un cielo eléctrico. En la tierra se alzaban muchísimas tumbas en mal estado, como huesos dispuestos a la manera de ofrendas para la bestia. Pasó junto a ellas sin prestarles atención, en dirección al montículo solitario que había en uno de los rincones del cementerio.

No sabía qué era lo que estaba haciendo allí, solo que tenía que comprobarlo por sí mismo. Tenía que saber que la cara que se le había aparecido no era una mezcla retorcida, sino algo real, una marioneta con la sonrisa de un críptico.

Cegado por la lluvia torrencial, empezó a cavar. Y a cavar. Hasta que le salieron callos en las manos y quedó con la ropa cubierta de barro, momento en el que se retiró y tiró la pala al suelo. La tormenta se agitaba entre los árboles, incesante y oscura como el mar.

Y allí, frente a él, comprobó que no había hueso alguno en la tumba de James Campbell.

15

WYATT

Wyatt tenía fiebre.

Estaba en el baño del piso de arriba, descalza y temblando. Le castañeteaban los dientes mientras buscaba entre las medicinas algo para reducir el dolor corporal.

Cuando era joven, su madre siempre le decía que la muerte la estaba acechando cuando salía y estaba lloviendo. Había llegado a casa bajo la tormenta, con el pelo pegado a las mejillas en tirabuzones fríos y húmedos, para luego meterse en la cama, aterrorizada y estremeciéndose por si algo la había seguido hasta allí. En aquella época, daba por hecho que se trataba de una superstición. Que era algo que decían los adultos cuando no había mucho más que decir. Como cuando el padre de James les advertía que el café les iba a atrofiar el crecimiento. O cuando su tía Violet le decía que si se ponía bizca durante mucho tiempo se iba a quedar así para siempre.

Se había quedado tumbada y despierta toda la noche, con un regusto febril en la garganta. Incapaz de eliminar el frío que sentía en su interior, se había hundido bajo una montaña de mantas hasta que aquel frío insoportable había terminado por convertirse en un calor salido del mismísimo infierno y las había tirado todas al suelo. Al final, había decidido hacerse un ovillo en el asiento junto a la ventana y escuchar el repiqueteo de la lluvia contra el tejado. Le daba miedo dormir. La aterrorizaba soñar.

Cerró de golpe el mueble tras no encontrar más que un paquete viejo de hojillas y algo de hilo dental. Se quedó frente a su reflejo bañado en plata, lleno de pecas oscuras recortadas contra una piel cetrina.

—Recomponte —consiguió decir.

Los dedos le tamborilearon contra las baldosas cuando se acercó a la enorme bañera para abrir la cortina. Todo se le antojaba demasiado estruendoso, como si le estuviesen frotando un papel de lija contra el cráneo. Se desvistió despacio y el vapor empezó a empañar el espejo.

A través de la ventana biselada del baño distinguió a Peter en el gallinero, mientras las gallinas corrían a su alrededor en un ajetreo emplumado y él se dedicaba a arreglar la cerradura de la valla. Desde allí parecía muy humano, con el pelo sobre la frente y sosteniendo un remache plateado con la boca como si fuese un palillo de dientes.

«Intentó matarte —resonó la voz de James por su cabeza—. Y lo volverá a intentar cuando tenga la oportunidad».

Se metió en la bañera cuando el agua estuvo tan caliente como la de un hervidor. El aire estaba

cargado a causa del vapor y disfrutó del calor en la espalda. Se embadurnó las manos con jabón e hizo todo lo posible por no mirarse la cicatriz horrible que le había quedado en el abdomen. Ya la había visto demasiado bien en el espejo, esa línea tensa e iracunda, puntos de sutura torpes que se fruncían en las esquinas.

Oyó el chasquido de la puerta del baño al abrirse mientras se enjuagaba el pelo.

—¿Hola? —Se limpió los restos de jabón de los ojos y aguzó el oído—. ¿James?

No hubo respuesta. No era James. No era Peter. No era nadie.

—¿Poquita? —Cerró el grifo, y el correr del agua se transformó en un leve goteo—. ¿Hola?

El ruido de las cañerías viejas detrás de las paredes fue lo único que obtuvo como respuesta. Extendió la mano a ciegas para agarrar la toalla y luego se secó lo más rápido que pudo. Se envolvió el torso con ella, abrió la cortina y salió de la bañera, dejando un reguero de agua a su paso.

No tenía intención de gritar.

Pero un grito se abrió paso por su garganta de igual manera, hendiendo el silencio de la casa. Se llevó las manos a la boca para ahogarlo antes de que se convirtiese en algo peor.

Había una gallina en el lavabo, con las plumas ensangrentadas y el cuello retorcido en un ángulo grotesco. Alguien había escrito algo en el vaho del espejo, un eco de la nota que había encontrado en el altar: «No es suficiente».

En el piso de abajo, la puerta de la cocina chirrió al abrirse y luego se cerró de golpe. Unas botas resonaron por las escaleras, y luego Peter se dirigió hacia la puerta abierta con una mancha de tierra en una de las mejillas. Al verla allí, se quedó paralizado antes de pasar a mirar el cadáver de la gallina.

No le dio tiempo a hablar antes de que apareciese James, quien se colocó en el espacio vacío que había junto a Peter, sin camisa y adormilado, con el pecho cubierto de cicatrices rosadas.

—¿De dónde has salido tú? —preguntó Peter.

—De la habitación de invitados —respondió él.

—Mientes.

—Venga ya, Peter —dijo con cierta irritación en la voz—. He llegado hace dos días y aún tengo *jet lag*. Seguiría durmiendo como un tronco si Wyatt no se hubiese puesto a gritar. — Después se fijó en el lavabo y alzó la vista a las letras que goteaban en el cristal—. ¿Qué es eso?

—Un mensaje. —El pavor se agitó en las entrañas de Wyatt, frío y oscuro como un leviatán—. Hay algo en la casa con nosotros.

—¿Estás segura? —James avanzó en dirección al lavabo y se fijó en la maraña de plumas—. No sé. Yo diría que ha sido uno de nosotros.

Wyatt parpadeó sin dejar de mirarlo.

—¿Uno de nosotros?

—Somos los únicos que hay por aquí. —Después, aún apoyado contra la puerta, dedicó a Peter una mirada cargada de sospecha. Este se estremeció y lo fulminó con la mirada.

—A mí no me mires.

—¿Por qué no? Eras tú quien estaba en el gallinero, ¿no? Llevas toda la mañana dando martillazos a esa maldita puerta.

—¿Crees que le haría daño a un animal inocente?

Una carcajada melancólica brotó de los labios de James.

—¿De verdad quieres que responda a eso?

—Déjalo en paz —espetó Wyatt.

James se giró hacia ella, sorprendido.

—¿Que lo deje en paz?

—No sirve de nada que nos peleemos.

—Tampoco sirve que hagamos como si aquí no pasase nada. —Volvió a girar la cabeza hacia Peter—. Cree que eres un pacifista. El tímido y dulce Peter, que jamás le haría daño a una mosca. ¿Le has contado alguna vez por qué te encerraron en el sótano? ¿Le has contado lo enfadado que estabas cuando el gremio la apartó de tu lado?

—Jamie, para —dijo Wyatt—. Eso no ayuda.

Pero James no había terminado de hablar.

—Los llevaste hasta el bosque, ¿verdad? A siete de ellos. Mi padre me contó que te siguieron hasta donde el arroyo se convierte en río, donde el río se convierte en un desgarrón, bajo un cielo tan negro como la laguna estigia. ¿Los mataste tú o dejaste que algo gélido y críptico lo hiciese por ti?

La respiración de Peter se había acelerado. Le temblaban las manos.

—No eran inocentes.

—¿Y Wyatt? —preguntó James—. ¿Ella sí es inocente? ¿O no es más que el medio que justifica tu fin? Tengo curiosidad por saber las mentiras con las que te convencerás cuando estés enterrando su cuerpo en la arboleda.

Peter se envaró.

—Yo no maté a la gallina.

Wyatt tenía el estómago revuelto. Se le había cerrado la garganta. James estaba siendo muy cruel, sí, pero nada de lo que había dicho era mentira. Eran tres en la casa, y Peter era el único asesino de los tres. Luego dijo, en voz baja:

—Creo que deberías marcharte.

Peter dejó caer los brazos a los costados.

—Wyatt...

—Márchate.

Durante un segundo le dio la impresión de que iba a negarse, pero la rabia en la mirada de Peter terminó por extinguirse. Echó un último vistazo al lavabo y se dio la vuelta. Ella oyó el retumbar cada vez más lejano de sus botas en las escaleras, el golpe ahogado de la puerta de la cocina.

Se giró hacia James. Estaba muy quieto junto al lavabo y se dedicaba a examinar a la gallina, confuso y en silencio mientras se frotaba con el pulgar la rugosidad de una cicatriz. Las heridas de su pecho no eran nada desdeñables, y le iban desde el esternón hasta el ombligo para luego extenderse en una telaraña irregular.

A Wyatt le dieron ganas de preguntarle qué era eso tan horrible que le había ocurrido, de sonsacarle toda la información posible. Pero, en lugar de eso, dijo:

—Solo hay una diferencia de cinco horas con Inglaterra.

El pulgar se le quedó muy quieto en el pecho.

—¿Qué?

—Dijiste que tenías *jet lag*, pero allí es por la tarde. Siempre te levantabas bastante temprano a principios del verano. No te quedabas durmiendo. Lo recuerdo porque siempre nos obligabas a Peter y a mí a levantarnos contigo.

James la miró con el ceño fruncido.

—¿Te acabo de decir que Peter ha matado a siete integrantes del gremio y esa es tu respuesta?

—No sé a quién creer —admitió—. Dios, Jamie. Siempre se te dio muy bien mentir. Te envidiaba por ello cuando éramos niños. No dejabas de meternos en problemas por culpa de tus mentiras. Era como un superpoder. —Wyatt hizo una pausa y tragó saliva—. Pero nunca creí que llegaras a usarlo contra mí.

—No te estoy mintiendo sobre Peter.

—Puede que ahora no —convino ella—. Pero lo hiciste durante años.

El baño se le antojó demasiado pequeño de repente. Le resultaba extraño que hasta hacía poco hubiese tenido tantas ganas de que James estuviese allí con ella, de que apareciese y todo volviese a la normalidad, a como era antes. Ahora que había regresado a Willow Heath, Wyatt se dio cuenta de que no quería verlo por el lugar. No le gustaba que la acechara de esa manera, con esas sonrisas afiladas y esos secretos cosidos en el pecho.

—Vuelve a la cama —dijo Wyatt sin mirarlo a los ojos—. Yo me encargo de limpiar esto.



Al terminar, se puso ropa limpia y salió a buscar a Peter. Lo encontró apoyado contra una pila de leña, mientras las gallinas le picoteaban los cordones de las botas. Tenía el mechero de James en la mano, manchado de barro y con el emblema del instituto Norrington grabado con láser. Lo abrió con unos dedos torpes que carecían de la destreza de James. La rueda soltó unas chispas

irrisorias antes de que la tapa se cerrase con un chasquido.

—Ese es Cabrón —dijo cuando Wyatt se apoyó en la pila de leña junto a él.

—¿Cómo dices?

Cabeceó en dirección al gallinero, donde el gallo moteado deambulaba de un lado a otro.

—El gallo. Y esta azulada, la que me picotea los cordones, es Mary. La plateada de ahí detrás es Jane, y las dos de plumaje sedoso que se están peleando por las semillas se llaman Helen, ambas. Ese grupo negro que hay junto al árbol son los más recientes. Salieron del cascarón cuando estaba en el sótano, por lo que aún no tienen nombre. —Se metió el mechero en el bolsillo de atrás del pantalón—. La del lavabo era Scarlett. Nació hará siete años, cuando estabas en la escuela. Yo estaba escondido en el gallinero cuando ocurrió. Fui lo primero que vio en su vida.

—No sabía que les ponías nombres.

Él cerró los ojos.

—Yo no la maté, Wyatt.

—Lo sé —aseguró ella—. No eres un asesino, Peter. Eres... —Pero no le salieron las palabras. Intentó imaginárselo hecho un ovillo en el gallinero, solo y muerto de miedo, viendo cómo los pollitos atravesaban el huevo resquebrajado con el pico. Centrado en cualquier cosa que llamase su atención—. Te han arrinconado. Lo único que haces es intentar escapar a toda costa.

Se quedaron en silencio un buen rato, contemplando las gallinas y con las manos muy cerca. Aquel roce casi fantasmal hizo que Wyatt volviese a sentir que tenía trece años, que volvía a extender el brazo en esa oscuridad carmesí.

Pero en esta ocasión no quedaba nada de él a lo que aferrarse.



Más tarde, horas después de que el sol se ocultase tras las colinas, Wyatt subió las escaleras a su habitación y se encontró allí a James. Estaba sentado en la ventana abierta, con los ojos bañados por la luz lechosa de las estrellas. Ella entró con cautela y cerró la puerta. El ruido hizo que James alzase la cabeza de repente, momento en el que Wyatt se topó con la llamativa negrura de su mirada.

—Me había olvidado de cuánto brillaban las estrellas desde tu ventana.

—Y yo —admitió ella—. En Salem no se ven. No como aquí, al menos. Hay mucha contaminación lumínica.

—¿Sí? —James apoyó la cabeza en la pared, y las sombras se proyectaron en los huecos de sus mejillas—. No recuerdo cuándo fue la última vez que me paré a mirar el cielo.

Lo dijo con voz lenta y pensativa, una que puso a Wyatt en alerta. A pesar de todo, ignoró la corazonada, cruzó la moqueta y se colocó junto a él en la ventana. La fría brisa nocturna era

como un bálsamo para la sensación febril que notaba en la piel. Miró las estrellas titilar una a una y se sintió muy triste.

James fue quien rompió el silencio.

—El primer verano que pasé aquí, pensaba que iba a morirme de aburrimiento. Mi padre no dejaba de repetirme lo peligroso que era Peter. «Es problemático, James. Es muy voluble. No lo pierdas de vista». Para un niño de seis años era como una misión propia de los caballeros de Camelot. Tendría que pasar las vacaciones en Maine, pero al menos no sería tan terrible. Al menos me dedicaría a hacer algo emocionante.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque es la verdad. —Apartó una rodilla para hacerle espacio—. ¿No es lo que querías?

Al ver que no respondía, James volvió a centrarse en la noche estrellada. Tenía un anillo de ónice en el dedo corazón, y no dejaba de darle vueltas y vueltas, como si fuese un talismán.

—No creo que pueda volver a sentir tanta decepción como la de ese verano. Fue como si me hubiesen prometido un puma y me hubiese encontrado con un gatito. Tenía que hacer de niño y poco más. Peter no era peligroso, sino lo contrario. Le encantaba hacer todo lo que le decías. Hacía las veces de novio, acudía a tus meriendas y estaba atento a todas y cada una de tus palabras. Pasaron años antes de que me diera cuenta de qué era lo que hacía en realidad.

Wyatt no se había percatado de que estaba conteniendo el aliento.

—¿Y qué hacía en realidad?

—Pues lo mismo que un gatito cuando se convierte en un gato. Jugar con su presa.

Sintió una punzada de dolor en el pecho, que empezó a transformarse en rabia.

—¿Qué haces aquí, Jamie?

—Nostalgia —respondió al instante.

—No me refería a aquí, en mi habitación —explicó Wyatt—, sino a la razón por la que te subiste a un avión. No es que hayamos seguido siendo amigos. Nunca te pusiste en contacto conmigo cuando me marché. No me llamaste ni me enviaste mensajes. No estás obligado a estar aquí. Willow Heath no es tu responsabilidad.

—No —dijo él—, pero tú sí que lo eres.

—¿Qué se supone que significa eso?

—¿No has estado prestando atención? —Lo miró con esos pozos que tenía por ojos—. Eres mía. Peter y tú. Siempre lo habéis sido, desde ese primer verano.

—Jamie, eso es... —Se quedó en silencio, incómoda. Había estado a punto de decir «una locura»—. Las personas no son posesiones.

—¿No? —El extremo de la boca se le torció en una sonrisa—. Yo cuido de lo que es mío. Te dije que me iba a encargar de todo y lo decía en serio. Ya tengo un plan.

—¿Me lo vas a contar?

Allí en la oscuridad, parecía más una aparición maligna que un chico. Sintió el mismo miedo primordial que había experimentado cuando había encendido la linterna y lo había visto cara a cara en el bosque. Se dijo que era cosa de la oscuridad. De la casa. Se estaba pudriendo desde fuera hacia adentro. Las sombras se proyectaban en los lugares equivocados. Los rincones vacíos parecían trampas, y había transformado en un monstruo a un chico con una sonrisa que parecía una navaja automática.

—Tu habitación tiene muy buen aspecto —dijo James de repente—. ¿Cuánto has tardado en ordenarla?

Ella titubeó, desprevenida debido al cambio de tema.

—¿Qué?

—La habían registrado bien cuando llegaste, ¿no? —Se quitó del dedo uno de los anillos y luego volvió a colocárselo—. Peter la puso patas arriba el día que te marchaste. Lo encontré sentado en el sauce poco después, quitándose esquiras del espejo de los nudillos. Tu padre creyó que era un berrinche, pero eso no es propio de Peter. Él no estallaría así sin motivo. Lo hizo porque buscaba algo.

Wyatt arrugó la frente.

—No dejé nada por aquí.

—¿Estás segura? —La oscuridad se apoderó de él cuando se bajó del alféizar. Lo único que quedó a la vista fue la mandíbula afilada, cubierta por un estrecho haz de luz de luna. Wyatt no vio que había empezado a extender el brazo hacia ella. James le acarició la sien con los nudillos, y ella se estremeció a causa del contacto y el rubor le cubrió la piel.

—Descansa, Wyatt —dijo él, y por unos instantes no sonó para nada como si lo hubiese dicho James—. No tienes buen aspecto.

16

PEDYR

Un piano despertó a Pedyr. Al principio, sintió como si algo lo expulsase de su cuerpo, como si el tiempo hubiese dejado de existir. Volvía a ser un niño, atraído por las notas brucas de Wyatt mientras aprendía los arpeggios, hipnotizado por la manera en la que la música brotaba de sus dedos.

Ahora no le resultaba hipnotizante. No lo embelesaba ni lo cautivaba, sino que lo desollaba vivo. Se colocó de lado y se tapó los oídos con la almohada. No sirvió para ahogar la música. Los complicados acordes de «Cerca de ti, Señor» le retumbaban en el pecho como una sentencia de muerte.

Se sintió aliviado cuando se hizo el silencio.

Un alivio muy poco duradero.

—¿Recuerdas a Desayuno? —preguntó la bestia, con una voz tan parecida a la de James que le dolía solo de oírla—. Ese lechón pequeño y feo que el padre de Wyatt trajo a casa un verano.

Pedyr levantó la almohada y vio una silueta parecida a la de James recortada contra la puerta abierta, con la cabeza ladeada y que no dejaba de mover los dedos.

—Sabíamos que solo lo estaba cebando para llevarlo al matadero —continuó—. Sabíamos que los integrantes del gremio se darían un festín de carne de cerdo antes de que acabase la cumbre. Pero lo consideramos una mascota a pesar de todo. Tú más que el resto.

—No hagas eso. —Pedyr se incorporó y tiró la almohada al suelo—. No hables como si fueses él.

—Pero lo soy —replicó la bestia—. Lo desenterré y ahora tengo el fruto maduro de sus recuerdos en la palma de la mano. Cuando aparto esos recuerdos, ¿sabes lo que veo debajo? A ti, llorando mientras ensartaban a ese cerdo inútil en el espetón. A ti, sollozando detrás de la casa cuando James era el único que estaba allí para verte.

Pedyr vio a una solitaria hormiga maderera deambulando por el montículo en el que se había convertido la colcha.

—Si has venido a decirme algo, hazlo ya y márchate.

La bestia le dedicó una sonrisa terrible y familiar.

—Hace trece años, te ofrecí una salida. El corazón de una bruja a cambio del tuyo. Retiro la oferta.

El pánico se apoderó de sus venas.

—Teníamos un trato.

—Y no lo has cumplido. —No había eco alguno en su voz, como si la casa no quisiese tener nada que ver con esa cosa—. ¿Por qué debería darte una segunda oportunidad? Queda una semana y ya huelo tu fracaso. Va a llegar la luna de sangre y no serás capaz de hacerlo.

—¿Por qué no?

—Ya sabes por qué.

La música cesó en el pasillo. Pedyr se quedó lo más quieto que fue capaz. Inerte como si estuviese en una ceremonia religiosa. Inmóvil como una estatua. Como un chico que hubiese aprendido a sangrar sin estremecerse siquiera.

—Siempre has sido un blando —dijo la bestia con desdén—. Este mundo se alimenta de sí mismo. Es difícil y es cruel. Es normal que hayas pasado siglos a su merced. La muerte es una lección que no parece servirte de nada. Te lo explicaré de la manera más fácil posible: asesinaron a tu cerdo porque los humanos necesitan comer, igual que yo. No puedo seguir royendo los huesos de bestias temporales. No es suficiente.

—Si me quieres, tendrás que matarme —aseguró Pedyr.

La respuesta fue una carcajada, estruendosa, frágil y muy poco parecida a las de James.

—Ambos sabemos qué es lo que me da alimento. Tiene que ser ella la que te mate. Igual que tenía que ser tu padre, aquel primer día en la arboleda. Su sacrificio fue una ayuda tan placentera. Me atiborré con sus restos durante años. Me di un banquete con su tuétano durante siglos.

Pedyr estaba muy tenso. Se le acabó la paciencia, saltó de la cama y dijo con una voz que brotó de él como un gruñido:

—Se acabó la conversación.

La bestia se había quedado apostada bajo el umbral de la puerta y no retrocedió. Su sonrisa se convirtió en algo más afilado y cargado de satisfacción.

—Han pasado años, pero no has dejado de ser un cobarde —dijo con tono maravillado—. Nunca has tenido las agallas de hacer lo necesario para sobrevivir.

Pedyr respiró con dificultad. Pensó en cómo había enterrado a James en el fondo lleno de barro de una tumba, en cómo la lluvia no dejaba de caer. Aquel día sí que había hecho lo necesario, y se arrepentiría durante el resto de su vida.

Luego dijo, en voz baja:

—Haré lo que sea necesario. Solo quiero irme a casa.

—Casa. —La bestia chasqueó la lengua—. La inmortalidad es un desperdicio en chicos como tú. Mil pequeñas vidas y no has aprendido el significado de la palabra.

Pedyr apartó la mirada y se vio a sí mismo en el reflejo distante del espejo de la cómoda. Después de tantas vidas de crecer y convertirse en una versión nueva y más salvaje de sí mismo, ya no reconocía su rostro en el reflejo. *Cobarde* —oyó decir a la sangre que le batía en la cabeza

—. *Cobarde. Cobarde.*

Cerró los ojos.

—Lárgate.

En el exterior, volvió a oírse el suave tintineo de las teclas del piano. Cuando abrió los ojos, estaba solo, y su reflejo lo contemplaba desde aquel cristal inclinado.



La música había dejado de sonar cuando Pedyr llegó al salón. La estancia estaba a oscuras, las cortinas pasadas y la luz del sol se proyectaba en extraños haces dorados. Iluminaba y hacía resplandecer los rincones, donde las partículas se agitaban en el aire como polvo de oro.

Encontró a Wyatt frente al instrumento, sin partitura en el soporte y moviendo los dedos en silencio sobre las teclas. Sobre el piano había una tomatara mustia, junto a la que se encontraba un bote lleno de un polvo negro como los huesos de un chico recuperados de una chimenea. El fantasma de una melodía hendía el aire que los separaba.

Pedyr carraspeó al ver que Wyatt no alzaba la vista. Levantó la barbilla al oírlo, y la cortina de pelo liso cayó a un lado para dejar al descubierto un rostro lívido.

—Ah —dijo—. Hola.

La sensación que le atravesó las entrañas en ese momento no fue pánico, aún no, sino algo alarmantemente parecido. Dio medio paso hacia ella y se detuvo, con la mirada fija entre la vegetación que se marchitaba poco a poco y la tonalidad pálida de la piel de Wyatt.

—¿Qué haces aquí?

—Ensayar.

En ese momento, Pedyr vio que se había vuelto a pinchar el dedo meñique hacía poco. Unas gotas rojas manchaban las teclas de marfil, como si de un rocío sangriento y escaso se tratara. Le dieron ganas de decirle que ya no iba a servir de nada, que Willow Heath estaba acabado. La bestia estaba en las paredes, en los suelos y en el cuerpo del chico que él había enterrado hacía cinco largos años. No iban a poder expulsarla por mucho que lo intentasen.

Pero decirle algo así significaba confesarle lo que había hecho.

«No eres un asesino», había dicho ella, pero se equivocaba. Pedyr era la muerte encarnada, hasta el tuétano de sus huesos. Destruía todo lo que tocaba.

En el asiento, Wyatt tocó una nota discordante.

—¿Sabías que se dice que la banda del *Titanic* siguió tocando hasta que se hundió el barco? Siempre me ha parecido muy absurdo... ¿Es que no tenían instinto de supervivencia o qué? Pero ahora lo entiendo. ¿Acaso tenían algo mejor que hacer mientras morían?

—Tú no estás muriendo, Wyatt.

—¿Seguro? —Tocó otra nota, y él se estremeció. La enfatizó girándose hacia él, de esa manera

con la que era capaz de llegarle al alma—. En esta casa no hay antibióticos. Solo ibuprofeno caducado.

Aquel miedo anónimo se retorció aún más en su interior.

—¿Necesitas antibióticos?

Wyatt no respondió, pero Pedyr vio la verdad en el resplandor furtivo de sus ojos, en la pátina de sudor de su frente. Tocó otro acorde que él reconoció de inmediato. Era el principio de una antigua melodía irlandesa, una canción que Wyatt siempre le cantaba en los veranos, cuando él estaba demasiado intranquilo como para dejarse dormir.

—Enséñamela —dijo él.

—No pienso hacerlo. —La melodía desapareció tan rápido como había comenzado—. Es asquerosa.

—Te garantizo que las he visto peores. —Pedyr rodeó el sillón y cruzó el espacio que los separaba de tres zancadas—. ¿La tienes muy mal?

—¿A ti qué más te da?

—No seas así. Enséñamela.

Wyattladeó la cabeza para sopesar sus intenciones a través de los haces de luz pulverulenta. Terminó por ceder y se levantó el dobladillo del suéter sobre el abdomen. Dejó al descubierto una gasa pegada con cinta, con un centro oscurecido de gotas color óxido. Pedyr se dejó caer de rodillas frente al asiento y extendió la mano hacia ella sin pensar. No le gustó nada sentir cómo Wyatt se envaraba mientras le quitaba la venda. Debajo vio la herida de la navaja, cosida con torpeza.

Él se había cosido las veces suficientes como para saber que el corte ya tendría que haber dejado de sangrar y que tendría que haberle empezado a salir una costra. Pero, en lugar de eso, la herida de Wyatt seguía en carne viva y supurando como la noche en la que se la habían hecho, con un cúmulo de pus en el centro.

—Ya está —dijo ella como con prisa mientras volvía a tapársela—. Ya la has visto.

Se quedó allí mirándola, mientras le rozaba la curva de la cadera. Permaneció así paralizado unos segundos, en un ambiente tan tenso que hasta podría haberse cortado el papel.

—Yo te curaré —dijo él.

La carcajada que brotó de los labios de Wyatt se le antojó corrosiva. Después volvió a colocarse bien el suéter.

—A menos que tengas un botiquín oculto por aquí, diría que solo va a empeorar. No sé si te has olvidado de que estamos atrapados.

Él tragó saliva a duras penas.

—Ya se nos ocurrirá algo.

—¿Y luego qué? —Wyatt cruzó los brazos sobre el pecho mientras le castañeteaban los

dientes—. ¿Me curarás para matarme dentro de una semana? No, gracias. Prefiero morir de gangrena.

Pedyr se puso en pie.

—No me hace gracia.

—No quería que fuese gracioso, Peter. Nada de esto es gracioso. —Se puso en pie a su lado, una cabeza más baja incluso de puntillas. Algo golpeó con fuerza la puerta principal en el recibidor. ¡Bam! ¡Bam! ¡Bam! Ambos se estremecieron al oír un grito que reverberó por toda la casa.

—¡Policía! Nos han dicho que hay problemas en la casa. ¡Abran!

—Quedaos aquí —ordenó la bestia, que acababa de aparecer en el pasillo con un fajo de diarios de los Westlock debajo del brazo. Era una imitación perfecta, justo lo que habría hecho James de haber estado allí con ellos. Pedyr se preguntó cuánto tiempo llevaba ahí escuchando la conversación, intentando encontrar nuevas formas de destrozarlos.

Volvieron a tocar a la puerta, una lluvia de puños contra los cristales.

Wyatt miró de reojo a Pedyr.

—¿Qué hacemos?

—Nada —dijo él—. Esperamos.

Se percató de la discrepancia en su mirada. Estaba en guerra consigo misma, dándole vueltas a la posibilidad de que acabase de llegar alguien que pudiese ayudarlos. Se mordió el labio inferior y preguntó:

—Pero ¿y si es real?

—No lo es —dijo la bestia—. Y si abres esa puerta, lo que hay ahí fuera te tragará entera. Ya ha probado tu sangre, Wyatt. No le des ni una gota más.

—Espera —repitió Pedyr mientras volvían a tocar a la puerta—. Ya se cansará.

Cuando el mímico se cansó y los dejó en paz ya casi había anochecido. Pedyr estaba tumbado bocabajo junto a la chimenea, con las manos bajo el mentón y el resplandor del fuego por todo el cuerpo. Wyatt se encontraba en el sofá, sentada sobre las piernas y con Poquita hecha un ovillo en su regazo, ambas dormidas contra el bordado desgastado de una almohada.

Junto a ellos, la bestia ocupaba el sillón, con las piernas extendidas y la barbilla apoyada en un puño. La postura le daba un aire desconcertantemente arrogante, como si fuese el cadáver de un rey en un trono, con los rasgos medio ocultos en las sombras. Miraba a Pedyr, y él le devolvía la mirada. Aquel ocaso cada vez más presente resultaba opresivo después de lo que habían vivido por la tarde.

—Mi tía vive según el ciclo lunar —dijo Wyatt, que los sorprendió a ambos. Pedyr se giró hacia ella y vio que estaba despierta y en pie, con la piel dorada bajo el resplandor de las llamas.

—Limpia los cristales durante la luna llena —continuó al tiempo que se arrancaba un padastro

—. Siempre que hay un eclipse se compra una de esas tarjetas de rasca y gana. Dice que «es una oportunidad cósmica para ganar algo», el mejor momento para probar suerte. Pero ¿la luna de sangre? Si le preguntas, te dirá que la luna de sangre siempre es sinónimo de violencia, que perturba el orden natural de las cosas.

Un pedazo de leña se partió en la rejilla, y el fuego empezó a chisporrotear en la chimenea. Los tres sintieron un gran alivio durante unos momentos.

—Bueno —continuó Wyatt, que se arremangó el suéter—. ¿Qué va a pasar ahora?

—No creo que sea un buen momento para tener esta conversación —dijo la bestia, imitando a James a la perfección.

—¿Y de qué vamos a hablar entonces? —preguntó ella con rabia—. ¿Del tiempo? Si voy a morir, merezco saber la razón.

La bestia apretó los dientes, con gestos premeditados y metódicos.

—No vas a morir.

Wyatt tiró de una de las borlas amarillas de la almohada.

—No dejáis de decirlo, pero ninguno está siendo sincero.

Había cierta ferocidad en su mirada, lo que conseguía revolverle las entrañas a Pedyr. Aquel era el mejor momento que iba a tener para decirle la verdad..., ahora que la bestia los acechaba y el brusco final estaba a la vista. Rodó para colocarse bocarriba y entrelazó las manos detrás de la cabeza, para luego fijar la vista en los travesaños de madera que recorrían el techo.

—Cuando tenía once años, mi padre me clavó un hacha en el vientre —dijo, aunque ya no estaba seguro de si el recuerdo era real o solo se dedicaba a repetir lo que le habían contado—. No quería hacerlo. Fue un accidente. Me había llevado al bosque para que lo ayudase a apilar la madera en la carreta. No recuerdo exactamente cómo ocurrió..., si vio a la bestia acechando entre los árboles o se despistó, o si esa cosa vino atraída por el olor de la sangre.

Sintió que Wyatt escuchaba con atención cada una de las palabras. Notó la mirada de la bestia en su rostro, esos ojos antediluvianos profundos como un pozo y el doble de oscuros. En el exterior, un cuervo graznó en la lejanía.

—Mis recuerdos son todos de prestado —continuó él—. Desconozco los detalles. Se me han olvidado. Me contaron que la bestia ofreció un regalo a mi padre. A cambio de su sacrificio, todo nuestro linaje sería bendecido con la inmortalidad. Mientras yo viviese, nadie de nuestra familia sufriría a manos de la muerte.

»Me desperté por la noche, solo y con una luna roja ardiendo en el cielo. Había luces en la distancia. Parecían estar bailando. Las seguí por el bosque y luego por el cielo. Cuando me di cuenta de que me había alejado demasiado, ya era tarde. El sol había salido y no había manera de volver a casa.

No se oyó respiración alguna en el silencio posterior. El vacío se tragó todo el sonido.

—Es la ley de la refracción —dijo la bestia, que parecía estar absorta por la historia de Pedyr—. Cuando la Luna pasa por la sombra de la Tierra, la luz del sol llega a la atmósfera y se dispersa. Y el único color que se filtra es el rojo. Eso es lo que le da su color a la luna de sangre. Pero esa luz dispersa tiene que ir a algún lugar, tiene que reflejarse en algún sitio. Llega hasta el mismo límite del cielo, donde los mundos se resquebrajan.

Wyatt parpadeó en el sillón.

—¿Desde cuándo te gusta la astrofísica?

—Desde el sexto año en Pepperdine —fue la respuesta, jocosa—. Cuando me enseñaron las fases de la luna.

Volvió a hacerse el silencio. Pedyr estaba inquieto y hacía todo lo posible por no moverse. Se había preparado para recibir a la muerte sin estremecerse, pero mientras esperaba a que Wyatt hablase, algo se retorció y escarbaba en su interior. Cuando la vio levantarse del sillón al fin, él hizo lo propio a toda velocidad.

—Es tarde —dijo ella, sin soltar a Poquita—. Me voy a la cama.

—Wyatt, espera. —Pedyr la siguió por el pasillo, sin importarle lo que podía llegar a pensar de él por hacerlo, y ella ya había empezado a darse la vuelta. Chocaron en la oscuridad del pasillo. Poquita saltó de sus brazos y se perdió de vista en una maraña iracunda de pelaje calicó. La poca luz que entraba por la ventana del mirador permitió que Pedyr distinguiera los ojos inundados en lágrimas sin derramar de Wyatt.

—Dime cómo lo harás —exigió saber ella.

—¿El qué?

—El bosque exige una luna de sangre y un sacrificio, ¿no es así? ¿Cómo será? Tengo claro que ya has pensado en ello. Seguro que has tenido mucho tiempo para hacerlo y que se te ha ocurrido un plan. ¿Usarás un cuchillo? ¿Una daga? ¿Me clavarás un hacha en el vientre?

Se le revolvió el estómago. Las palabras de la bestia resonaron en su mente: «Nunca has tenido las agallas de hacer lo necesario para sobrevivir». Se pasó las manos por la cabeza para luego entrelazarlas en la nuca. Al ver que titubeaba, Wyatt soltó un resoplido.

—Típico.

Se dio la vuelta para marcharse, en esta ocasión sin mirar atrás.

—Iré a tu habitación —gritó Pedyr tras ella, con palabras descontroladas que brotaron de sus labios—. Justo cuando anochezca. —La confesión cayó pesada al suelo que los separaba, como un ancla—. ¿Esto es lo que quieres, que te dé todo lujo de detalles?

Wyatt se quedó en el escalón más bajo, con ojos relucientes.

—Sí.

—Me estarás esperando —continuó él. Se lo había imaginado muchísimas veces a lo largo de muchos años. La luna en la ventana, los ojos de Wyatt brillando con el titilar de las estrellas. Una

ensoñación privada, demasiado peligrosa como para compartirla con nadie. Luego añadió, en voz baja—: Siempre me estás esperando.

La oyó tomar aliento.

—¿Y después qué?

—No sería cruel —susurró él—. No te haría daño. Te miraría a los ojos. He muerto muchas veces y de formas muy diferentes. Sé cómo hacer que sea rápido.

Se oyó otro graznido en la oscuridad. Un cuervo que llamaba a la bandada para avisar de que se acercaba un depredador. Pedyr cerró los ojos. La vergüenza que sentía amenazó con abrirlo en canal.

—Parece simple —dijo Wyatt al fin, y de todo lo que había dicho aquello fue lo que más lo destrozó. Habría preferido que se pusiese a gritar. Que llorase, que gritase, que lo acusase. Pero en lugar de eso, el silencio se empezó a acumular entre ambos como si fuese un charco de sangre. *Podría ser simple, pero nunca fácil.*

Las escaleras crujieron bajo sus pies, como si la casa le avisase de que se marchaba. Pedyr abrió los ojos y se encontró solo en la oscuridad. Sentía que le acababan de arrancar el corazón y no tenía manera de volvérselo a guardar entre los huesos.

17

WYATT

El piano se pudrió por la noche. Wyatt se acercó al umbral de la puerta del pasillo y lo contempló sin aliento. Una luz pálida previa a la del amanecer se filtraba a través de las cortinas en haces llenos de polvo. Vio la tomatera, con el tallo cubierto de pelillo blanco y la fruta agujereada y supurante.

Y bajo ella se encontraba el piano; teclas de marfil cubiertas de sangre seca y marrón, con la estructura como si el bosque mismo se la hubiese tragado. Una pátina de musgo verde amarillento y con encaje de líquenes cubría el instrumento al completo. Era como si alguien lo hubiese dejado en el patio, y el lugar lo hubiese reclamado para sí. La estancia tenía un olor intenso y margoso, y también a humedad.

Wyatt se quedó paralizada en la puerta durante un buen rato. El hedor empalagoso de la descomposición se apoderó de sus entrañas y le reptó por toda la piel. Se le ocurrió que podía levantar aquel montón de turba del instrumento y tirarlo al fondo de la basura como si fuese una alfombra vieja, erradicarlo antes de que Pedyr y James se despertasen y detectaran pruebas de cómo ella lo había contaminado todo.

Avanzó a trompicones, llegó hasta el piano y se sentó en aquel banco cubierto de líquenes. La madera se había retorcido y las teclas tenían formas extrañas e irregulares, manchadas de marrón en los lugares donde la sangre se había oxidado. Extendió el brazo con mucha cautela y luego colocó la mano abierta sobre esa alfombra verde y húmeda.

Las palabras de Peter hendieron aquel silencio fruto de la descomposición.

«No sería cruel».

Una amenaza presentada como una promesa.

Wyatt había llorado hasta dormirse, ajena a la manera en la que el sonido reverberaba por toda la casa.

Ahora tenía los ojos hinchados y la garganta en carne viva. Un grito intentaba abrirse paso entre sus dientes. Puede que sus antepasados fuesen guardabosques, capaces de persuadir a Willow Heath con unas pocas gotas de sangre, pero no era su caso. En su interior solo había podredumbre. Muerte.

Clavó los dedos en la humedad mullida y empezó a separarla de la madera. El musgo se desprendió en un terrón chorreante, haciéndosele pedazos en la palma de la mano. Se la limpió en la pernera del pantalón y consiguió quitar varios pedazos más antes de que empezasen los

golpes.

Al principio creyó que se trataba del mímico, que había vuelto para darle otra tarde de provocaciones despectivas. Pero tardó poco más de un segundo en comprender qué era ese ruido. Cuando se dio cuenta de que no venía del exterior de la casa, el silencio ya había vuelto a apoderarse de la estancia. Wyatt se abrió paso hasta la cocina, sin dejar de limpiarse la turba de las manos, y estuvo a punto de tropezar con una gallina. La criatura le dedicó un cacareo único y rencoroso antes de marcharse por el pasillo y perderse de vista.

Wyatt encontró a James y a Peter recluidos en la cocina. El primero estaba junto a la puerta, ataviado con una camisa de franela negra y unos vaqueros. Un clavo le sobresalía entre los labios, como si fuese un mondadientes. Llevaba una tabla de madera ancha bajo el brazo. Peter estaba sentado cerca de la encimera abarrotada, con una rasgadura en el cuello de la camisa y una gallina sobre el regazo. Tenía la mirada de un gris cauteloso y sombrío. No alzó la vista cuando Wyatt entró en la estancia, y ella hizo todo lo posible para no mirarlo.

En la puerta, James apoyó la madera sobre el marco y luego empezó a dar martillazos para clavarla.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Wyatt cuando dejó de dar martillazos.

—Nos está encerrando —murmuró Peter.

Lo hizo al mismo tiempo que James se quitaba el clavo de la boca y decía:

—Intento mantener al bosque fuera de aquí.

Los dos intercambiaron una mirada funesta y asesina. Algo pesado cayó al suelo en la despensa. Unas legumbres deshidratadas y de tonos terrosos se desperdigaron por las baldosas.

—Han matado a otra gallina esta mañana —comentó James, que colocó un clavo oxidado contra la madera—. Parece que están acabando con ellas una a una. Ha pasado un mes desde la muerte de tu padre, y las salvaguardas empiezan a desaparecer poco a poco. El bosque terminará por encontrar la manera de entrar, y ese será nuestro fin. ¿Me pasas el martillo?

Wyatt obedeció al tiempo que evitaba a una de las gallinas. James volvió a martillear, y entonces se oyó otro golpe fuerte en la despensa. Mamá asomó la cabeza nervuda por allí, con unos fetuchinis crudos entre los dientes. El galló empezó a cantar en algún lugar del piso de arriba.

—¿Esto servirá de algo? —preguntó ella mientras le pasaba otro clavo a James—. ¿Lo de los tablones?

—No —respondió Peter al momento.

Wyatt no lo miró. No podía hacerlo. Tampoco sabía si sería capaz de hacerlo en algún momento.

«No te haría daño —retumbó la voz en su cabeza—. Te miraría a los ojos».

Se preguntó si él habría dormido la noche anterior, o si se habría quedado despierto y la habría

oído llorar. Quizá le alegrara saber lo afectada que la había dejado.

—No tiene nada de malo intentarlo —dijo James, que los miró a ambos—. Aunque iría más rápido si me ayudaseis.

—Lo que me da miedo no es lo que está ahí fuera —comentó Peter. Se bajó de la encimera y dejó a la gallina en el suelo. El animal se perdió de vista sin dejar de cacarear mientras lo hacía. Miró de reojo a Wyatt y salió al pasillo. Ella lo siguió tras un titubeo.

—Peter, espera. —Se tragó su orgullo, ese nudo afilado que se le había formado en la garganta—. Tengo que enseñarte algo.



Un rato después, se encontraban hombro con hombro en el salón y miraban el piano podrido en silencio. Peter fue el primero en romperlo.

—Wyatt, esto es...

—Te mentí —dijo ella, que lo interrumpió—. Sobre lo de la magia.

Una pausa.

—Ya veo.

—No es que no quiera ayudar. Habría reforzado las salvaguardas si supiese hacerlo. Te habría ayudado, aunque... —Se le quebró la voz. Las palabras sin pronunciar se convirtieron en un muro entre ambos. «Aunque tengas pensado matarme, antes de que acabe todo».

Había cerrado los puños, que le colgaban a los costados. Peter aún no la había mirado directamente, y ella se preguntaba si siempre la habría odiado tan abiertamente. Si habría estado tan cegada por la manera en la que quería que fuesen las cosas que no había sido capaz de verlas tal y como eran. Le hacía daño mirar a Peter, incluso de reojo. Era como echar sal en una herida en carne viva. En vez de hacerlo, se limitó a contemplar un haz de luz que se proyectaba sobre el cristal resquebrajado de un cuenco.

—Pero no soy como mi padre —continuó ella—. No soy guardabosques ni nada de lo que era él. Mi madre siempre se burlaba diciendo que podía devolverle la vida a cualquier cosa. A un animal herido. A un limonero. A una flor.

A un chico moribundo, pensó.

—Pero yo no soy así —susurró Wyatt, con la voz constreñida—. Yo no hago que las cosas crezcan, sino que se pudran.

Intrusivos como una araña, aparecieron en su mente los recuerdos que tanto se había esforzado por mantener a raya: las luces cegadoras de la ambulancia; las miradas acusatorias de los demás; el hedor a podredumbre acre y extraño.

—Lo sé —repitió Peter. Aún no la había mirado. La tensión entre ellos podía cortarse con un cuchillo.

—Quizá podría intentarlo —continuó Wyatt, que no había apartado la vista del cuenco—. Reforzar las salvaguardas, quiero decir. Quizá pueda hacer algo para mantener alejado al bosque. Quiero ayudar. Pero... no sé cómo hacerlo. Es algo involuntario, como un estornudo.

—No se parece en nada a un estornudo —aseguró Peter—. Un estornudo está provocado por un agente externo. Tu poder viene de tu interior.

Algo estalló en el pecho de Wyatt. Se giró con rabia hacia él.

—¿Qué sabrás tú al respecto?

—Da igual —dijo él—. Es demasiado tarde. La bestia ya está aquí.

Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

—¿Cómo es posible?

No tuvo oportunidad de responder. Algo pesado resonó contra el suelo, momento en el que se dieron la vuelta para toparse con James en el pasillo, con una pila de tablones desorganizada a sus pies. Una sonrisa extraña se dibujó en su rostro.

—Haced como si no estuviese aquí —dijo, sin dejar de mirar a Peter—. Me muero por saber qué es lo que ibais a decir. —Al ver que Peter no decía nada, continuó—: ¿Vas a contarle todos tus trapos sucios? ¿Le dirás qué enterraste en la arboleda?

—¿De qué habla? —exigió saber Wyatt.

Peter se había quedado inerte y en silencio. James soltó una carcajada.

—Típico de Peter. Cuando las cosas empiezan a escapar a su control, se limita a cerrar la boca. James se fijó en el piano y la sonrisa se le quebró un poco.

—Anda. Una novedad. —Se abrió paso hasta el instrumento podrido, mientras el musgo se resquebrajaba bajo sus botas. Clavó una uña en los restos azulados de líquenes y preguntó—: ¿Recuerdas el verano en el que Wyatt creyó que aquellas flores servían como detector de mentiras?

James la miró, con un tenue resplandor en los ojos.

—Te hacías con un ranúnculo y lo colocabas debajo de nuestras barbillas. Si la piel se nos ponía amarilla, significaba que estábamos mintiendo.

—Lo recuerdo —admitió ella.

—Estábamos jugando una tarde, en el prado oriental. Peter se había quedado a la sombra, por lo que no se reflejaba. Pero yo estaba al sol. Te enfadaste tanto conmigo que te pusiste a temblar. ¿Lo recuerdas? Porque yo sí. Te creíste a pies juntillas ese juego tuyo y no te quedó duda de que yo mentía. Cuando terminamos, estabas de mal humor y las lágrimas no dejaban de caerte por las mejillas. Peter te persiguió, como siempre hacía. Y yo fui detrás de él.

Junto a ella, Peter permanecía inerte, como si estuviese esculpido en piedra.

—Cuando llegamos al granero —continuó James—, nos habíamos olvidado de todo. Pero luego, después de la cena, mi padre me arrastró al prado. Estaba enfadado, convencido de que le

estaba ocultando algo. «Tenías que vigilarlo para mí», dijo, pero yo no tenía ni idea de a qué se refería. Pero cuando llegamos a lo alto de la colina lo comprendí. El lugar estaba destrozado. No había quedado en pie ninguna de esas flores. Unos anillos de setas blancas se alzaban entre las briznas de hierba.

Una sonrisa se dibujó en las comisuras de sus labios. Por unos momentos, el chico que recordaba de su infancia consiguió salir a la superficie.

—Supe de inmediato que habías sido tú, Wyatt. Siempre eras tú. Todos los berrinches. Todas las lágrimas. Todos los chaparrones inesperados. Pero mentí a mi padre cuando me preguntó qué había pasado. Le dije que llevábamos todo el día jugando en el granero.

El silencio se apoderó de la estancia. Un grupo de colmenillas brotó del musgo de repente. James arrancó una y empezó a darle vueltas en la mano.

—¿Qué ha sido esta vez? ¿El discursito de Peter? Te oímos llorar en mitad de la noche.

—Para —dijo Peter.

—Ah, al fin. —James se giró hacia ellos con una sonrisa deslumbrante en el gesto—. Parece que ya puedes hablar. ¿Tienes algo que decir?

—Déjala en paz.

—Solo estoy hablando —aseguró James, que tiró a un lado la seta—. Esto es un poco irónico, ¿no? Estás tan desesperado por evitar que descubra qué es lo que la aguarda en el bosque que parece haber olvidado que el mayor peligro de todos está en esta misma habitación.

Peter negó con la cabeza.

—No empieces.

—No voy a empezar nada. Lo estoy terminando, por así decirlo. Mírate, Peter. La culpa te carcome. No seas un mártir. Libérate. Dile lo que estás ocultando.

Wyatt pensó por unos instantes que Peter iba a echársele encima a James. Tenía los nudillos blancos como el hueso y la frente arrugada como nubes de tormenta. Una rabia silenciosa emanaba de su cuerpo, pero justo en ese momento se dio la vuelta y se marchó en dirección al pasillo sin mediar palabra. James lo siguió, y Wyatt fue detrás.

—Jamie —gritó, acelerando para seguirle el ritmo—. Deja que se vaya.

Él se la quitó de encima, llegó hasta Peter y le bloqueó el paso debajo de los travesaños de la arcada del comedor.

—Te estás metiendo en un callejón sin salida —le dijo, mientras Peter lo empujaba con el hombro para pasar junto a él y llegar a aquel rincón iluminado por el sol—. Puedes contarle lo que has hecho sin perderla, pero no puedes mantenerla a salvo en la ignorancia. ¿Sabes cómo se llama eso? Un círculo vicioso.

Peter apoyó las palmas de las manos en la mesa de cabestrillo, con los tendones de los brazos muy tensos. Había un cuenco en medio de la mesa, lleno de manzanas podridas. Una mosca

zumbaba entre la fruta en mal estado, enfadada ahora que la habían interrumpido. El ruido perforó los tímpanos de Wyatt y la dejó mareada.

—¿De qué está hablando?

—De nada —espetó Peter, aunque no la miró—. No le hagas caso.

—Típico de Peter —repitió James—. Siempre has sido muy cobarde.

Peter tensó los hombros.

—Cierra el pico.

—Eres un egoísta, eso es lo que eres. No piensas contarle las cosas terribles que has hecho porque sabes que nunca volvería a mirarte de la misma manera y no podrías soportarlo.

—He dicho que cerrases el pico —dijo Peter, con la voz constreñida en poco más que un gruñido.

La sonrisa de James se ensanchó.

—Tengo una pregunta. ¿Qué opinión crees que tendrá de ti cuando empieces a ahorcarla con las manos?

Wyatt no se esperó el salto de Peter. No consiguió interponerse entre ellos antes de que resonase el estallido del puño de Peter al chocar contra la mandíbula de James, quien cayó contra el aparador cerrado e hizo que los platos se salieran del lugar que ocupaban en el interior. La porcelana se resquebrajó al chocar contra el cristal mientras James reía y se enjugaba un labio lleno de sangre. Tenía aspecto de perturbado, con una sonrisa afilada y roja por la que le asomaban los dientes.

—Pobre Peter. ¿Te he tocado la fibra sensible?

Por toda respuesta, Peter había cargado contra él una segunda vez y lo había estampado con fuerza contra el aparador. Las puertas se resquebrajaron por el impacto, y cristales antiguos llovieron a su alrededor mientras James apartaba a Peter de un empujón.

—Solo es lo que veo.

Peter volvió a empujarlo. El golpe de su espina dorsal contra el mueble hizo que las hojas del culantrillo que había en la parte superior se agitasen. Algunas se dispersaron por los aires a su alrededor, en un torbellino verde amarillento.

—Voy a matarte —espetó Peter, que pegó un dedo contra la cara de James—. Voy a destrozarte, comemierda.

James escupió sangre y dejó caer las manos por los costados. La provocación bullía en sus ojos negros.

—No queda nada de mí que puedas matar, amor mío.

En esta ocasión, Peter se abalanzó hacia él al tiempo que soltaba un grito. Consiguió agarrar el cuello de James antes de que Wyatt se interpusiese entre ellos. La apartó de un codazo y clavó los pulgares en la yugular expuesta de James.

—¡Peter! —Wyatt le hundió los dedos en el bíceps—. Peter. ¡Suéltalo!

Pero Peter no la oía. Estaba a unos pocos centímetros de la cara de James y lo agarraba como un tornillo de banco.

—Se acabaron los juegos —dijo mientras James intentaba recuperar el aliento y lo sujetaba por las muñecas—. De ahora en adelante, te prohíbo mirarla. Te prohíbo hablar con ella.

—Peter, para. —El pánico de Wyatt se había convertido en un caos de color. Le zumbaba en el pecho. Tiró con fuerza del tendón que sobresalía en el brazo de Peter—. Suéltalo.

Peter se la quitó de encima y se aferró a James con más fuerza. Este, empujado contra la puerta rota del aparador, soltó una única carcajada sin aliento. Las venas se le marcaban en el cuello mientras movía los talones para encontrar un apoyo firme en el suelo. La sangre había empezado a resbalarle por la mejilla en ríos rojos.

—¡Vas a matarlo! —dijo con voz quebrada. Quiso gritar, pero su intento fue sofocado al parecer por la casa. Wyatt le tiró de la camiseta y notó cómo el algodón se rasgaba en sus manos, como una vela en una tormenta. El grito ahogado que brotó del pecho de James sonó extraño y carente de aire, como el ruido que haría alguien que estaba a punto de morir. El miedo se extendió por su cuerpo como acuarela derramada.

En esa ocasión, sí que consiguió soltar un grito.

—¡Peter!

Notó el chasquido instantáneo y abrasador de la tierra al ceder, el estremecimiento despiadado de algo al chocar contra la casa. Lo sintió dentro y fuera al mismo tiempo, un trueno desmedido y agresivo. La sensación de que el mundo se resquebrajaba. Los tres salieron despedidos mientras el polvo caía de los travesaños.

Wyatt fue la primera en recuperarse.

—Pero ¿qué ha sido eso?

Peter estaba frente a ella, jadeando y con el pelo sobre los ojos. James estaba apoyado en el aparador, con el mentón lleno de sangre apuntando hacia el techo. Unos hematomas llamativos habían empezado a formarse en el cuello. Cuando habló, lo hizo como si la gravilla le resbalase por la garganta.

—¿Has visto eso? Hemos enfadado a Wyatt.

Peter desvió la mirada hacia ella y la mantuvo allí. Ambos se movieron al mismo tiempo, en dirección al salón y al recibidor, donde las gallinas se agitaban desbocadas, frenéticas y sin dejar de cacarear. Subieron uno a uno por las escaleras, sobre cuadros de familia rotos con marcos quebrados como huesos. Al fondo del pasillo, unos extraños haces de luz blanca brotaban de la puerta abierta de su dormitorio.

La habitación de Wyatt había desaparecido, tragada por una pérgola enmarañada de ramas. Las tejas colgaban del techo como estalactitas cubiertas de musgo. Un agua llena de barro goteaba

desde los canalones oscilantes llenos de hojas caídas. El suelo se había partido por la mitad, y brotaban de él unos colmillos enormes de madera que se alzaban alrededor de una boca de corteza. Donde antes se encontraba la ventana, ahora solo había cielo. El sauce parecía haberse enterrado en uno de los lados de la casa, y las raíces que eran sus tripas habían destrozado la pared donde antes había estado la ventana.

El lugar donde Wyatt solía sentarse, donde solía dormir, donde se había enamorado de su asesino.

Muy adecuado, pensó con tono sombrío. Y rio en voz alta. Era casi poético. El árbol tenía las entrañas al descubierto, y ella también.

—Wyatt. —Peter se colocó frente a ella—. Dalia, mírame.

No lo hizo. Se quedó mirándole el pecho. La rasgadura de la camisa. El pequeño botón azul que colgaba frente a su esternón. Su botón. Su Osito. Su dormitorio. Su corazón. Todo había quedado hecho trizas. En algún lugar detrás de ella, una bota resonó al pisar el suelo.

—Está conmocionada —dijo James, aún ronco—. Normal, ¿verdad?

Peter se envaró.

—Sal de aquí.

—¿Yo?

—Esto es tu culpa.

—Claro. Ahora soy yo quien tiene la culpa.

—Dejad de hablar. Los dos. —La voz de Wyatt sonó ajena, incluso para ella. Tras su pecho, el corazón le latía taquicárdico. La sangre le bullía en las venas, caliente e imposible de aplacar. Le dieron ganas de gritar, de acabar con ambos. Le dieron ganas de decirles que estaban actuando como niños, que iban a destrozarlo todo, pero lo cierto era que ya todo estaba destruido. Ya todo estaba destruido, y ella había sido tan negligente que no se había dado cuenta hasta ahora.

Por eso, en lugar de gritar, soltó un gran suspiro y dijo:

—Ayudadme a recoger mis cosas.

18

WYATT

Wyatt estaba tumbada como una muñeca de trapo en la cama de la habitación de invitados. Sudaba a causa de la fiebre. Miraba el techo. Se ahogaba en sus remordimientos. La última vez que había perdido el control de esa manera había sido durante un invierno, un enero en el que la nieve se derretía para formar un granizo negro como el hollín por las calles adoquinadas de Salem. Un técnico de Emergencias la había envuelto en una manta de poliéster durante su conmoción. Se había sentado en la parte trasera de una ambulancia, mientras le castañeteaban los dientes y veía con las manos ensangrentadas cómo colocaban el cuerpo sobre la camilla.

Desde aquel día, había hecho todo lo posible por evitar recordar ese momento. Por no sentir. Por tragarse sus emociones en pequeños bocados en lugar de en cucharadas llenas y asfixiantes. Por controlarse en lugar de desatar una rabia con la que sería capaz de arrancar un árbol del mismísimo suelo.

El ambiente de la estancia estaba estancado, y habían tapiado la ventana. Entre los tablones se apreciaba un cielo negro como la tinta, aunque el sol se había puesto hacía no mucho. Poquita estaba en la almohada de al lado, ovillada e inquieta, rabiosa por la invasión avícola en la casa. Wyatt sostenía a Osito entre los brazos y contemplaba su mirada ciclópea y triste.

Peter estaba en el suelo.

Estaba sentado y le daba la espalda a la puerta, con los antebrazos colgando sobre las rodillas. Llevaba horas sin moverse, aunque ella tampoco lo había hecho. James se había pasado toda la tarde martilleando para tapiar las ventanas del piso de abajo, a pesar de que ahora había un agujero enorme en la estructura de la casa.

—Puedes irte —dijo ella, y no era la primera vez que lo hacía. No quería que lo hiciese, eso sí. La idea de volver a quedarse sola con sus pensamientos la aterrorizaba. Pero estar sola con Peter era una tortura.

Oyó el agitar de un movimiento. Se oyó un gruñido que venía de la oscuridad:

—Estoy bien.

—No necesito un guardia. No tengo ningún lugar al que escapar.

Se hizo el silencio. Luego, Peter dijo en voz baja:

—No eres una prisionera, Wyatt.

—¿No? Pues lo parezco.

Peter no tenía respuesta, por lo que el silencio volvió a envolver el lugar. En el exterior, un coyote aulló en la oscuridad, lo que hizo que a Wyatt se le erizase el vello del cuerpo al momento. Rodó para colocarse de lado y vio que Peter la miraba, con esa silueta recortada en haces de oscuridad y de luz de luna que parecían barrotes. Él no apartó la mirada, por lo que ella tampoco lo hizo. Wyatt se llevó las rodillas al pecho y metió las manos debajo de las nalgas. El aullido irregular del coyote terminó por desvanecerse y dar paso al silencio.

—Antes me pedías que te contase historias —dijo ella poco después—. Cuando no podías dormir. ¿Recuerdas? Te metías en la cama y me molestabas hasta que te daba los detalles del libro que estuviese leyendo en ese momento. Nos dormíamos comentando las lagunas que había en la trama.

Él no dijo nada, pero ella vio cómo se le agitaba el pecho, cómo se le quebraba y se le aceleraba la respiración. El botón que le colgaba del cuello reflejó la luz de luna y parpadeó desde el hueco rasgado de la camiseta. Se le formó un nudo en el estómago.

—Me gustaría que me pidieses que te contara una historia.

El silencio acalló la otra parte de sus pensamientos. *Me gustaría que te metieras conmigo en la cama.* Sabía lo peligroso de aquella idea. Sus recuerdos eran mentiras... Él nunca había sido el chico que ella creía que era. Pero Wyatt era incapaz de pasar otro minuto más tumbada allí sola mientras le carcomían las entrañas. Quería que la abrazaran. Quería que las cosas fueran como habían sido cinco veranos antes, antes de que todo se torciese.

Le dieron ganas de fingir durante unos minutos.

Los ojos de Peter brillaban negros a la luz de la luna. No había ni rastro del azul. Giró la cabeza, y el hilo que lo unía con Wyatt se rompió.

—Duérmete, Wyatt.

El nudo de su garganta se solidificó aún más. Tragó saliva a duras penas, se giró para darle la espalda a Peter y se tapó hasta la barbilla. En la ventana, una rana toro empezó a soltar un monólogo rechinante. Wyatt dejó que se le cerraran los ojos y sintió que todo se astillaba a su alrededor, como la leña tras un hachazo.

Esperó que le entrase sueño, pero no ocurrió. Tenía muy presente la mirada inquebrantable de Peter. Se estremecía al sentirla deslizarse por su cuerpo, como un guijarro que rebotase contra la superficie de un lago.

—James dijo que no quedaba nada de él que pudieses matar —dijo Wyatt—. ¿A qué se refería?

Peter no respondió. Wyatt solo oyó el chasquido de la madera cuando notó que él cambiaba de posición, el roce de sus calcetines contra el suelo. Una gallina cacareó en algún lugar del piso inferior.

—¿Qué ocurrió entre vosotros dos? El último verano, quiero decir.

—Estabas allí, Wyatt —respondió con tono neutro—. Nos peleamos.

Era mentira. Le estaba mintiendo.

—Pero siempre os peleabais. Siempre. Por cualquier cosa. Esto es diferente. Es como si... como si ese ya no fuese James.

Oyó cómo Peter se ponía en pie de inmediato. Ella se incorporó en la cama, justo a tiempo para verlo abrir la puerta que daba al pasillo.

—Peter, no te vayas.

Él se quedó paralizado, con los hombros tensos.

—Tengo que hacerlo. No puedo respirar, Wyatt.

Algo silencioso se le retorció en el pecho.

—Pues quédate y habla conmigo.

—No puedo. —La voz le sonó constreñida, a punto de quebrarse—. Lo he hecho todo mal. Todo. Y no sé cómo solucionarlo. Y encima me quedo aquí sentado contigo como si nada. No... no puedo respirar.

La puerta chasqueó al cerrarse cuando salió. Suave, sin un portazo.

Wyatt se quedó sola.

Volvió a tumbarse y notó las punzadas de los puntos de sutura. Pegó la cara contra la almohada y soltó un grito. Se quedó así tumbada durante un rato, escuchando el croar ronco de la rana toro y respirando su aliento viciado contra la almohada, hasta que terminó por dormirse.

No supo qué fue lo que la despertó. ¿Un ruido? ¿Una sensación? Estaba tumbada de lado y cada vez era más consciente de la respiración regular que le soplaba contra la nuca. Tenue y sosegada, como si alguien durmiese detrás de ella. Una esperanza arriesgada empezó a formarse entre sus costillas, mientras un suspiro intenso se extendía por la habitación. El colchón chirrió bajo un cuerpo que comenzaba a moverse.

Wyatt preguntó, en voz baja:

—¿Peter?

La respiración se volvió más lenta hasta desaparecer en un silencio espectral. Al notarlo, un frío insondable le recorrió cada centímetro de su piel. Conocía los silencios de Peter. Había crecido con ellos. Le daban rabia. Fantaseaba con ellos. Pero aquello era otra cosa.

Rodó sobre sí misma con cuidado y se quedó cara a cara con alguien que tenía el mismo rostro que ella. El grito se abrió paso por su garganta. Hizo todo lo posible por apartarse y se llevó las sábanas consigo al hacerlo, para luego caer de culo al suelo, con la fuerza suficiente como para hacerse daño.

En la cama, otra Wyatt Westlock estaba sentada y había empezado a estirarse. Era inquietantemente parecida y la miraba con unos ojos fríos e impersonales. Llevaba un vestido color marfil pegado como si fuese piel, con un encaje fruncido que parecía que hubiesen

infusionado. El cabello pelirrojo se le pegaba al cuello en bucles gruesos y húmedos, como si la hubiesen arrastrado hasta allí por el barro. Tenía las manos llenas de sangre, y los brazos cubiertos por unos moretones grandes e inflamados. Era como si algo moribundo se hubiese colado en sus venas para luego empezar a pudrirse.

—¿Qué eres? —consiguió preguntar.

—Soy tú —dijo esa cosa, con una voz tan inquietantemente parecida a la suya que pensó que estaba soñando. Se movió unos centímetros hacia la puerta e hizo todo lo posible por no asustar a la criatura para evitar que la persiguiese.

—¿Cómo has entrado en la casa?

—Las salvaguardas están destrozadas —dijo la criatura—. Y has dejado un rastro muy fragante que me ha permitido seguirte. He bebido a lengüetazos los restos de tu dolor a través del sauce hasta llegar a tu cama. Penas, dulces penas.

—¿Por qué tienes ese aspecto? —Ya casi había llegado a la puerta y había arrastrado con ella las sábanas, que parecían charcos blancos—. ¿Por qué te pareces a mí?

—Tengo el aspecto —respondió la criatura, con una boca que se torció en una sonrisa cubierta de sangre— que tendrías en el momento en el que estás más asustada.

La puerta que daba a su habitación se abrió de repente. El pomo chocó contra la pared con la fuerza suficiente para que un poco de yeso se precipitase al suelo. Peter estaba en el pasillo, y una luz amarilla se proyectaba detrás de él. No miró a Wyatt, sino que centró la vista en esa criatura con su cara.

—Vete —dijo.

La criatura no se movió.

—¿Te gusta lo que ves? ¿O te aterroriza?

Peter espetó un insulto por toda respuesta. Se sacó el mechero de James del bolsillo y brotó una chispa en el momento en el que abrió la tapa. Sin perder ni un segundo, lo tiró a la cama. La colcha de retales estalló en llamas al momento. La criatura soltó un grito cuajado en sangre, mientras su rojísima boca se contorsionaba hasta formar un círculo espantoso y se llevaba las manos a la cara.

Salió de la cama y su falda se convirtió en una aureola de fuego mientras se dirigía hacia la ventana tapiada. El repiqueteo de sus pies pasó a ser el de unos bichos, y Wyatt vio cómo toda una colonia de escarabajos ascendía por la pared para luego colarse entre los tablones de la ventana como un enjambre aceitoso e iridiscente.

Sobrevino el silencio, la quietud terrible y vacía de la ausencia de oxígeno. Y luego el colchón se prendió fuego. Osito se encontraba en mitad de aquel infierno, con su botón azul reluciendo dorado mientras ardía. Wyatt se puso en pie, se deshizo de las sábanas y se abalanzó hacia las llamas.

No llegó muy lejos antes de que Peter la agarrase por la cintura. Las piernas se le alzaron hacia los cielos cuando cayó el primero de los postes. Una brisa ardiente le quemó las canillas, y se tambalearon en dirección al pasillo en una maraña de extremidades. Cuando había pasado lo peor, Wyatt se zafó del agarre de Peter.

—Osito está ahí dentro —dijo, al tiempo que luchaba por llegar a la habitación. Peter le bloqueó el paso, la agarró por las muñecas y la empujó contra la pared contraria.

—Solo es un oso de peluche, Wyatt.

Ella intentó liberarse, pero él la agarraba con demasiada fuerza. Detrás de Peter, el viejo papel de pared estampado empezaba a quemarse y a formar espirales amarillas. El pasillo se llenó de humo, negro como el hollín mientras las ascuas flotaban en el ambiente. Wyatt dejó de forcejear, con los ojos llenos de lágrimas. Peter pegó la frente a la suya en gesto amable.

—Ya pasó —susurró.

—Los dos, salid de ahí. —James apareció por el pasillo, sin camisa y aún soñoliento. Llevaba bajo el brazo el extintor que guardaban debajo del fregadero de la cocina. Pasó a toda prisa junto a ambos, tiró de la anilla y disparó una espuma blanca y densa sobre las llamas para extinguirlas, hasta que la cama quedó convertida en poco más que cenizas. Unas grandes columnas de humo color carbón brotaban del colchón, como si fuese una chimenea.

Los tres se quedaron en silencio durante un rato, contemplando aquellas ruinas humeantes. Wyatt notaba el corazón acelerado y cómo todo le daba vueltas. Había vuelto a Willow Heath porque estaba segura de que quería verlo arder, despedirse de todo con el chasquido de una cerilla. Pero aquello era lo único que le quedaba de ellos. Lo único que quedaba de ella.

Era el lugar donde habían dormido, el uno junto al otro, durante esos veranos sudorosos. El lugar donde habían soñado, donde habían contado historias bajo las sábanas, bajo el titilar de las estrellas e iluminados por el resplandor de un farol. El lugar donde habían reído, donde habían llorado y donde se habían peleado.

El lugar donde habían crecido, aunque hubiese sido para luego convertirse en extraños.

El humo empezó a deslizarse entre los tablones de la ventana poco a poco. Wyatt alzó la vista para mirar a Peter, con la esperanza de encontrarlo distante e inalcanzable como siempre. Pero en lugar de eso tenía un gesto pálido, como un espectro entre aquella oscuridad humeante, y miraba sin parpadear los restos de la cama. En ese momento, Wyatt habría dado prácticamente cualquier cosa por saber en qué estaba pensando.

Al final, fue James quien rompió el silencio.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Un custodio mortal —dijo Peter.

—Se parecía a mí —añadió Wyatt, porque no quería quedarse sin decir algo—. O a una versión de pesadilla de mí misma.

—Ah. —James aspiró y luego se pasó una mano por la cara. Tenía los nudillos llenos de óxido y algo restregado con una brocha, oscuro y húmedo por la clavícula.

Wyatt estaba a punto de preguntarle qué le había pasado, pero Peter habló antes que ella.

—Todos vemos algo diferente cuando miramos a un custodio mortal. En mi caso, no se parecía a ti.

—Ah. —Wyatt se dejó caer contra la pared mientras le temblaban las rodillas—. Qué alivio. Tenía un aspecto horrible. —El chiste no hizo gracia. Nadie se rio. Desesperada por evitar el silencio, preguntó—: ¿Y qué viste?

—Eso da igual. —El rostro de Peter no había recuperado el color.

—A mí no me da igual —aseguró ella—. Pero bueno, tampoco teníais por qué venir y empezar a prenderle fuego a todo. Lo tenía bajo control.

—¿Segura? —preguntó James con sarcasmo.

—Segura. Estaba a punto de darle una patada en el bazo.

—No te lo tomes a broma, Wyatt —dijo Peter.

—Tienes razón. No debería tomarme a broma el hecho de que alguien haya tenido la posibilidad de matarme antes de que pudieras hacerlo tú.

Peter la fulminó con la mirada.

—No te hubiese matado. No se alimenta de la carne, sino de la tristeza.

Ella reprimió un estremecimiento.

—Pero no estaba triste cuando me encontró. Estaba dormida.

—No todo funciona de la misma manera lineal en la que lo hacen los asuntos de los mortales —comentó James, que había empezado a trastear con la válvula del extintor—. Puede que hoy no estuvieses triste, pero lo estarás antes de que esto llegue a su fin.

Había sonado como una amenaza, expresada con esa facilidad descuidada con la que James Campbell solía anunciar las cosas. Parecía una figura onírica envuelta en el humo, de bordes opacos. El recuerdo que alguien podía llegar a tener de un joven, en lugar de uno de verdad. La sospecha se retorció húmeda y fría por las entrañas de Wyatt.

—¿Cómo ibas a saber la manera en la que actúan los custodios mortales? Y no me digas que lo estudiaste en la escuela, porque sé que no fue así.

—Oí a mi padre hablar de ellos —comentó James, que encogió un hombro en gesto asimétrico.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

La impaciencia le brotó en el rostro.

—Tendría que consultar mi diario para responder a eso.

—No seas imbécil. Pasamos juntos todos los veranos. Vimos las mismas cosas, lo que significa que oíamos las mismas conversaciones.

—Se podría decir lo mismo de Peter, pero no veo que le estés gritando a él.

—No te estoy... —Se interrumpió a mitad del grito y reprimió la rabia—. Peter es diferente, y lo sabes. El James que conocía no me hubiese ocultado algo así.

—Entonces, ¿me estás acusando de haberte mentido?

—No creo que me estés diciendo toda la verdad.

No lo negó.

—Resulta interesante la manera en la que cuestionas todo lo que te digo, pero no parece tener problema a la hora de confiar en Peter.

Wyatt se enfureció.

—No confío en Peter.

—Tiene razón —interrumpió Peter, con una voz un poco más alta de lo normal—. Sobre lo de que el custodio mortal es ajeno al tiempo. Esa es su manera de alimentarse. Analiza tu vida y refleja tu cara en el momento exacto en el que miraste a la muerte a los ojos. Si se ha colado en la casa, es que ha desaparecido la última de las salvaguardas. Unas pocas ventanas tapiadas no marcarán la diferencia. Ya no estamos seguros aquí dentro.

—Ya se me da mejor la labranza hemática —comentó Wyatt—. Brotaron setas junto a la última planta con la que practiqué. Se marchitó, pero había unas junto a ella a la mañana siguiente. Mejor eso que nada. Supongo que podría intentar proteger la casa.

—Si quieres ponerte a jugar a ser Sabrina, tú verás —comentó James—. Desábrate por Peter. Veamos cómo acabas.

La rabia de Wyatt chisporroteó.

—No lo hago por Peter. Lo hago por todos.

—¿Y cuál es tu plan? ¿Sobrevivir lo suficiente como para morir?

—No estás siendo justo.

—Pero es la verdad, ¿no? —Se acercó, y el humo brotaba de él en borlas grises—. Dijiste que no confiabas en Peter, pero inexplicablemente te has aliado con él. ¿Qué pasará cuando termine esa tregua? ¿Lo has pensado siquiera? Quedan cinco días para la luna de sangre, Wyatt. Se nos echa el tiempo encima.

El recordatorio los dejó en silencio. Era la misma advertencia que le había hecho el desconocido encapuchado el primer día:

«Si eres tan lista como parece creer, lo ofrecerás tú misma a la bestia. Y pronto, antes de que se alce la luna de sangre».

Wyatt miró al chico con gesto inquisitivo y se fijó en que él también la miraba, con ojos inescrutables. Pensó, aunque no quisiese hacerlo, en todos los veranos que habían pasado en el prado. En las noches sin brisa en su cama, cuando la piel de Peter olía a humo y a metal. En el diario de su padre, con esa caligrafía de tinta indescifrable. «Tengo en mi mano acabar con todo, amordazar las fauces del infierno y librarme del chico de un plumazo».

Como si supiese exactamente en qué había estado pensando, James dijo:

—Si entregamos a Peter a la bestia, todo esto se acabará.

Wyatt exhaló todo el aire de sus pulmones.

—¿Cómo puedes decir algo así?

—Porque es la verdad. —Ladeó la cabeza—. ¿No es lo que querías que hiciese?

—Basta —espetó Peter—. Deja de atosigarla.

Después se dirigió al pasillo sin dedicar a Wyatt una mirada siquiera. Ella se quedó observando el lugar donde él había estado hacía un momento, con regusto a ceniza en la lengua. Cuando volvió a mirar a James, se lo encontró con el ceño fruncido, con el hueco de los pómulos marcado y el rostro demacrado, en la oscuridad.

—Tienes sangre en el pecho —dijo ella.

James se limpió la clavícula y luego bajó la vista para mirarse la mancha carmesí del pulgar.

—Eso parece —murmuró, como si ni siquiera se hubiese dado cuenta de que estaba ahí.

La inquietud se apoderó de Wyatt. Tras la marcha de Peter, le habían dado ganas de interrogar a James, de exigirle que le contase dónde había estado esa noche y qué había estado haciendo. Mejor aún, le hubiese gustado preguntarle qué había sido del chico con el que ella había crecido. No reconocía a la persona que tenía frente a sí, con esa mirada demasiado sombría y sonrisas maliciosas, con ese apetito tan repentino por la crueldad. El James que ella recordaba habría hecho lo que fuese para sacarlos de aquel embrollo. A todos. También a Peter.

En lugar de eso, se limitó a preguntar:

—¿Por qué yo?

La oscuridad sepulcral de la mirada de James hizo que un escalofrío le recorriese la espina dorsal.

—¿A qué te refieres?

—Si tanto quieres que Peter desaparezca, ¿por qué no te libras de él por tu cuenta?

Le dio la impresión de que reflexionaba al respecto. Luego empezó a frotarse los moretones verdeazulados con gesto ausente; marcas de los dedos de Peter, que reverberaban como el eco.

Terminó por decir:

—Puede que ya lo haya intentado.

Antes de que Wyatt consiguiese ahondar en el significado de la respuesta, James se inclinó y le dio un beso en la punta de la nariz. Y luego también se marchó. Y Wyatt se quedó sola.

19

PEDYR

A la mañana siguiente no había sol. El cielo se alzaba gris y encapotado sobre las colinas y cubría Willow Heath por completo bajo una tonalidad propia de una sopa de guisantes. Dentro de la casa estaba oscuro como la noche, y los tablones cubrían las ventanas de todas y cada una de las habitaciones.

Pedyr encontró a Wyatt en el comedor, con la mejilla apoyada en el brazo y respirando con tranquilidad. Llevaba puesto su suéter que le quedaba como un vestido, con mangas que le cubrían las manos por completo. Sobre su regazo descansaba la vieja Polaroid de James, en cuya lente titilaban las luces del candelabro. Había varias fotografías desperdigadas por la mesa, como si de hojas se tratara. Por allí cerca, Mamá masticaba un culantrillo y lo miraba con esa astucia tan típica de ella.

Pedyr agarró con cuidado una silla y se dejó caer en ella. En el extremo de la mesa, Wyatt no se movió. Por una vez, dormía a pierna suelta, sin haberse quedado agotada después de llorar. Verla así de tranquila, algo poco habitual, hizo que algo se retorciese en las entrañas de Pedyr. Llevaba mucho tiempo conteniendo la rabia entre dientes rechinantes, masticándola hasta que le daba un tirón en la mandíbula, asqueado por el regusto que le dejaba. Muriendo en silencio. Viviendo en silencio. Sobreviviendo en silencio.

Simple. Simple. Simple.

Y luego allí estaba Wyatt al fin. La llave que podía liberarlo, con esos ojos marrones y la cabeza llena de ensoñaciones, con la mano aferrada a la suya. No había nada simple en ella. Nada fácil. Y aun así, Pedyr se había aferrado a ella durante años con todas sus fuerzas. Y ahora, al final de todas las cosas, no sabía cómo soltarla.

La bestia tenía razón. Era un cobarde.

Pero la noche anterior había mirado a un custodio mortal a la cara y había visto visto cómo iba a terminar todo. Era lo más fácil. Esperar a que llegase ese momento.

Recogió las fotografías que había por la mesa sin despertarla y empezó a pasarlas una a una. Las primeras instantáneas eran de la habitación de invitados desde varios ángulos, con las paredes chamuscadas, el papel de pared levantado y un cúmulo de ceniza donde antes se encontraba la cama. Las siguientes eran de su dormitorio. Allí se erigía ese sauce enorme y antiguo, clavado al suelo como una guillotina chorreante. También su cama, con el dosel destrozado. Pasó unas cuantas más: el piano cubierto de musgo, el aparador con la vajilla rota.

Hizo una pausa en la última foto.

Lo que le llamó la atención no fue la cocina, con las ventanas tapiadas y las gallinas por todas partes. Tampoco la pasta negra que asomaba en el cuenco de fruta podrida. Sino una silueta que se apreciaba en el pasillo, captada *in fraganti* mientras miraba a Wyatt con ojos negros.

El sudor comenzó a perlar la piel de Pedyr a medida que la inquietud se apoderaba de sus entrañas. El chico de la foto era un fantasma. Se parecía a James en las partes en las que le daba la luz. Con el pelo negro, los ojos también negros y una sonrisa afilada. Pero las sombras mostraban un cadáver. Estaba allí en pie, con las costillas al descubierto y las extremidades colgando, con media boca abierta para mostrar una sonrisa esquelética.

Pedyr se guardó la foto en el bolsillo con cuidado, se levantó para irse y maldijo las patas de la silla cuando resonaron contra la madera. El ruido despertó a Wyatt, despacio al principio, y luego de repente. Se envaró al momento y lo miró con ojos vidriosos.

—¿Qué haces?

—Eso me pregunto yo —dijo él, redirigiendo la pregunta. La foto le ardía como pólvora en el bolsillo.

Cobarde —batió la sangre en sus venas—. *Cobarde. Cobarde. Cobarde.*

—¿Te refieres a esto? —Soltó la cámara sobre la mesa y apiló las fotos—. Es para el seguro de la casa.

—¿El... qué?

—Mi tía tuvo que lidiar con peritos de aseguradoras hace unos años, cuando le robaron en la tienda. Le pidieron fotos de todos los daños. —Extendió los brazos sobre la cabeza, y las mangas le cayeron hasta los hombros. El gesto se convirtió en un mohín de dolor, y bajó los brazos al momento—. No creo que me echen la culpa por lo del dormitorio, porque no tienen manera de demostrar que he colocado allí el árbol entero. Pero supongo que con la habitación de invitados podría argumentar que fue provocado. El mechero no ayuda.

Pedyr volvió a hundirse poco a poco en la silla.

—¿Qué más te da? Creía que habías venido para quemar este lugar.

—Y así era. —Separó una fotografía y luego empezó a girarla en círculos por la superficie de la mesa— No sé. Quizá James tuviera razón. No tengo un plan. Llevo por aquí días enteros sin hacer nada, esperando a que termine todo. Pero crecí aquí. Los tres lo hicimos. Y puede que no reconozca en qué nos hemos convertido y que ahora intentemos matarnos los unos a los otros, pero es un hogar.

—No es el mío —le recordó Pedyr.

Wyatt cerró los ojos, pero justo antes de que lo hiciese Pedyr vio un atisbo de dolor en ellos.

—Esto acabará en algún momento —comentó ella—. Y cuando el polvo se asiente, alguien tendrá que ver la casa. Y por eso me he puesto a sacar fotos.

Wyatt alzó la vista para mirarlo al percatarse de que se había quedado en silencio. Estaba sentada tan cerca de él que podía tocarlo extendiendo el brazo, pero Pedyr nunca se había encontrado tan lejos de ella como en aquel momento. Era de chiste. Llevaba los últimos cinco años afligido por la ausencia de Wyatt. La veía en sueños. La veía despierta. La veía en la oscuridad de la noche y en el transcurrir amargo de las horas del día. Y ahora que había regresado, seguía sintiéndose igual.

Ambos seguían sintiéndose igual.

La fotografía que guardaba en el bolsillo pesaba toneladas.

—No creía que fuese a verte hoy —dijo Wyatt mientras toqueteaba ahora la polaroid—. No después de lo que ocurrió anoche.

Pedyr recordó la habitación cubierta de humo, la manera en la que la bestia había jugado con la mente de Wyatt, separándolos como si fuesen poco más que dos muñecos de trapo. «¿Qué pasará cuando termine esa tregua?».

Pedyr se quitó del cuello el cordel sin mediar palabra y lo colocó entre ambos. El pequeño ojo azul repiqueteó con fuerza contra la mesa.

—Me gustaría pedirte perdón —dijo—. Por lo de Osito. Sé lo importante que era para ti.

Wyatt no agarró el collar. Contempló el botón como si fuese una serpiente de cascabel.

—Llevo toda la mañana dándole vueltas —dijo ella—. Haciéndome la misma pregunta una y otra vez. ¿Qué ve un chico que ha muerto cientos de veces cuando mira a los ojos a un custodio mortal?

Pedyr pensó en el rostro pálido de la criatura, en lo que había visto escrito en su mirada iluminada por la luz del sol. En la complicidad con la que lo había mirado esa cosa, con una sonrisa tranquila en el gesto que bien podría haber sido un reflejo de la suya. En la manera en la que de repente había comprendido, sin atisbo de duda, cómo iban a terminar sus días en aquel maloliente lado del cielo.

—Agarra el collar, Wyatt —dijo.

—No lo quiero.

—Te lo estoy regalando.

—Que no lo quiero —repitió—. Solo quiero que me respondas.

Él se puso en pie, y la silla estuvo a punto de caer al suelo. Tenía un nudo en el estómago. El pavor se había adueñado de su mente. No era la primera vez que intimaba con la muerte. No la consideraba un enemigo. Para él, no era más que un grito ahogado que anunciaba una despedida temporal.

Pero ¿todo aquello? No lo dejaba respirar. Lo agobiaba la imagen del custodio mortal en su mente. Los ojos de Wyatt en su cara. El cadáver de James en su bolsillo. La casa se cerraba sobre él como un sarcófago, como si lo estuviesen enterrando vivo.

Cuando se dio la vuelta para marcharse, Wyatt amagó con seguirlo.

—Peter —llamó—. No te vayas.

Él entró en el pasillo sin responderle. Una gallina se le cruzó por delante, asustada por su repentina aparición.

—James tiene razón —gritó Wyatt—. Eres un cobarde.

Las palabras tuvieron el mismo efecto que una cerilla encendida. Pedyr explotó y se dio la vuelta hacia ella con rabia. Medio paso detrás de él, Wyatt se vio obligada a apartarse para evitar un choque.

—Repítelo si te atreves —ordenó, con voz ronca y una octava más grave.

La rabia surcó la mirada de Wyatt.

—Eres un cobarde.

—¿Eso es lo que piensas de mí? —Se acercó más a ella, lo que hizo que Wyatt se estremeciera—. ¿Sabes qué? Es muy gracioso. He vivido muchas vidas. Vidas cortas, difíciles y vacías, pero más al fin y al cabo. Y en todo ese tiempo, a nadie se le ha ocurrido preguntarme qué es lo que quiero.

Otro paso, y la cadera de Wyatt se chocó contra el aparador y agitó el jarrón de flores marchitas.

—Me han adorado —continuó—. Me han ensalzado. Me han ungido con aceites y regalado todo tipo de ofrendas. El gremio actuaba como si fuese un gran presente sentirse adorado así por los mortales. Pero yo nunca quise esa adoración. Nunca quise la inmortalidad. Nunca quise nada de esto.

En esta ocasión, cuando Pedyr dio otro paso hacia ella, Wyatt quedó arrinconada. Él apoyó los brazos contra la pared y la dejó encerrada debajo.

—¿Quieres respuestas? ¿Quieres ver lo que alberga mi alma en realidad? ¿Por qué no me preguntas qué es lo que quiero?

Wyatt contempló su rostro al tiempo que su voz se deslizaba entre ellos en poco más que un murmullo.

—¿Qué es lo que quieres?

Allí estaba, esa pregunta imposible de respuesta imposible. Le dieron ganas de averiguar si la boca de Wyatt seguía teniendo el mismo sabor después de tantos años. Le dieron ganas de no haber hecho tantas cosas terribles. De regresar a esa última noche, al silencio entre el croar de las ranas toro, a la mirada insinuante de Wyatt, y meterse entre sus sábanas.

Pero era demasiado tarde.

—Quiero irme —dijo—. Y no quiero que me sigas.



Ya era tarde cuando Pedyr se abrió paso hasta el dormitorio principal. Notaba el latir del pulso en la sien y se quedó quieto en el umbral de la puerta. Wyatt no había tardado nada en dormirse sobre la cama, y el pecho se le agitaba al ritmo de la respiración apacible bajo la colcha de retales. La bestia se encontraba junto a ella.

—Sal de aquí —ordenó Pedyr.

El rostro de la bestia se quebró en una sonrisa.

—Me pidieron que me quedase.

—Me da igual. Te he dicho que te alejases de ella.

En vida, la sonrisa de James Campbell había sido tan contagiosa como un bostezo. En su muerte, solo era una visión inquietante. El molde hueco de un joven.

—Estás enseñando las cartas —dijo la criatura—. Sabes que no voy a hacerle daño.

—No —convino Pedyr—, solo te limitarás a susurrarle veneno en los oídos.

—Hay que hacer una ofrenda. —La criatura se reclinó en el asiento y colocó esos brazos lánguidos en su cuello—. Ya has visto lo que está ocurriendo ahí fuera. Las partes más oscuras del bosque han empezado a supurar y han alcanzado la granja. El mundo de Wyatt no puede contener a los míos tanto tiempo sin romperse. Ha comenzado a romperse por las costuras.

—Pues márchate —espetó Pedyr—. Arrástrate al agujero del que has salido.

La sonrisa esquelética se ensanchó.

—No sin ti, amor mío.

Pedyr terminó por sentarse en el diván tapizado de terciopelo que había junto a la ventana, con Poquita echada en un cojín. La gata parecía tan tensa como él, y no dejaba de agitar la cola ni de mirarlo todo con ojos abiertos y cautelosos. No se iba a pelear, al menos no ahora que el ruido podía volver a despertar a Wyatt y hacerla sospechar. Pero tampoco iba a dejarla allí sola.

De alguna manera y aunque le pareciese imposible, los minutos no dejaron de pasar. Se apilaron los unos sobre los otros hasta que terminaron por conformar una hora silenciosa y agobiante. Durante todo ese tiempo, la bestia no cesó de contemplar la inquietud de Pedyr, con esa sonrisa tan terrible en el rostro. Wyatt roncaba un poco, ovillada debajo de la manta.

Pedyr terminó por dormirse, a pesar de haber hecho todo lo posible por evitarlo. Soñaba una y otra vez con el custodio mortal, con ese rostro cetrino iluminado por el sol y sonriente. Soñaba con el recuerdo de Wyatt Westlock presionando la boca contra la suya bajo un cielo tormentoso, con arrancarse la piel a tiras y encontrar frondas de *Scaevolas* entrelazadas con sus huesos.

Cuando se despertó, fue porque empezó a notar que James lo zarandeaba.

«No es Jamie —dijo una voz en su cabeza—. Es su cadáver».

Las palabras le sentaron como un jarro de agua fría. Se puso en pie de repente, con el corazón desbocado, y se encontró cara a cara con esa aparición en la oscuridad previa al alba.

—Se ha ido —dijo la criatura. Tenía el cuello de la camisa cubierto de sangre coagulada, y una

baba sanguinolenta le había dejado su rastro por el mentón. La estancia tenía un ligero aroma a putrefacción, como si algo hubiese muerto tras colarse entre las paredes. Pedyr giró la vista hacia la ventana y descubrió la razón. Una enredadera podrida había atravesado los tablones durante la noche.

El miedo hizo que se le revolviese el estómago. Apartó a la criatura y vio la cama vacía, con la colcha echada a un lado sin cuidado alguno. Poquita estaba tumbada sobre la sábana arrugada, gimoteando a todo volumen, un maullido de advertencia que hizo que se le erizase el vello de la nuca. Peter se giró hacia la bestia, con las manos cerradas en sendos puños en los costados.

—Creía que la estabas vigilando.

—Tenía otras cosas que hacer.

—Cosas, claro. —Pedyr se dirigió hacia el pasillo mientras los calcetines le hacían resbalar—. Querrás decir que has salido a matar algo.

—Es por tu bien —respondió esa cosa, medio paso detrás de él—. Cuanta más hambre pase, más difícil me resultará mantener esta forma. Necesito sustento, a menos que quieras que tu mayor secreto se muestre en toda su podredumbre frente a ella. Esto nos atañe a ambos, lo quieras o no.

Pedyr ignoró la manera en la que la voz de la bestia le recorría las entrañas mientras abría puerta tras puerta, de una habitación a otra, y notaba una sensación terrible y agobiante que era incapaz de acallar. Las ventanas seguían tapiadas en toda la casa. No había entradas. No había salidas.

Y la bestia tenía razón. Wyatt había desaparecido.

Cuando iba de camino al dormitorio de la chica, terminó por comprender al fin la sensación perturbadora que lo asolaba. Se metió la mano en el bolsillo y buscó la foto que se había guardado allí el día anterior. La prueba. Su condena eterna.

Se internó en el dormitorio mientras se sacaba los bolsillos del pantalón. Tras las fauces abiertas en las que se había convertido el techo del lugar, el cielo era poco más que una sopa blanca y sin sol. Una niebla baja se extendía por todo Willow Heath.

Tenía los bolsillos vacíos. La fotografía había desaparecido.

Y tras esa densa pared neblinosa, Wyatt Westlock se abrió paso hacia el bosque.

20

WYATT

Cuando Wyatt era joven, antes de que fuese a vivir con ellos para siempre, había pasado la mayor parte de sus vacaciones de primavera en Salem con su tía y su tío. Las visitas siempre terminaban siendo largos periodos de aburrimiento mezclados por aquí y por allá con episodios de caos. Su madre y su tía pasaban las tardes cocinando mal y cantando aún peor, borrachas y sumidas en la nostalgia mientras encargaban a Mackenzie y a Wyatt la tarea sucia y tediosa de recoger el rocío matutino de los parterres de delante.

«No veo por qué no podríamos colorear huevos como la gente normal», decía Wyatt, al tiempo que escurría un trapo con el agua acumulada, blancuzca y turbia, en una palangana.

«Porque estamos honrando a la diosa Eostre, tortuguita —respondía su tía mientras paseaba por la habitación con una varita de incienso encendida—. El hielo se ha derretido. Los días son más largos. Es hora de la muerte y del renacimiento. Una buena práctica para mantener la cabeza despejada».

«Puedo hacer eso metiéndola debajo del grifo», había comentado Wyatt en voz muy baja, y Mackenzie había soltado un resoplido.

Esos recuerdos, los que venían de la familia de su madre, eran diferentes de los de Willow Heath. La granja había sido el lugar más solitario del planeta, por mucho que su padre lo mantuviese concurrido con esos desconocidos. El pequeño apartamento desordenado de su tía siempre estaba hasta arriba de risas, incluso cuando solo había cuatro mujeres y una gata.

«Tienes manos de jardinera —le había dicho su tía una noche, mucho después de que se hubiese puesto el sol. Había convencido a Wyatt para que le leyese la fortuna en la palma de la mano, aunque ella había rechazado la oferta en un primer momento—. Pertenece a la tierra. La llevas en la sangre».

«Polvo al polvo —había comentado Mackenzie desde el sillón, mientras examinaba un collar de oro blanco con forma de media luna—. Todos estamos hechos de tierra, mamá. No es que hayas descubierto la pólvora».

«Esto es diferente. —Los ojos de la tía Violet se habían quedado vidriosos bajo la luz de las velas que se fundían poco a poco, mientras aferraba a Wyatt con unas manos que parecían garras. Alzó la vista de repente, con el rostro iluminado desde debajo—. Ella es diferente».

En ese sillón de la esquina, su madre soltó la taza de té que llevaba manoseando desde hacía una hora.

«No la asustes, Vi».

«Solo le digo lo que veo», protestó la tía Violet. Varias velas se apagaron, aunque no podía decirse que ninguna hubiese respirado con fuerza ni nada parecido.

«Córtate, y el mundo se pudrirá cuando lo toques —le había dicho su tía—. Todo lo que hagas a partir de ese momento quedará entremezclado con la muerte».

Había algo cavernoso en la voz de la mujer mientras hablaba. Algo distante y ajeno. La última vela que quedaba encendida terminó por apagarse. Permanecieron a oscuras mientras una sirena de policía se escuchaba en la distancia. Se encendió la lámpara que se encontraba sobre el sillón de su madre, quien miró a Wyatt desde el otro extremo de la estancia sin pronunciar palabra, pálida.

«Se mete demasiado en el papel —había comentado Mackenzie desde el lugar que ocupaba en el sillón—. No puede evitarlo. Todos los Beckett somos muy empáticos. Sentimos demasiadas cosas. ¿Estás segura de que quieres que me quede con esto?».

«Es todo tuyo. —Wyatt no miró el collar que sostenía Mackenzie—. No lo quiero».

Había estado a punto de liberar la mano, pero en ese momento su tía se inclinó sobre la mesa y dijo, con una voz infantil que hendió el silencio:

«No puedes huir de las cosas que temes. En lugar de eso, invítalas a cenar. Siéntate un rato con ellas. Míralas a los ojos. Descubrirás que no son tan grandes como crees, y que tú no eres tan pequeña como piensas».



Wyatt no sabía hacia dónde se dirigía, solo que necesitaba escapar. Lejos de la casa, con esas vigas podridas y ese ambiente tóxico. Lejos de Peter, con esa lengua traidora y esa mirada fría.

Lejos de James, que no se parecía en nada a James.

Se había despertado en la oscuridad y descubierto que la cama junto a ella se encontraba vacía. Peter estaba echado en el antiguo sillón de pana que había cerca, con el codo sobre los ojos y con Poquita hecha un ovillo en su pecho. A Wyatt le había dado sed, por lo que había salido de la cama y se había dirigido al piso inferior para beber un poco.

Lo había oído al llegar al rellano, el atisbo de un crujir de huesos. Se había inclinado sobre la barandilla y había visto el tenue resplandor que venía desde la cocina. Había bajado con cuidado el resto de las escaleras para luego pegarse a la pared mientras el corazón le latía a toda velocidad.

Allí, en la cocina, se había encontrado con James. Estaba de espaldas a ella, descalzo y sin camisa, con cicatrices profundas que le recorrían la espalda. La última vez que lo había visto así, las marcas estaban limpias y rosadas. Ahora tenía unos moretones iracundos que le brotaban de la piel, con las costuras blancas de antiguos puntos de sutura negros a causa de la necrosis. A la

luz de la lámpara colgante, daba la impresión de que se estuviese pudriendo. Igual que la casa.

Wyatt lo contempló paralizada, y él se inclinó sobre el fregadero de la granja, con los músculos tensos en los brazos violetas a causa de los golpes. Echó la cabeza hacia atrás poco a poco y dejó que un único hilillo de sangre se le derramase por la lengua.

Lo primero que pensó Wyatt fue que el mímico se había colado en la casa y lo había atacado, lo mismo que había intentado hacerle a ella. Estuvo a punto de correr hacia él, desesperada por restañarle cualquier herida terrible que tuviese, pero algo en la expresión de James la dejó allí, inerte. Fue el batir de sus pestañas, esos ojos oscuros. No había pánico en ellos. Ni terror.

Solo euforia.

Estuvo a punto de tropezarse y volvió a subir las escaleras con intención de despertar a Peter. Él se había colocado bocabajo en su ausencia, con el brazo colgando fuera del sillón. Tenía la polaroid entre los dedos, que reflejaba la luz del pasillo. Wyatt la reconoció al momento, era esa toma espontánea que había sacado de James. Cuando se arrodilló para hacerse con ella, se fijó en la herida esquelética de la mandíbula, en la cuenca vacía de un ojo.

No era la foto que ella creía haber sacado.

Era el retrato de un muerto.

Ahora, resbalaba por el prado mientras el frenético canto de los grillos anunciaba su paso. Las espinas de los arbustos se le clavaban en las canillas y habían empezado a hacerlas sangrar. Sintió como si los puntos de su vientre estuviesen a punto de saltársele; los abscesos de su piel estaban calientes al tacto.

Frente a ella se extendía la arboleda, con pinos que se alzaban entre la niebla. Llevaba en la mano esa polaroid arrugada. Ahora, a la luz del día, veía todos los detalles con claridad. No cabía duda alguna del contenido de la foto. James estaba plantado bajo el umbral de la puerta, con una sonrisa podrida que dejaba entrever el hueso. Tenía los dedos estrechos como si fuesen poco más que huesos, y la piel llena de puntos de sutura, como si lo hubiesen montado a partir de retales.

Era imposible. Imposible.

Aun así, Wyatt lo sabía. Sabía en el fondo que era cierto. Había visto las pruebas en el pozo en el que se habían convertido sus ojos. En sus sonrisas demasiado afiladas, demasiado falsas. En la forma en la que hablaba, siempre con ese tono un poco demasiado frío. Contuvo las lágrimas y se tambaleó mientras seguía avanzando, resbalándose sobre los guijarros.

Él lo sabía. Peter lo había sabido desde el principio.

Y no se lo había contado.

La arboleda estaba cubierta por una neblina fría, y los árboles habían sido engalanados con sedosas telas de araña. Cuando pasó bajo sus ramas, los grillos se quedaron en silencio. Una quietud terrible se apoderó de ella. Tenía delante la capilla, con la puerta abierta y la oscuridad brotando de su interior. Y más allá... más allá se encontraban las tumbas. Muchas. Todas de

Peter. Se abrió paso hasta el cementerio y empezó a caminar sobre un montículo tras otro.

En otro extremo de esa necrópolis tan poblada, vio que había una pala abandonada. Se alzaba sobre un cúmulo de tierra removida como si de Excalibur se tratara. Se dirigió hacia allí de puntillas, aterrorizada por lo que pudiese llegar a descubrir.

Se topó con una tumba vacía. Unos tubérculos blancos brotaban entre la tierra y se extendían hacia ella como si fuesen dedos retorcidos. En algún lugar cercano, oyó el chasquido de una ramita al romperse. Se dio la vuelta a toda prisa justo para ver a Peter saliendo de entre la niebla. Sacó la pala de la tierra y la blandió como si fuese un arma.

—No te acerques.

Él siguió avanzando, paso a paso y con cautela, como si anduviese por un campo de minas sin desactivar.

—¿Qué haces aquí, Wyatt?

—Me dijiste que la bestia llevaba puesta a la señora Germaine. —Le costó un esfuerzo considerable pronunciar esas palabras. Tenía un nudo en la garganta y el estómago revuelto—. Dijiste que la llevaba puesta como si fuese una prenda.

Los ojos de Peter eran del color del cielo. Fríos y grises. Ocultaban tantas cosas. Miró la foto, arrugada contra el mango de madera de la pala. Luego dijo, en voz baja:

—Puedo explicarlo.

La risotada de Wyatt sonó descontrolada, incluso para ella.

—Es un poco tarde para eso, ¿no crees?

—Te lo contaré todo, pero vuelve a la casa.

Ella no hizo amago de moverse.

—¿Aquí fue donde lo enterraste?

—Wyatt...

—Solo di «sí» o «no», Peter. ¿Aquí fue donde lo enterraste?

Él se tambaleó hasta detenerse.

—Sí.

No se había molestado en mirarla siquiera al decirlo. En lugar de eso, alzó la vista hacia el vacío de las copas de los árboles, hacia ese frío ajeno a la estación en la que se encontraban y que le ruborizaba las mejillas.

Cerca de ellos, algo oscuro e informe brotó de las sombras. Wyatt vio una silueta enorme que se iba haciendo cada vez más pequeña a medida que se acercaba. Se dobló sobre sí misma como el papel, arrugándose hasta conformar la silueta familiar de un chico.

Una versión perfecta de James Campbell salió de entre los árboles. La bestia caminaba con cautela, avanzando con la misma precaución que Peter hacía un momento, como si un paso en falso fuese a hacerlos saltar a todos por los aires. Tenía las manos cubiertas de sangre, y unos

copos rojos y oxidados se le habían formado entre los dedos.

—Wyatt, mascotita —dijo, con una voz que parecía humo—. Mira en qué lío nos has metido. Peter se estremeció.

—Tenemos que irnos.

—No me pienso ir a ninguna parte —dijo Wyatt, que se mantuvo firme.

—Estar aquí fuera no es seguro.

—Mejor esto que estar atrapada en esa casa podrida y dejar que me volváis loca.

Peter abrió la boca a punto de responder, pero luego la cerró de repente.

—No es momento de ponerte cabezota.

—No me estoy poniendo cabezota. Te estoy facilitando las cosas. La última vez que los tres estuvimos juntos en este lugar, tenías pensado matarnos. Hazlo. Acaba con lo que empezaste. Entiérrame junto a James, si eso es lo que tanto quieres.

Se hizo el silencio, uno intenso y absoluto. Le resultó muy curioso percatarse de que había grillos que se habían quedado en silencio. Su padre siempre le decía que los insectos no hacían ruido alguno en presencia de un depredador. Allí, frente a ella, tenía dos. Cuando la bestia dio un paso al frente, Wyatt se alejó por instinto, empuñando la pala frente a ella como una horca.

—No deberías echarle la culpa a Pedyr. Lleva siglos con mi marca. —Lo había dicho con una voz fría y antigua, sin rastro del acento tan elegante y característico. Hasta el nombre de Peter le había sonado diferente. Había dicho algo así como Pettier. Pettier, no Peter.

—No tenemos tiempo para esto —dijo Peter, que no había dejado de mirar los árboles.

—No tenemos por qué precipitarnos. —La bestia le dedicó una sonrisa de dientes afilados—. Te contaré la verdad. Toda. Y luego accederás a marcharte de aquí con nosotros. Volveremos a la casa sin forcejeos. Sin mirar por encima del hombro.

La tensión retorció los músculos de Wyatt.

—¿Qué tengo detrás?

Pero la bestia no respondió. Se limitó a ladear la cabeza y mirar detrás de ella con aquellos ojos negros feéricos.

—Pedyr nunca quiso atravesar el cielo. Se supone que tenía que crecer en su hogar. Enamorarse. Tener una casa llena de niños. Y luego, un día, cuando hubiese vivido más tiempo que sus contemporáneos, cedería su don y se entregaría a mí. Como ves, soy muy paciente. Y la inmortalidad tiene un sabor muy dulce.

Un ruido repentino repercutió justo detrás de ella. Un sonido terrible, como si algo se estuviese escabullendo, que hizo que se le erizase todo el vello. Se llevó la pala contra el cuerpo, como si fuese un escudo.

—Wyatt. —Peter no le había quitado ojo de encima—. No mires atrás.

—No pretendía que acabase en manos de los Westlock —continuó la bestia—. Eso fue un

error. Los mortales siempre están ansiosos por conseguir más poder, pero tu linaje es más avaricioso que la mayoría. Lo cortaron antes de que fuese capaz de enraizar siquiera. Me lo dieron de comer en pedazos aún sin madurar. Yo siempre volvía a plantarlo. Ellos no eran los que tenían que matarlo. Siempre ha sido mío.

»Y luego llegaste tú. El chico y tú. Con los dos de su parte, Pedyr no solo enraizó, sino que floreció, aunque nunca llegue a admitirlo. Al fin tenía algo por lo que merecía la pena morir. Eso es lo que convierte su sacrificio en algo tan succulento, el amor que le da tanto sabor. La vida mortal es pasajera, pero el amor puede perdurar a pesar de la muerte incluso. Es un trato justo.

Wyatt empezó a entenderlo todo y se quedó paralizada.

—Has estado intentando que lo matase desde el primer día. Eras tú el de las llamadas.

Los incisivos de la bestia relucieron marfileños a la luz.

—Sí.

—¿Y por qué no lo haces tú, si tan desesperado estás?

—No puedo hacerlo. Tienes que ser tú.

—¿Por qué?

—Porque lo amas, Wyatt Westlock. —La verdad se precipitó sobre el silencio de la arboleda y le caló hasta los huesos—. Lo has querido toda tu vida. Y eso significa todo para mí.

La pala cayó al suelo cuando aflojó el agarre. Dirigió la vista hacia el gris impertérito de la mirada de Peter. Su rostro era una máscara ilegible en la penumbra. Apretaba los dientes.

—Cuando lo entierres —dijo la bestia—, será para siempre. Beberé de un pozo mucho más dulce y profundo que antes.

Algo se escabulló entre las copas de los árboles sobre sus cabezas. Wyatt reprimió las ganas de mirar hacia arriba.

—¿Y después? —preguntó—. ¿Cuando estés lleno?

—Dormiré —dijo la bestia—. He estado esperando por Pedyr desde hace mucho tiempo y estoy muy cansado. Cuando me marche, la herida entre mundos sanará. Willow Heath ya no será necesario, ni tampoco lo será que un Westlock haga las veces de guardabosques. Serás libre.

Una rama se rompió sobre sus cabezas. La pinocha llovió a su alrededor, agujas pegajosas de color naranja. Peter alzó la barbilla, con ojos plateados y ansiosos.

—Tenemos que irnos.

Pero Wyatt no se movió.

—¿Y James? ¿Qué pasa con Jamie?

—Deberías hacer caso a Peter —comentó la bestia, que se sacudió la pinocha del hombro—. Tenemos que marcharnos mientras podamos.

—No voy a ninguna parte hasta que me digas lo que le has hecho. —Agitó la pala frente a ella como si fuese una lanza—. ¿Quieres que me marche? Pues dime qué ocurrió.

Peter comenzó a caminar hacia ella, pero la bestia extendió una mano para detenerlo.

—Muy bien. Quiere saber la verdad. Es hora de que la sepa.

En ese momento, Wyatt se dio cuenta de que sus manos habían empezado a deteriorarse. En lugar de piel, solo había tendones y hueso.

—Hace unos años —dijo la bestia—, llegó a la granja un hombre muy rico. Su esposa se estaba muriendo y buscaba por todo el mundo una manera de evitar que ocurriese. Había oído hablar de Pedyr y quería comprobar su inmortalidad de primera mano, descubrir si podía sacar de allí algo más que cenizas. Se quedó decepcionado, pero su visita plantó la semilla de una idea en la mente de Joseph Campbell. Si el don de Pedyr era algo que le habían dado, seguro que también podían arrebatárselo. Pero se equivocaba, y su error de cálculo le costó la vida a tu amigo.

Entre ellos, Peter se había quedado de piedra. Era como si fuese un chico de mármol, atrapado en su propio mausoleo. Su dios hambriento. Su santo secreto. Su asesino. Tenía las manos cerradas en sendos puños temblorosos. Una lágrima le caía por la mejilla. Dejó que se precipitara hacia el suelo.

—¿Queda algo? —preguntó Wyatt—. ¿Queda algo de James dentro de ti?

Y al oír la pregunta, la bestia sonrió. Fue poco más que un gesto leve y con los labios cerrados, con un incisivo asomando, pero en ese momento se arrepintió de no haberse dado cuenta antes de que no era el chico con el que había crecido.

—Nos quedamos sin tiempo —dijo—. La viuda está aquí. Y parece que está anidando.

21

PEDYR

Pedyr lo sentía por todas partes. Una impronta de injusticia, agria como el moho y estrecha. Estaba en los árboles, en los rebozuelos amarillos donde no alcanzaba la luz. Estaba en las sombras, enrollada entre gruesas marañas blancas de seda. Tenía la lengua seca y la boca pastosa, como si se hubiese tragado un puñado de ceniza.

Lo que lo había dejado paralizado no era la viuda, aunque había visto de primera mano que no había manera de escapar una vez que ella empezase a perseguirlos. Tampoco era la cantidad de sacos de seda colgados de los árboles y a punto de estallar.

Era Wyatt.

A su alrededor, la arboleda iba despertando poco a poco bajo sus manos. No para pudrirse ni para enmohecerse, sino para florecer. Entre los montículos de sus tumbas, habían comenzado a brotar unas flores, *Apocynum cannabinum*, con capullos aterciopelados y de cuyos pétalos caía tierra. También alisos de mar que estallaban en flores blancas y delicadas.

Y allí, a sus pies, estaba Wyatt, cuya pena se había resquebrajado. Estaba más despierta de lo que la había visto nunca, como si fuese una llama viviente recortada contra esa arboleda incolora, con líneas que estallasen en tecnicolor. La boca era una dalia roja, y tenía las mejillas de un rosado febril y reluciente. Bajo sus pies, las flores no dejaban de abrirse.

Una sombra cósmica se movió sobre sus cabezas, escabulléndose entre las ramas. Pedyr no alzó la vista. No necesitaba hacerlo. Sabía a qué pertenecía y conocía muy bien con qué clase de nido se habían topado.

—Pedyr Criafol —dijo la voz de la viuda, dulce como la de una sirena y antigua como el tiempo—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que me trajiste algo de comer.

Wyatt parpadeó y echó un vistazo alrededor, como si acabase de salir de un trance.

—¿Qué ha sido eso?

—He sido yo. —El sonido brotó de todas partes y de ninguna. De dentro y de fuera. En la espalda de Wyatt, una silueta descendió hasta el suelo; era una criatura vasta y sobrenatural que provenía de las grietas entre mundos. Las patas tenían dos articulaciones, como las de las arañas, y alzó la vista para mirar a Wyatt a través de una miríada de ojos que relucían a causa de la expectación.

—¿Qué es esto? ¿Una chiquilla?

—No será tuya —espetó la bestia—. Me pertenece.

Había empezado a quedar claro que la bestia no podía permanecer dentro de Jamie en aquel lugar, tan cerca de la boca del infierno. El cuerpo ya se estaba deshaciendo; el viejo tejido cicatrizado se le abría en la base de la garganta.

—Tú no tienes ningún poder aquí —dijo la viuda—. Eres demasiado joven y estás demasiado hambriento. Vives en la oscuridad, pero yo soy esa misma oscuridad. Y tragaré todo lo que me plazca.

Las piñas de los pinos estallaron y desperdigaron las semillas. El ambiente olía a trementina, un hedor alcanforado propio de un bálsamo. Wyatt agarró la pala con más fuerza y se giró para mirar a esa criatura primordial que se alzaba sobre su hombro.

—Para —ordenó Peter, y ella obedeció—. No mires.

No aflojó el agarre.

—¿Por qué no?

—Porque, cuando lo hagas —explicó la viuda—, desenmarañaré tu espíritu. Convertiré en realidad tus pesadillas y tejeré tus peores miedos en mi telaraña. Cuando seas mía, pequeña mosquita, no podrás escapar.

Pedyr captó el más ligero de los movimientos. En la tumba más cercana, un pedazo de tierra cayó en terrones gruesos. La tierra empezó a batirse y a revolverse gracias al poder de Wyatt. La bestia también se había percatado. Se miraron a los ojos y se dedicaron un gesto de entendimiento.

Otro estremecimiento recorrió el suelo que pisaban, y la bestia se echó a un lado para apoyarse en el tronco amplio de un árbol. Nada encajaba, todo era una despreciable modificación entre el aspecto que tendría ahora James Campbell y el que tenía cuando Pedyr lo había visto por última vez. Tenía la nariz rota e hinchada, los dedos negros y de un azul cianótico.

—Salid de aquí —ordenó la bestia, con una voz fría como el hielo—. Ya.

Al oír la orden, la cabeza de la viuda se giró sobre sí misma y el amplio tórax de su cuerpo zumbó de agitación.

—No le debes nada, Pedyr. Te ha mantenido atado a él todos estos años, engañándote con falsas promesas. Pero no es más que un mentiroso y un tramposo. No tiene ningún poder sobre la inmortalidad.

Pedyr se agitó, confuso.

—¿A qué te refieres?

—Pobre y dulce Pedyr —murmuró la viuda, mientras sus glándulas hiladoras empezaban a canturrear—. A que no hay una madre esperándote al otro lado del cielo. Catrin Criafol murió hace doscientos años, sola y asolada por la pena. Y te lo ha ocultado porque es muy retorcido.

Pedyr tragó el nudo afilado de aflicción que se le había formado en la garganta. *Catrin*. Los recuerdos se apoderaron de él, nítidos y de manera inconsciente. Vio a su madre inclinada para

darle un beso en la frente. La vio sentada en su telar, mientras tarareaba una melodía con la punta de la lengua y con una voz suave: «Tu padre va a llevarte al bosque hoy, mi niño. No te olvides de no separarte de él y hacerle caso».

Sintió la mirada de Wyatt sobre él. Debajo de una rama cercana, otra tumba se estaba desmigajando. Obvió de un plumazo la arremetida de los recuerdos y deseó no sentir nada.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque me gustas —dijo la viuda—. Y también porque eres como yo. Tú y yo somos criaturas solitarias y no agredimos a menos que se nos amenace. —A los pies de Pedyr, una mano esquelética se abría paso por el suelo, con tierra entre los delgados metacarpos. La viuda contempló aquel agitar de dedos blancos de hueso—. Ella también me gusta, esta bruja que me has traído. Hacía mucho tiempo que no veía un poder como el suyo.

En las copas de los árboles, explotó el primero de los capullos. Cientos de crías de araña descendieron por los pinos podridos en una oleada negruzca. Wyatt soltó un grito ahogado cuando se abrió otro de los sacos. La arboleda quedó inundada por el repiqueteo incesante de las patas, el quejido famélico de los recién nacidos que querían alimentarse. Debajo de las ramas de un abeto, la bestia se afanó por conservar la forma de James. No alzó la vista para mirar la avalancha de criaturas, sino que la bajó hacia sus manos, hacia las puntas de los dedos necrosados hasta el hueso.

—¡Wyatt! —aulló Pedyr—. Cuando te digo que corras es que corras.

A los pies de Wyatt, la tierra había empezado a cubrirle las puntas de las botas. Los folículos negros del musgo crecían ya por la goma amarilla. El ambiente se fue llenando de esporas cargadas de energía.

Por una vez en su vida, no se lo discutió.

—¿A dónde?

—A cualquier parte.

La bestia soltó un lamento y se rascó el brazo. Una cría de araña se abría paso por el blanco reseco de su cúbito, oculta entre tendones y nervios. Otra cayó desde las ramas dejando tras de sí un rastro de seda. Comenzaron a acumularse más, que cubrieron el tronco de un oropel pálido y lustroso. La bestia las apartó a base de manotazos y se tambaleó hacia el árbol. Medio hueso y medio hombre, contempló horrorizada cómo una telaraña había empezado a enmarañarle las canillas.

—Servirás de alimento —canturreó la viuda—, aunque no me guste el sabor del azufre.

Wyatt observó con espanto cómo ocho patas peludas pasaban junto a ella y atravesaban los árboles al tiempo que partían las ramas. La bestia soltó un rugido inhumano detrás de la lluvia de seda argéntea que la cubría.

—Corre —ordenó Pedyr.

Wyatt se movió al momento, tras tirar la pala a un lado y desaparecer en la niebla. Pedyr se quedó atrás el tiempo suficiente como para arriesgarse a echar un último vistazo a la bestia. La parálisis propia del veneno se había apoderado de su silueta en descomposición. Lo único que quedaba visible era una franja demacrada de su rostro, con ojos abiertos como platos a causa del terror.

Le recordó mucho a la manera en la que James lo había mirado en aquellos últimos momentos, tanto que Pedyr se paralizó. Pero luego, en un instante, todo desapareció. No quedaba nada de la bestia, solo un sarcófago de un tono blanco lechoso. No se quedó a ver qué era lo que iba a ocurrir después. Se marchó tras Wyatt, a través de la arboleda, mientras las ramas le rasguñaban la piel al avanzar.

Una vez fuera en el prado, notó que el aire tenía cierto regusto a lana húmeda, como si el cielo anunciase tormenta. Perdió todo el valor cuando llegó a lo alto de una colina y se puso a mirar de un lado a otro, perdido en aquel fondo interminable de un gris plomizo.

No había ni rastro de Wyatt por ninguna parte. Se llevó las manos a la boca para hacer bocina y gritó su nombre. El viento sopló en su voz antes de destrozarla por completo. Al comprobar que no había respuesta, se dirigió a la casa.

Se percató de que Wyatt le había dejado una especie de rastro, ante el que no sabía si sorprenderse o asustarse. En el valle oriental de la granja, el montículo bajo del prado había estallado en un despliegue de colores. El ambiente estaba cargado de un polen dulzón, con briznas de hierba alta entremezcladas con quinina silvestre y dedaleras de un blanco pálido, aster de flores púrpura y monardas puntiagudas. Continuó avanzando con urgencia, mientras la sangre le batía entre las orejas.

Cuando terminó de cruzar el prado, estaba en la parte más oriental del terreno. Frente a él se encontraba un abedul tembloroso con el tronco cubierto por una enredadera. Wyatt estaba debajo de las ramas oscilantes del árbol. Lo vio acercarse, con gesto distante.

—¿Estás bien? —preguntó él cuando la tuvo al lado. No eran las palabras adecuadas. Ella alzó la vista y lo miró con incredulidad. El ambiente electrizante de la tormenta inminente hacía que sus ojos reluciesen verdes.

—Lo mataste tú.

La aflicción era como una herida en carne viva que no había sanado.

—No es lo que parece.

—¿Y qué se supone que tiene que parecer? —espetó Wyatt. Palabras que le sentaron como veneno—. Lo enterraste en una tumba sin nombre y luego me hiciste creer que esa cosa era él. Lo dejaste entrar en nuestra casa.

Pedyr se fue poniendo a la defensiva.

—No tienes ni idea de lo que ocurrió.

—Pues explícamelo.

—No es tan fácil.

Él vio el empujón medio segundo antes de que ocurriese. Wyatt lo golpeó con rabia en el pecho y el chico dio un paso hacia atrás para absorber el golpe.

—Creía que la muerte siempre era algo simple —dijo y luego lo volvió a empujar, esta vez hacia el abedul—. ¿No es eso lo que me dijiste? ¿O acaso también era mentira?

Cuando llegó el tercer empujón, la agarró por las muñecas y la atrajo hacia sí mientras estallaba el primer trueno sobre sus cabezas. La tierra se estremeció, y un montón de mariposas antiope salieron despedidas hacia el cielo. Se quedaron enterrados por unos instantes en un agitar de alas de puntas amarillas.

—Lo siento. —Pedyr bajó la frente para mirarla—. No tienes ni idea de cuánto lo siento.

Wyatt se fue tranquilizando poco a poco. Se apoyó contra él, asolada por los sollozos y con las manos abiertas contra su pecho. El calor febril de su piel quemaba a Pedyr a través de la fina camisa de algodón.

—Creía que podía soportarlo —susurró ella.

Él la apartó lo suficiente para mirarla a la cara.

—¿Soportar el qué?

El viento silbó por las colinas y se agitó con fuerza en el espacio que los separaba. Wyatt se zafó del agarre, con las mejillas ruborizadas y mientras flores de serpol se abrían en púas de un púrpura pálido a sus pies.

—He tenido un año muy malo —continuó ella, que se enjugó una lágrima de la mejilla—. Malo de verdad. Cuando llegué aquí, estaba en uno de mis peores momentos. Y luego te encontré, y todos esos secretos terribles salieron a la luz. Y lo entiendo, Peter, de verdad. Tienes todo el derecho del mundo a estar enfadado. A estar destrozado. A ser cruel.

Pedyr se dio cuenta del lugar al que se dirigía la conversación. Empezó a notar la quemazón del pánico, como si lo estuviesen azuzando con una picana.

—No sigas.

—No sé cómo has aguantado durante tanto tiempo —continuó Wyatt, que se largó a llorar a moco tendido. En el este, el cielo se oscureció y las nubes se fueron acumulando—. Creí que podía aliviarte un poco esa carga. Creí que, a pesar de todo, podíamos salir juntos de esto. Pero es demasiado, Peter. Eres demasiado. Me estoy ahogando.

—Te vas a marchar —dijo él. No era una pregunta.

—Me voy a casa. A Salem.

—No puedes hacerlo. No puedes atravesar el bosque.

—Peter, mírame.

Pero ya la estaba mirando, paralizado por la manera en la que el mundo se estremecía en la

punta de sus dedos. Todos y cada uno de los movimientos de Wyatt parecían tirar de las costuras del cielo, parecían arrastrar la tormenta inminente hacia ella, como si de un manto se tratara. Era como un cable de corriente chisporroteante.

Si alguien podía cruzar el bosque sin que le ocurriese nada, esa era ella.

Nunca iba a volver a verla. Se había pasado cinco años en la oscuridad, colgado y famélico, contando cada uno de esos días miserables. Con su cordura pendiendo de un hilo. Al menos en aquel momento cabía la posibilidad de escapar, le reconfortaba pensar que algo mejor lo esperaba al otro lado del cielo.

Un hogar. Una vida. Una madre.

Ahora solo le quedaban fantasmas. Fantasmas y una chica que era capaz de agitar a los muertos. Si Wyatt se marchaba, no habría nadie más. La oscuridad se apoderaría de todo y el infierno descendería sobre sus espaldas, y él se vería obligado a cargar con el peso de la eternidad en solitario.

—No te puedes marchar —dijo, desesperado—. Ahora no.

—Tengo que hacerlo. Este lugar nos enterrará a ambos. No pienso quedarme aquí y pudrirme contigo.

—Te seguiré. Si te marchas, te seguiré.

—¿Y luego qué? —Tenía las mejillas empapadas en lágrimas—. ¿Me matarás? ¿Me retendrás?

Pedyr sintió como si empezase a resquebrajarse, como si se le fuesen a abrir las costillas y a romper el pecho. Lo habían despedazado tantas veces, roto y resquebrajado por capricho de unos pocos hombres.

Esto era muy diferente.

—Dios. —Una risa húmeda brotó de entre los labios de Wyatt—. No sabes lo que quieres. Estás estancado. Estás... convirtiendo este lugar en algo encantado. Eres un fantasma, Peter. Como Jamie.

En algún lugar detrás de él oyó el crujir de un árbol, el chasquido casi silencioso de la tierra al resquebrajarse. Wyatt dio un paso hacia él mientras la energía chisporroteaba en el aire que los separaba.

—Al principio no lo entendía —dijo—. No sabía cómo sacar provecho de mis venas sin desangrarme. Cómo sacar agua de ese pozo sin derramar ni una sola gota. Pero ahora lo siento. Hay un hilo dentro de mí, tenso como un tambor. Lo único que tengo que hacer es tirar de él. Y mira lo que pasa.

Unos tallos de hojas plateadas de *Lupinus* brotaron en púas estrechas y azules. Pedyr sintió el peligro y dio un primer paso atrás.

—Wyatt...

Se quedó en silencio cuando algo peludo se arrastró por su tobillo. Bajó la vista, sorprendido, y

notó una enredadera aferrada a sus pies. Unas hojas anchas y rojas se abrieron mientras los tallos se ensanchaban y se apretaban alrededor de sus muslos. Lo estaban atando poco a poco al tronco estrecho del abedul, consumido, igual que la bestia había quedado atrapada en la telaraña de la viuda.

Pero en lugar de glándulas hiladoras, Wyatt estaba usando su fuerza bruta para atraparlo. Estaba más allá de todo lo que Pedyr hubiese visto jamás. Todos los Westlock sabían usar la sangre. El padre de Wyatt lo había encadenado para luego pasarse los cinco años siguientes moldeando las raíces del sauce como si fuese un arborista, con paciencia e insistencia, hasta que habían crecido hasta donde él quería. Pero Wyatt no era una persona paciente. Era todo rabia y fervor, y analizaba el crecimiento rápido de las enredaderas con una concentración sobrenatural.

—Wyatt —repitió Pedyr, con más firmeza que antes—. Wyatt, para.

Las enredaderas continuaron ascendiendo, formando nuevos brotes y luego enredándolos con una rapidez que no era de este mundo. La energía hendía el aire mientras la rabia de Wyatt se descontrolaba. Pedyr intentó zafarse, pero se negó a suplicar, ni siquiera cuando lo obligaron a extender los brazos como si lo estuviesen crucificando.

Sintió el momento en el que todo paró. Las enredaderas le apretaron la carne lo suficiente como para ralentizarle la circulación y dejarlo allí colgado como un espantapájaros. Wyatt se colocó debajo de él y miró su obra con asombro y en silencio, mientras la rabia se evaporaba a causa de lo milagroso que era lo que acababa de conseguir.

Quiso decir miles de cosas, pero no tenía tiempo. Estaba a punto de marcharse. Estaba a punto de marcharse e iba a dejarlo allí sufriendo solo durante una eternidad. A Pedyr le dieron ganas de contarle lo que había visto, mirándolo desde el rostro iluminado por el sol del custodio mortal. Quiso suplicarle que se quedase. Pero era demasiado tarde.

Siempre era demasiado tarde para él.

—Tenías razón —le dijo en lugar de eso— cuando decías que estaba destrozado. He esparcido mis propias cenizas tantas veces, que hay momentos en los que me da la impresión de que no queda nada de mí. Y sí, eso me ha convertido en alguien cruel. Tanto que a veces ni siquiera puedo mirarte. No me cabe duda de que la rabia es un buen acelerante químico, pero hace que las cosas ardan demasiado rápido.

Wyatt lo miró a los ojos.

—¿A qué viene eso?

Sobre ellos, el cielo empezaba a oscurecerse. Las nubes se agitaban para conformar un mar negro y bilioso.

—Estás enfadada conmigo —continuó Pedyr—. Eso está bien. La rabia ayuda. Aférrate a ella. Acúnala en tu pecho y actúa rápido. Así quizá puedas salir de aquí con vida.

—¿No me vas a suplicar que te suelte?

—¿Eso es lo que quieres? ¿Quieres que te suplique?

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Wyatt. Y otra. Y luego otra. Las dejó caer, mientras las flores blancas de la asperilla se abrían a sus pies.

—Quería que me quisieses —admitió—. Pero no creo que sepas lo que significa eso.

Las palabras consiguieron roerle las entrañas. Las briznas de hierba se doblaron alrededor de Wyatt como si fuesen un manto de plumas. Pedyr nunca olvidaría la mirada que le dedicó en ese momento, ni siquiera cuando la oscuridad fue todo lo que quedó a su alrededor.

Ni siquiera cuando el mundo ardió.

El corazón le latió desbocado mientras ella se volvía a girar hacia él. La última vez que se había marchado había sido entre pataleos. En esta ocasión, mantuvo la cabeza bien alta y no echó la vista atrás.

Pedyr no sabía qué era peor.

22

WYATT

Los árboles que había al fondo de la entrada permanecieron en silencio. Se alzaban de la tierra, estrechos y sin ramas, como antiguos centinelas que vigilasen la puerta. La hierba le llegaba a Wyatt hasta las rodillas, y bajó la vista para mirar el túnel oscuro de la carretera. Sintió que le habían abierto las entrañas, que le supuraban en carne viva. La fiebre hacía que le castañease los dientes.

La última vez que había recorrido aquel camino la había atacado el mímico. La había dejado herida y moribunda. No volvería a ocurrir. No iba a permitirlo.

«La rabia ayuda —había dicho Peter—. Aférrate a ella».

Y eso fue lo que hizo. Cerró los puños alrededor de esa rabia hasta que consiguió contenerla y espesarla para formar coágulos de energía que le hacían ver las estrellas. Dejó que fluyese por todo su cuerpo. La traición. Las mentiras. Los años y años de engaños. La tumba abierta de James Campbell. La mirada de Peter, fría y desoladora como el hielo. Todo se acumuló en su interior hasta que estuvo a punto de derramarse.

Su plan era simple: seguiría el estrecho sendero de tierra hasta llegar a la primera intersección. Desde allí, giraría a la derecha hasta una carretera asfaltada. Habría casas. Vecinos. Cables telefónicos, transformadores y wifi. Tendría cobertura. Llamaría a su madre.

Desde el lugar donde se encontraba, las copas de los árboles estaban particularmente oscuras. Azotadas por los fuertes vientos, las ramas más altas chasqueaban como garras. Había algo maléfico en todo aquello. Se preparó mientras los truenos resonaban a su espalda.

Sal de aquí. Rápido.

Cuando pisó el asfalto, el viento cesó. Era como si se hubiese desvinculado del mundo, como si el tiempo se hubiese parado entre chirridos. No se oyó el trinar de los pájaros ni el ruido de los insectos. Nada que se escabuliese ni que se partiese.

Recorrió la carretera mientras veía cómo brotes verdes asomaban las cabezas por aquel manto formado por las últimas hojas otoñales. Ver cómo las primulas amarillas se abrían a sus pies convirtió su rabia en asombro. Hasta aquel momento, todo a lo que le había dado vida nacía de la podredumbre, germinaba en la muerte. Pero ¿aquello? Aquello era nuevo. Era maravilloso. Continuó andando, absorta, y vio un puñado de sanguinarias que se abrían en un tronco cercano.

—¡Wyatt! —Oyó su nombre como si fuese el estallido de una escopeta. Se quedó paralizada y el corazón le dio un vuelco. En algún lugar sobre ella, unas alas se agitaron para perderse en la

distancia. Luego unos pasos, fuertes y rápidos, y después la voz que resonó justo detrás—. Sé que me has oído. No hagas como si no lo hubieses hecho.

Continuó por el camino, conteniendo el dolor que le había empezado a atenazar el estómago.

—¡Mírame cuando te hablo, Westlock!

El grito consiguió agitarla. Se tropezó con una raíz, pero recuperó el equilibrio y siguió adelante. Rápido. Rápido. Rápido. Justo detrás de ella, oyó la voz húmeda y constreñida de Micah Barclay.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de mirarme a la cara?

—Para. —Se tapó los oídos con las manos—. Para.

—Fuiste tú la que me hizo esto —borboteó esa voz imposible y ahogada—. Es culpa tuya, así que date la vuelta y mírame.

—No eres real. —Comenzó a caminar más rápido, y tropezó con un manto de campanillas sin dejar de aplastar los pétalos—. No estás aquí.

Una brisa fría le sopló en la nuca. Se volvió a tropezar, ahora con una roca, y se largó a correr. En las alturas, el cielo estalló entre los árboles. La lluvia empezó a caerle encima con un siseo argénteo.

Se dio cuenta de que era culpa suya, y la epifanía estuvo a punto de hacerla caer. El terror se retorció bajo su piel, enfermizo e iracundo, y el mundo respondió con un ritmo constante entre el bombeo de su corazón y los latidos de la tierra.

Los gritos cesaron tan de repente como habían llegado. Wyatt no redujo el ritmo. Continuó corriendo, mientras le ardían los pulmones y la lluvia le pegaba el pelo a las mejillas. Dobló un recodo del camino y chocó contra un cuerpo. Se apartó unos pasos y reconoció demasiado tarde la ropa y las solapas emplumadas del alcaide óseo.

En esta ocasión, llevaba una máscara. Era el hocico de un lobo, blanqueado y con unos colmillos maravillosos. Apartó el paraguas y le dedicó una sonrisa propia de un caballero. Un par de ojos humanoides la miraron desde las cuencas vacías de la máscara.

—¿Te estaba molestando? ¿El mímico? Le encanta jugar.

—No ha sido nada. —Wyatt intentó pasar junto a él, pero la criatura se giró con ella y convirtió su salida en una pared de oscuridad. La lluvia cayó por el paraguas en chispas plateadas cuando lo sacudió con fuerza.

—Me gusta coleccionar cráneos —dijo—. ¿Te lo contó el chico?

—No. Pero me lo he imaginado.

Ensanchó la sonrisa.

—Tengo de todo tipo. De hombres y de bestias, de cosas que pululan hoy por la tierra y de otras que se han extinguido. De criaturas de este mundo y de otros. Es un pasatiempo concienzudo. He pasado mucho tiempo perfeccionando mi colección. Pero me falta uno. No

tengo el cráneo de un inmortal. Y me encantaría.

—Lo siento, pero no puedo ayudarte. —Wyatt intentó evitarlo, pero no lo consiguió. Un cuervo graznó y pasó de largo en un aleteo negro azulado.

Cuando estaba en el prado, le había dado la impresión de que los árboles parecían oscuros. Ahora, atrapada debajo de ellos, vio que las ramas estaban llenas de aves. Estaban posadas con una quietud sobrenatural, con alas azuladas y ojos de un negro oleaginoso. No se acicalaban. No cantaban. Lo único que hacían era mirar.

—El chico y yo hemos tenido siglos para jugar al ratón y al gato —comentó el alcaide óseo, que le bloqueaba la ruta de escape—. Llevamos así siglos. Hoy me he encaprichado con otra presa, ya que lo que es valioso para él también lo es para mí.

Cerca de ellos, una raíz ancha se liberó de la tierra y empezó a agitarse por el barro. Wyatt contuvo un grito ahogado y vio cómo se extendía y despertaba. El alcaide óseo no pareció darse cuenta. Extendió una garra que hacía las veces de mano y le alzó la barbilla. La obligó a mirarlo a la cara, mientras Wyatt parpadeaba a causa de la lluvia que le caía en los ojos.

—Mis pájaros me han cantado la canción de Willow Heath —dijo mientras la inspeccionaba—. Una bruja que puede llorar tormentas en los cielos es un muy buen trofeo.

A su izquierda, otra raíz se liberó en la tierra. Se arrastró por el sendero fangoso, como si fuesen dedos cercenados de corteza. La energía le chisporroteó en el pecho y empezó a acumularse como la de una tormenta eléctrica.

—Creo que quedarías muy bien en mi colección —murmuró el alcaide—. Podría hacer una jaula con tu caja torácica. Ver cómo se pudre tu corazón en mi chimenea. Y luego, cuando él venga a buscarte, lo encontraré con vida.

Las raíces se acercaron aún más. Un cuervo soltó un ruido de advertencia. El sonido reverberó entre los árboles y el eco se fue apagando poco a poco. Alertado, el alcaide óseo miró hacia el bosque.

—Prefiero los huesos dentro de mi cuerpo —dijo Wyatt, y consiguió recuperar su atención.

«No puedes huir de las cosas que temes —le había dicho su tía aquella tarde del solsticio en Salem—. Siéntate un rato con ellas. Míralas a los ojos».

Y eso fue lo que hizo. Dejó que el recuerdo se apoderase de ella y se tragase la rabia y el dolor. Dejó entrar en su interior los demonios que había intentado mantener a raya con todas sus fuerzas.

La mano extendida de Micah Barclay había quedado presa de la podredumbre. Las sirenas de la ambulancia y sus compañeros de clase, que no dejaban de mirar. El agua de la ducha corriendo, roja, roja, roja. El baile de graduación que se había perdido, los meses interminables de soledad voluntaria. El largo viaje en coche a Maine, la gasolina repiqueteando en la parte de atrás de la camioneta. *No pienses. No pienses. No pienses.*

Saltaron chispas de electricidad de su pecho. Se le extendieron por los huesos. La corteza se quebró y las ramas se rompieron. El bosque relució plateado mientras, a mucha altura sobre los árboles, un relámpago hendió los cielos. Quebró la oscuridad atronadora en miles de fragmentos, en el momento exacto en el que Wyatt emitió un grito capaz de helar la sangre de cualquiera.

Vio todo lo que ocurrió después dividido en instantáneas: el blanco de los ojos del alcaide óseo, la boca abierta en un gesto de pavor. La garra de raíces extendiéndose más, como una trampa para osos a punto de cerrarse. El trueno que resonó por el bosque justo cuando los cuervos soltaban un estridente graznido a coro.

Contempló el instante mismo en el que el alcaide óseo quedó partido a la mitad, gracias a los brazos fuertes de los árboles. Los huesos brotaron de la carne, que se rasgó. Wyatt dio unos pasos atrás y el chorro de sangre caliente le salpicó en la cara. Cerró los ojos, aturdida.

Cuando reunió la valentía necesaria para volver a abrirlos, los árboles seguían inertes, como si nada hubiese ocurrido. Se tambaleó en el sitio, con la cara llena de sangre y el pelo pegado al cuello. Un silencio sepulcral se desplegaba entre las ramas.

Y luego, por encima de cualquier otro sonido, oyó los graznidos de miles de cuervos.

Wyatt empezó a correr justo cuando las aves descendían hacia ella. Los picos le tiraron del pelo, y las garras le arañaron la piel. Se internó aún más en el bosque, corriendo tan rápido como le daban los pies. Intentó usar esos hilos de poder, pero descubrió que estaban desgastados.

Agotada, se apoyó en el tronco ancho de un roble, para luego caer de rodillas en la tierra. Agarró una de las rocas del suelo y la levantó, y luego la lanzó sin mirar a aquella maraña de plumas. No detuvo el ataque. Las garras le arañaron el brazo y le hicieron sangrar. Se hizo con otra piedra. Otra. Hizo lo que pudo para que no le hiciesen daño en la cara.

Y luego, de un momento a otro, los graznidos desaparecieron. Las aves la abandonaron entre aleteos y se alzaron hacia los cielos como si fuesen una nube oscura. La marcha repentina tendría que haberle hecho sentir alivio, pero lo único que sintió fue un pavor que la caló hasta los huesos. No era tan incauta como para pensar que se habían marchado porque se había puesto a tirarles piedras.

Había algo cerca.

Se puso de rodillas mientras el corazón le latía a toda velocidad y el estómago se le revolvía, para luego tratar de buscar el camino. No lo vio por ninguna parte. Estaba en un claro lleno de helechos que le llegaban hasta la cintura, enterrada entre las frondas color jade. Se fue levantando poco a poco y entre tambaleos, consciente de que había una silueta que acechaba justo en los bordes de su visión periférica.

Un relámpago estalló en las alturas e iluminó un rostro tranquilizadamente familiar. El cabello de Peter estaba empapado por la lluvia, oscuro y pegado a su frente. Apretaba la mandíbula. Tendría que haberse enfadado mucho al verlo, pero lo único que sintió fue alivio.

—He partido a un hombre a la mitad —dijo Wyatt, por encima del repiqueteo de la lluvia.

—Lo he visto.

—Ah.

La adrenalina de su cuerpo dejó de fluir de repente. La magia le titiló en las venas, apagándose como si fuese la llama de una vela. Las rodillas se le tambalearon con fuerza y cayó a cuatro patas, con la bilis asomándosele a la garganta. Alguien le apartó el pelo de la cara justo a tiempo para que no se lo manchase de vómito.

Cuando no quedaba nada en su interior sino aire, la lluvia había empezado a amainar. La luz del sol relució entre las copas de los árboles en haces estrechos y dorados. Poco a poco, el roce de Peter pasó de ser algo reconfortante a convertirse en un motivo de alarma. Se puso en pie a toda prisa e intentó apartarse de él.

—¿Cómo sé que eres tú? —exigió saber—. ¿Cómo...? ¿Cómo sé que no se te va a descolocar la mandíbula para tragarme entera cuando baje la guardia?

Él frunció más el ceño. Por unos instantes, Wyatt pensó que estaba a punto de decir algo mordaz, pero en lugar de eso se metió la mano debajo de la camisa y agarró el collar. El botón de Osito relució mientras Peter se lo sacaba por encima de la cabeza y lo extendía hacia ella, como una ofrenda.

—Es lo único que te puedo brindar.

Wyatt lo aceptó, titubeante. Era más prueba de la que necesitaba. El gris sosegado de sus ojos le resultaba demasiado familiar. No había nada malvado en las profundidades de su mirada. Nada extraño ni ajeno. Era Peter, tal y como ella lo había memorizado. Solemne. Silencioso. Presto. Con manos temblorosas, Wyatt se acercó el cordel a la cabeza y se lo puso alrededor del cuello. El botón se deslizó debajo de su camisa.

Peter soltó el aire.

—¿Me crees?

—Quizá —respondió ella. Luego, en voz más baja, dijo—: Sí.

—Dios. Ven aquí. —Peter tiró de ella para aferrarla entre sus brazos. Cayeron juntos contra el tronco amplio de un pino. A salvo entre la calidez de su cuerpo, Wyatt oyó la cadencia regular de su respiración. Los latidos de su corazón se extendieron por todo su cuerpo y calmaron la electricidad que le recorría las entrañas.

El primer sonido que brotó de ella fue un sollozo. Un espasmo agudo que era mitad risilla. No había nada que le hiciese gracia. Pero el próximo ruido que emitió fue una risotada inconfundible. Debajo de ella, Peter se quedó del todo inerte. Al notar cómo se alarmaba, Wyatt pensó que estaba exagerando las cosas. Se dobló sobre sí misma, en carcajadas incontrolables, pero se arrepintió de inmediato cuando notó cómo se le estiraban los puntos de sutura supurantes en el vientre. Golpeó a Peter en el mentón con la parte de atrás de la cabeza y luego él también se

echó a reír.

—Auch —Se frotó el cuero cabelludo y se dejó caer contra él, que la agarró con fuerza por la cintura para que no perdiese el equilibrio. Por un momento volvieron a tener trece años, disfrutando de unos de esos veranos que parecían largos como una eternidad.

Poco a poco, la risa se convirtió en un silencio jadeante. Las lágrimas empezaron a derramarse por las mejillas de Wyatt. Ni siquiera se dio cuenta de cuándo había comenzado a llorar. Se las enjugó y vio unos lirios que estaban creciendo en la base del árbol. No sabría decir cuánto tiempo permanecieron sentados en esa posición, mientras las flores brotaban y Peter le dibujaba círculos con el pulgar en la espalda, pero luego sonó el teléfono. Rompió el silencio e hizo que se le acelerase el corazón. Se incorporó al momento y se lo sacó del bolsillo.

—¿Hola?

Al otro lado de la línea, la voz de su prima era poco más que un estallido de estática.

—Estamos a diez minutos —dijo Mackenzie, y a Wyatt se le revolvió el estómago. Tendría que haberse alegrado, pero solo era capaz de pensar en el mímico imitando la voz de su madre, en esa oscuridad rodeándola. Cerró los ojos.

—Di algo que solo tú podrías saber.

—Pues... vale... Sí, se me acaba de ocurrir algo. Nuestro quinto año en St. Adelaide. Encontré tu diario debajo del colchón y estaba lleno de cartas de amor que habías escrito a ese chico que vivía en la granja de tu padre.

El dedo de Peter se detuvo de repente en la base de su espalda. La humillación se apoderó de Wyatt.

—Mackenzie.

—Es verdad. Me acuerdo. —Su prima chasqueó los dedos—. ¿Cómo se llamaba?

—Mackenzie.

—No, no. Ya sé. Peter —dijo su prima, triunfante—. ¡Ja! Lo tenía en la punta de la lengua. ¿He pasado tu prueba?

—Sí. Muy bien. —Se le quebró la voz—. Gracias.

—Quédate donde estás —le ordenó Mackenzie, con la voz quebrada por la falta de cobertura—. Ya casi hemos llegado. Wyatt, una cosa más.

—¿Sí?

—No vas a creer lo que tengo para contarte.

TERCERA PARTE

EL SOLSTICIO

*Con dos cuerpos y un corazón has acabado,
y dos corazones en un cuerpo, y dos almas has perdido.*

La muerte de Arturo, sir Thomas Malory.

23

PEDYR

Pasó casi una hora antes de que alguien dijese algo.
—No está aquí. —La chica que se encontraba en el asiento de delante tenía un acento difícil de ubicar, con un deje en la voz que parecía lluvia al caer. Se afanó con los controles de la radio, inquieta sin duda, y con ese cabello blanco que le caía liso a ambos lados del mentón—. No lo percibo.

En el asiento del conductor, Mackenzie Beckett se limitó a ajustar el retrovisor, lo que dejó a la vista esos ojos color avellana de los Beckett, una mirada cargada de sospecha detrás de esas gafas de sol de ojo de gato.

Pedyr había conocido a la prima de Wyatt en una ocasión. Tenían nueve años y la madre de Wyatt había consentido a regañadientes que se quedase a dormir un fin de semana. Mackenzie y James habían resultado ser como el agua y el aceite; se llevaban fatal, por lo que su primera visita a Willow Heath también había sido la última. A pesar de todos los años que habían pasado, estaba tal y como Pedyr la recordaba: con bucles rojos como el fuego y la nariz llena de pecas. Los ojos se fijaron en los suyos, como si se hubiese percatado de que la estaba mirando. Fue una mirada de advertencia, rápida como un parpadeo.

Sabía lo que significaba. Sabía lo que parecía aquello. Junto a Pedyr, Wyatt estaba sentada con la sien apoyada en la ventanilla y el rostro cubierto de mugre. Miraba el guardarraíl al pasar, poco más que una franja oxidada, mientras una mancha de sangre del alcaide óseo se secaba en el cristal junto a ella. En su regazo, dedos con las uñas mordidas hasta la carne.

No había dicho una palabra desde que se habían subido al coche. Ni a él ni a nadie.

—Es que no tiene sentido —dijo la chica del asiento delantero. La radio bailaba entre emisoras y llenaba el interior del vehículo de estática—. ¿Cómo puede haber estado en un momento dado y luego desaparecido por completo?

Mackenzie aceleró en una curva.

—Diría que tenemos entre manos asuntos más urgentes que tu nuevo amigo fantasma.

La chica echó un vistazo hacia atrás para mirar a Pedyr y a Wyatt con unos ojos verdes entornados.

—Él no tendría que estar aquí. —Volvió a hundirse en el asiento y se oyó el chasquido del cinturón de seguridad—. Dijo que estaría esperando.

Mackenzie puso el intermitente y cambió de carril.

—Es raro decirle eso a alguien sin tener contexto alguno, Lane.

—Está cubierta de sangre —murmuró la chica—. Creo que es seguro decir que han tenido un día complicado antes de que llegásemos.

El chasquido de la radio continuó. Rock. Pop. Música instrumental. Estática. Estática. Estática.

Pedyr miró de reojo a Wyatt. Ella contemplaba las montañas a la distancia, con la mirada perdida y la sangre secándosele en un lado de la cara, y con el suéter lleno de barro cada vez más seco. Uno de sus dedos había empezado a sangrar. No dejaba de comerse las uñas, y seguro que era el responsable de las gotas de sangre que le habían caído en el regazo. Extendió la mano hacia ella y entrelazó los dedos con los suyos. Wyatt se puso tensa de inmediato y se envaró como una liebre. Pero no se apartó.

Pedyr miró hacia la carretera que tenían delante y se fijó en que Mackenzie volvía a observarlo por el retrovisor.

—¿Qué le has hecho?

—Nada —respondió.

La mirada de Mackenzie se apartó brevemente para contemplar a Wyatt, y luego volvió a centrarse en la carretera—. ¿De quién es la sangre que le cubre la cara?

—No es suya.

—¿Dónde está el otro? El insufrible ese. James, ¿verdad?

—No hables con él —dijo Wyatt, que sorprendió a todo el mundo. Un silencio forzado se apoderó de la situación, durante el que el único sonido dentro del coche fue el tenue latido electrónico de la música dance. Después Wyatt preguntó, con tono neutro—: ¿Podrías llevarnos a casa de tu madre?

La sospecha cada vez más profunda de Mackenzie era muy palpable.

—La tía Dora nos matará a las dos si aparecéis en la tienda con este aspecto.

—Podemos parar en la de Colton —dijo Lane—. No creo que diga nada.

—Los invitados inesperados siempre lo han molestado —espetó Mackenzie en respuesta, al tiempo que daba un giro brusco.

Wyatt bajó la mirada a la sangre seca del suéter.

—¿Cómo vas a explicar todo esto?

—Oh, esto no es nada. —Mackenzie hizo un ademán con la mano para quitarle hierro al asunto—. ¿Crees que un poco de sangre nos incomodaría? Lane está saliendo con su demonio de la parálisis del sueño. No hacemos preguntas.

—Pues quizá deberíamos hacerlas —replicó Lane, que dejó la radio quieta en una emisora llena de estática. Subió el volumen, y el ruido blanco se propagó por el vehículo—. Ya no hay puertas que abrir. Si lo que él me contó es cierto... —Se quedó en silencio y cambió otra vez de emisora. Parecía estar escuchando algo, pero Pedyr no sabía el qué.

—Bueno —continuó Mackenzie cuando se oyó un solo de guitarra que hendió el silencio—, tu madre ha estado muy asustada. No porque no supiésemos dónde estabas, ya que todas nos imaginábamos que habías ido a la granja. Creía que al terminar allí querías despejarte un poco, ya sabes. Al principio, pensó que habías apagado el teléfono a propósito. Pero empezó a entrar en pánico cuando pasaron unos días y seguía sin poder ponerse en contacto contigo.

—No había cobertura —dijo Wyatt.

—Cierto. —Mackenzie y Lane compartieron una mirada—. ¿Había alguien más contigo allí? Aparte de Peter y tú, quiero decir.

Wyatt había empezado a arrancarse las uñas bajo la mano de Pedyr. Se la aferró con más fuerza para que parase.

—No —aseguró ella—. Estábamos solos.

Era mentira, llana y simplemente. Pedyr sabía que Wyatt estaba pensando en James, en su cuerpo vacío, en sus huesos que albergaban algún tipo de criatura parasitaria. Una bestia de lo más oscuro del infierno. Un escalofrío le recorrió las entrañas.

—¿Por qué preguntas?

Lane se giró para mirarlo.

—Pues porque...

—Porque nunca ibais a ningún lado sin ese británico hijo de mil demonios —comentó Mackenzie, que la interrumpió—. Aunque entendería que hubieseis dejado de hacerlo.

El coche volvió a quedarse en un silencio incómodo. Pedyr terminó por centrarse en mirar por la ventanilla, con los dedos de Wyatt aún aferrados a los suyos. Había estado antes en un coche, ya que el padre de Wyatt lo llevaba a menudo en una antigua Ford azul de un lado a otro de la propiedad, con una bolsa de pipas de girasol saladas en el portavasos y la parte de atrás llena de plantas del invernadero.

A veces, cuando Wyatt y James estaban en la escuela y la granja estaba tranquila, dejaba que Pedyr fuese delante con él. Avanzaban en silencio oyendo canciones de rock clásico y escupiendo las cáscaras de las pipas por la ventilla abierta, mientras la camioneta traqueteaba como si de huesos viejos se tratase.

La situación en la que estaba ahora era muy diferente.

Le resultaba extraño que Willow Heath siempre hubiese sido grande como un reino para él. Ahora que estaba fuera, se dio cuenta de lo pequeño que era su mundo. La carretera se desmadejaba interminable frente a ellos, perdiéndose en las curvas de la cordillera montañosa de picos azules en la distancia. No había nada verde. Nada que floreciese. El mundo estaba cubierto de colores fríos y de hormigón.

Se parecía a las películas de James, a las tomas de Spielberg y los ángulos de Kubrick. Al otro lado de la ventanilla había cosas que él solo había visto en una pantalla: anuncios de carretera

enormes y gasolineras oxidadas, señales de autopista de un verde intenso y guardarraíles aserrados. Un semirremolque enorme se colocó frente a ellos en la carretera entre chirridos, expulsando humo, y Pedyr se aferró al cinturón de seguridad con el corazón acelerado.

Poco a poco, sintió que la mano de Wyatt se aflojaba. Los dedos le acariciaron los suyos. La miró de reojo y se percató de que estaba girada hacia él, con el blanco de los ojos reluciente contra la paleta de colores sanguinolentos de su rostro.

—Estoy bien —dijo él, entre dientes apretados.

Ella no respondió, pero tampoco le soltó la mano. Pedyr echó la cabeza hacia atrás y contempló el mundo pasar a toda velocidad, como si acabase de despertar de un sueño de cientos de años.

La carretera terminó por dar paso a un paisaje urbano y hacinado. Mackenzie se detuvo de repente frente a un semáforo en rojo, y luego bajó la ventanilla para soltar un improperio al conductor del coche que tenía al lado. El semáforo se puso en verde. Lane continuó pasando entre emisoras con estática.

En el asiento de delante, Mackenzie empezó a recitar una lista de tareas.

—Puedes ducharte en casa de Price. Estoy segura de que Lane tendrá ropa limpia que podría prestarte. Y un cepillo. Vamos a necesitar un cepillo. Habrá que quitarte esa pinocha de la cabeza.

Wyatt se quedó en silencio mientras ella hablaba, con el chasquido de la estática inundando el interior del vehículo y los dedos entrelazados a los de Pedyr.

Pasaron cuatro largas horas antes de que llegasen a su destino. Para entonces, Pedyr empezaba a desesperarse. El coche avanzó por una carretera larga y estrecha antes de detenerse ante una hilera de casas altas. Unos árboles podados en exceso se alzaban desde el hormigón y clavaban las ramas en el cielo sofocante.

Pedyr salió del coche con el estómago revuelto. Sintió como si algo en su interior hubiese cambiado de sitio. Había pasado demasiadas vidas buscando una salida, y ahora lo había conseguido. La bestia se había marchado, había visto cómo la habían destruido. Por primera vez en mucho tiempo, la voz de su cabeza se había quedado en silencio. Willow Heath estaba a kilómetros de distancia, perdido entre las montañas de Maine.

Tendría que haberse alegrado. Pero había algo raro en todo aquello.

—Creo que deberíamos contaros algo —oyó susurrar a Lane.

—Luego —dijo Mackenzie. Después, mientras empujaba a Wyatt hacia las escaleras de la casa más cercana, le indicó a Pedyr que se acercase como si fuese un perro—. Vamos, ojos azules. Entremos.

Pero Pedyr no quería entrar. Ahora que estaban allí y que se había abierto la puerta delantera, vio que el interior de la casa estaba oscuro. Sombras, distantes y corpóreas, se movían por

lugares por los que no deberían hacerlo. Un coche pasó a toda velocidad, con las ventanillas bajadas y la música a todo volumen. Pedyr siguió a Wyatt al piso de arriba porque no quería perderla de vista.

En el recibidor, la oscuridad se intensificó. Había algo denso en ella. Algo frío. Le recordaba a cuando miraba a la bestia, cuando esta lo contemplaba con esos ojos sin luz y esa mirada de azufre. Sin querer, se había acercado más a Wyatt, rozándola por un costado. Lane había desaparecido, tragada por la oscuridad turbia. La única que los acompañaba era Mackenzie, apoyada en el armario y contemplándolos por encima de las gafas de sol.

—No ha dicho ni dos palabras seguidas, prácticamente.

Pedyr se enfrentó a su mirada fulminante a través de la oscuridad.

—Está conmocionada.

—Eso está más que claro. ¿Vas a contarme la razón?

—No —dijo Wyatt antes de que Pedyr pudiese improvisar una respuesta.

Lane volvió a aparecer, bajo el resplandor de un candelabro de techo.

—Colton está en el gimnasio —dijo—. Es muy probable que no venga. Ya sabes cómo se pone.

—Sí que lo sé, por desgracia —comentó Mackenzie mientras se ponía las gafas de sol sobre la cabeza y echaba un vistazo por el recibidor vacío.

—¿Dónde está el baño?

—En el primer piso —respondió Lane—. Al fondo del pasillo. El agua suele salir fría, así que dale un poco de tiempo para que se caliente.

Pedyr dio un golpecillo a Wyatt en el hombro.

—¿Necesitas ayuda?

—Ya tiene ayuda —aseguró Mackenzie, con tono viperino. Empujó a Wyatt hacia la escalera y se perdió de vista antes de que él pudiese responder siquiera. Lane fue detrás de ellas, encendiendo las luces a su paso.

—Pues yo me quedaré por aquí —dijo Peter con sarcasmo, mientras se sacudía las botas en la moqueta. Lane se quedó quieta de repente y se giró para mirarlo, como si se acabase de acordar de que estaba allí.

—Ese amigo tuyo que mencionó Mackenzie —empezó a decir, titubeando con cada palabra—, ¿tiene cinco anillos negros en los dedos?

Pedyr sintió que el estómago le daba un vuelco.

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

Pero Lane ya se había vuelto a girar para seguir subiendo por las escaleras. Su voz reverberó por la casa cuando volvió a hablar.

—Vamos a tardar un poco. Puedes ir al salón si quieres. O servirte algo de comer en la cocina.

—No te preocupes —dijo Pedyr, pero ella ya había desaparecido.

No supo muy bien cuánto tiempo pasó allí, con el tictac intenso de un reloj resonando en algún lugar de la casa y la oscuridad acechándolo por todas partes. No le gustaba aquel lugar, de sombras densas y olor a azufre en el ambiente. Se parecía mucho a estar frente a las fauces abiertas del infierno. En el piso de arriba, oyó el traqueteo de unas cañerías viejas y el fluir del agua. Unas voces de mujer que eran poco más que murmullos ahogados.

Terminó por percatarse de una presencia en el otro extremo del recibidor. Se dio la vuelta y se encontró a un hombre en pie en la quietud del pasillo. Era alto y estaba cubierto por las sombras, con una camiseta oscura llena de sudor y el rostro parcialmente ensombrecido debajo de una gorra de béisbol. Una cicatriz aserrada se le extendía junto a la boca seria y le formaba una sonrisa inquietante. Supuso que se trataba de Price.

—¿Quién eres? —preguntó, con una voz que no era amistosa ni nada.

La sospecha que emanaba del tipo hizo que Pedyr se comportase de la misma manera. Lo encaró con la misma cautela.

—Un invitado.

—Mmm. —Price se levantó la gorra y se enjugó una gota de sudor de la frente—. Lane trae muchos invitados a casa. Normalmente, son algo menos corpóreos.

—Supongo que querrás decir que habla con fantasmas.

—Los médiums hablan con fantasmas —lo corrigió él—. Lane más bien se centra en la nigromancia. ¿Quieres algo de beber? No tienes muy buen aspecto.

—No quiero nada.

—No te caigo bien —dijo Price. Levantó la barbilla y al fin le vio los ojos, hundidos debajo de la gorra de béisbol.

—Pero eres tú quien está en mi casa.

—¿Colton? —Lane apareció en lo alto de las escaleras, con los brazos llenos de toallas dobladas—. ¿Va todo bien?

El gesto de Price se suavizó al fin. Aquello le dio un aire infantil y sincero que hizo que Pedyr dudara de lo que acababa de ver.

—Todo va bien, sí. Solo estoy siendo un buen anfitrión.

—No te creo.

Le apareció un hoyuelo en la mejilla, y toda la oscuridad se esfumó de sus ojos.

—¿Acaso te he mentado alguna vez, Miércoles?

—Sí —respondió ella, aunque no había rastro de tono acusatorio alguno. Luego dijo a Pedyr—: Ya casi ha terminado.

—Gracias.

—¿Estás seguro de que no quieres comer algo mientras esperas?

—No quiero nada.

—Vale. Pues ya casi está. —Lane desapareció otra vez en el piso de arriba, con las toallas aún en los brazos. Cuando Pedyr volvió a mirar hacia el lugar donde estaba Price, se percató de que había desaparecido y ahora solo había sombras. Sombras y el leve chasquido de una puerta al fondo del pasillo.

Al fin solo, Pedyr se dejó caer contra la pared. Por primera vez en mucho tiempo, se permitió pensar en qué haría a continuación. Era libre. La bestia había desaparecido, convertida en un festín para la viuda y sus arañas. No había nada que fuese a darle caza, que fuese a rastrearlo y a jugar con su cabeza. Lo único que quedaba era la soledad de sus pensamientos, la posibilidad de tener una vida con Wyatt.

Una real y no de mentira. Algo creado a partir de la sinceridad y no de los engaños. La idea de tener un futuro le parecía imposible de aceptar. Nunca había tenido uno. Todas las vidas que había vivido habían quedado interrumpidas antes siquiera de que pudiese soñar con más.

Mientras lo pensaba, no podía dejar de imaginarse la cara del custodio mortal. A la luz del sol, su retrato lo había mirado desde un rostro resignado y pálido. Sabía lo que significaba.

Que habría muerte en ese futuro.

Y que era inminente.

Pasaron veinte minutos más antes de que Wyatt regresase al fin. Cuando llegó, Pedyr tenía las piernas entumecidas y mucha hambre. Ella bajó los escalones uno a uno, con los nudillos blancos contra la barandilla y el rostro limpio. Tenía tres heridas superficiales en la mejilla izquierda. Una falda estampada y un suéter prestado que le recordaba al cambio de estaciones, al final del año, a Wyatt viniendo a casa desde St. Adelaide con el uniforme planchado y los zuecos de cuero.

Había algo en ese recuerdo que lo hizo sentir mal. Era algo que nunca volverían a sentir. Ni los días de verano despreocupados ni esas noches sin dormir. Ni las historias en la oscuridad ni los juegos en los prados. Se había pasado todo ese tiempo, todos esos años, desesperado por estar en otro lugar.

Ansiando un sitio que siempre había sido un sueño.

Y ahora todo aquello había desaparecido, el sueño y la realidad, ambas cosas. Y Pedyr nunca volvería a tener la oportunidad de saborear ninguna de ellas. Le habían dado una eternidad y él se había dedicado a desperdiciarla.

Ahora tendría que compensarlo.

Encontraría la manera.

Movió los pies, intranquilo, consciente de que Mackenzie lo estaba mirando mientras Wyatt se probaba unos zapatos bajo las órdenes de Lane. Finalmente, después de varios segundos inestables, fue la curiosidad de Mackenzie la que venció.

—Vale. Ya he sido lo bastante paciente. Creo que es el momento de que...

Wyatt alzó la cabeza, alarmada.

—Mackenzie, no lo hagas.

—De que me explique qué le ha pasado a mi prima.

—Déjalo en paz —espetó Wyatt—. No ha hecho nada.

Mackenzie resopló.

—No he dicho que lo haya hecho. Pero algo me hace sospechar.

—Pues no lo hagas. Todo va bien. —Wyatt se inclinó para atarse el zapato, pálida mientras lo hacía. El botón de Osito le colgó del cuello, como una bola de cristal, un colgante azul que daba vueltas mientras ella apretaba los dientes ante el dolor que seguro que sentía.

—¿«Todo va bien»? —repitió Mackenzie—. Sí, vale. ¿Esperas que me lo crea? Wyatt, cielo, no puedes ni atarte los zapatos.

—El zapato está atado —dijo ella, al tiempo que volvía a erguirse y las gotas de sudor le perlaban la frente. Extendió el pie delante de ella para enseñarlo y soltó, con tono neutro—: ¿Ves?

—Me ha dicho que te apuñalaron —dijo Lane, que apartó la vista del lugar donde guardaba los zapatos en el mueble del pasillo—. Dijo que te encontró en el bosque, pero no consiguió llegar hasta ti.

Wyatt se quedó paralizada, a medio camino de ponerse el otro zapato en el pie izquierdo. Pedyr se separó de la pared, irritado por el silencio.

—Tu novio dice que puedes hablar con los muertos.

—Me visitan de vez en cuando —admitió Lane—. A veces la gente no termina de cruzar. A veces, algo horrible los une a este plano. Cuando ocurre, me encuentran.

—Laney —advirtió Mackenzie.

—Me pediste que esperase hasta que estuviese a salvo, y ya lo está —dijo Lane—. Es algo que no les puedo ocultar. Tienen que saberlo.

—¿Saber el qué? —preguntó Wyatt. Los ojos le brillaban extraños a la luz tenue del recibidor.

—Es James —dijo Pedyr, que se quedó helado al comprenderlo—. Todo este tiempo has estado hablando sobre Jamie, ¿verdad?

No lo vio, pero notó cómo Wyatt lo fulminaba con la mirada. No consiguió devolverle el gesto. No ahora que la terrible verdad se dibujaba en el rostro de Lane.

—Lo oigo en la estática —admitió—. En el ruido blanco y en el silencio. También lo he visto, pero le cuesta mantener cualquier tipo de forma durante mucho tiempo. Es algo que ocurre a veces, cuando los cuerpos no descansan en un lugar concreto.

Wyatt se puso en pie, temblando. Tenía el rostro pálido.

—¿Está aquí?

—Ahora no —dijo Lane. Parecía apenada—. Se lo hubiese dicho antes a Mackenzie, pero no sabía quién era. Al principio. No tenía ni idea de que hubiese relación. Me contó cosas sobre sí mismo, cosas sueltas. Siempre lo hacen. No se me ocurrió mencionarlo hasta que se me apareció por última vez.

Pedyr se sentía cada vez peor.

—¿Qué ocurrió?

—Fue terrible —admitió Lane, que se estremeció—. Apareció en mitad de la noche, con una energía muy potente, y me despertó. Tengo lo que Colton llama alucinaciones hipnopómpicas. A veces, me despierto paralizada y del todo convencida de que tengo arañas que me están subiendo por el brazo. Pero, en esta ocasión, estaban allí de verdad. Las sentía. Y tu amigo también estaba allí, de pie sobre mí. Sentía un dolor inimaginable. Nunca había oído a una persona hacer un ruido así, viva o muerta. Pero consiguió dejarme un mensaje justo antes de quedarse en silencio.

Pedyr iba a vomitar todo el suelo. Se agarró la mandíbula con manos temblorosas. Tragó saliva a pesar del nudo que se le había formado en la garganta y consiguió decir:

—¿Qué mensaje era ese?

—Encuentra a Beckett —dijo Mackenzie.

Pedyr no tuvo la oportunidad de decir nada más. Oyó un golpe sordo, el ruido de un cuerpo al caer al suelo. En la oscuridad cerrada del recibidor, Wyatt se había desmayado.

24

WYATT

Wyatt se despertó con el pitido constante de un monitor. Abrió un poco los ojos y vio que se encontraba debajo de unos tubos fluorescentes apagados y de la barra torcida de una cortina. Parpadeó hasta que consiguió enfocar la vista, hasta que vio el verde mentolado y el blanco de hospital, cubierto con carteles de medidas de seguridad estándar en las intervenciones quirúrgicas. Un hospital. Estaba en un hospital. Notó un cosquilleo en la piel. Después de haber estado en la oscuridad tapiada de Willow Heath, le daba la impresión de que todo brillaba demasiado, que era demasiado silencioso. Demasiado grande. Una camilla pasó de largo en el pasillo exterior, apostillando su recorrido con un clic, clic, clic. Resonó un altavoz en la distancia, un código incoherente que se filtraba a través de los amplificadores.

Intentó incorporarse sin éxito, y volvió a caer sobre la almohada estrecha con un gruñido. Llevaba una bata de papel, estampada y fina, y había una manta de hospital colocada justo por debajo de sus brazos. Tenía doloridas todas las partes del cuerpo, desde las heridas en las mejillas hasta las vendas del torso.

Una vía colgaba de una vara de metal junto a ella, donde un líquido goteaba al interior del tubo. Plic, plic, plic. En un pequeño carrito con ruedas, alguien había dejado un llamativo jarrón con flores. Había una nota doblada en la bandeja, con una caligrafía apenas visible:

No vuelvas a hacer eso.

—*Mackenzie*

El sol se proyectaba a través de unas persianas blancas y verticales, para caer sobre el sofá verde que había debajo de la ventana. Despatarrado entre los cojines estaba Peter, dormido bocabajo y con el brazo derecho bajo la mejilla. Wyatt sintió algo inidentificable al verlo. La había acompañado. La había seguido. Ella lo hubiese dejado allí para que se pudriese, pero él estaba a su lado.

—Se ha pasado ahí toda la noche.

Wyatt miró hacia la puerta, sorprendida, y se encontró a su madre bajo el umbral. Theodora Beckett tenía el mismo aspecto de siempre, piel blanca y extravagante, con esos rizos canosos recogidos en un moño y un kimono floral de terciopelo que le llegaba hasta los tobillos. Aferraba una taza de cafetería con tapa en las manos llenas de anillos. El color del café aguado inundó la estancia.

Wyatt no sabía cómo sentirse. No sabía qué decir ni por dónde empezar. Se había pasado las últimas semanas desenterrando huesos, y era lo bastante lista como para saber que su madre había enterrado algunos de ellos. Empezó a jugar con un pedazo de cinta que sobresalía del catéter y dijo:

—Me sorprende que no lo hayas echado.

—Lo intenté —dijo su madre—. Pero Peter es Peter.

—¿Sabías lo que era?

—Sí que lo sabía.

Otra confirmación, más importante que la primera. Quedó allí entre ellas, como agua estancada.

—¿Y dejaste que le hicieran daño? ¿Dejaste que lo usaran como si fuese un experimento de ciencias?

Su madre se derrumbó en el asiento de poliuretano verde que había junto a la puerta. Parecía cansada. Mayor, como si hubiese envejecido durante las últimas semanas.

—Creo que sobrestimas mi estatus social en Willow Heath. El gremio tiene siglos de antigüedad y sus miembros tienen costumbres muy arraigadas. No me preguntaron mi opinión ni podría haberla dado. ¿Por qué crees que me largué?

—Siempre creí que había sido porque no querías que yo pasase más tiempo con Peter —dijo Wyatt, que no consiguió evitar que su voz sonase resentida—. Nunca te gustó.

Algo se suavizó en la mirada de su madre. Se inclinó y colocó el café en el suelo a sus pies.

—¿Eso es lo que has creído durante todos estos años? ¿Que nos marchamos por Peter?

—¿No fue así?

—Wyatt, no. Para nada. Te saqué de allí porque no era seguro.

—Por culpa de Peter.

—Por culpa del gremio. —Su madre suspiró y jugueteó con el anillo de bodas que llevaba puesto. Un diamante titiló en él—. Tu padre era un buen hombre. Su opinión siempre estuvo del lado correcto, pero se vio sumido en una práctica de siglos de antigüedad y no tenía ni idea de cómo pararla. Y en la naturaleza del gremio... Bueno, algo tan antiguo y ritual suele atraer a hombres con aspiraciones turbias.

—¿A qué te refieres?

—Eres una anomalía, Wyatt —dijo su madre—. Sé que lo has sentido, que sabes de lo que eres capaz. Hice lo que pude para protegerte. Te envié a un internado. Te enseñé a controlar tus emociones. Pero a medida que ibas creciendo, más impredecible se volvía tu poder. Los cielos se abrían sobre nuestras cabezas cuando estallabas en lágrimas. Mis azaleas florecían en mitad de la noche cuando gritabas en sueños. Era errático y no podía ocultarse. Lo que lo convertía en algo peligroso.

»La última noche en Willow Heath, estabas tan enfadada que casi tiras abajo la capilla estando dentro. No era seguro que siguieses allí. Ya no. No podía quedarme y dejar que te usasen para sus fines. Esos hombres..., discípulos, fanáticos, intransigentes..., son insaciables. Si encuentran una luz, se aferran a ella hasta que consiguen apagarla. Y por eso me marché. Y te traje conmigo.

Wyatt cerró los ojos. Ladeó la cabeza y la apoyó en la almohada. El zumbido de la maquinaria la retrotrajo a un recuerdo: James y Peter en la capilla, el mundo desmoronándose y alguien gritándole a ella para que se marchase. La visión cambió. Se convirtió en una bestia con la cara de James, atrapada como una mosca en una maraña de seda blanca.

«Sentía un dolor inimaginable. —Fue lo que dijo la amiga de Mackenzie justo antes de que Wyatt perdiese la conciencia—. Nunca había oído a una persona hacer un ruido así», había susurrado. Y el mundo de Wyatt se había fundido a negro por completo.

Estaba allí con ellos. Estaba allí, y lo habían abandonado.

Una lágrima se le derramó por la mejilla y cayó en la almohada. Se le quebró la voz cuando intentó preguntar.

—¿Y Jamie? ¿Sabías que estaba muerto?

Oyó el pitido del monitor. Algo de metal traqueteó por el suelo del pasillo. Wyatt abrió los ojos y vio que su madre la miraba con la boca abierta.

—Él no... Dios, Wyatt. Lo siento mucho. No tenía ni idea. Nunca te ocultaría algo así.

—¿Estás segura? —Fue incapaz de controlar la rabia que se acumulaba en su interior—. No has tenido problema para ocultarme todo lo demás.

—Tu padre y yo tomamos decisiones deliberadas. Quisimos esperar hasta que estuvieses lista para saber la verdad.

—Ah, ahora estabais en el mismo bando.

Su madre apretó los labios.

—No he venido para pelearme contigo.

Alguien tocó a la puerta y apareció una doctora. Negra y pequeña, vestida con ropa quirúrgica verde menta y una bata de laboratorio. Llevaba los rizos recogidos en un moño.

—Bienvenida —dijo al tiempo que abría una gráfica en la tableta—. Soy la doctora Delva, jefa del turno de hoy. Acabo de empezar la ronda y me alegra que estés despierta. Veo que tienes dieciocho años. Muy bien. ¿Te parece bien que tu madre esté aquí con nosotros?

—Me parece bien —respondió Wyatt, aunque aún se sentía tensa, preparada para atacar.

—Fantástico. —La doctora Delva le dedicó una sonrisa amistosa, y Wyatt no pudo evitar pensar cuánto habría oído de la discusión—. ¿Cómo te sientes?

—He estado mejor.

—Seguro que sí. —La doctora Delva le pasó el estetoscopio por el cuello—. ¿Te importa si compruebo tus constantes vitales?

—Sin problema.

Hizo un mohín cuando sintió el beso helado del metal a través de la fina bata de papel.

—Aquí dice que perdiste la conciencia. Y tus constantes vitales confirman lo que parecer ser un síncope vasovagal. —La doctora se envaró y volvió a dejar el estetoscopio colgando del cuello de la bata—. ¿Sueles desmayarte?

—Pues no. —Wyatt miró a Peter, que seguía dormido en el sofá—. ¿Debería preocuparme?

—Yo no lo haría. Es normal. Puede pasar con muchas cosas, desde un estrés incontrolable a un poco de sangre.

Wyatt estuvo a punto de reír a carcajada limpia, aunque no tenía nada de gracioso. Pensó en la granja estrechándose a su alrededor, el sonido irregular de sus costillas partiéndose por la presión, el agua roja que había visto caer por el sumidero de la ducha de Price. Roja, roja, roja.

—No me he sentido muy bien últimamente —admitió.

—Diría que eso es quedarse corta. —La doctora Delva se metió las manos en los bolsillos—. Te ingresaron con una dehiscencia abdominal. ¿Sabes lo que significa eso?

—No —admitió Wyatt—, pero me lo puedo imaginar.

—Quienquiera que te haya dado los puntos de sutura en el vientre no esterilizó el equipo apropiadamente. Además, debido a lo mal que estaban los puntos, se volvió a abrir la herida por los bordes y empezó a formarse una infección muy fea. Por suerte, solo tuvo consecuencias superficiales y no hizo falta cirugía. Te estamos administrando un antibiótico por vía intravenosa, pero la verdad es que tienes suerte de haber llegado al hospital siquiera. Retrasar un tratamiento así podría ser fatal.

La madre de Wyatt se enderezó en la silla, poniéndose más pálida a cada minuto que pasaba. Wyatt se retorció y sintió como si la estuviesen examinando con un microscopio. ¿Cómo decirles que había estado atrapada en la granja, tras un bosque que le enseñaba los dientes? ¿Cómo explicar las cosas que había visto, sentido y hecho sin parecer una loca?

—¿Cuándo podría ir a casa?

La doctora Delva estrujó la vía para ver cuánto líquido quedaba en el interior.

—Me gustaría que siguieses en observación otra noche. Pero mientras tus constantes vitales sigan como están, no veo razón por la que no podamos recetarte un antibiótico oral y dejarte marchar.

El resto de la visita pasó rápido, y Wyatt no tardó en salir de allí con su madre, con dieciocho años de secretos separándolas como un contrafuerte.

—Está claro que tenemos muchas cosas de las que hablar —dijo Theodora mientras contemplaba los posos del café—. Pero no será ahora. Deberías dormir un poco.

Poco a poco, y tras varios episodios seguidos de una serie de televisión horrorosa, Wyatt se durmió, arrullada por el ruido blanco de las máquinas.

Despertó de un sueño interrumpido a menudo y encontró la habitación a oscuras. Su madre se había marchado. En la televisión destacaba la teletienda en voz muy baja, con el número para comprar parpadeando amarillo en negritas. «¡Compre ahora!». Peter estaba al borde de la cama, durmiendo y respirando profundamente, con la cabeza apoyada en los brazos.

—Peter. —Extendió un brazo con cautela y le apartó el pelo blanco y despeinado de los ojos—. ¿Peter? Despierta.

Batió los párpados hasta dejarlos abiertos. Alzó la vista para mirarla, y por unos momentos mantuvo un gesto distante y onírico.

—Hola —susurró Wyatt.

Él se irguió al momento, mientras se clavaba el canto de la mano en el ojo izquierdo.

—Dalia. —Tenía la voz ronca por acabarse de despertar; también las arrugas de la manta de Wyatt marcadas en uno de los lados de la cara—. Estás despierta.

Ella no perdió un instante.

—Tenemos que volver.

Peter se quedó paralizado, con los brazos a medio estirar y la boca abierta, como si a Wyatt le hubiese salido una segunda cabeza.

—¿A Willow Heath?

—No podemos abandonarlo.

No le hizo falta explicar nada. Ambos sabían que hablaba de James.

—No lo estamos abandonando —dijo Peter—. Ten en cuenta que a quien hemos visto no era él.

—Eso no lo sabes con seguridad.

—Sí que lo sé —insistió Peter—. Sé que es algo difícil de oír para ti, pero es la verdad. James Campbell murió hace cinco años. Yo estaba con él. Enterré su cuerpo. La bestia excavó para sacar lo poco que quedaba de él y lo usó para confundirnos.

—¿Y entonces cómo es que la amiga de Mackenzie lo oyó?

—Pues no estoy seguro. —Se pasó una mano por la cara—. Puede que fuese un eco de muerte o algo así. Dijo que algunas personas no pueden cruzar al más allá. Si es el caso de James, la razón es que la bestia ha mantenido su espíritu en el mundo de la vigilia. Pero tú y yo vimos cómo la viuda destruía a la bestia en la arboleda. Se acabó, y también Jamie.

—¿Y qué pasa si lo que vimos no fue real?

La pregunta fue como lanzar agua sobre las llamas. Parte del ímpetu de la mirada de Peter se extinguió al momento. En la televisión, un hombre con unos dientes cegadoramente blancos demostraba que era capaz de cortar un zapato de cuero con un cuchillo para la carne. Wyatt contempló, mareada, cómo lo separaba como si estuviese desollando a alguien.

—No te pienso llevar otra vez allí —aseguró Peter, con una rabia que la hizo estremecer.

—¿Y tú?

—¿A qué te refieres?

—¿Volverías tú? La luna de sangre es mañana por la noche. Si todo lo que me han contado es cierto, cualquiera podrá ver la apertura del bosque.

—Quizá —dijo Peter—. Ahora que la bestia ha desaparecido, es posible que el hueco se haya sellado solo.

—¿Y si sigue abierto? Ya no hay nada que te ate a este lado del cielo.

Peter le dedicó una mirada extraña.

—¿De verdad es eso lo que crees?

Unas marcas gemelas de rubor aparecieron en sus mejillas. Pensó en su confesión entre lágrimas en el prado. «Quería que me quisieses». Lo había dicho sin pensar, enfadada y apenada, medio embargada por el poder. Había pensado que no lo volvería a ver. Si no fuera así, no le habría abierto su corazón de esa manera.

—Solo quería que consiguieses al fin lo que tanto habías querido —aseguró Wyatt en voz baja—. Puedes volver a casa.

Una sombra le cruzó el rostro.

—Ya no me queda razón alguna para volver a casa.

El silencio se hizo entre ellos, roto únicamente por el ruido ahogado de la televisión.

—¿Así? —preguntó Wyatt, justo cuando este empezaba a volverse insoportable—. ¿Sin más? ¿Lo dejamos? ¿Seguimos con nuestras vidas?

—He tenido cinco años para hacerme a la idea.

—Pues yo no —espetó ella—. Tiene que haber una razón para que Jamie le dijese a Lane que buscase a Mackenzie. Intentaba ponerse en contacto con nosotros, Peter. No podemos ignorar el mensaje de esa manera. ¿Y si está atrapado? ¿Y si necesita nuestra ayuda para cruzar? Le debemos eso, al menos.

Peter se reclinó y extendió las piernas. Durante un rato, se quedó mirándola sin decir nada. Cuando Wyatt estaba a punto de insistir, de reprenderlo por haberse cerrado como una trampa para osos, como siempre hacía, Peter habló al fin.

—Hay un collar. Es una antigua reliquia familiar de los Westlock. Puede que la hayas visto. Es un colgante de oro blanco con forma de...

—Medialuna —terminó Wyatt—. Lo conozco. ¿Es lo que buscabas cuando registraste mi habitación?

Peter no lo negó.

—¿Lo tienes?

—Ya no. Se lo di a Mackenzie.

—¿Podrías recuperarlo?

—¿Por qué?

—Si estás en lo cierto y James no ha podido cruzar, es posible que la bestia haya sobrevivido al ataque de la viuda, que esté dentro alimentando su alma. La única manera de liberar a James sería obligar a la bestia a cruzar la rasgadura.

Wyatt entrecerró los ojos sin dejar de mirarlo.

—No veo la relación entre todo esto y un colgante de oro barato.

—El colgante era la política de tierra quemada de tu padre. —Continuó al ver la cara que ponía Wyatt—. Es un término de estrategia militar: se destruye todo lo que podría serle de utilidad al enemigo para que no lo pueda usar contra ti. Era una medida de seguridad en caso de que todo saliese mal. Está infundido con antiguas propiedades alquímicas. En teoría, al destruirlo romperá el hilo que ata a la bestia a esta cara del cielo.

—¿En teoría?

—Tampoco es que lo llegase a probar. —Peter bajó la vista hacia las manos para evitar mirarla—. No se puede revertir algo así. Una vez que se rompe el hilo, no puede volver a crearse.

Se había puesto un poco pálido. Había algo que no le estaba contando, algo que estaba obviando adrede.

—Peter...

—Llama a Mackenzie —dijo, antes de que Wyatt tuviese tiempo de preguntarle lo que estaba pensando—. Consigue ese colgante y volveré.

—Conmigo.

—No, Wyatt. —La miró con gesto frío e impasible—. Solo.

Cuando llegó la madre de Wyatt, ya había amanecido y ni Wyatt ni Peter habían llegado a un acuerdo. Él se alzaba vigilante sobre la camilla, con los brazos cruzados y el ceño fruncido en gesto amenazador. El olor a escaramujo a medio pudrir era prueba más que suficiente de que habían estado discutiendo. Irritada, Wyatt estuvo a punto de atravesar con el bolígrafo el parte de alta al firmarlo.

—Solo necesitaré un autógrafo más —canturreó la enfermera—. Perfecto. Ya puedes irte.

—Acercaré el coche —dijo la madre de Wyatt cuando cerraron la puerta al salir de la habitación. Pasó a mirar a Peter—. ¿Podrías llevarla hasta el recibidor?

La pregunta fue formulada entre dientes apretados, como la respuesta.

—Claro.

Wyatt se tomó su tiempo para cambiarse y ponerse la ropa que le había prestado Lane, para contemplar la maraña despeinada que era su pelo en el espejo del baño. Cuando salió al fin, con el pelo ondulado contenido a duras penas en un moño, Peter la esperaba en el exterior, con una tormenta arreciando bajo el negro de sus cejas. El callejón sin salida al que habían llegado no se solucionó y siguió afectándolos mientras se abrían paso hasta los ascensores.

Doblaron una esquina, y Wyatt estuvo a punto de chocar contra una figura que sostenía una bandeja llena de cafés para llevar. Peter la apartó justo a tiempo, porque una bebida fría se rompió contra el suelo de baldosas blancas y negras. El líquido empezó a extenderse en un charco turbio.

—Perdón —dijo una voz que le resultaba demasiado familiar—. Culpa mía por ir con el móvil y... ¿Wyatt?

Wyatt alzó la vista, asustada, protegida por la pared que era el pecho de Peter. Frente a ella estaba Natalie Rivers, piel blanca debajo de un flequillo negro, con el móvil aferrado en una mano con una manicura perfecta. Wyatt se obligó a dedicarle una sonrisa insustancial, mientras Natalie dejaba el móvil en la bandeja.

—Dios. Eres tú. Es como ver a un fantasma.

La sonrisa de Wyatt titubeó. El café se extendía por el suelo entre ambas.

—La verdad es que no me lo puedo creer. —Natalie echó un vistazo a su alrededor y bajó la voz a un susurro—. Es que... Dios, Wyatt. Nadie te ha visto en meses. La gente empezaba a decir que te habías suicidado.

—¿Eh? —Le dolían las comisuras de los labios por sonreír. Le dolía también la cabeza. Intentó recordar los consejos que le había dado la doctora Deval esa mañana para las cosas que podían provocarles desmayos. «Evitarlas» sin duda era uno muy bueno. Hizo todo lo posible para que su voz sonase con una tranquilidad que no sentía y dijo:

—Sorpresa.

—La verdad es que hay que ser muy valiente —dijo Natalie, que se inclinó hacia delante. Había algo conspiratorio en su postura, como si aún fuesen amigas que intercambiaban mensajitos en clases de Trigonometría, que se escabullían en la noche para ir a Pickering Wharf—. Para volver después de lo que hiciste. Yo no podría hacerlo.

Se quedó sin aire, vacía como un cadáver. Notó la mano de Peter empujándola por la espalda, lo que la salvó de tener que inventarse una respuesta.

—Deberíamos irnos —dijo—. Tu madre se estará preguntando dónde te has metido.

—¿Este quién es? —preguntó Natalie, mientras se alejaban de ella sin articular palabra. Se quedó allí clavada en el sitio, mirando a Wyatt sin vergüenza mientras ella clavaba el dedo en el botón de llamada del ascensor. Alzó la vista para mirar cómo se iluminaban los números de un verde reluciente en la pantalla mientras el cubículo ascendía entre pisos. Cuando las puertas se abrieron al fin, se limitó a lanzarse al interior, desesperada por escapar.

—La diré a Micah que te he visto por aquí —gritó Natalie tras ella, justo cuando las puertas se cerraban.

Fue como si se hubiese cerrado una tumba.

Cruzaron el ala de Emergencias justo antes de que las rodillas de Wyatt empezasen a ceder. Se

dejó caer en un asiento desocupado y empezó a jadear. Cerró los ojos y comenzó a golpearse la parte de atrás de la cabeza contra el metacrilato ahumado. Bajo su piel, sintió cómo el pánico se iba convirtiendo en algo afilado y corrosivo.

—Oye. —El asiento chirrió cuando Peter se dejó caer en el que estaba libre a su lado—. Dime algo.

Wyatt entrecerró los ojos más aún.

—No puedo.

Una ambulancia entró en el aparcamiento con la sirena encendida, en algún lugar lejos de allí. Le resultó extraño que aquel sonido tan específico fuese suficiente para devolverla al pasado, a ese frío enero que le clavaba los colmillos en las entrañas.

Le pasaron un brazo por encima del hombro. Peter la acercó hacia él con mucho cuidado. Después apoyó la boca en la frente de Wyatt, que sintió el mero roce de una pluma. Cualquiera que los hubiese visto en ese momento habría dado por hecho que eran pareja, apoyados el uno en el otro.

—Vas a hacer que se pudra todo lo que hay en las macetas —advirtió él.

Wyatt abrió los ojos y miró los parterres de hormigón que había detrás de las puertas. Las flores eran una mezcla de gladiolos blancos y geranios rojos, con hojas concéntricas que empezaban a retorcerse, negras. Un hombre delgado con un gorro se colocó junto a la más cercana y empezó a mirar las plantas marchitas tras el humo de su cigarrillo.

—Respira —dijo Peter.

Wyatt lo hizo, momento en el que los nudos que le recorrían las venas empezaban a deshacerse. La energía se desvaneció, pálida y cenicienta. Wyatt se miró el regazo y vio que tenían las manos entrelazadas, mientras él no dejaba de recorrer con el pulgar los valles y las elevaciones que eran sus nudillos.

—Lo has hecho muy bien. —Sintió la sonrisa de Peter contra su piel—. Haces que parezca fácil.

La bocina del coche de su madre los hizo recuperar el sentido y girar la cabeza. Peter la ayudó a levantarse y a llegar hasta el coche. Entraron uno detrás de otro en los asientos traseros, sin soltarse las manos.

Por el retrovisor, los ojos de su madre estaban ocultos detrás de unas gafas de sol. Aun así, Wyatt sentía su mirada. Escrutadora. Cuando se habían puesto el cinturón, la mujer se inclinó hacia delante y abrió la guantera. Sacó algo de las profundidades y luego se hizo con un sobre sellado con la insignia en cera de un pelícano rojo sangre.

La cautela se abrió paso por las entrañas de Wyatt.

—¿Qué es eso?

—Algo que tendría que haberte dado hace mucho tiempo —dijo su madre. Se lo pasó a Wyatt

y arrancó el coche—. Volvamos a casa de tu tía Violet. Y luego creo que deberías escuchar lo que tu padre tiene para decirte.

25

PEDYR

Pedyr no recordaba haber soñado con una vida fuera de Willow Heath. Lo único que le importaba era encontrar la forma de volver a casa. De volver al cielo. De volver con su madre. Nunca pensó en lo que habría al otro lado del pequeño camino de tierra. Nunca imaginó cómo habría llegado a crecer el mundo que rodeaba a la granja, la manera en la que el fluir y el agitar de los ríos carcomía la tierra alrededor de una piedra inamovible.

Por ahora, no le gustaba aquel lugar. No le gustaba la comida. No le gustaba el olor. No le gustaban los sonidos ni la velocidad ni la manera en la que todo parecía hecho con prisa; una cosa apilada encima de la otra como un palimpsesto de cristal liso y de ladrillos resquebrajados.

Cuando llegaron a Salem, estaba mareado por el viaje y no mantenía bien el equilibrio. Las carreteras pasaron de ser arterias de cuatro carriles a caminos estrechos de adoquines. Bajó la ventanilla y respiró el hedor a gasolina del tráfico y el olor intenso del salitre.

—Nunca he visto el mar —dijo cuando Wyatt le explicó qué era ese olor.

Por fuera de la ventana, las personas se congregaban en tropel y hacían desaparecer las aceras bajo grandes grupos de peatones. El coche dobló por una estrecha carretera lateral y pasó por una colcha de retales de antiguos edificios de ladrillo y un aparcamiento, tras lo que parecía ser una estación de bomberos antigua.

Desde allí solo había un pequeño paseo hasta la tienda. Wyatt le apretó la mano con fuerza y lo arrastró a través de grupos de personas de todo tipo. Todo era estruendoso como una pantalla de cine y acelerado como una película de Hollywood, y no dejaba de tropezarse consigo mismo. Se sentía como un pez al que de repente le hubiesen brotado piernas, como si solo estuviese viendo el mundo exterior a través del cristal de una pecera.

Había una mujer en una esquina que llevaba un cartel amarillo que rezaba «¡Arrepentíos! ¡Se acerca el final!». En otra, había un hombre inclinado de pelo canoso que colocaba una kielbasa en un pan de perrito caliente. Unas manzanas después, se toparon con un chico bajo un tejo retorcido, que tamborileaba con insistencia sobre unos cubos colocados al revés. Una multitud se había congregado a su alrededor para mirar, y algunos transeúntes le soltaban monedas en una gorra.

—Vamos —dijo Wyatt, que le tiró de la mano—. Solo es un músico callejero.

Pedyr no se movió.

—No tengo dinero.

—No pasa nada. No tienes por qué darle.

—Todo el mundo le da. —Se zafó del agarre y se llevó las manos a los bolsillos. Estaban vacíos, a excepción de una chocolatina derretida con un papel naranja reluciente. La soltó en la gorra y luego volvió con Wyatt para seguir caminando.

—No quería eso —le aseguró Wyatt cuando Pedyr llegó hasta ella, antes de que volviesen a entrelazar los dedos—. ¿De dónde la has sacado, por cierto?

—Tenían muchas máquinas con comida en el hospital.

Cuando llegaron al escaparate de la tienda de los Beckett, Wyatt había vuelto a apoyarse sobre él. Una campana tintineó encima de ellos cuando cruzaron el umbral. El interior de la tienda estaba abarrotado con rarezas, estanterías llenas de bolas de cristal y cristales sanadores, palitos de incienso y elegantes barajas de tarot. Al fondo había una estantería repleta de camisetas con varios eslóganes. Pedyr agarró una rosada y la extendió frente a él como una bandera. «Somos las hijas de las brujas que no ardieron», era el mensaje que destacaba en el algodón con tinta negra y caligrafía gruesa.

—Deja eso donde estaba. —Wyatt se la quitó de las manos y la volvió a soltar en la estantería sin doblarla—. No toques nada.

—No a menos que planees comprarlo —dijo Theodora, que parecía distraída. Estaba en pie junto a un armario abierto, revisando una serie de colgantes de colores llamativos que pendían de unos ganchos. No había mirado a Pedyr a los ojos desde que había aparecido por el hospital y lo había encontrado deambulando por los pasillos, enfadado, temeroso y sin saber dónde meterse. Ahora, nerviosa, cerró el armario—. Tengo que ir al piso de arriba para buscar algo. Tu tía está leyendo las cartas. Ya sabes cómo se pone si se hace ruido en el apartamento cuando está con un cliente. ¿Os quedáis por aquí?

—Claro —dijo Wyatt, aunque parecía sospechar algo.

—No os metáis en problemas.

—Nunca lo hacemos.

Theodora arqueó la ceja, pero no dijo nada. Agarró unas cuantas cosas de detrás del mostrador y se perdió tras una puerta que había al fondo de la tienda. Un gato maulló en la distancia.

Pedyr se hizo con una vela y la olió.

—¿Has llamado a tu prima?

—Aún no. —Wyatt le quitó la vela de las manos y la volvió a colocar en la estantería—. Primero, quiero que me prometas que regresaremos juntos a Willow Heath.

Él apretó los dientes, pero no dijo nada. La sonrisa del custodio mortal volvió a aparecer en su mente.

Sonó la campanilla, lo que indicaba que acababa de entrar un cliente. Wyatt lo miró un segundo antes que Pedyr. Se quedó paralizada, quieta como un ciervo, y se ruborizó de repente.

Pedyr echó un vistazo y advirtió que había un chico sobre el felpudo de la entrada. Tenía los hombros anchos y la cara roja, en medio de dos estanterías altas con tazas de artesanía y calendarios de papel lustroso. Iba vestido con un pantalón corto y una gorra de béisbol, así como una camisa negra sudada, como si acabase de llegar de hacer ejercicio.

—Hola, Westlock —dijo con tono distante—. Nat me dijo que habías vuelto.

Junto a Pedyr, Wyatt no dijo nada. Él sintió que el aire empezaba a agitarse a su alrededor. La magia, en bruto y sin refinar, brotaba de ella como aire que escapase de un globo pinchado. Un gato saltó de debajo de una estantería con un maullido y se escabulló lejos de allí. El chico no pareció darse cuenta del repentino estallido de energía en el ambiente.

—He oído que estabas en el hospital. ¿Te has pasado a ver a Micah?

—No —respondió Wyatt, con voz quebrada.

—Ya, eso me temía. —Se acercó mientras toqueteaba la visera de la gorra—. Sigue igual, ¿sabes? Lo tienen entubado. Tienes suerte, supongo.

—Yo no lo llamaría «suerte» —dijo Wyatt, en poco más que un hilillo de voz.

—Los doctores han dicho a sus padres que había esporas y otras cosas creciéndole en los pulmones. —El chico se señaló la garganta, mientras la luz del sol se proyectaba a través del vidrio templado que tenía detrás—. Nunca había visto nada igual. Dicen que es como si se hubiese ahogado.

—Es terrible —comentó Wyatt, aunque no había pena alguna en su voz.

Él soltó una carcajada, brusca y cargada de amargura.

—Lo dices como si te importara.

—Claro que me importa. —Los ojos de Wyatt se anegaron en lágrimas, y no tardó en parpadear para expulsarlas—. Es horrible. Lo que le pasó.

—Dices que fue un accidente —espetó el chico—, pero ¿qué le va a decir Micah a la policía cuando se despierte, eh, Westlock? ¿Eh?

—Ya basta.

Tanto Wyatt como el chico se giraron hacia Pedyr, ella como si acabase de recordar que estaba ahí, como si no hubiese sido consciente de que había más personas alrededor. El de la puerta soltó otra carcajada y se rascó la nariz.

—¿Le has contado a tu novio lo que le hiciste al anterior? ¿Le has dicho lo rarita que eres?

Pedyr se interpuso entre ellos.

—Wyatt, ve al piso de arriba.

Wyatt lo miró, con los ojos abiertos como platos y cautelosa. Las venas se le marcaron, grandes e hinchadas, por el dorso de sus manos.

—Creo que no debería.

—Sí, no te metas en esto —dijo el chico—. Westlock y yo estamos hablando de cosas

personales.

Pedyr lo ignoró, temeroso de la corriente que había empezado a formarse bajo la piel de Wyatt. Una presión que no tenía lugar alguno por el que salir.

—Márchate —dijo—. Ya.



La encontró varios minutos después. No estaba en el piso de arriba, sino acurrucada sobre el suelo de baldosas del almacén de la trastienda, entre estanterías y estanterías de objetos. Junto a ella había un cubo de fregar amarillo, con el cartel a juego tirado en el suelo. Estaba sentada y se aferraba el vientre, con las piernas extendidas. En el suelo junto a ella había unas flores silvestres que brotaban de bolsas de semillas en un estallido heterogéneo de colores, lo que hacía que pareciese que estaba en un prado improvisado.

Pedyr se sacudió el dolor de la mano y se sentó en el suelo frente a ella, con las rodillas encogidas y una estantería de madera aglomerada clavándosele en la espalda.

—Espero que no le hayas hecho daño —dijo Wyatt sin levantar la cabeza—. No puedes matar sin más a la gente que no te cae bien. Esto no es Willow Heath.

Pedyr se limitó a resoplar por toda respuesta, para luego hacerse con una bola de cristal que había en la estantería que tenía junto a la cabeza y empezar a mirarla. Esperaba que su reflejo le devolviese la mirada, la similitud del custodio mortal, retorcida a causa de la curva del cristal. Pero en lugar de eso solo halló un par de ojos marrones resquebrajados. Alzó la vista y vio que Wyatt lo estaba mirando, con el pelo cobrizo cayéndole a un lado.

—¿Qué le has hecho a Braden?

—Fui muy educado —le aseguró él antes de dejar de nuevo la bola de cristal en su soporte—. Le dije que la tienda estaba cerrada.

Wyatt no parecía convencida.

—Tienes sangre en la mano.

—¿Ah, sí? —Se examinó la piel levantada en el extremo de los nudillos pálidos—. Nunca se me han dado muy bien las palabras.

Para su sorpresa Wyatt soltó una carcajada, una brillante como una bengala y que se apagó igual de rápido.

—Si Micah muere —dijo ella—, será por mi culpa.

Pedyr no dijo nada. En lugar de eso, se quedó mirando mientras ella arrancaba una campanilla y empezaba a deshojar los pétalos uno a uno. Una lluvia azul se desató a su alrededor. Pedyr recordó un momento cuando eran niños: James persiguiendo a una araña entre los tréboles y Wyatt arrancándole los pétalos a una margarita blanca y amarilla. «¿Me quiere? ¿No me quiere? ¿Me quiere?».

—Apuesto a que te sentiste muy ridículo —continuó ella—. No has dejado de tratarme como si fuese un caso perdido e inútil que no tiene ni idea de lo que está haciendo. Pero al final resulta que soy capaz de matar gente. —Cayó el último de los pétalos—. ¿No te da miedo?

—Sí —aseguró él, y lo decía en serio.

—Podrías haber mentido —dijo ella, y resopló.

—¿Qué querías que te dijese? ¿Que no pienso en el final, aterrorizado, por las noches? ¿Que nunca he conocido a nadie capaz de hacer lo que haces tú?

—Cosas terribles.

—Horribles —convino él—. Bonitas. Perfectas.

Ella arrancó un puñado de flores y apretó los dedos contra los pétalos azules, los tallos y los estambres. Lo aplastó todo mientras le temblaba un poco el puño. Cuando abrió la mano, la flor era un amasijo de cenizas en su palma. El pulso se le aceleró al verla, potente, descarnado y real. Sin trucos ni mezclas ni huesos pulverizados. Solo Wyatt.

—Teníamos un plan —dijo él—. James y yo. Iba a venir a buscarte. Yo no podía irme sin llamar la atención, ya que no dejaban de vigilarme. Pero pensamos que si uno de nosotros conseguía llegar hasta ti, sería suficiente. Teníamos un pacto, ¿recuerdas? Los tres, siempre.

Ella se sacudió las cenizas de las manos y lo miró por el rabillo del ojo.

—Se suponía que íbamos a reunirnos junto a la capilla durante el amanecer. James fue el primero en llegar—. Le resultaba extraño contarle la verdad, algo que había guardado para sí con mucho recelo desde hacía mucho tiempo—. Cuando lo encontré, ya estaba moribundo. Había ingerido una especie de veneno. No sé qué fue, pero tenía los labios lívidos. Y las puntas de los dedos se le habían puesto azules.

La boca de Wyatt se torció en una sonrisa.

—¿Quién podría haberle hecho algo así?

—Alguien que nos conocía lo bastante bien como para pensar que mi inmortalidad podría transferirse a James. —El recuerdo fue como un hueso que se volviera a romper. No estaba seguro de si sanaría bien—. Le habían dado un cuchillo para luego ordenarle que escarbara en mi corazón.

Wyatt parecía espantada.

—James nunca haría algo así.

—No lo hizo.

Porque murió, pensó Pedyr, a quien se le formó un nudo en la garganta. No importaba que no lo hubiese dicho en voz alta. Wyatt comprendió perfectamente bien a qué se refería.

—Quienquiera que haya envenenado a James habría matado dos pájaros de un tiro —dijo ella—. Si hubiese tenido éxito, la bestia habría quedado satisfecha con la ofrenda, y James se habría convertido en inmortal. Esa noche, junto al fuego, dijiste que tu don consistía en que nadie de tu

familia sería víctima de la muerte mientras tú estuvieses vivo.

—Eso era mentira —le recordó Peter, que pensó en su madre. Como descubrimos en la arboleda.

—Pero Joseph Campbell no lo sabía.

En ese momento comprendieron la verdad, pesada como una roca. El padre de Pedyr se había sacado el corazón en lugar de dejar que su hijo tuviese una muerte prematura. Había negociado con el mismísimo diablo y perdido la vida en el intento. Lo contrario parecía imposible, que un padre entregase a su hijo a los lobos por tan solo un poco de poder.

Frente a él, Wyatt estaba teniendo una epifanía del todo diferente.

—Esa es la razón por la que la bestia quería que te matara —dijo ella—. Eso es de lo que hablaba él aquel día en la arboleda. James no pudo hacerlo, y si no era él, tenía que ser...

Se quedó en silencio, y en silencio Pedyr oyó lo que Wyatt tenía demasiado miedo de pronunciar. *Tenía que ser yo*. Wyatt Westlock, quien lo había amado toda su vida, sin que él se lo pidiese. Wyatt, quien lo enterraría antes de que acabase todo aquello.

Luego Pedyr dijo, con una voz quebradiza sin temple alguno:

—Puede que yo no haya matado a Jamie, pero tengo las manos manchadas con su sangre.

Wyatt parpadeó.

—No, no las tienes.

Ella se irguió y se acercó a él. El almacén estaba a rebosar de cosas y era claustrofóbico, y se vio obligada a acuclillarse para quedar cerca de él. Rozó con las puntas de los dedos la mandíbula apretada de Pedyr para luego girarle la cara y obligarlo a mirarla.

—No es culpa tuya, Peter.

—¿No? No conseguí salvarlo. Sabía el precio a pagar. En lugar de eso, lo sostuve mientras se moría en mis brazos. Lo enterré en la arboleda. Y luego contrataqué. Me encontraron en su tumba, siete de ellos que habían ido a la capilla a rezar, y hui como un cobarde. Los guie por las partes más oscuras del bosque, donde duerme la viuda. Querían una eternidad, y se la di.

La respiración de Wyatt se aceleró.

—Bien.

—No. —Pedyr la agarró por las muñecas, y la acercó. Un torbellino de remordimientos estalló en su pecho. Recordó los años de silencio en el sótano, mientras la bestia le susurraba en la cabeza: «Te quedaste aquí por ella. Le perdonaste la vida. ¿Y así es como te lo agradece? ¿Se marcha y te deja aquí pudriéndote?».

—No intentes absolverme, Wyatt. No soy un mártir. Pasé los cinco años siguientes encadenado, pensando en todas las cosas horribles que te haría cuando te volviese a ver. Nos abandonaste a los dos y nunca echaste la mirada atrás. Quería matarte.

—¿Y ahora?

Wyatt parecía muy pequeña entre las rodillas de Pedyr. El ciclón empezó a amainar, a hundirse en su plexo solar. Antes de que Pedyr se diese cuenta, extendió la mano y le apartó uno de los tirabuzones bronceos de los ojos. Ella se quedó sin aliento y comenzó a jadear. Envalentonado, él le pasó un nudillo ensangrentado por el cuello. Algo primitivo brotó en su interior mientras ella levantaba la barbilla para dejarlo al descubierto.

—Había un acuario en casa de Micah —espetó mientras él continuaba bajando con la mano. Dejó el dedo muy quieto en la parte baja de su cuello—. Es lo primero que veo cuando sueño. Lo tenían en la habitación de invitados, en lo alto de un aparador negro y grande. Había todo tipo de peces. Piscardos y peces payaso, y también un pequeño cangrejo que no dejaba de correr y al que llamaban Lou. Todo estaba decorado con unas plantas acuáticas enormes.

—No tienes por qué contármelo —dijo él.

—No, pero quiero hacerlo. —Lo dijo con seguridad y firmeza. Él enganchó un dedo en el cordel de zapato del collar e hizo una pausa, a la espera de que Wyatt continuase—. En mis pesadillas, ocurre justo como pasó esa noche. Los cristales llueven sobre mi cabeza y estoy en el suelo. Veo a Lou, escabulléndose por mi mano. Un pez me mira fijamente, con las agallas aleteando sin parar como bocas mientras se le escapa la vida. Tengo sangre bajo las uñas. Hay una especie de raíz que ha empezado a arrastrarse por la muñeca. Micah no deja de gritar, y hay algo raro en su voz. No deja de decir cosas terribles, muy enfadado.

—Lo mataré —dijo Pedyr al momento.

—¿Y si todo lo que ha dicho sobre mí es cierto?

—¿Qué pasa si lo es?

—Pues que entonces la asesina soy yo —susurró ella—. Y no tú.

La puerta se entreabrió, y una franja de luz se fue ensanchando en la oscuridad. Theodora estaba en pie en el umbral y le miraba la nariz pecosa desde arriba. Pedyr esperaba que Wyatt se apartase de él de inmediato, pero se quedó allí plantada en el sitio, con las manos aferradas a su camiseta como si fuese el hilo que los unía.

No supo cuál fue la opinión de Theodora al respecto, porque se la guardó para sí.

—¿Alguno de los dos quiere decir por qué hay una estantería entera de globos de nieve rota en el escaparate?

Wyatt miró a Pedyr al momento.

—No, mejor no.

—Ya me lo imaginaba. —Su madre se pellizcó el puente de la nariz—. La sesión de tu tía ha terminado. ¿Por qué no vais al piso de arriba? Tengo algo que creo que deberíais ver los dos.

26

WYATT

Wyatt estaba sentada en el diván amarillo del salón desordenado de su tía. No dejaba de mirar el collar que tenía sobre el regazo. La cadena era de oro blanco; y el colgante, una medialuna brillante.

«Tierra quemada», lo había llamado Peter. No parecía tener nada de especial.

—¿De dónde sacaste esto? —preguntó Wyatt, que alzó la voz por encima del repiqueteo de la cerámica y de las sartenes que venía de la cocina—. Se lo di a Mackenzie.

—Ella me lo devolvió. —La tía Violet apareció en el umbral de la puerta, con el delantal cubierto de salsa y un cucharón goteándole en una mano—. Crie a Mackenzie para que no le mirase el diente a caballo regalado, pero hay circunstancias en las que hay que planteárselo mejor.

Wyatt se sintió incómoda.

—¿Qué tipo de circunstancias?

—Tu colgante la estaba envenenando. —Los bucles plateados de la tía Violet se le agitaban al hablar—. Y no me refiero a que se le pusiese la piel verde como si fuese bisutería, sino que le caía por la nariz un líquido negro como el alquitrán. Tiene energía maligna. —Una alarma emitió una serie de pitidos de advertencia. La tía Violet olisqueó—. ¿Qué es eso?

—La alarma antiincendios —dijo la madre de Wyatt desde su asiento en el reposapiés de terciopelo.

La tía Violet soltó un grito ahogado.

—¡Las lentejas!

Wyatt la vio marchar. En la mesita de café se encontraba la carta, con el sello sin romper. Peter estaba sentado junto a ella, demasiado grande para el antiguo sillón orejero que ocupaba. Tenía las piernas extendidas y los codos clavados contra los reposabrazos color ciruela, y Wyatt lo conocía bastante como para saber que estaba tan desesperado que le faltaba poco para arrancarse la piel a tiras.

Parecía muy fuera de lugar, allí rodeado por los objetos extravagantes del hogar desordenado de su tía. Como si hubiese recortado un cuadro del Renacimiento para luego volver a pegar los pedazos y convertirse en una pintura de acuarela abstracta. O puede que fuese que nunca se lo había imaginado en aquel lugar, lejos de la burbuja que era Willow Heath.

—Me imagino que habrá estado buscando el colgante sin parar —dijo su madre, y Wyatt tardó

un rato en darse cuenta de que se dirigía a Peter y no a ella.

—Sí —respondió él, enterrado en la silla y con un aspecto inusualmente funesto.

Su madre entrecerró los ojos.

—Y supongo que tampoco querrás que te aconseje.

Al ver que Peter se quedaba en silencio, suspiró.

—No soy tu madre. Nunca he intentado serlo. Y no tengo que pedir perdón. Por nada. Siempre me he centrado en Wyatt. Hice lo que tenía que hacer para que mi hija no sufriese, y sé que no te gusto mucho debido a eso. Pero espero que aceptes este consejo que te voy a dar.

Peter volvió a quedarse en silencio, y los ojos azules le brillaron con intensidad.

—El padre de Wyatt murió sin nombrar a un heredero —dijo Theodora—. Que sepamos, Wyatt no ha heredado sus habilidades. Como primera hija en un linaje lleno de hombres, creen que es el fin del legado.

—Tonterías misóginas —apostilló la tía Violet desde la cocina.

Theodora se pasó una mano por la frente, y los brazaletes no dejaron de tintinear.

—El gremio pedía a gritos una renovación desde hacía tiempo. Sin un alquimista en ese lugar, no queda nadie capaz de controlar el bosque.

—Nos hemos dado cuenta —dijo Wyatt con seriedad.

Los ojos de su madre la contemplaron durante unos instantes antes de volver a mirar a Peter.

—Crees que no veía todo lo que hacías porque no era amable contigo, pero sí que lo hacía. Lo vi todo. La manera en la que la seguías. La manera en la que la mirabas. Veías en ella lo mismo que veo yo. Tú también sabes que, sin un guardián, la oscuridad del bosque no dejará de sangrar. El gremio tendrá que buscar a alguien capaz de restañar la herida.

—No permitiré que le hagan daño —dijo Peter.

—Lo sé. —Algo inidentificable brilló en los ojos de su madre, un instante y desapareció antes de que Wyatt fuese capaz de descifrarlo—. Agarra el collar. Vuelve a Willow Heath y acaba con esto.

—No se pueden dejar abiertos los cielos —dijo la tía Violet, que había vuelto a aparecer en la puerta con la mejilla llena de harina—. La siento. Siento el hambre de la oscuridad. Cuanto más tiempo pase sin alimentarse, más abrirá las fauces. Si se abandona, el tejido entero de nuestra realidad se rasgará de lado a lado. Si ocurriese algo así, sería un caos similar al de los antiguos griegos abriendo las puertas del tártaro para dejar deambular a los titanes por nuestro mundo.

—No llegará a eso —le aseguró Peter.

—Espero que no. —La madre de Wyatt se levantó del reposapiés y se alisó la camisa mientras avanzaba. Soltó las siguientes palabras como quien suelta una ocurrencia tardía—. Puede que no vaya a pedir perdón por la manera en la que defendí a mi familia, pero siento que nunca hayas tenido a nadie que cuidase de ti. Siento que estuvieses solo.

—No estaba solo —dijo Peter—. Tenía a Wyatt y a James.



Una hora después, Wyatt estaba sentada en el borde de la cama de la habitación de invitados, recién duchada y con el pijama puesto. Se había peinado con la mano, y el pelo le caía alrededor de la cabeza todavía húmeda. En los brazos aferraba el lino marfileño de un vestido. Se sentía muy extraña, estirada como un caramelo masticable, los nervios a flor de piel, tensándose y relajándose.

Frente a ella había una cómoda renovada cubierta de pegatinas holográficas. La parte superior estaba a rebosar de cosas, con la carta de su padre abierta ahí en medio. La había leído nada más volver a la habitación, tras romper el sello con dedos temblorosos. No sabía qué iba a encontrar. ¿Disculpas? ¿Excusas?

Querida Wyatt:

Tu madre te sacará de aquí hoy, pero dudo que leas esta carta hasta que seas mayor. No hay mucho que pueda decir, pero me queda poco tiempo, así que te diré una cosa: el día que naciste, las plantas florecieron en mitad del invierno. Brotaron las margaritas a través del hielo. Nunca había visto algo parecido a pesar de todo lo que he estudiado al respecto. He pasado la vida entera dominando mi oficio, buscando resquicios de magia dondequiera que pudiese encontrarlos. Y luego llegaste tú, y fuiste como una brisa de aire fresco. Un oasis en el desierto.

Tu madre dice que no he sido un padre para ti. Admito que me he dejado distraer por aquello que persigo. Me resulta fácil olvidar lo que tengo delante en mi búsqueda del conocimiento más profundo. Lo siento mucho. Siento no haber visto. Siento que ya no estés.

Pero lo que más siento es la terrible carga en la que se convertirá Willow Heath para ti algún día. Aunque algo tengo muy claro: si alguien puede llegar a soportar dicha carga, esa eres tú. La última Westlock.

He enviado algo para que te proteja. Es un colgante con forma de medialuna. No lo pierdas. Peter sabrá qué hacer cuando todo llegue a su fin. Él conoce bien su poder, de forma innata. Tal y como sospecho que siempre ha conocido el tuyo también.

Y cuando nuestro legado llegue a su fin, que sea olvidado para siempre.

*Tu padre,
Wyatt Westlock II*

La había leído tres veces, con los ojos ardiendo en lágrimas. No sabía qué esperar. Una carta no serviría para recuperar cinco años de silencio. No serviría para rescribir dieciocho años de invisibilidad. No era la panacea ni un truco mágico. Ni una voz de ultratumba. Solo era un pedazo de papel.

Se sentó y se quedó muy quieta contemplando el espejo grande y con marco de pétalos que colgaba sobre la cómoda. Su reflejo parecía un espectro, iluminado desde atrás por la cuerda de luces led titilantes que había sobre la cama. Estaba demacrada y daba la impresión de tener el pelo envuelto en llamas. Un grito atrapado dentro de una joven.

Un golpe en la puerta la sacó del ensimismamiento. Peter estaba bajo el umbral, con el pelo húmedo despeinado. Llevaba puesta una camiseta azul oscura y unos pantalones de chándal de la casa Stark, cosas que su tía había rescatado de la tienda. «Si la escoba te sirve, móntala», rezaban las letras de la camisa con caligrafía gruesa y dorada.

—Tienes un aspecto ridículo —dijo ella.

—Ajá. —Peter ladeó la cabeza y analizó la tela con encajes que Wyatt tenía sobre el regazo—. ¿Qué es eso?

—Se suponía que iba a ser mi vestido de graduación —admitió ella mientras toqueteaba el dobladillo festoneado—. Pero no fui. Ahora no es más que algo que saco y miro cuando me siento muy triste.

Peter dejó que se cerrase la puerta a su espalda. Entre el titilar de las luces led, Wyatt distinguió que la analizaba con mirada glacial.

—¿Y ahora te sientes muy triste?

—Soy la típica Ofelia. —La mirada inamovible de Peter la estaba haciendo perder los nervios.

Wyatt miró hacia su regazo y empezó a jugar con un hilillo suelto—. ¿A qué se refería mi madre cuando te dijo que acabases con ello? ¿Acabar con qué?

Un tablón del suelo chirrió cuando Peter se acercó a ella.

—¿Qué haces con el vestido?

—Yo pregunté primero.

—No ignores mi pregunta.

—Tú eres quien está ignorando la mía —espetó ella, que se sintió como una niña al momento. Con un gruñido, soltó la montaña de tela junto al colchón a su lado. Guardarse secretos no tenía sentido—. Este es el vestido que llevaba puesto el custodio mortal la noche que vino de visita. Al principio no estaba segura, pero ahora que lo he visto otra vez, lo tengo muy claro.

Peter se quedó paralizado y miró de hito en hito a Wyatt y a la maraña de tela marfileña. Parecía más nervioso de lo que lo había visto nunca, como si fuese munición a punto de estallar ante el más ligero roce. Aquella intensidad tan repentina hizo que a Wyatt le diesen ganas de llevarse las rodillas al pecho, de hacerse un ovillo sobre sí misma y desaparecer.

—Quémalo —dijo Peter con una voz que sonó como el pedernal al chocar contra la piedra.

—¿Y eso de qué serviría? —Soltó la pregunta de improviso, con saña, aunque no era su intención—. Si algo he aprendido al crecer rodeada de videntes es que no puedes escapar a tu destino. La tía Violet dice que aún siente la rasgadura en el cielo. Sabes lo que eso significa, ¿verdad? Significa que la bestia ha sobrevivido a la viuda. Significa que sigue allí y que nos espera. Que siempre estará esperándonos. Tenemos el colgante. Podemos enviarla a través del cielo y hacer que el alma de James pueda descansar. Es lo que se merece.

Peter tragó saliva y se oyó en el silencio posterior.

—Wyatt, hay algo que...

Ella no le dio tiempo para que la convenciera.

—Vamos a volver a Willow Heath. Los dos. Juntos. Y pasará lo que tenga que pasar.

Los ojos de Peter, impasibles casi todo el tiempo, ardían de un azul propano en la oscuridad. Ella le devolvió la mirada y se preparó para una discusión. Al ver que no ocurría, dejó de tensar el cuerpo. Le tiraban los puntos de sutura y tenía los nervios muy tensos. Sobre ellos, el ventilador del techo giraba con movimientos perezosos. Una cacerola resonó en la cocina.

Peter seguía sin decir nada. Un instante después, el colchón chirrió y gruñó al notar el peso adicional. Ella abrió los ojos y alzó la barbilla hasta que vio a Peter sentado al otro lado de la cama. Estaba apoyado en el cabecero y examinaba en silencio el pequeño ejército de peluches que Wyatt tenía junto a la almohada.

—Ven —dijo cuando lo vio mirándolos.

A Wyatt le dieron ganas de decir algo sagaz, pero la expresión en sus ojos le arrebató toda inteligencia. Obediente, se acercó al cabecero y se dejó caer en la almohada junto a él. Cuando se

colocó bien, él se giró hacia ella para encararla, con la cabeza apoyada en el hueco del codo y un peluche en el vientre.

Estaba muy cerca, y Wyatt olió el atisbo al jabón que le habían dado para ducharse. Y debajo de ese olor, uno margoso y familiar que se había acostumbrado a relacionar con las mañanas en la granja. Hierba del prado, campanillas y hojas mojadas de rocío. Un hogar. Peter olía a hogar.

—Cuéntame un cuento —dijo él de repente—. Como solías hacer.

Ella se giró para encararlo también, y encajó las manos debajo de la barbilla.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Cualquier cosa. —Peter extendió la mano para tocarla y empezó a jugar con un mechón mojado de su pelo—. Algo feliz.

Ella se puso a pensar en algo, demasiado consciente del roce, que había comenzado a descender hasta la clavícula por encima del fino algodón del pijama.

—Érase una vez —susurró Wyatt—, una niña que vivía en una granja junto a un bosque. Estaba acompañada por dos niños que vivían con ella.

—¿Y eran sus amigos?

—No. La odiaban. Uno de ellos más que el otro. Pensaba que era una escandalosa, que siempre estaba enfadada y que era ridícula.

Le metió la mano debajo de la camisa, y las puntas de los dedos le rozaron la curva de la cadera.

—Lo estás contando mal, Dalia.

—¿Seguro?

—Sí. No la odiaba. La quería tanto que era como sentir que siempre tenía el corazón fuera del pecho.

Wyatt soltó todo el aire de repente.

—No digas mentiras.

—Nunca lo hago. —Le agarró el dobladillo de la camisa y tiró de ella para acercarla—. Sigue.

—No hay nada más que contar. Esa es toda la historia. Los tres tuvieron vidas muy aburridas y normales. Murieron de manera muy aburrida y normal.

Él sonrió, arrepentido.

—¿Juntos?

—Viejos y canosos.

Le resultaba cruel decirle algo así a un chico que nunca había tenido más de dieciocho años, pero Wyatt nunca había sido capaz de contener sus ensoñaciones. A Peter no pareció importarle. Continuó rozándola con los dedos, ahora por la espina dorsal, dejando tras de sí un rastro de carne de gallina.

—¿Y comieron perdices?

Ella hizo un mohín y se le hizo un nudo en el estómago.

—Eso suena muy cursi viniendo de ti.

—Es como terminan los cuentos, ¿no? —Le tocó la punta de la nariz con la suya. Tenía los ojos de un negro propio de las profundidades del océano. Wyatt lo vio todo y nada al mismo tiempo en esas profundidades—. Pregúntame qué quiero.

Ella se sintió chamuscada como un pedazo de papel, con la piel ardiendo allá donde él la tocaba.

—¿Qué quieres?

—Quiero besarte, Wyatt.

La confesión trajo consigo el silencio. Ella permaneció del todo inerte, con el pulso latiéndole en los oídos.

—¿Y por qué has esperado tanto?

No supo quién se movió primero. Solo que en un momento estaban allí, sentados nariz contra nariz, jadeando, y al siguiente la boca de Peter chocó contra la suya. No se pareció en nada al beso de aquella noche en el alféizar de la ventana, casto y nervioso. Ahora fue todo lenguas y dientes. Uno desesperado y avaricioso. Famélico, de esos con la boca abierta en aquella oscuridad moteada de luces.

Wyatt había pasado muchos años pensando a qué sabría un beso de verdad de Peter, y ahora lo sabía. Sabía a tragedia. A fin antes siquiera del comienzo. Rodaron y quedó aplastada bajo su peso, y él empezó a besarle el cuello a través del pelo. La magia le zumbaba en la sangre, estallaba en chispas multicolores, hasta que la sensación la hizo soltar un grito ahogado. Él se echó hacia atrás y ella lo persiguió, incorporándose sobre los codos para besar la columna que era su cuello.

—¿Estás bien? —Peter bajó la vista a las vendas que le rodeaban el abdomen—. ¿Te estoy haciendo daño?

Ella le respondió con otro beso, más lento e intenso que el primero. Él se entregó a sus labios, mientras la estancia a su alrededor pasaba a convertirse en poco más que una neblina confusa. Se movieron juntos, encajando el uno con el otro, haciendo honor a todos los veranos que habían ansiado estar juntos. El suave roce de Peter cristalizó el vidrio fundido de las venas de Wyatt. La hizo estallar en miles de esquirlas relucientes.

Una piedra en la ventana hizo que ambos girasen la cabeza. Peter frunció el ceño y miró las cortinas cerradas.

—¿Has oído eso?

—Ignóralo —dijo ella, y le besó la comisura de los labios.

Otra piedra tras la primera. Unos segundos después, una tercera. Una cuarta resquebrajó el cristal. Wyatt se asustó cuando Peter saltó de la cama de repente. Se dirigió hacia la ventana y

tiró de las cortinas con un impropio ahogado. Tres sombras se alzaban en la calle, dos inertes como estatuas y la tercera gesticulando como solo lo haría una Beckett.

Peter quitó el cerrojo y abrió la ventana. Se oyó un estruendo de voces.

— ... del todo innecesario —espetó Mackenzie—. ¿Acaso no has visto *Romeo y Julieta*, Price? No puedes tirar la piedra a la ventana como un bruto.

—No respondían —dijo un chico, con tono neutro e impasible.

—Marchaos —dijo Wyatt. Los tres se giraron hacia la ventana al oírla.

—Bien —dijo Mackenzie, con una sonrisa marfileña a la luz de la farola—. Sigues despierta. No lo tenía muy claro, porque no respondías al teléfono. Baja, tenemos que enseñarte algo.

Cuando se deslizaron entre las sombras de la calle de enfrente, las campanillas azules de las macetas de la tía Violet habían empezado a cerrarse, el último estertor de la magia que se extendía entre ellas y el silencio de la habitación de Wyatt. Un chico con una gorra de béisbol estaba junto a una de las macetas, y la hendidura de su boca se torció hacia abajo en un gesto inquisitivo al verlo. Lane echó un vistazo desde detrás de él, con los brazos en jarras y los dedos pálidos como ópalos en la penumbra. Junto a ellos, Mackenzie no dejaba de jadear, impaciente.

—Vives aquí —dijo Wyatt, que evitó el abrazo de su prima—. Podrías haber entrado.

Mackenzie parecía horrorizada por la proposición.

—¿Y traer un demonio al apartamento? Mi madre se pasaría varios días limpiando para librarse del hedor. Lo siento, Price.

Wyatt miró al chico. No parecía haber oído a Mackenzie y se dedicaba a contemplar la esfera plateada de su reloj.

Peter no compartía la misma indiferencia.

—¿Lo del coche no era un chiste? ¿Es un demonio de verdad?

El chico alzó la vista.

—¿Te supone algún problema?

—No tiene ningún problema contigo, Colton —le aseguró Lane. Se apartó de él, temblando a pesar de la chaqueta de franela y de la calidez de la noche. El verano ya se notaba en el ambiente—. Lo cierto es que esa es la razón por la que hemos venido. Tu amigo James. Lo he visto.

Wyatt sintió cómo se le hundía el pecho.

—¿En serio?

—En esta ocasión intenté hacerle preguntas más directas. Parecía inquieto, por lo que tampoco fui capaz de sonsacarle mucho. No dejaba de decir cosas que no tenían sentido. Pero te mencionó, Wyatt.

—¿A mí?

—Sí. Me... Me dijo que te dijese que vio las estrellas.

«Me había olvidado de cuánto brillaban las estrellas desde tu ventana». A Wyatt le dio un

vuelco el estómago. Empezó a entenderlo todo, y dicha comprensión fermentó en su estómago, agria y vinosa.

—Lo sabía. Estuvo allí esa noche. Era él. Él... ha estado intentando comunicarse con nosotros todo este tiempo.

—No es posible —dijo Peter, con voz constreñida—. Está muerto.

—La muerte se vuelve algo insustancial —explicó Colton—, cuando comienzas a jugar con ella.

Un coche pasó de largo en la calle. Los faros persiguieron las sombras con esos focos rápidos y amarillos. Wyatt vio el agitar de las polillas en la luz, con los nervios a flor de piel.

—James está atrapado dentro de esa cosa y lo dejamos solo en la telaraña de la viuda.

Un silencio palpable se apoderó del ambiente.

—¿La qué? —preguntó Lane.

—La telaraña de la viuda —repitió Colton, que se sacó las manos de los bolsillos para gesticular—. La has oído bien.

El corazón de Wyatt no dejaba de golpear con fuerza su caja torácica. Pensó en la manera en la que James se dejaba ver de vez en cuando, la manera en la que la luz del sol lo cubría de franjas plateadas. Allí, en los espacios entre sombra y oscuridad, Wyatt había visto al chico que recordaba contemplándola con ese rostro famélico e inhóspito.

Se encaró con Peter y dijo:

—No era un eco de muerte o como quiera que lo hayas llamado. Es él. Es Jamie. Está allí.

Peter se llevó los dedos a la cabeza y miró a la franja de cielo sin estrellas entre los edificios. Parecía intranquilo, como si un viento fuerte fuese a tumbarlo en cualquier momento. No dijo nada.

—Tenemos algo que podría ayudar —dijo Mackenzie—. Es la razón por la que estamos aquí.

—Colton es como tu amigo —explicó Lane—. Murió y volvió como otro. Hay partes de él que han cambiado por el tiempo que pasó en el más allá. Mackenzie ha estado haciendo todo lo posible para desarrollar un elixir e intentar encontrar algo que lo ayude a sentirse un poco más...

Hizo una pausa para encontrar la palabra adecuada, y Colton interrumpió con un simple:

—Más humano.

—No quería decirlo —dijo Lane en voz baja.

—Es una especie de supresor —comentó Mackenzie—. Lo ayuda a controlar sus impulsos.

La boca cicatrizada de Colton se retorció hacia abajo en las esquinas.

—Te dije que dejases de llamarlo así.

Mackenzie lo ignoró, mirándolo con ojos exultantes.

—Es una mezcla inventada por mí. Aún tiene algún que otro error, pero Price es una cobaya excepcional.

—O así.

—No puedo dejar de pensar en él. —Los ojos verdes de Lane relucieron debajo de la farola—. Está haciendo todo lo posible por liberarse, pero no puede hacerlo solo.

Junto a Wyatt, Peter se había quedado pálido.

—Entonces podemos ayudarlo a volver —susurró Wyatt—. ¿Podemos salvarlo?

—Su cuerpo funciona como anfitrión —explicó Colton—. Planteáoslo de esta manera. ¿Habéis visto alguna vez una avispa parasitoide devorando a una araña?

—Nadie ha visto eso —respondió Mackenzie con voz entrecortada—. No seas asqueroso.

Colton se encogió de hombros.

—Pues eso es lo que está pasando. Pero, en lugar de los fluidos internos, hay una entidad antigua alimentándose del alma de tu amigo, que hace que se comporte de forma errática. Si consigue recuperar el control, no hay razón para que no pueda quedarse en este plano. Legalmente muerto o de cualquier otra manera.

—No es una solución permanente —añadió Mackenzie cuando todos se quedaron en silencio—. Y hay que administrarla con una dosis bien calculada. He estado usando ingredientes de lo que le sobra a mi madre, por lo que puedo hacer un poco cada vez, pero si lo racionas creo que podrías mantenerlo controlado hasta que pueda conseguirte más. Como sea. Aquí tienes. —Extendió la mano. En la palma abierta había un tubo de color verde, un contenedor reciclado cubierto por un actuador de plástico en la parte superior. Luego dijo, triunfante—: Tachán.

—Un inhalador —comentó Wyatt con tono neutro—. Guau.

—Sí, yo reaccioné igual —dijo Colton, que volvió a mirar su reloj.

—¡Gente! —Mackenzie chasqueó los dedos frente a cada uno de ellos—. ¿Podemos dejar de criticar la presentación y empezar a maravillarnos por mis fantásticos poderes wiccanos?

—Parece un poco rudimentario —admitió Lane, que miró a Colton—. Pero funciona.

—Sí que funciona —convino él—, pero tendréis que convencerlo para que lo use. Y, por lo que me ha contado Lane, parece que vais a tener que esforzaros.

27

WYATT

La casa estaba a oscuras cuando Wyatt y Peter regresaron al fin a la granja. El anochecer se había deslizado poco a poco por el cielo y apagado el azul celeste. Willow Heath parecía estar vivo, trenzado con la tierra. Lo único visible tras las frondosas enredaderas era el techo, con tejas sueltas y la tapa de la chimenea torcida debido a una fronda de amaranto.

Y allí, entre las ramas de los árboles en la distancia, se apreciaba la luna de sangre, sonrosada y creciente.

Avanzaron el uno al lado del otro a través del prado, abriéndose paso por el estanque lleno de algas rojas, junto al pequeño bote de remos atracado entre los juncos, donde lo había dejado. Todo parecía congelado, como si el tiempo fuese más lento en aquel lugar. Era como si la granja al completo hubiese quedado para siempre a mitad de un bostezo. Wyatt no estaba segura de si Willow Heath siempre le había dado aquella sensación o si era cosa de ese momento, como si el encantamiento estuviese abandonando el lugar. No tardaron en ponerse alerta, como si algo se hubiese iluminado en su mente como un insecto estival. La bestia estaba cerca, a la espera.

Antes de que terminase la noche, la devolverían a las entrañas del infierno.

O morirían intentándolo.

Encontraron la puerta principal abierta de par en par, como si una mole enorme hubiese arrancado los tablones. Entraron uno después de otro, y los cristales rotos crujieron con cada paso. En el interior, las luces habían dejado de funcionar. Wyatt permaneció en el recibidor y pulsó el interruptor una y otra vez. Y luego otra. El pasillo permaneció en la penumbra, oscuro como una tumba, mientras una gallina cacareaba en algún lugar de la casa y las vigas habían empezado a brillar blancas a causa de las telas de araña. Le dio la impresión de que las crías de la viuda habían luchado por abrirse paso por la casa, y ya cubrían todos los rincones con esas telarañas de encaje.

Peter cerró la puerta y se apoyó contra ella, para luego dedicarse a mirar cómo Wyatt pulsaba el interruptor una vez más. Apagado. Encendido. Apagado. Terminó por rendirse y se dejó caer contra la puerta junto a él.

—No hay electricidad.

—¿En serio? —Peter quitó un pedazo de telaraña que se había quedado pegada en el ojal de la manga del vestido de Wyatt. Estaba pálido cuando ella había bajado por las escaleras con ese vestido, pero no le había dado tiempo para decir nada. «Tiene bolsillos —había comentado—.

Será perfecto».

Tras limpiarse las telarañas de la mano, le dedicó una mirada de soslayo.

—Prométeme que te marcharás si las cosas se tuercen.

—¿Y dejarte aquí solo? Ni de broma. Sería infringir nuestra tregua.

Él no rio.

—Tienes el collar. Si el mejunje de tu prima no funciona...

—Funcionará.

—Puede. Pero tienes que admitir que no es un plan bien desarrollado. En el peor de los casos, podría considerarse una misión suicida. No me gusta la idea de que te acerques tanto a la bestia. Ni siquiera sabemos seguro si contenerla nos servirá para llegar hasta James. No sabemos cuánto de él queda ahí dentro.

—Todo —afirmó ella, aunque no tenía forma de saberlo a ciencia cierta—. Funcionará.

—Pero si no lo hace...

—Lo hará.

— ... ya sabes qué es lo que hay que hacer.

—Romper el colgante —dijo ella, que rozó por inercia la medialuna que llevaba al cuello—. Solo me lo has dicho cientos de veces.

—Asegúrate de hacerlo con algo muy pesado. Una roca. Un martillo.

—Tampoco me hace falta un libro de instrucciones, Peter.

La boca de Peter se torció hacia abajo. Estaba tan torcida que daba la impresión de estar a punto de caérsele de la cara. A Wyatt le dio la impresión de que iba a seguir reprendiéndola, pero se limitó a acercarla y agachar la cabeza para besarla en los labios. Ella emitió un ruidito de sorpresa, y un escalofrío le recorrió el cuerpo cuando soltó el aliento. Se puso de puntillas y le devolvió el beso mientras apoyaba las manos en su pecho.

Amar a Peter siempre había sido como rascarse una costra. Era imposible parar, ni siquiera cuando dolía. Pero nunca le había dolido tanto como ahora, allí besándolo en el fin del mundo, rodeados por un monumento viviente dedicado a todo el tiempo que habían desperdiciado. Le dio la impresión de que era una despedida y fue eso lo que más la descentró de todo lo que ocurría a su alrededor.

Tuvieron que separarse para tomar aliento porque se habían quedado sin él. Una mancha color rojo dalia oscurecía una de las esquinas del gesto de Peter. Era el color de Wyatt. Ella lo limpió con la mano, y él se la agarró y le dio un beso en el pulgar.

—¿A qué ha venido eso?

—A nada. —Le pegó la frente a la suya—. Estás muy guapa. Sin más.

Era mentira. Wyatt lo sabía.

No tuvo la oportunidad de hacerle más preguntas. Se oyó un maullido que hizo que se

separasen. Poquita apareció de las sombras, con los ojos verdes abiertos como platos y moviendo el rabo. Wyatt se agachó para tomar a la gata entre los brazos y pegó la mejilla contra el frondoso pelaje de la parte superior de la cabeza del animal.

—Aquí estás. Sabía que eras indestructible.

—Todo está demasiado tranquilo. —Peter entrecerró los ojos y miró hacia la escalera vacía—. Creía que la bestia estaría esperándonos.

Wyatt agarró a Poquita con más fuerza.

—A lo mejor sigue en la arboleda.

—No lo creo. —Peter se internó en el pasillo y contempló la frondosidad del culantrillo que brotaba del comedor—. Puede que sea una emboscada. Quédate aquí. Iré a revisar el resto de la casa.

A Wyatt le dio un vuelco el corazón.

—Quiero acompañarte.

—Mala idea. —Apartó un pedazo de telaraña y luego empezó a quitárselo de los dedos al tiempo que echaba la vista atrás—. Poquita no es la única indestructible, ¿recuerdas? No te muevas. Te avisaré.

La dejó allí sin darle tiempo a responder y desapareció en la oscuridad espectral del pasillo. Wyatt lo vio marcharse, y el miedo le atravesó las entrañas. Peter tenía razón. Estaba demasiado tranquilo. Esperó mientras escuchaba todo a su alrededor. Pasó un minuto, lento como un eón. En la pared, una araña salió de una de las grietas en el yeso y desapareció detrás del aparador.

En algún lugar de la casa se oyó el golpe atronador de algo pesado al caer al suelo. El ruido de cristales al romperse. Poquita maulló y saltó de sus brazos para salir corriendo hacia la oscuridad. Wyatt la siguió con la respiración agitada.

Encontró a Peter en el invernadero.

Y no estaba solo.

La luz de la luna se proyectaba a través de los cristales inclinados, iluminándolo de ese tono rosáceo tanto a él como a seis encapuchados. Peter estaba arrodillado frente a ellos, entre un caos de esquirlas de cristal. Allí cerca había una maceta volcada con una planta, y la tierra se derramaba alrededor de la garra incolora de una raíz.

Y detrás de él se encontraba la figura cincelada a imagen y semejanza de James Campbell, con unas profundidades lóbregas que, según Wyatt, no se parecían en nada a sus ojos. Unos vasos sanguíneos reventados le salpicaban la garganta, y las venas se le marcaban sobre la mandíbula en lo que parecían astillas muy estrechas. Le dio la impresión de que estaba a rebosar de veneno, con los párpados hinchados y relucientes como ciruelas.

Wyatt palpó el inhalador que tenía en el bolsillo, momento en el que Peter la miró a los ojos.

—Hazlo —dijo sin articular palabra.

Sabía a qué se refería: a que se olvidase del inhalador y destruyese el collar, que cortase la atadura y enviase a la bestia de vuelta a la oscuridad expectante. Pero ¿qué pasaría con James si lo hacía? «No recuerdo cuándo fue la última vez que me paré a mirar el cielo», había dicho aquella noche en su dormitorio. Se había pasado cinco años pudriéndose en una tumba. Cinco años a merced de algo antiguo y traicionero.

Wyatt no quería desterrarlo a una eternidad en la oscuridad. No sin intentar evitarlo de todas las maneras posibles. Tenían que estar los tres juntos, siempre.

De rodillas, Peter negó levemente con la cabeza. Wyatt fingió que no lo había visto.

—¿Sabéis? —murmuró la bestia, con una voz que no se parecía en nada a la de Jamie—. Antes creía que este lado del cielo absorbía la magia de los hombres. Todo es terrible aquí. Cruel y canibalesco. Pero hace tres días vi cómo Willow Heath resucitaba gracias a ti.

Wyatt apretó la mano alrededor del inhalador.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que te imagines lo que una bruja como tú podría conseguir si viviese para siempre.

—La inmortalidad no me interesa.

—Eso es mentira —gruñó la bestia—. Los humanos nacen con instinto de supervivencia, a cualquier precio. Tendrías que estar agradecida. Te estoy ofreciendo la vida eterna en bandeja de plata.

Como si esas palabras fuesen la señal, una figura encapuchada colocó una daga en la mesa más cercana. Afilada como una aguja, la hoja ceremonial relució rosada entre las hileras de macetas de terracota resquebrajada. Había un emblema de pelícano grabado en el mango, un estigma de ave incrustado con un rubí sangriento que latía a la luz de la luna.

—Permite que te ponga las cosas fáciles —dijo la bestia mientras la figura volvía a retirarse a las sombras—. Al igual que tú, solo hago lo que está en mi naturaleza. Necesito alimentarme. Tú necesitas vivir. Ninguna de esas cosas puede tener lugar mientras Pedyr respire.

Wyatt no mordió el anzuelo. Estaba demasiado ocupada contando. Había seis figuras encapuchadas, dispuestas como estatuas en un semicírculo sombrío. Peter y ella esperaban encontrar sola a la bestia, debilitada por su enfrentamiento con la viuda. Pero ¿esto? Los superaban en número.

Nunca serían capaces de abrirse paso fuera de aquel lugar por sus propios medios.

Por encima de Peter, la bestia la contemplaba mientras se afanaba con las pocas opciones que tenía.

—No tiene por qué ser algo brutal, si es eso lo que te preocupa. Puedo enseñarte a hacerlo sin que sienta nada.

Wyatt volvió a mirar la daga mientras una idea muy mala empezaba a formarse en su interior. Si iba a usar el inhalador, tenía que acercarse.

Mucho más.

Y Peter estaba arrodillado a los pies de la criatura.

Hizo todo lo que pudo para ocultar sus gestos bajo una capa de incertidumbre.

—No soy una asesina.

Al ver que se le quebraba la voz, la bestia le dedicó una amplia sonrisa.

—Bueno, pero Pedyr sí que lo es. Los Westlock se aseguraron de eso. Tu familia se dedicó a tallarlo poco a poco, hasta que quedó afilado e insensible como un arma. Si la situación fuese la contraria, él no dudaría a la hora de clavarte esa daga en el corazón.

—Mientes. —Parpadeó mientras le caían las lágrimas, lo que hizo que empezase a aferrar hilillos de poder. No le costaba nada hacerse con ellos. Tenía un nudo en el estómago, y el pánico de sus entrañas estaba desesperado por liberarse de alguna manera. A su izquierda, una hilera de portulacas se marchitó hasta ennegrecerse.

—Cuidado, brujita —dijo la bestia, aunque su gesto era triunfal—. No queremos que tus emociones saquen lo mejor de ti en un momento como este.

Hubo un destello de movimiento repentino, y Wyatt vio que varios de los integrantes del gremio con túnica se acercaban. A diferencia del primero de ellos, no llevaban puesta la capucha y sus rasgos se evidenciaban a la luz de la luna. Vio un par de cadáveres vivientes, con sonrisas amplias y sin labios, así como las cuencas de los ojos vacías y negras.

La imagen la dejó sin aliento.

—¿Qué es esto?

—Las otras víctimas eran un poco más difíciles de despertar que tu James —admitió la bestia con un ademán de desdén—. No quedaron tan bien. Pero da igual. Dan el pego. El primer día en Willow Heath, te quedaste junto a la valla y nunca sospechaste que estuvieses hablando con un cadáver.

—¿Cómo que víctimas?

—Son víctimas de Pedyr —aseguró la bestia—. Es lo que llevo intentando decirte desde hace un rato. Todos los cadáveres de esta habitación han sido asesinados por el chico que tienes delante. Y si no haces nada al respecto, tú serás la siguiente.

—Peter jamás me haría daño —susurró Wyatt, que dejó que la duda se reflejase en su voz. La lechuga que tenían cerca quedó cubierta por manchas marrones que la ennegrecieron.

—¿De verdad eres tan tonta? —La bestia chasqueó la lengua—. Mírate, con un vestido ceremonial, amarrada y preparada. Se lo has puesto muy fácil. ¿Qué fue lo que te dijo aquella noche en las escaleras? Os estaba vigilando a los dos. Recuerdo cada palabra. Y tú también.

—Sí, yo también. —Esperaba que Peter supiese que estaba haciéndose la tonta—. Me dijo que era más fácil matar a algo que no huye al verte.

De rodillas, Peter se agitó como si Wyatt le hubiese dado un golpe.

Sobre él, la criatura parecía emocionada.

—Viste el final en el rostro del custodio mortal. Sé que sí. Estabas vestida de blanco, con los encajes rojos a causa de la sangre. Siempre has sido el sacrificio final de Pedyr. ¿Crees que su plan ha cambiado? ¿Crees que unas pocas promesas vacías darán al traste con vidas enteras de preparación? La luna de sangre se alzaré y te abriré en canal.

—Está mintiendo —dijo Peter con voz ronca—. Wyatt, mírame. Es mentira. Y lo sabes.

Wyatt lo ignoró y extendió la mano hacia la daga. La tomó de la mesa con un chirrido, el roce del acero. Notó la empuñadura muy pesada al sopesarla. El corazón le retumbó contra las costillas. Se acercó a él a paso inseguro, mientras las plantas se pudrían a su paso.

Y allí, justo debajo de la bestia, las primeras *Mimosas pudicas* empezaron a florecer.

—No sé qué creer —dijo ella, con voz tenue y sumisa.

La bestia le dedicó una mirada que, en cualquier otra persona, podría haberse confundido con una de compasión.

—Siempre has sido una soñadora. Es lo peor de ti. Las fantasías te resultan mucho más fáciles de creer que la verdad.

Las flores brotaron a la espalda de la bestia y formaron unas corolas de tonos muy vivos.

—¿Te gustó el beso que te dio en el pasillo? —preguntó la bestia, que siguió provocándola—. ¿Fue como siempre habías imaginado?

Wyatt fulminó con la mirada el rostro horrible. Esa sonrisa que se había ensanchado con un carnívoro.

—Adelante, Dalia. Sigue fingiendo mientras el mundo se marchita a tu alrededor. Mañana estarás muerta. O acaba con él ahora y termina con esto.

Se colocó justo frente a ambos, con la daga aferrada con fuerza en el puño. A su alrededor, las plantas se marchitaban en sus tallos y las hojas se convertían en cenizas. Solo aguantaron las *Mimosas pudicas*, cuyos tegumentos se mantuvieron verdes, hinchados como cápsulas a punto de estallar.

Satisfecha por su docilidad, la bestia agarró a Peter por el pelo. Tiró de la cabeza hacia atrás para dejar al descubierto la columna desnuda de su garganta. Wyatt se acercó y vio el latido irregular de su pulso. La inseguridad de su mirada.

—Esto es lo que quieres. —La bestia, muy ansiosa, pasó un dedo anillado por la carótida hinchada de Peter—. Hará que todo sea más fácil y rápido. Ya te preocuparás más tarde por el corazón, cuando deje de tener ganas de luchar.

Wyatt presionó la daga contra la garganta de Peter, con mano temblorosa. Él no se estremeció. No parpadeó siquiera. Y ella se preguntó cuántas veces habría sufrido el mismo destino. Cuántas veces habría mirado a los ojos a un Westlock justo antes de morir.

Parecía una repetición de la anterior luna de sangre, pero ahora era ella la que blandía la daga.

El rojo estaba en todas partes. En el cristal de la claraboya. En las flores que habían brotado a medianoche. En la esfera de la luna. En la sangre de la mueca de James. Se había cerrado el círculo, como si Willow Heath sufriese la maldición de tener que revivir el mismo bucle interminable y sangriento una y otra vez.

Pero, en esta ocasión, Wyatt no permitiría que terminase con muerte.

—No nos dejaban entrar en el invernadero —empezó a decir, con tono demasiado apresurado—. Hace ocho veranos. En mitad de agosto. ¿Recuerdas?

Peter la miró a la cara, y le brotaron hoyuelos en el gesto a pesar de la daga.

—James acababa de aprender una palabra nueva en latín en el colegio. *Dissilire*, volar lejos. Quería hacer una demostración. Casi pierdes un ojo.

—Suficiente —espetó la bestia, entre esputos—. Acaba con él.

Pero Peter lo había entendido. Aprovechó el momento para echar la cabeza hacia atrás y golpear la cara de la bestia con la parte posterior del cráneo. Un brote carmesí surgió de la nariz de la criatura, que se tambaleó hacia atrás y se apoyó contra la mesa donde estaban las plantas florecidas. El primero de los tegumentos estalló con un sonido brusco, y las semillas se desparrramaron como perdigones. La bestia levantó las manos mientras las vainas estallaban una tras otra, una reacción en cadena por toda la hilera de plantas.

Si Wyatt iba a hacer algo, tenía que hacerlo en ese momento, mientras la bestia estuviera distraída. Cerró el puño alrededor del inhalador, lleno de humo. Oyó la voz de James, espontánea en su mente. Era la voz de un fantasma, de cinco veranos pero nítida como si lo hubiese dicho ayer.

«Se llama “aspirar y soplar”».

28

PEDYR

Todo estaba cubierto de rojo. La luna en el cielo. La luz del invernadero. La sangre que manaba, iracunda y carmesí, de la herida abierta en la nariz de James Campbell. Pedyr se abalanzó hacia delante, aturdido y mareado a causa del impacto.

Unos momentos antes, el arsenal de la bestia había entrado en acción, como si estuviesen esperando la señal. Se habían alzado como centinelas no muertos, todo cartílagos y huesos, para después empezar a moverse y acercarse al trío que ocupaba el centro del invernadero. Contó rápidamente las figuras que había en la estancia. Había siete cuando él había llegado.

Siete que correspondían a los siete integrantes del gremio que había guiado hasta la muerte. Había acabado con uno de ellos al entrar en la terraza interior, y el estómago se le había revuelto al oír el chasquido de los huesos bajo sus manos, al notar el cuerpo inerte caer al suelo.

Quedaban seis.

Seis en una estancia donde solo veía a cinco.

Examinó las sombras y solo vio manchas. Tras el estallido de los tegumentos y el destrozo de la arcilla, oyó el rasguñar de unas pisadas.

No tuvo siquiera espacio para darse la vuelta antes de que el frío acero le atravesase el costado. Un aullido sin palabras brotó de sus labios mientras la daga salía de su cuerpo para luego volver a entrar, con un chapoteo. En algún lugar de aquella oscuridad cubierta de semillas, oyó que Wyatt gritaba su nombre.

Lo vio todo rojo.

Todo le supo rojo.

Pensó en el custodio mortal, sonriéndole mientras el sol iluminaba su rostro sereno.

«¿Te gusta lo que ves? ¿O te aterroriza?».

El vuelo descontrolado de las semillas menguó, y la habitación quedó sumida en un silencio inquietante. Wyatt había dejado de gritar. En ese momento, se dio cuenta de algo y el terror le recorrió las entrañas. Se giró a toda prisa, cegado y mareado, mientras le arrebatava la daga de la mano a su atacante justo antes de que lo apuñalase por tercera vez.

Un revoltijo de extremidades, un breve forcejeo y un segundo cuello se partió entre sus manos. El cuerpo cayó, y él también. Las rodillas golpearon el suelo. Extendió las manos y se apoyó en la tierra. Un dolor lacerante le recorrió las venas.

A pesar del zumbido que notaba en la cabeza, Pedyr fue consciente de aquel silencio profundo

y sobrenatural. A su alrededor, los cadáveres guardianes restantes permanecían inertes, como si nunca se hubiesen vuelto a despertar. Él alzó la cabeza, aturdido y desangrándose, y vio el motivo del cambio.

Wyatt y la bestia estaban en el centro del invernadero, besándose. La había sorprendido, y tenía los brazos caídos por los costados con las palmas abiertas ensangrentadas. Besó a la criatura como si la estuviese reanimando, sin tomar aire.

La tensión se relajó poco a poco, y los brazos de la criatura rodearon a Wyatt y la abrazaron. Los aspersores se encendieron sobre ellos y derramaron agua. Caía a su alrededor en una especie de neblina, y el frío se apoderó del lugar. De repente, Pedyr volvía a tener catorce años, con las piedras del santuario ardiendo a causa del calor bajo sus pies y un dolor extraño extendiéndose por sus entrañas mientras James se inclinaba hacia delante para besar a Wyatt en la boca.

El inhalador yacía a los pies de ella, con esa carcasa de plástico verde reluciendo contra la piedra. Pedyr lo entendió en ese momento, poco antes de que se separasen y el rubor empezase a apoderarse de las mejillas de Wyatt. James Campbell la miró, sin aliento y desconcertado, con el rostro rojo como pintura.

—¿Wyatt?

—Jamie. Eres tú. —Lloró y lo acercó a ella para abrazarlo. En una planta cercana, los tomates pasaron a adquirir un tono rojo intenso. El alivio que sentía afectaba todo a su alrededor—. Lo he hecho. No me lo puedo creer. Ha funcionado. ¡Ha funcionado!

James la abrazó con fuerza y miró a Pedyr por encima de la cabeza de Wyatt. No había brusquedad ni frialdad en las profundidades de la mirada. Nada antinatural. Nada extraño. Solo esa calidez marrón, cenicienta a la luz de las estrellas, como si estuviese allí y acabase de salir de un sueño.

—¿Peter? —lo llamó.

Al oír su nombre, Pedyr sintió una presión en el pecho. Intentó ponerse en pie, pero fracasó y cayó de rodillas. Unas manchas negras le nublaron la visión, y se apretó las heridas del costado mientras el rojo se derramaba entre sus dedos.

—Dios —dijo James, que soltó a Wyatt—. Peter.

No es nada, pensó, aunque en realidad quiso decirlo en voz alta. Quiso decirles que sabía lo que se sentía al morir y no era aquello. No aún. Pero no le salía voz alguna. Wyatt se dejó caer al suelo frente a él, con el vestido empapado, los ojos grandes, redondos y cargados de miedo.

—Peter. —Le agarró la cara con ambas manos—. Mírame. Mira.

Pedyr la miró. Tenía los labios de ese rojo dalia y atrevido, convertido en un borrón.

—Lo has hecho bien —dijo él—. Muy innovador.

La sonrisa de Wyatt quedó interrumpida por un ataque de hipo.

—He improvisado.

James apareció detrás de ella con la respiración agitada, como si se hubiese olvidado de que necesitaba tomar aire. Tenía la boca manchada de rojo, las mejillas coloradas, y Pedyr solo sentía alivio al verlo. Allí estaba Wyatt. Allí estaba James. Ambos llenos de color. Vibrantes como una fotografía.

Los tres juntos, siempre.

Aceptaría cualquier cosa a la que le tocara enfrentarse a continuación.

—Oye. —Wyatt lo zarandeó, y él abrió los ojos para mirarla. No se había dado cuenta de que los tenía cerrados—. ¿Puedes andar?

—Claro —dijo, y se quedó allí plantado, con el aire soplando entre los labios. Ella se balanceó sobre los talones y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué no se levanta?

—Wyatt —dijo Pedyr, pero ella no parecía haberlo escuchado.

—Esto no tendría que haberle hecho daño. —La preocupación empezaba a notarse en su voz—. Se suponía que era inmortal.

—Wyatt —volvió a intentar, con voz más alta en esta ocasión.

—Aún tiene que sanar —dijo James, que se enjugó el pelo húmedo con la mano—. Estoy casi seguro de que tardará un tiempo.

—¿Estás casi seguro? —espetó Wyatt, que ya se estaba poniendo irritable.

—Pues sí —comentó James, jocoso—. No soy médico.

—¡Wyatt! —aulló Pedyr, con una voz que hendió el silencio entre los árboles—. Mírame.

Lo hizo. Estaba encantadora a la luz de la luna. Todo relucía de rojo. Era como si estuviese bañada en icor. Bautizada en sangre. Pedyr era un idiota. Nunca había necesitado ir a casa. Su hogar estaba allí, delante de él.

«Mil pequeñas vidas y no has aprendido el significado de la palabra», se había burlado de él la bestia.

Siempre había aprendido las lecciones demasiado tarde.

—Esto no se ha acabado —dijo—. Hemos conseguido algo de tiempo, pero aún hay que sellar los cielos. Eso significa que tienes que romper el pendiente.

Se formó una arruga en la nariz de Wyatt.

—No sé si me gusta ese plan.

—Da igual si te gusta o no. Es lo que hay que hacer.

—¿Y si eso no acaba con lo que une a James y a la bestia? ¿Y si los destruye a ambos? Ni siquiera sabemos a ciencia cierta qué es lo que ocurrirá cuando se rompa el pendiente.

—No tenemos elección. Recuerda lo que dijo tu tía. A las bocas abiertas hay que alimentarlas, o se tragarán todo lo que encuentren a su paso. No hemos enviado a la bestia de vuelta al infierno. Solo la hemos atrapado en una jaula. Esto no se ha acabado.

—No puedo arriesgarme —dijo ella, y su voz se redujo a un susurro—. Acabamos de recuperarlo.

Una lágrima se derramó por su cara. Pedyr extendió el brazo y la enjugó antes de que cayese al suelo.

—Vinimos a Willow Heath para darle un descanso digno —le recordó, con toda la amabilidad de la que fue capaz—. Lo sabías. Fue tu idea.

—Pero si de alguna manera pudiésemos...

—No se puede. —La interrumpió, antes de que encontrase una falsa esperanza y se aferrase a ella—. La muerte es la muerte. No se le puede engañar para siempre.

—Tú lo hiciste —espetó Wyatt.

—No —aseguró él—. Yo no lo he hecho. He estado atado a ella, con cada una de mis medias vidas. Morí hace trescientos años, con un hacha clavada en el estómago. No se puede decir que haya podido descansar.

Las lágrimas relucieron en los ojos de Wyatt, sin llegar a derramarse del todo.

—¿Cómo puedes decir algo así?

—Porque es la verdad. —Pedyr parpadeó para dejar de imaginarse al custodio mortal, y luego extendió el brazo para tocar el collar de medialuna de la garganta de Wyatt con un dedo ensangrentado—. Esto es una despedida, Wyatt. No una reunión.

Ambos alzaron la vista al objeto fruto de su desacuerdo. James Campbell, el tercer integrante de su extraño triunvirato veraniego, un chico no muerto al que se le acababa el tiempo. Estaba a varios metros de distancia, abriendo y cerrando las manos muy despacio.

—¿Qué me habéis dado?

—No lo sé —admitió Wyatt, que sorbió por la nariz—. Una especie de elixir. No durará para siempre.

—Ah. —James apretó los dientes y tragó saliva—. ¿Cuánto tiempo tengo?

—En el inhalador hay suficiente para ocho horas —dijo ella—. Una nebulización cada dos horas. Más quizá, si aguantas. Mackenzie traerá más cuando pueda.

—Wyatt —advirtió Pedyr—. No hagas promesas que no puedes mantener.

Un gruñido bestial partió la oscuridad fuera del invernadero. Wyatt se puso en pie de inmediato junto a James, y contempló sus movimientos coordinados en el reflejo húmedo del cristal que los rodeaba.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—Nada bueno —aseguró Pedyr mientras intentaba levantarse del suelo sin éxito.

—Superemos los obstáculos uno a uno. —James se crujió los nudillos y miró los cuerpos que había desperdigados por el invernadero. Marionetas inertes que habían quedado abandonadas. Un matiz enfermizo se reflejó en su rostro—. Qué miedo da esto. Wyatt, ayúdame a poner en pie

a Peter. Metámoslo dentro antes de que estos imbéciles decidan levantarse otra vez.

29

WYATT

Costó mucho meter a Peter en la casa, incluso con ayuda de James. Pero consiguieron dejarlo sobre una de las sillas de la cocina gracias a su determinación.

—¿Han caído las salvaguardas? —preguntó James, que intentó encender la luz sin éxito.

Wyatt cayó de rodillas a los pies de Peter, con el encaje del vestido lleno de barro extendiéndose a su alrededor.

—Han ido cayendo poco a poco. —Alargó el brazo hacia el dobladillo pegajoso de la camisa de Peter—. No la toques. Deja que le eche un vistazo.

James aplastó una araña con la palma de la mano en la encimera. La inspeccionó durante unos instantes antes de limpiarse los restos pegajosos en las perneras de los pantalones. En el exterior, algo cacareó en el gallinero.

—Esto se parece mucho a *La noche de los muertos vivientes*, ¿no? —preguntó James—. ¿Tenemos un plan?

Wyatt tragó saliva a duras penas. No quería contarle nada sobre el collar, ni sobre la rasgadura cada vez mayor que se estaba abriendo en el bosque. No quería decirle que la única forma de sellarla era enviar a la bestia de vuelta a través del cielo, o que podían llegar a condenarlo a pasar una eternidad en el infierno con ella. Aún no.

En lugar de eso, dijo:

—Eso no es lo que más me importa en estos momentos.

—James tiene razón. —Peter se movió en la silla e hizo un mohín de dolor—. Deberíamos hablar sobre lo que vamos a hacer el resto de la noche.

Wyatt le dedicó la mirada más mortífera de la que fue capaz.

—He dicho que eso no es lo que más me importa en estos momentos.

Peter la ignoró y miró a James por encima de su cabeza.

—Hemos resuelto un problema, que era traerte de vuelta. Pero hemos creado otro. Hay una rasgadura en el cielo, y no deja de ensancharse. Cualquier cosa podría atravesarla. ¿Esos ruidos que has oído en el exterior? No son más que la primera oleada. Hay cosas más antiguas y más grandes que esperan el momento de liberarse.

—Estoy muy familiarizado con el tipo de criaturas que habitan en la oscuridad —dijo James, en voz baja.

—Pues entonces deberías saber lo crítico que es que cerremos esa puerta antes de que se liberen.

—Me parece bien —aseguró James—. ¿Y cuál es el plan?

—Mientras la bestia permanezca en este plano, los cielos seguirán abiertos.

James se apoyó en la encimera.

—Ya veo. Y está atrapada en mi interior.

—Ese es el problema, sí.

—Magnífico. —La sonrisa no se reflejó en su mirada—. Supongo que un crucifijo y un poco de agua bendita no resolverán el problema.

Wyatt se dio la vuelta al instante para encararlo.

—Eso no ayuda.

—Solo es un poco de humor negro —dijo él—. Estáis muy serios.

Peter soltó otro gruñido en la silla. Enganchó la camisa con un dedo y la levantó para inspeccionar lo que había debajo. A Wyatt se le formó un nudo en el estómago cuando le vio el torso magullado. Volvió a colocarse la camisa al momento y la miró a los ojos a través de la oscuridad de la cocina.

—No me estoy muriendo —le aseguró.

—¿Quién ha dicho que te estés muriendo?

—Me miras como si tuviese un pie en la tumba.

—Está bien —dijo James—. Solo es un rasguño.

—Cortarse con un papel sí que sería «solo un rasguño», Jamie —espetó Wyatt, a quien se le había terminado por acabar la paciencia—. Peter, no dejas de sangrar. Ni siquiera veo bien la herida.

—Son dos —explicó él, algo débil—. Tengo una en un costado y la otra en la parte baja del abdomen. —Echó la cabeza hacia detrás para luego cerrar los ojos—. No estoy preocupado. No me han dado en nada vital.

—Todo tu cuerpo es vital.

Peter rio, para su sorpresa.

—Para. —El pánico le formó un nudo en la garganta—. Para, Peter. Vas a desangrarte más.

Su única respuesta fue reír con más ganas aún. Empezó a sacudir los hombros, con la camisa roja, roja y roja a causa de la sangre. Ella lo volvió a fulminar con la mirada hasta que la risa terminó por convertirse en un temblor propio de la asfixia.

—Auch.

—¿Por qué no se cura? —preguntó Wyatt, que volvió a extender los brazos y le levantó la camisa por encima del ombligo.

—Parece profunda —comentó James, que se inclinó para verla mejor—. Va a necesitar puntos.

—No sé coser heridas.

—Yo puedo hacerlo. —Peter tomó aire a duras penas y se pellizcó la carne debajo de la tercera costilla—. Voy a necesitar que uno de los dos me traiga el set de costura.

—Voy. —Wyatt se puso en pie, y estuvo a punto de gritar a causa de su herida—. No te muevas.

Otra risa la siguió mientras se marchaba.

—Ahora sí que hace caso —oyó que decía Peter.

Wyatt corrió escaleras arriba mientras se resbalaba con las hiedras que cubrían el suelo. El set de costura estaba dentro del viejo armario de su madre, entre cajas maltrechas de libros de bolsillo. Lo agarró y se marchó a la carrera, dejando tras de sí varios dedales que cayeron de él.

Cuando volvió a la cocina, encontró a Peter de pie y balanceándose en el resplandor tenue de la lámpara de queroseno. La puerta que daba a la despensa estaba abierta, y Mamá estaba por allí, con esos ojos grandes y negros, así como una gallina que corría descontrolada alrededor de sus pezuñas con hendidura.

—Te dije que no te movieras —gruñó Wyatt, que volvió a tirarlo en la silla. Él se dejó caer a duras penas, mientras el aire se le escapaba entre los dientes con un siseo.

—No puedo coserme a oscuras.

—James te iluminará. Bueno, ¿dónde está?

Como si lo hubiese invocado, James reapareció en el umbral de la puerta, con dos botellas de licor.

—He encontrado el vino.

—¿De verdad crees que es el momento de algo así? —preguntó Wyatt con tono sombrío, mientras él empezaba a sacar el tapón de corcho.

—Llevo muerto cinco años. —Lo consiguió al fin. Resonó un estallido, y luego James acercó la nariz para oler el interior—. Y he vivido un infierno mucho más tiempo. Creo que me merezco un momento para beber un poco. Y tú también. Estás muy nerviosa y estás poniendo nervioso a Peter.

Le sirvió una copa, y Wyatt no la rechazó. El olor acaramelado embargó sus sentidos y le dio un sorbo cauteloso. El whisky le bajó por la garganta y la hizo toser, por lo que dejó el vaso con un golpe sobre la encimera.

—No es vino.

—¿No? —James miró de reojo el vaso que se había servido—. Mmm.

Peter los ignoró y se centró en lo que estaba haciendo mientras se quedaba cada vez más pálido. Ver la herida abierta hacía que a Wyatt le temblasen las rodillas. Se aferró al borde de la encimera para no caerse.

—¿Peter?

—Ya casi está —dijo, con los dientes apretados.

James se quedó en silencio, agitando la bebida y mirando cómo Cabrón picoteaba el hilo que Peter dejaba caer al suelo. Wyatt se puso a deambular de un lado a otro, seguida por Mamá y un corro de gallinas. Poquita apareció por allí poco después, y su sombra a la luz del farol hizo que pareciese tan grande como una leona. La vieja gata se sentó en la mesa y empezó a limpiarse las patas, con el verde de sus ojos brillando en la oscuridad.

Peter terminó por reclinarse al fin. Tenía los brazos doloridos, y la aguja cayó al suelo con un repiqueteo. Alzó el mentón y buscó a Wyatt entre las sombras de la cocina abarrotada.

—Ya está cosido —dijo—. ¿Contenta?

—No.

—¿Podemos hablar?

—Aún no.

—Wyatt.

—Al baño —espetó, evasiva a causa del pánico—. Hay que limpiarte.

Les había costado mucho meterlo en la casa, pero subirlo por las escaleras fue aún peor. Los tres estaban destrozados. Wyatt, intranquila y con la adrenalina a flor de piel, y James algo más que borracho. Peter colgaba entre ambos y no dejaba de apretar los dientes mientras subían escalón a escalón. Poquita rodeaba al trío, irritada y dándoles algún que otro arañazo ocasional en los tobillos.

Terminaron por llegar al rellano. James los dirigió hacia la oscuridad alicatada del baño y colocó la lámpara de queroseno en el tocador.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo mientras miraba por la ventana.

Wyatt lo ignoró y abrió el grifo mientras rezaba en silencio para que las cañerías siguiesen funcionando. Oyó el traqueteo del cobre y el fluir del agua, que terminó por brotar en un chorro frío y transparente por la bañera. Esperó a que se calentase y luego la llenó, para después darse la vuelta y encontrar a Peter apoyado en la puerta con esa camiseta de publicidad ensangrentada y los ojos cerrados. James estaba junto a él, contemplándolo todo en silencio.

—Esa camiseta es ridícula.

Peter le dedicó una ligera sonrisa.

—A mí me gusta.

—Peter —espetó Wyatt—, se supone que te tienes que desnudar.

Abrió solo un ojo.

—¿Mmm?

Con un gruñido, Wyatt cerró el grifo y se puso en pie. Él se movía como un borracho, y se inclinó hacia los lados cuando Wyatt se afanó por quitarle la camiseta por encima de la cabeza. Chocó contra James cuando le bajó los pantalones de chándal de las caderas. Finalmente, y solo

ataviado con la ropa interior, permitió que James lo ayudase a acercarse a la bañera. Entraron en ella hasta las canillas mientras el vapor se alzaba desde el agua.

Wyatt estaba cerca, cautivada y en silencio al verlos juntos: un chico conformado por partes salvajes y otro que se había convertido en algo parecido a la muerte. Y luego estaba Wyatt, armada hasta los dientes con algo que no llegaba a comprender bien, algo que brotaba de ella con chispas y titileos, con flores fragantes y moho.

Puede que el custodio mortal estuviese equivocado. Quizás el amanecer sí que iba a llegar, quizá terminasen por ser felices y comer perdices tal y como solo se habían atrevido a soñar. Quizá descubriesen una forma de disipar a la bestia y hacer que Jamie se quedase allí con ellos. Quizá consiguiesen curar Willow Heath y quedarse allí para siempre, en aquel rincón privado del mundo.

Los tres, siempre.

Mientras no dejaba de darle vueltas, se metió en la bañera después que ellos y se dispuso a buscar una manopla y una pastilla de jabón. Mientras lo hacía se fijó en que James no dejaba de examinarla, y en que Peter tenía la cabeza apoyada contra el pecho. Se hundieron aún más en la espuma, mientras James no dejaba de mirarla con ese gesto demasiado calculador.

—Tu collar —indicó.

Ella mojó la manopla e hizo todo lo que pudo para hablar con naturalidad.

—¿Qué le pasa?

—Nada —dijo él después de una pausa larga—. Es bonito.

—Gracias.

Wyatt sintió que el estómago se le llenaba de plomo y que el corazón le latía desbocado. Durante los veranos que había pasado en Willow Heath, había aprendido que no había nada más peligroso que un James Campbell con demasiado tiempo libre para pensar. Tendría que haberse quitado el collar en la cocina. Tendría que haberlo ocultado en algún lugar.

No quería pensar sobre el tema el resto de la noche.

No quería decirle que estaba desperdiciando el tiempo porque no había manera de salvarlo. Eso era. Eso era lo único que le quedaba.

Frotó con cuidado para quitarle la sangre a Peter. Lo hizo por la pegajosa cordillera que conformaban sus nudillos, mientras a ella le temblaban las manos. Durante un rato, lo único que se oyó fue el chapoteo intermitente del agua y las salpicaduras de las gotas que caían al suelo. En la oscuridad insondable del exterior, algo soltó una serie de chasquidos agudos. Una silueta cuarteada pasó de largo al vuelo por la ventana tapiada.

—Murciélagos —murmuró James—. Justo lo que necesitábamos.

Wyatt empezó a canturrear, desesperada por acallar el pánico que estaba notando en el pecho. Lo hizo en voz baja al principio, la melodía de una antigua aria irlandesa se extendió por el baño.

Peter, sometido a sus cuidados, mantenía el pecho imposiblemente inerte. Wyatt separó la manopla de su cuerpo y volvió a enjuagarla, todo mientras arremetía con una nueva canción que no recordaba demasiado bien.

Peter dejó que lo cuidase, la dejó cantar mientras le frotaba los coágulos oxidados de su cuerpo. La tarea los obligó a acercarse demasiado, y el vestido marfileño de Wyatt flotó por el agua a la altura de su cintura. Ella titubeó, su voz se quebró mientras cantaba el estribillo. A su lado, Peter tomó aire por primera vez en lo que le parecieron minutos.

—No pares.

Notó el latir del pulso en la garganta.

—No recuerdo lo demás.

—Miente —dijo James, que jugueteaba con un dedo ocioso por un remolino de espuma—. Se sabe muy bien la letra. Pero tú la pones nerviosa.

—Jamie.

—¿Qué? ¿Vais a seguir fingiendo que no sé lo que está pasando aquí? Todos podríamos estar muertos por la mañana. —Hizo una pausa y añadió—. Algunos hasta ya lo estamos.

—No digas eso.

—¿Por qué? —Alzó un hombro en un ademán inquisitivo—. Es la verdad.

Al ver que Wyatt se quedaba en silencio, Peter extendió el brazo y la agarró por la muñeca. La manopla cayó con un chapoteo en el agua mientras él le guiaba la mano entre las rodillas, ajeno a James, que estaba sentado detrás y lo ayudaba a mantenerse en pie.

—Deja de preocuparte —dijo Peter, y alivió la arruga de la frente de Wyatt con un beso—. ¿Es que no has estado prestando atención? Cuesta mucho matarme.

—No es un buen momento para bromitas.

—Pues yo creo que es el momento ideal —intervino James.

Wyatt agitó la mano dentro del agua para salpicarlo.

—Nadie te ha preguntado.

—Déjame en paz —replicó él, con una sonrisa en el gesto.

Sobre ellos, un haz de luz de luna se proyectaba entre los tablones. Peter siguió la mirada de Wyatt y luego la de James. Contemplaron en silencio las rocas nacaradas que se distinguían entre la madera.

—En el colegio aprendí una palabra en galés —dijo James—. *Hiraeth*. No hay traducción directa, pero hace referencia a una nostalgia muy intensa por un hogar al que nunca podrás regresar.

Sus palabras formaron un nudo en el estómago de Wyatt al sentirse tan identificada. Esa era. La palabra que describía a la perfección lo que sentía. Que describía la manera en la que se había pasado todo ese año largo y solitario de luto por la persona que había sido en el pasado, echando

de menos a una Wyatt que nunca volvería a ser.

—Ninguno de nosotros volveremos a ser lo que éramos en el pasado —dijo James, que empezó a recitar en voz alta sus pensamientos—. Y Willow Heath nunca volverá a ser lo mismo para nosotros.

—Para —dijo Wyatt—. Deja de hablar como si todo fuese a acabar.

Pero era la verdad. Ella lo sabía, y también él. No podía ocultárselo ni aunque lo intentase. El agua de la bañera había comenzado a enfriarse y los dedos se le estaban arrugando ya. En esta ocasión, cuando James alzó la vista hacia el collar, ella se lo cubrió con la mano.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó James—. Dudo que unos pocos tablones viejos y clavos oxidados aguanten mucho.

—Tenemos un plan —dijo Peter—. Y Wyatt se va a ceñir a él.

Notó el oro blanco del colgante muy frío en su mano.

—Los tres tenemos que sobrevivir hasta que amanezca —dijo ella—. Ese es el objetivo.

Los ojos de James relucían dorados en la oscuridad a causa del queroseno.

—¿Y ya está?

En ese momento, Peter intentó ponerse en pie a duras penas. El agua le resbaló por el cuello en riachuelos mientras James y Wyatt se abalanzaban sobre él para equilibrarlo, cada uno por un brazo. Peter intentó zafarse, sacó una pierna de la bañera y extendió el brazo para agarrar una toalla.

—Estoy bien. —Se colocó la toalla alrededor del cuello y se frotó el pelo hasta que se le alborotó en todas direcciones—. Dejad de preocuparos por mí. Jamie, tienes que volver a respirar el elixir. No me gustaría que la bestia retornase sin que nos diésemos cuenta.

—Me siento bien —respondió James.

Peter se hizo con los pantalones de chándal con un mohín, metió las manos en los bolsillos y sacó el inhalador. Se lo tiró a James y luego empezó a ponerse los pantalones.

—Venga —dijo—. Hazlo ya.

James frunció el ceño, pero obedeció. El incienso nebulizado del interior se extendió por el ambiente en un siseo indiferente. Wyatt salió de la bañera después que ellos, conteniendo las ganas de ayudar a Peter, de vestirlo a pesar de su orgullo. De obligarlo a hacer una promesa: «Todos vamos a salir vivos de esta».

Los puntos chapuceros del abdomen de Peter estaban rojos y en carne viva. Se parecían mucho a los suyos, que habían terminado por dejarle una cicatriz rosada y llena de costras en el vientre. También a los de James, que tenía el torso remendado como si fuese una colcha de retales. Eran iguales, por dentro y por fuera.

Si había alguien capaz de burlar a la muerte, esos eran ellos tres.

—Secaos —dijo Peter, que les tiró una toalla a ambos—. Nos vamos.

Wyatt se quedó paralizada.

—¿A dónde?

—A la arboleda. —Se puso una camisa limpia—. Es el lugar donde se inició todo, y también será el lugar en el que termine.

30

PEDYR

Era un camino corto el que los separaba de la arboleda, de ese cementerio oculto entre el retorcer laberíntico de las coníferas. En el pasado, antes de que la bestia hubiese anidado entre sus raíces, seguro que los árboles habían crecido verdes y lozanos, con ramas llenas de animales y los troncos pegajosos a causa de la savia.

Ahora estaban marchitos.

Allí no crecía nada. Ni siquiera Pedyr lo hacía.

Avanzaron a toda velocidad y en silencio por los prados, cerca los unos de los otros y sin apartar la vista del cielo. Se agachaban siempre que algo volaba bajo junto a ellos. En el horizonte, la capilla se alzaba entre los pinos, con ese chapitel afilado en la oscuridad y los cimientos cubiertos de pequeñas inflorescencias de un blanco pálido. Los árboles de alrededor estaban envueltos en telarañas; había pruebas de la presencia de la viuda allá donde mirase.

Deseó que todo aquello no lo hiciese sentir tan inquieto. Había ido mil veces a ese lugar. Verano tras verano. Lloviendo y con el cielo despejado, mientras el sol les brillaba con fuerza en la espalda y bajo un manto reluciente de estrellas.

Algo lo hizo sentir bien al percatarse de que se dirigían hacia allí los tres juntos de nuevo.

A pesar de la muerte y debido a ella. Unidos al final de todas las cosas.

En el cielo, la luz estaba más brillante que nunca. Pronto sería medianoche. Pasaría el eclipse. El alba lo teñiría todo de rojo, y el mundo estallaría dorado. Pedyr lo sabía. Había visto muchos amaneceres y todos empezaban a parecerle iguales.

También había visto aquel, en los ojos del custodio mortal.

Sabía lo que iba a ocurrir. No había forma de evitarlo.

Wyatt se detuvo a unos pocos pasos de los escalones podridos de la capilla y alzó la vista hacia la puerta. Desde su encuentro con la viuda, las plantas habían comenzado a enraizar. Los grandes tablones de la estructura de madera estaban llenos de enredaderas, como si lo que sostuviese la edificación fuesen esas cuerdas gruesas y verdes, el abrazo ceñido y dulzón de la madre selva. Wyatt extendió el brazo con un dedo por delante y tocó una flor opalina, lo bastante blanca como para brillar a la luz de la luna.

Luego dijo, en voz baja:

—Nunca había visto algo así.

—Flores del infierno —indicó Peter—. No es buena señal.

James arrancó una de las flores y se colocó el tallo detrás de la oreja.

—También se llaman asfódelos, si os gusta Homero.

Pedyr acarició el borde sedoso de un pétalo con el pulgar y el dedo índice.

—Hemos dejado las puertas del infierno abiertas durante demasiado tiempo, por lo que sus flores se van colando entre las grietas.

—Mmm. —Wyatt arrancó un pétalo y luego lo dejó caer al suelo. Subió por las escaleras y entró en la capilla. Cuando desapareció de su vista, la determinación de Pedyr titubeó. Se tambaleó, inestable. James estaba allí un momento después para colocarse debajo de su hombro y hacer las veces de muleta humana improvisada.

—Eres un cretino —dijo James—. Sabes muy bien lo que es ese collar.

—Sí. —Pedyr cerró los ojos.

—¿Y vas a dejar que lo lleve puesto?

—Voy a dejar que lo destruya.

James soltó una carcajada ahogada. El sonido reverberó entre ellos en la oscuridad.

—Nunca te va a perdonar.

—Lo sé.

Encontraron a Wyatt en el crucero deteriorado de la capilla. El techo había cedido a causa de la lluvia, y las vigas podridas habían terminado por partirse. Del hueco que había en las alturas caía una catarata de hiedras, un fluir de luz de luna pálido que dejaba el suelo cubierto de sombras acuosas y rosadas. Wyatt estaba justo debajo de la luz y alzaba la vista hacia la luna. Tenía un aspecto etéreo, cubierta por ese resplandor argénteo, con el marfil húmedo de su vestido pegado a su cuerpo como una mortaja, y por un momento Pedyr tuvo que enfrentarse a un acceso de dudas. Puede que ella tuviese razón. Puede que lo mejor fuese esperar.

Quizá llegarían a ver juntos el amanecer.

James silbó la antigua nana irlandesa más despacio de lo normal, y Wyatt salió de su trance al oírlo. Se giró y examinó a James mientras Pedyr y él se abrían paso entre los bancos.

—¿Qué le pasa?

—Está un poco cansado —respondió James al tiempo que dejaba a Pedyr en un asiento.

—Lo sabía. —Wyatt se quedó pálida—. Sabía que no tendríamos que haberte sacado de casa.

—Fue idea mía —le recordó Pedyr mientras James se sentaba junto a él, con los codos apoyados sobre el respaldo del banco. Wyatt finalmente se acercó a ellos. Los tres se quedaron allí en silencio durante un rato, contemplando aquel tabernáculo vacío.

A Pedyr le resultaba extraño haberse sentado allí vida tras vida, pequeño y temeroso, para contemplar cómo los integrantes del gremio se inclinaban frente al púlpito. Le resultaba extraño que lo hubiesen desangrado y diseccionado, que hubiesen derramado su sangre en cálices y tirado su cuerpo como un despojo. Le resultaba extraño que el dolor desapareciese, que se

disipase hasta no ser capaz de recordar lo que se sentía exactamente. Intentó pensar en el pasado, recordar sus muertes, pero fue incapaz.

Solo recordaba esta vida. Este rechinar exasperantemente lento del mundo sobre su eje. Solo recordaba a James. La manera en la que reía, iluminado desde atrás por el resplandor titilante de las luciérnagas. Solo recordaba a Wyatt, y la forma en la que los cielos atronaban cuando él la había besado aquella imposible primera vez.

No supo cuándo lo reclamó el sueño. Solo lo que lo despertó.

Fue el chasquido y el rasguñar del ónice sobre la madera. Abrió los ojos, rodó para evitar que le diese un calambre en el hombro y se encontró a James Campbell escabulléndose al amparo de la oscuridad.

—No te vayas —dijo Pedyr, con cuidado de no despertar a Wyatt. Ella estaba hecha un ovillo en uno de los bancos, con la cabeza en su regazo y el pelo suelto y ondulado. James se detuvo al oír su voz. Giró el cuello, le estallaron los huesos y contempló muy despacio a Pedyr. Su mirada había vuelto a ser de ese negro sin lustre e insólito. Parecía muy tenso, con la flor del infierno marchitándose tras la oreja y el beso de la viuda en la garganta.

—¿Qué? ¿Queréis público?

La pregunta reverberó por el silencio cavernoso. Wyatt se movió y ninguno dijo nada, a la espera de que volviese a quedarse quieta.

—No quiero que te alejes —respondió Pedyr cuando la respiración de Wyatt se volvió regular—. Por si el plan no sale bien.

—¿Estás loco? Si algo sale mal, será por mi culpa.

—Eso no lo sabes con seguridad.

—Lo siento, Peter. —Se tocó el esternón con dos dedos y torció el gesto en un mohín—. Está aquí dentro y no deja de consumirme. Pedazo a pedazo. Da igual el plan maestro que hayas preparado. Esto no es estable. No podemos confiar en ello.

—Usa otra vez el inhalador.

Los tendones sobresalieron en el cuello de James cuando tragó saliva.

—Ya lo he hecho dos veces.

Pedyr se pasó una mano por la cara y sintió como si se estuviese desinflando poco a poco. El agotamiento se había apoderado de él, un cansancio anquilosante que lo hacía ver doble.

—¿No puedes aguantar un poco más?

—¿Para qué?

Al ver que Pedyr no respondía, James soltó un improperio y se alejó del banco. El retumbar de sus botas hendió el silencio mientras la oscuridad de la capilla se lo tragaba. Cuando volvió, lo hizo a toda velocidad, con rubor en las mejillas y el pelo alborotado, como si hubiese estado tirando de él. Se dejó caer en un banco frente a ellos, se inclinó hacia delante y apoyó las manos

en la madera.

—Hiciste cosas muy estúpidas cuando erais niños —dijo—. Nunca te dije nada. ¿Cómo iba a hacerlo? Tu mundo es muy pequeño, solo una mota en la inmensidad. No conocías nada más. Pero ¿esto? ¿Quieres que me quede con los brazos cruzados mientras dejas que ella lo destruya todo?

—Vas a despertar a Wyatt —fue lo único que dijo Pedyr.

—Claro, voy a despertar a Wyatt, ¿no? —Soltó una carcajada forzada—. Si no estuviese durmiendo, te daría un puñetazo en la cara.

—Eso no me haría cambiar de idea.

—No —convino James—, pero me haría sentir mejor. —Se arregló las mangas de la camisa y se reclinó contra la madera del asiento para luego echar la cabeza atrás y mirar el cielo despejado. La luz blanca de las estrellas relucía en la oscuridad de la medianoche. Pasó mucho rato antes de que volviese a hablar—. Donde estaba, no había estrellas. ¿Lo sabías? Me consumió... esa oscuridad insondable. No había nada que hacer, a excepción de rasguñar hasta que me sangraron los dedos. Hasta que se me hicieron pedazos. El espacio consigue que te sientas finito, pero allí... —Miró los anillos negros de sus dedos. Eran franjas sin pulir y talladas a mano con un martillo. Cinco anillos para los cinco años mortales que había pasado en las profundidades del infierno. Dio la impresión por un instante de que se encontraba muy lejos, de vuelta en esa negrura profunda donde lo había enterrado Pedyr.

—Nunca tuviste una educación formal —dijo al fin—. ¿Sabes lo que ocurre cuando explota una estrella?

—No —admitió Pedyr.

—Se traga a sí misma. Nada escapa de ella, ni siquiera la luz. —Miró a Pedyr a los ojos—. Si ese collar hace lo que se supone que tiene que hacer, conseguirás el mismo efecto.

Pedyr tragó saliva.

—No tengo miedo de la oscuridad.

—Pero ¿y si lo tengo yo? —La boca de James se torció en una sonrisa sarcástica—. ¿Y si no quiero volver?

—Ya estás muerto, Jamie —susurró Pedyr—. No puedo salvarte, pero a ella sí.

Un traqueteo en el exterior hizo que levantasen las cabezas. Wyatt se envaró al instante, despierta por completo.

—¿Qué ha sido eso?

James se llevó los dedos a los labios.

—Silencio.

—Wyatt —llamó una voz desde la arboleda. Pedyr sintió un escalofrío al reconocer la voz de Mackenzie Beckett—. Wyatt, ¿estás ahí? Dios, acabo de pisar algo húmedo. ¿Hola? ¿Hay

alguien? Las luces de la granja están apagadas. Por favor, no me digas que he conducido hasta aquí para nada. —Un rasguñar. El crujido de la madera podrida al pisar. La voz bajó una octava, grave y constreñida—. ¿Wyatt?

—No es ella —dijo Pedyr, que vio que Wyatt se había incorporado en el banco junto a él, con las piernas cruzadas bajo el resto del cuerpo y la palmas bocarriba en el regazo.

—Wyatt —canturreó el mímico—. Las garras rechinaron contra la madera de la capilla, como uñas en una pizarra—. Sal a jugar.

Wyatt giró la cabeza para seguir el origen del sonido. Puso los ojos en blanco hasta que solo quedó en ellos la esclerótica. James extendió la mano hacia ella, pero Pedyr lo detuvo con un brazo.

—Déjala.

Contemplaron, cautivados, cómo las venas de los brazos de Wyatt se convertían en rugosidades gruesas y descoloridas. Se hizo el silencio por unos instantes, uno sepulcral y católico. Y luego, sin aviso, echó la cabeza hacia atrás con brusquedad. Abrió los ojos y miró sin parpadear hacia la luna.

—Esto no me gusta nada —dijo James, mientras ella soltaba un grito sacrílego.

31

WYATT

Wyatt estaba ronca y tenía la garganta en carne viva. Soltó un grito ahogado en la oscuridad, y las estrellas estallaron en su pecho con chispas rojas propias de una supernova. La energía le recorrió las venas, suave y descontrolada. Y ella, en el tejido propio de sus pensamientos, lo sintió: el estallido de la succión, como el que haría una bota al separarse del barro. La tierra se agitó. Los cielos se dieron la vuelta. En algún lugar fuera de la capilla, enterrado en esa negrura profunda y aterciopelada, el bosque intentó alejarse de lo que estaba haciendo.

Notó algo extraño en su mente, un tirón en la cabeza, y sintió el entrelazamiento de las enredaderas a través del espacio intercostal. La hiedra común cubrió la membrana alrededor de una escalera de vértebras puntiagudas. Le resultaba extraño todo el tiempo que había pasado intentando aferrarse a la nada, sintiéndose desatada e intratable, para terminar por encontrar los hilos que necesitaba adormecidos en su interior. Tirar de ellos le resultó lo más sencillo del mundo.

Otra sacudida, otro tirón. Algo se alzó de la tierra con un estremecimiento corpóreo. Simple, simple, simple. Lo vio allí, dispuesto a la perfección, como si estuviese sentada frente a un telar y su corazón fuese el lizo, como si su pulso emitiese una urdimbre de energía a través de sus venas. La imagen comenzó a adquirir forma de repente, un tapiz frondoso de hueso y flores. Wyatt abrió los ojos justo a tiempo para ver cómo la puerta principal de la capilla se cerraba con los tallos gruesos de una enredadera.

James se inclinó hacia delante en el banco, con los ojos entrecerrados.

—Madre mía.

Wyatt tardó un momento en comprender qué era lo que estaba viendo. Cuando lo hizo, sintió un nudo en el estómago. Había un esqueleto desenterrado colgando del umbral de la puerta, entretejido entre aquella pared verde.

Wyatt relajó el cuerpo sin dejar de mirar.

—Estaba intentando proteger la capilla.

—Y en lugar de eso has reanimado a Peter. Bien hecho.

James saltó por encima del respaldo del banco y se dirigió al pasillo para ver mejor la creación de Wyatt.

—No es lo que quería hacer —espetó Wyatt—. Peter, lo siento mucho.

Pero Peter había desaparecido. Wyatt se giró para buscar entre las sombras algún rastro de él, y advirtió que la pequeña puerta de la rectoría estaba abierta. Se dirigió hacia allí y metió la cabeza en la estancia. Había un viejo farol encendido, con una bombilla que titilaba con resignación. Peter estaba sobre el colchón ajado, con la cabeza torcida junto al techo inclinado. Por el suelo y desperdigados estaban todos los objetos que Wyatt había visto la última vez que había entrado en aquel lugar: yoyós, cochecitos de juguete y pequeñas figuras de acción, todo descolorido. Peter se inclinó hacia delante y agarró un soldadito para luego examinarlo desde todos los ángulos.

Wyatt tocó con suavidad la pared para anunciar su presencia. Él no alzó la vista, ya que la tenía fija en el lanzacohetes verde y ancho que el soldado tenía apoyado en el hombro.

Tierra quemada, pensó ella.

—¿Qué haces aquí?

Dejó el juguete sobre la mesa y vio cómo caía hacia un lado.

—Me despido.

Hubo algo en la manera en la que lo dijo que hizo que Wyatt notase una tristeza acuciante en el pecho. Se llevó las manos al cuello en busca de la luna plateada, pero cerró los dedos sobre el botón de Osito.

—No tenemos por qué hacerlo —susurró ella. Lo dijo con una voz tan quebrada que Peter la miró. A la luz titilante de la bombilla led, sus ojos parecían gris pizarra. Un arroyo que empezaba a derretirse en abril, poco a poco—. No tenemos que despedirnos, quiero decir. Cuando esto se acabe, podríamos quedarnos aquí, ¿no?

Si nadie más lo decía, tendría que hacerlo ella. Peter se había quedado paralizado como una estatua. La intensidad de su mirada fue suficiente para inquietarla.

—¿Cómo crees que va a acabar esto, Wyatt?

—Pues fácil. Vuelvo a colocar las salvaguardas. —No le había comentado que acababa de desenterrar su esqueleto de la tumba, evitando hablar así sobre la terrible verdad que ocultaban sus capacidades. No se sentía muy diferente a la bestia, capaz de usar algo muerto como una marioneta para cumplir sus propósitos. Luego dijo, esforzándose por que no se le quebrase la voz —: Puedo hacerlo.

—Sé que puedes. Siempre has podido. —Se encogió con un solo hombro—. ¿Y luego qué?

—¿A qué te refieres?

—Las salvaguardas se debilitarán. Todo lo que está vivo lo hace siempre. —Se acercó, con cierta cojera—. ¿Te quedarás aquí durante el resto de tu vida? ¿Día tras día? ¿Cuidando las salvaguardas hasta que seas una anciana con la espalda arqueada y al borde de la muerte?

Wyatt tragó saliva, con los nervios a flor de piel. No le gustaba la manera en la que Peter la miraba, con los ojos muy abiertos y cargados de determinación.

—Solo intento sobrevivir a esta noche, Peter. No me he planteado el futuro.

—¿Por qué no? Hazlo conmigo aunque sea por un momento. Te encanta hacerlo. —Se había acercado mucho a ella, con los hombros encorvados hacia delante y aprisionándola contra la pared—. ¿Y si tienes hijos?

—¿Hijos? —espetó, sorprendida—. Tenemos dieciocho años.

«Tenemos», acababa de comentar. No había dicho «tengo». Se sintió fatal por lo que había dicho, pero Peter no se percató de lo mucho que Wyatt rehuía la idea ni del rubor en sus mejillas.

—Pero no siempre los tendremos —dijo él en voz baja—. ¿Y si ellos no son capaces de hacer lo mismo que tú? ¿Les enseñarás a sangrar por el bosque? ¿Les mostrarás cómo usarme, cómo pulverizar mis huesos?

—¿Qué? —El pavor se apoderó de ella—. No. Nunca.

Peter apretó los labios. Tenía los ojos del azul de la nieve derretida, unos que a Wyatt le resultaban muy familiares.

—No pienso hacerlo, Wyatt. No pienso atarte a este lugar solo para no perderte. Y esa es la única posibilidad para mantener la oscuridad confinada en el bosque. Este lugar te consumirá más de lo que ya lo ha hecho.

Wyatt soltó un resoplido quebrado, casi un sollozo.

—Ninguno de nosotros quedará atado a este lugar. Esta noche vamos a enviar a esa bestia de vuelta a su lugar al otro lado del cielo.

—Así es. Eso es lo que vamos a hacer. —Peter extendió la mano y rozó la curva del pendiente—. Cuando el eclipse esté en su punto álgido, romperás esto. Antes de que cualquier otra cosa entre en la capilla.

Resonó otro golpe en la puerta, y apareció James con gesto sumiso. Sus ojos negros permanecieron demasiado tiempo fijos en el collar.

—Ya casi ha llegado la hora.

Los tres volvieron a la nave, donde la luna brillaba roja y redonda en la luz moteada de enredaderas. En el cielo había una oscuridad extraña, y la capilla estaba cubierta por una débil tonalidad rosácea. La última vez que habían estado juntos así se habían tumbado cabeza contra cabeza en la arboleda para contemplar la luna pasar.

Wyatt recordaba esa noche como si hubiese sido ayer; con el recuerdo del beso de Peter indeleble en su mente, había extendido la mano por impulso para agarrar la suya en la oscuridad. Le aterrorizaba pensar siquiera que él la rechazase, nerviosa porque sentía que James estaba muy atento a todos sus movimientos. Pero luego Peter la había agarrado con fuerza, anclándolos en esa oscuridad interminable. Se había quedado muy quieta y casi no se había atrevido a respirar. Tras su pecho, el corazón le canturreaba como un pajarillo.

James fue el primero en oír al gremio acercándose. Había levantado la daga y buscaba entre los árboles.

«Alguien se acerca».

Se acercaron y lo encontraron mirando al suelo. Unas flores blancas de flox nocturna se asomaban entre la tierra, con los pétalos abriéndose rosados y preciosos bajo la luna.

«Joder —había dicho. En el bosque, alguien gritó sus nombres. La luz de una linterna partió la oscuridad entre los árboles. Durante un instante, el miedo quedó iluminado en el rostro de James—. Peter, ¿lo tienes?».

Peter se limitó a quedarse mirando el bosque. Como siempre hacía, escuchando el lento respirar de la naturaleza. James se había colocado frente a su línea de visión, para luego agarrarlo por los hombros y zarandearlo con fuerza.

«¡Peter, mírame! La daga. ¿La has traído?».

«Sí —respondió él, lacónico. Cauteloso. No había mirado a Wyatt—. La tengo en la bota».

«Pedazo de imbécil. —James lo empujó golpeándole con fuerza el pecho. Peter se tropezó detrás de él y el talón de la bota arrancó las flores de raíz—. Te destriparán si te encuentran. ¿Qué tenías pensado hacer con ella?».

«Nada».

«Nada —repitió James con tono burlón, y entonces lo empujó por segunda vez. Peter se golpeó la espalda con el tronco amplio de un olmo—. ¿Te gusta pensar en ello sin más? ¿Quieres fingir que podrías?».

Sin previo aviso, Peter lanzó un puñetazo que impactó en la nariz de James. Este se había tambaleado hacia atrás mientras la sangre le salpicaba la cara de rojo. Wyatt se colocó entre ellos y había hecho todo lo que había podido para evitar que Peter lo golpease otra vez. En ese momento, estaban rodeados por todo un grupo de linternas, luces que se zarandeaban entre hileras e hileras de árboles. La arboleda había quedado cubierta de plata.

James se enjugó la sangre de la barbilla y pateó la tierra junto a las flores. Después la rodeó, con la rabia brillándole en la mirada.

«Sal de aquí, Wyatt. No dejes que te vean».

Ahora estaban solos. Dentro de la capilla derrumbada entre enredaderas y botones de hueso. Nadie iba a por ellos. Se habían acabado los secretos. Se había acabado el tiempo. La luna de sangre estaba en su apogeo, roja y opaca. Su tía había dicho en una ocasión que era la luna más violenta. Wyatt no dudaba que fuese cierto.

A su lado, James agitó el inhalador. Traqueteó vacío en el silencio.

—Supongo que hasta aquí ha llegado.

—¿Qué? —Wyatt lo miró, sorprendida—. ¿Ya se ha acabado? ¿Tan pronto?

—Bueno, es que no hay una dosis concreta para mi enfermedad. Tu prima es una bruja muy lista, pero no le digas que he dicho eso.

El corazón empezó a latirle desbocado.

—¿Y ahora? ¿Se acabó? ¿Te dejamos ir sin más?

James le dedicó una mirada sarcástica.

—Eso es lo que se suele hacer con los muertos normalmente, sí.

—Esto no tiene nada de normal, y lo sabes. Tenemos que hacer algo.

—Estamos haciendo algo —le recordó Peter, y ella sabía que se refería al collar.

—Eso no. Otra cosa.

—¿Como qué?

—¡No lo sé! —El grito se extendió por la oscuridad—. ¡Lo que sea!

Peter se frotó la nuca, más cansado de lo que Wyatt lo había visto nunca.

—No tiene sentido luchar. Ya se ha tomado la decisión. James se marcha.

James, apoyado en un banco cercano, no lo negó.

—Jamie, no puedes. —Wyatt sintió como si le hubiesen dado un puñetazo en las entrañas—. Salir no es seguro.

—Ni quedarnos aquí tampoco —dijo él—. No mientras yo esté con vosotros. No me gustaría estar en el lado equivocado de las salvaguardas cuando llegue lo peor.

A Wyatt no se le ocurría nada peor que el hecho de que James no estuviese allí con ellos, enfrentándose juntos a ese final incierto. Estuvo a punto de decirlo, pero él siguió hablando.

—Reconozco el collar, ¿sabes?

Wyatt empezó a respirar de forma entrecortada.

—¿Lo reconoces?

—Sí. Mi padre estuvo obsesionado con él durante años. Sabía que el tuyo se dedicaba a algo secreto en la buhardilla, y se volvió medio loco intentando descubrir qué era. Algunos días, solo hablaba de eso.

—Entonces, ¿sabes lo que hace?

James miró a Peter por encima de la cabeza de Wyatt, y se comunicaron sin palabras.

—Sí —dijo al fin, resignado—. Sé lo que hace.

—No tienes por qué hacer esto —se apresuró a decir ella—. No tienes por qué marcharte. Mackenzie puede preparar más. Sabe hacerlo.

—Mackenzie no está aquí.

Se oyó un aullido en el bosque. Fue un sonido largo y grave, el grito de algo que estaba de caza. Wyatt sintió como arena en la garganta, como si su cuerpo fuese un reloj de arena. El tiempo no dejaba de pasar.

—Te protegeremos —susurró Wyatt—. No puedes marcharte. Peter, díselo.

Pero Peter se quedó en silencio y alzó la vista hacia la luna a través de los ojos entrecerrados. Tenía la camisa pegada a un costado, donde la sangre manchaba el algodón de rojo.

—Sabe que tengo razón —dijo James al tiempo que se guardaba el inhalador—. Y me dejará

marchar, porque no quiere que me quede aquí solo contigo cuando llegue el momento.

—¿Acaso eres su intérprete o qué? —espetó ella.

James contuvo una carcajada, tiró de ella para acercarla y después la envolvió en un fuerte abrazo. Wyatt intentó zafarse, pero él se mantuvo firme y le dio un beso en la parte superior de la cabeza.

—Te quiero, Wyatt Westlock. ¿Lo sabías?

Wyatt consiguió soltarse mientras las lágrimas se le derramaban por las mejillas. A sus pies, unos capullos alargados habían empezado a crecer entre las grietas de la madera. Poco a poco, se abrieron y conformaron algo parecido a corazones sangrantes. A Wyatt le dieron ganas de arrancarlos, uno a uno, de esconderse donde nadie pudiese verla. Había pasado mucho tiempo intentando no mostrar sus sentimientos, pero ahora se le estaban escapando por las costuras. En carne viva, obviedades que dejaban su corazón al descubierto. Era demasiado. Aquello era demasiado.

—Te toca —dijo él—. «Te quiero, Jamie».

—No.

El atisbo de una sonrisa se perfiló en sus labios.

—Te arrepentirás.

A lo largo de toda la puerta cubierta de esqueletos, las flores infernales se habían abierto, blancas y finas como el papel. También había cogollos del color de la medianoche, con estambres negros que luego se abrían a lo que parecía la boca de un cráneo. En la penumbra, los ojos de James destacaban demasiado negros. Ya había empezado a marcharse, y la bestia lo iba recuperando poco a poco. Se crujió los nudillos, y los huesos le estallaron al alinearse.

—Bueno, esto va a ser divertido.

—Sí, divertidísimo va a ser.

James les dedicó una sonrisa cegadora.

—¿Acaso no vamos a despedirnos?

—Ya lo hemos hecho —dijo Peter, que se aferró la herida del costado—. Cuando te quemé, ¿recuerdas?

James chasqueó la lengua.

—Siempre tan sensible.

Cruzó el espacio que los separaba y agarró a Peter por el cuello para luego chocar cabezas con él. Este soltó un aliento entrecortado y cerró los ojos. Se quedaron así un instante o dos, sin decir nada. En el bosque, algo soltó un gorjeo nítido y agudo.

James dijo al fin:

—Creo que te estás desangrando.

—Un poco.

Se separaron, y las agujas rojas de la camisa de Peter se convirtieron en franjas sangrientas. James los miró a los dos.

—Seguro que los veranos en el lago de Como habrían sido más tranquilos.

Peter y Wyatt se quedaron el uno junto al otro y lo vieron marchar, a través de los eléboros y hacia los árboles del exterior. Lejos del santuario donde habían luchado, crecido y jugado.

Cuando desapareció y la noche quedó en silencio, Wyatt se giró hacia Peter.

—¿Y ahora qué?

—Yo necesito sentarme —admitió él—. Antes de que me dé algo.

—Dios. Lo siento. —Ella se acercó para ayudarlo y lo llevó hasta la base del altar. Peter se deslizó hacia abajo por él y la arrastró consigo. Chocaron contra el suelo con más brusquedad de la que pretendían. Después Peter extendió los pies con un gruñido. Tenía una palidez espectral, y la herida del costado no dejaba de sangrar.

—Creía que habías dicho que sabías coser heridas —dijo Wyatt.

—No dije que se me diese bien. ¿Quién te crees que cosió la tuya?

No esperó una respuesta. En lugar de eso, se inclinó hacia delante y la besó, despacio y con intensidad.

—Ya sabes qué hacer —dijo cuando separaron las bocas.

—¿Ahora?

—No podemos retrasarlo más —aseguró—. No sería justo para Jamie. Viniste para que descansara, no para dejar que ese monstruo acabase con él.

En el bosque del exterior, algo pesado había empezado a acercarse entre los árboles. Un titán que salía de las profundidades del tártaro.

—Ya, Wyatt —dijo Peter, algo desesperado.

Ella extendió el brazo hacia el colgante y tiró con la fuerza suficiente para separarlo de la cadena, que le cayó en la palma de la mano como una espiral plateada. Acarició con dedos torpes el borde de la luna hasta que encontró una pequeña bisagra en la parte alta.

—No creo ni que haga falta romperlo —murmuró—. Tiene una bisagra. Parece un relicario.

Wyatt miró el colgante con el ceño fruncido y jugueteó con él hasta que algo hizo clic. Le dio la impresión de que Peter contenía el aliento cuando se movió la bisagra y el colgante se abrió en dos medialunas. Goteó sangre, negra y húmeda en su palma.

—Qué asco.

—Es sangre de la bestia —explicó Peter mientras ella agitaba la mano—. De los árboles marchitos de la arboleda. Es un antiguo ritual alquímico. Expuesta al exterior, el compuesto termina por separarse y corta el cordel que une a la bestia a esta parte del cielo. Ambas partes volverán al abismo.

—Pero eso no tiene sentido —dijo Wyatt, que no había dejado de inspeccionar el colgante—.

Jamie murió hace tan solo cinco años. La bestia lleva aquí desde hace siglos.

—Eso es cierto —dijo Peter, despacio.

Ella negó con la cabeza.

—Además, Price dijo que la bestia se alimentaba del alma de Jamie, que era una relación parasitaria, no un vínculo.

—Lo es.

El ambiente de la capilla era rancio e inerte. Un frío terrible asoló su piel.

—Acabas de decir que es un compuesto lo que hay aquí dentro. Sangre de la bestia..., ¿y qué más?

—Wyatt...

—¿Qué más?

—Harina de huesos —dijo Peter en voz baja.

Wyatt se quedó sin aire en los pulmones. El colgante se le cayó de las manos, al suelo que los separaba, y empezó a repiquetear.

—La bestia no estaba unida a James. Estaba unida a ti.

Alzó la vista hacia Peter y él no dejaba de mirarla, con esos ojos claros y fríos como el hielo. Un fino hilillo de sangre le caía por la nariz. Negro como el alquitrán. Denso como la savia.

—No.

La boca se le torció en algo parecido a una sonrisa.

—Te quiero.

—No. —La voz de Wyatt brotó de su interior como si acabase de escupir piedras—. Esto no puede estar pasando.

—Wyatt —dijo él, con más calma que nunca—. ¿Me has oído?

—Te he oído, mentiroso. Te he oído. Y te odio.

Una sonrisa tiró de las mejillas de Peter.

—No lo dices en serio.

—Me has engañado.

Los ojos de Peter relucieron rosados.

—No lo habrías hecho de no haber sido así.

—Esta es la razón por la que él se marchó —dijo Wyatt—. James... Dios. ¿James lo sabía? ¿Lo sabía y se marchó a los bosques para dejar que yo te matara?

—Teníamos opiniones diferentes —explicó Peter, a quien parecía como si le faltase el aire. Se estaba asfixiando. Estaba muriendo allí frente a ella. Y era su culpa. Como si lo hubiese dicho en voz alta, Peter le recriminó—: Yo he elegido esto, Wyatt.

—Claro que no lo has elegido —gritó ella—. Dime cómo pararlo.

—No se puede. Ya está hecho.

—Pues no quiero. Te dije qué era lo que quería. Quería quedarme aquí contigo. Quería... todo lo que hablamos. —Las palabras brotaban de ella en un balbuceo incesante. No conseguía detenerlas—. Podemos pelearnos. Podemos odiarnos. Podemos cuidar de este lugar hasta que seamos viejos y estemos encorvados. Me da igual. Me da igual lo que hagamos, pero quédate conmigo.

Él negó con la cabeza.

—Ya te lo he dicho. He burlado a la muerte durante demasiado tiempo. No estoy hecho para vivir así.

A Wyatt le dieron ganas de pegarle. De gritar. De abrir la tierra en canal. Se puso en pie y empezó a buscar, desesperada. No había nada allí que pudiese ayudarlos. Lo único que había era oscuridad, y el primer indicio del amanecer que ya se percibía en la ventana del claristorio.

Se le ocurrió que James quizá seguiría cerca y la oiría en caso de gritar. James Campbell, maquinador y organizador. Él entendía los entresijos del gremio más de lo que ella lo haría nunca. Seguro que tenía claro qué hacer.

—James —gritó, con voz cada vez más alta—. ¡James Gavin Campbell!

—No servirá de nada —dijo Peter—. Se ha ido.

—No. —Wyatt se dejó caer de rodillas frente a él y hundió la cara entre las manos—. Lo has arruinado todo. ¡Todo!

Peter cerró los ojos, y Wyatt sintió su aliento entrecortado y luego le puso una mano en el pecho, donde sintió el latido de su corazón bajo la camisa.

—El final siempre ha estado ahí —dijo él.

—Pero no tenía por qué ser así —espetó ella—. Se suponía que ibas a volver a casa.

—No pasa nada. —Peter presionó los labios contra los párpados de Wyatt, uno tras otro. Los besos se humedecieron a causa de las lágrimas—. Wyatt, no pasa nada. Ya estoy en casa.

Ella quiso decir algo mordaz, pero luego él soltó un gruñido y se dejó caer contra la piedra que tenía a la espalda. El altar donde había muerto, una y otra vez, a manos de la familia de ella. La sangre se derramaba por su oreja izquierda y formaba un río rojo. Wyatt la enjugó con el pulgar mientras las lágrimas caían descontroladas por sus mejillas.

—Por favor —susurró—. No me dejes sola. Por favor.

—Los cielos se sellarán. Estarás a salvo.

—¡Los cielos me dan igual! —Lo dijo casi gritando. Las piedras se estremecieron debajo de ellos, como si su aflicción hubiese provocado un terremoto—. No puedes dejarme aquí sin ti.

—Todo irá bien. —Empezaron a nublársele los ojos, perdieron color, cada vez más opacos—. Estarás bien, Dalia.

Se oyó un repiqueteo extraño, como de unos dados al caer sobre la madera. Unas pisadas hicieron que se diese la vuelta hacia la puerta. Un par de integrantes del gremio encapuchados se

encontraban en la entrada y miraban una pila de huesos cubiertos de hiedra. Al principio Wyatt creyó que las salvaguardas habían fallado. Pensó que los acólitos reanimados del invernadero al fin habían logrado llegar hasta allí, tras volver a la vida cuando la bestia se había librado de la precaria contención de James.

Pero las salvaguardas solo servían para contener la oscuridad, no a los mortales. Un segundo vistazo a los recién llegados le indicó que estaban muy vivos. Reconoció a algunos de ellos: parecidos a su padre, adustos y muy serios. La contemplaron a través de ojos entrecerrados mientras veían a Peter morir a su lado.

—¿Esto qué es? —exigió saber Wyatt—. ¿Qué está pasando?

—Campbell nos ha enviado a esperar —dijo el más alto de los integrantes del gremio—. Nos ha dado instrucciones muy claras. Permanecer ocultos y dejar que el plan del chico llegue a su fin. —Luego, con una risotada añadió—: Diría que el final está muy cerca, sí.

32

WYATT

—¿Campbell? Wyatt se puso en pie a duras penas sin entender muy bien lo que estaba pasando. Bajo ella, el suelo temblaba a medida que una planta de cenizo hacía presión para brotar a través de las rocas—. James no está aquí.

Los integrantes del gremio la miraron con gesto curioso.

—James Campbell lleva muerto cinco años —dijo uno, como si fuera una ignorante—. Su padre es quien nos ha ordenado venir.

Apareció otra figura: Joseph Campbell, alto, formidable y con un traje de tres piezas. El tipo que había puesto en marcha todo aquello, desde Salem, cuando le había entregado las escrituras de Willow Heath. Ahora analizaba a Wyatt con una mirada oscura y escrutadora que hacía que se pareciese mucho a su hijo.

—Has cumplido con tu parte a la perfección —dijo—. Estoy muy contento.

—Ayúdalo —dijo Wyatt—. Por favor.

Pero Joseph no se movió.

—No hay nada que hacer con el chico. La muerte lo persigue desde el día en que su padre le clavó un hacha en el vientre.

—No. —Wyatt negó con la cabeza—. No pienso aceptarlo.

El rostro de Joseph se volvió contemplativo mientras la miraba de soslayo.

—En manos de los Westlock, la misión de este gremio siempre ha sido pasiva. Tu padre, al igual que sus antepasados, solo quería acallar el bosque. Se veían como guardianes que protegían el mundo mortal de todos los antiguos horrores que pudiesen escapar de las fauces del bosque.

Extendió una mano y arrancó un asfódelo de la puerta. Lo giró entre los dedos, de ese blanco papel.

—Nunca me ha gustado hacer las veces de espectador. Prefiero la acción. Hubo una época, al principio, en la que creía que algún día James y tú terminaríais por casaros. Me pareció una unión muy inteligente. Cuidaríais a Peter, te controlaríamos a ti y Willow Heath acabaría bajo el control de los Campbell. En nuestras manos, los grandes poderes del infierno no quedarían acallados, sino que terminaríamos por controlarlos. Les pondríamos bridas, como a un semental, para usarlos como montura de guerra.

Wyatt casi había dejado de oírlo. Lo único que sentía era el lento golpeteo del corazón de Peter bajo su pecho. Lo único que oía era el horrible gimoteo. Los pétalos caídos quedaron aplastados bajo las botas de Joseph cuando se acercó. La miraba como si fuese algo salvaje y con colmillos, listo para abalanzarse.

—Imagina el regalo de la inmortalidad en manos de alguien que sepa cómo usarlo. Un hombre, no un chico. Pero he descubierto que el don de Peter no es fácil de compartir.

Wyatt consiguió hablar al fin.

—¿Has descubierto? Envenenaste a tu propio hijo.

—El fin justifica los medios —dijo Joseph, que hablaba de su propio hijo como si fuese poco más que un estorbo—. Lo decía Nicolás Maquiavelo. Todo se basa en el consecuencialismo. Que algo sea bueno o malo solo depende del resultado. Y mira este final, una solución perfecta para un dilema de cientos de años. El padre de Wyatt creía que desterrar a la bestia liberaría a su hija. Pero, en lugar de eso, solo consiguió pasarme a mí las riendas.

—No la toques —espetó Peter, que intentó sin éxito ponerse en pie. La sangre brotó de sus labios, oscura como el vino, cuando cayó de rodillas. Lo único que lo mantenía erguido era la mano de Wyatt en el hombro—. Te mataré.

—Amenazas vacías —soltó Joseph—. No lo recordarás, pero tenía diez años la primera vez que los vi matarte. Era muy honroso que te dejasen entrar en esta capilla y contemplar una iniciación formal. Mi padre creyó que sería bueno para mí ver cómo hacían historia. En lugar de maravillarme, solo sentí asco. Todo ese poder..., y nadie iba a usarlo excepto tú.

Se giró hacia Wyatt y la examinó con un extraño fervor en la mirada.

—Ahora tú —continuó Joseph, con asombro en la voz—. Wyatt Westlock. Dios, ¿quién lo habría pensado? Nos hemos enterado de lo que has hecho. Estábamos en la arboleda y vi cómo sacabas los huesos de Peter del suelo. Activaste las salvaguardas sin derramar ni una sola gota de sangre. Sin tinturas ni harina de hueso ni heridas que estuviesen a la vista. Solo energía pura. Este mundo no ha visto una magia como la tuya en siglos. Imagina las cosas que podría hacer con una chica capaz de abrir la tierra bajo sus pies. Podría destruir ciudades y declarar guerras.

—No la toques —repitió Peter, pero lo dijo con voz quebrada. Soltó un aliento borboteante, y Wyatt se acercó a él desesperada, pero un brazo la agarró por la cintura. La levantaron del suelo y los pies le salieron despedidos por los aires al tiempo que un grito salvaje brotaba de su garganta.

—Lleváosla —dijo Joseph—. Quemad este lugar hasta los cimientos.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó alguien tras ella.

—Dejadlo. Ya está muerto.

—No. —La palabra brotó de su garganta con desesperación. Wyatt miró a Peter a los ojos, abiertos y llenos de miedo. Intentó levantarse, pero cayó al suelo, una y otra vez, con las manos apoyadas en los bancos para ayudarse, las rodillas chocando una y otra vez contra el pavimento de madera. Ella se afanó con el mismo ímpetu, forcejeando a intentando clavar las uñas como si fuese una gata callejera. Hizo brotar la sangre más de una vez. Sobre ellos, empezaron a distinguirse los primeros haces de luz del amanecer, que iluminaron el pelícano del claristorio. La luz refractó por el suelo en chispas rojas, amarillas y azules.

—¡Soltadme! —gritó—. ¡Que me soltéis!

—¡Atadle las manos! —gritó Joseph, desde algún lugar fuera de su vista—. No la dejéis conjurar nada.

Ella pataleó una y otra vez con rabia. La satisfacción brotó en su pecho cuando golpeó algo con los talones. Cayó, y su captor quedó de rodillas con un gruñido. Se liberó durante unos instantes y volvió a caer con fuerza, lo que la dejó sin aire en los pulmones. Después empezó a gatear por los escalones, a cuatro patas como un animal.

—Peter —lloró al tiempo que intentaba ponerse en pie—. ¡Peter!

—¡Que no escape! —El grito de Joseph quedó ahogado por el viento, que no dejaba de arreciar. A lo largo de aquel horizonte dividido por el sol, los árboles se agitaban descontrolados—. ¡Que alguien la agarre ya!

—Peter —repitió ella, que se tambaleó por la puerta abierta.

Peter estaba inmóvil en el suelo, de costado y al parecer sin vida. Tenía los ojos abiertos, como dos estanques azules y ciegos. Había extendido un brazo, con la mano abierta como si intentara llegar hasta donde se encontraba ella.

El corazón de Wyatt dio un vuelco, inerte durante unos segundos, para luego volver a latir. Rápido. Rápido. Rápido. Latió sin parar en su interior, como un reloj. Ella, mientras, con el vestido negro a causa del barro y las manos llenas de sangre, era un reflejo de la imagen del custodio mortal, con la aflicción formando algo retorcido que le envolvía los huesos.

Tomó aire una sola vez. El amanecer estaba frío y despejado.

Gritó.

Fue un grito que consiguió fracturar los cielos. Lo sacó de las entrañas, hasta que sintió que el tejido de su mente empezaba a rasgarse a causa del sonido. El mundo se salió de su eje, se resquebrajó, y la madera se movió bajo sus pies.

Sobre su cabeza, los cristales estallaron e hicieron llover sobre ella todo un caleidoscopio de tonalidades sonrosadas. Las esquirlas le abrieron la piel y se le entremezclaron con el pelo, para luego caer al suelo en una lluvia irregular. Gritó y gritó hasta que solo quedó polvo en sus pulmones, y luego siguió gritando. La voz se le quebró, se volvió ajena hasta parecer que brotaba de un pozo oscuro y profundo. A su alrededor, la capilla se convirtió en un gris informe y borroso, como si hubiese roto por completo el tejido del tiempo.

Y luego se quedó en silencio tras un sollozo. Toda la rabia que acababa de soltar por la boca la había dejado vacía y asfixiada. La capilla volvió a la normalidad poco a poco. Se encontró de pie en un mar de cristales relucientes mientras la luz se proyectaba a través de las grietas. Lo único que oía era su respiración, entrecortada en el silencio. El trino distante de una alondra.

Le temblaban las rodillas, y empezó a buscar a su alrededor el brote lento de su poder. Oyó el chasquido de los árboles, el rugir de una tormenta inminente. Un huracán. Una tempestad. El fin de aquel mundo horrible.

Pero solo hubo silencio.

Los vientos cesaron. Las hojas dejaron de agitarse.

Nada se movía. Nada respiraba. El mundo que tenía alrededor se paralizó, y el eco de su grito se perdió en un vacío repentino. Oyó el repiqueteo de unos zapatos contra la piedra, sintió el murmullo del agitar de las túnicas a medida que los integrantes del gremio se acercaban. Hundió los hombros y se preparó para lo que estaba por venir.

Pero no ocurrió nada.

Los pasos dejaron de oírse. Se detuvieron cuando, en el centro de aquella pequeña capilla destrozada, Peter se incorporó.

33

JAMES

James Campbell tenía siete años cuando su padre lo presentó por primera vez a Peter y a Wyatt. Recordaba ese día con estallidos de color. El sillón del salón era naranja. El antiguo suelo de madera era color cereza. El cielo que se apreciaba por el ventanal de tres cristales era azul.

James Campbell era un chico de familia bien con modales de familia bien. Sabía cómo se tenía que comportar. Dejó los zapatos junto al felpudo de la puerta. Dijo: «Sí, por favor» y «No, gracias». Se sentó donde le ordenaron y esperó sin inquietarse, observando al niño de aspecto desaliñado que estaba sentado en el sillón orejero frente a él. Cerca había una mujer, con rasgos severos y que no sonreía, así como una niña de ojos como los de un búho que miraba desde detrás de sus piernas.

Había más colores: el chico tenía el pelo blanco y los ojos azules. La niña era toda roja. La cara roja. El pelo rojo. Un vestido espantoso y también rojo.

No recordaba la conversación posterior, pero sí una cosa: la mujer echando a la niña de la habitación. Los hombres susurrando en los pasillos. El niño de pelo blanco, pequeño e impertinente, con los pies descalzos llenos de barro.

Al final, le habían dado una misión a James.

«Te quedarás aquí los veranos —había dicho su padre—. Irás donde vaya Peter. Harás lo que haga Peter. Si se mete en algún problema, me lo contarás de inmediato. ¿Entendido?».

Pero James no lo había entendido. Quería irse de vacaciones. Quería nadar en el mar y comer helado hasta que le doliese el estómago. No le gustaba aquella casa rara con kilómetros y kilómetros de prados y esa pequeña televisión polvorienta. Sus amigos seguro que estarían jugando al fútbol y al tenis, mientras él estaba recluso allí, aburrido como una ostra.

Pero ser un niño bien también significaba ser un niño responsable. Por lo que accedió.

Los tres crecieron juntos después de eso. Era imposible no hacerlo. Brotaron igual que los árboles: primero el uno junto al otro, después entrelazados mientras se entremezclaban sus ramas. James se había enterado de que ese tipo de cosas podían llegar a ocurrir cuando tenía siete años. «Inosculación», se llama, y es cuando los troncos de varios árboles crecen tan juntos que terminan por unirse en uno solo. Pues así eran ellos, o eso creía él mientras no le prestaba demasiada atención a la clase.

Peter, Wyatt y él tenían las raíces tan intrincadamente entrelazadas que no podían decir dónde

terminaban las de uno y empezaban las de otro.

Los meses en Inglaterra le parecían largos y aburridos, llenos de lecturas pesadas y de reuniones familiares interminables. Zapatos de cuero calado, tenedores de ensalada y sonreír hasta que le doliesen las mejillas. En aquella época había desarrollado cierta afición por leves actos de latrocinio. Cada vez que sus padres lo arrastraban a otra de esas casas demasiado grandes en un terreno demasiado solitario, se perdía por allí hasta encontrar algo que le recordase a Willow Heath.

Un mechero para Peter, a quien le fascinaba el fuego. Un pintalabios para Wyatt, que nunca salía sin ponerse. Había cierta emoción en el acto que lo fascinaba. Le emocionaba meterse una pluma estilográfica en el bolsillo cuando sabía que no lo tenía permitido. Agarrar lo que quería en lugar de esperar a que se lo diesen. Fue de casa en casa y de esa a la siguiente, niño bien, dócil y educado, guardándose recuerdos y contando los días que faltaban hasta que llegase junio.

Los veranos eran para soñar. Para repantigarse junto al arroyo y recorrer los prados, peleando, jugando y creciendo los unos entre los otros. No tardó mucho tiempo en descubrir que sentía la misma emoción ocultando a Peter y a Wyatt que robando baratijas cuando estaba en casa.

Le resultaba estimulante tener un secreto, guardárselos a los dos en el bolsillo. Los vio volverse cada vez más íntimos, pero no le dijo ni una palabra a su padre. Se quedaba dormido hecho un ovillo bajo el dosel de Wyatt y no le contaba a nadie que Peter también había estado por allí, con el brazo por encima de ella en la oscuridad. Había montado guardia en el destartelado piso de arriba del granero mientras Peter arrancaba el ojo con forma de botón del oso favorito de Wyatt, momento en el que había sentido una punzada de emoción en la barriga.

En casa, se le exigía la perfección. Buenas notas. Eficiencia en los deportes. Que se anudase bien la corbata. Empezó a fallar poco a poco, enfrentándose a su padre en lo que pudiese. Los castigos se convirtieron en suspensiones, y las suspensiones terminaron por convertirse en expulsiones. Todo mientras seguía acumulando esos momentos y esos tesoros robados como si fuese un dragón avaricioso. No le contaba nada a su padre.

Tendría que haberse dado cuenta de que Joseph Campbell terminaría por enterarse.

James recordaba su último día en accesos de desasosiego. Wyatt se había marchado entre gritos y pataleos el día anterior. La habían metido en el coche familiar para llevarla al apartamento de su tía en Massachusetts. Peter, furioso pero en silencio como siempre, había buscado de inmediato la forma de vengarse con una cerilla encendida. El viejo granero ardió durante horas antes de derrumbarse mientras el humo negro se alzaba por los cielos.

James había tardado casi una hora en convencer a Peter para que no se suicidase. Iban a ir detrás de ella, le había asegurado. Claro que lo harían. Estaban inosculados. Además, los dos pertenecían a James.

Y a James no le gustaba que nadie le quitase sus cosas.

Había ido de la casa principal a la cabaña de verano para hacer las maletas, pero su padre lo encontró por el camino.

«Ahí estás —gritó Joseph, que lo arrastró a la cocinilla nada más entrar—. Llevo un buen rato buscándote».

«Estaba con Peter».

Su padre le había dedicado una sonrisa distante poco habitual en él. Ahora que la recordaba, tendría que haberse dado cuenta en ese momento de lo peligrosa que había sido.

«Siéntate un rato conmigo —continuó—. No hemos hablado en serio durante todo el verano».

En la mesa destacaba todo tipo de comida. De esa que los sirvientes les preparaban en casa cuando era día de fiesta. O cuando su madre descubría a su padre con una amante. Pero aquel día no era fiesta. Solo era un día caluroso de verano, con los cielos encapotados a causa del humo. Su madre había vuelto a casa en Inglaterra, y seguro que también tendría sus propias visitas.

James se quedó junto a la puerta, con gesto de sospecha.

«¿Qué ocurre?».

«Me pareció buena idea comer juntos —había respondido su padre, que le había indicado que se sentase en la silla que presidía la mesa—. Estoy preocupado por ti. ¿Qué padre no lo estaría? Te han atacado».

«Peter casi ni me atacó».

Espetó las palabras, afiladas como una hojilla de afeitar, a pesar de saber muy bien qué aspecto tenía. Le habían roto la nariz y se la habían curado, pero aún le dolía tocársela. Tenía el ojo izquierdo muy hinchado. Aun así, sabía que era mejor no desafiar a su padre. Se hundió en el asiento, se hizo con el tenedor y empezó a apuñalar un cúmulo de salsa de arándanos sin comer nada.

En el extremo de la pequeña mesa de la cabaña, su padre se desabrochó el botón de la chaqueta. Sin mediar palabra, extendió la mano hacia una copa de vino tinto y la colocó frente al plato de James, quien dejó de apuñalar la comida con esa herramienta de cuatro dientes.

«No debería beber», dijo. Porque era un niño bueno y sabía lo que esperaban de él.

«No deberías beber —convino su padre—. Pero eso no significa que no puedas».

James no dijo nada. Entre ellos, la copa seguía llena de vino tinto, oscuro como la sangre.

«¿Crees que no te veo? —preguntó su padre, que se reclinó en la silla—. ¿Crees que no sé que tienes las maletas llenas de cosas robadas, o que Peter y tú os coláis en la habitación de Wyatt Westlock todas las noches cuando se pone el sol? ¿Crees que no sé todos los secretos que guardas? Te veo, James. Lo veo todo».

Le habían dado ganas de gritar, de atacarlo, de perder el control, pero lo habían educado demasiado bien como para hacer algo que no fuese seguir sentado, aferrando el tenedor con los nudillos blancos y sumido en un silencio cargado de rabia.

«Bebe —había ordenado su padre, que levantó su copa para brindar—. Tu madre te crio para obedecer a tus mayores».

James hizo lo que le ordenaba y deseó estar en cualquier otro lugar que no fuese allí, bajo la mirada implacable de su padre. El vino le quemó la garganta. Le abrió un agujero en el estómago e hizo que le saliesen ampollas en la cabeza. Soltó el tenedor y se recostó en el asiento con un gorjeo húmedo y sin palabras.

«¿Qué es esto? —consiguió pronunciar a duras penas—. ¿Qué tenía el vino?».

«Cicuta —dijo su padre, con toda naturalidad. Miró el reloj—. Diría que te quedan unos noventa minutos de vida, como mucho».

James se puso en pie a duras penas y se llevó el mantel consigo. No se había dado cuenta de que lo estaba agarrando. Varios platos cayeron al suelo, y la porcelana quedó hecha añicos. Su padre no se había movido. Se limitó a quedarse con las manos entrelazadas sobre el regazo, y sonrió mientras veía cómo su único hijo se llevaba ambas manos al cuello.

«¿Sabes cómo matar a Peter?», le había preguntado.

James no respondió y se puso a buscar a tientas un antídoto. El mundo pasó a convertirse en una Vía Láctea de puntos blancos mientras se le nublaba la vista.

«Creo que sí lo sabes —había seguido su padre—. Creo que te dijo exactamente cómo hacerlo. Y nosotros no podemos, ¿verdad? Porque no nos importa. No como a ti. A ti y a esa mocosa pelirroja y despreciable».

Después de decir eso, su padre se había levantado de la silla. Había soltado la servilleta y había mirado por última vez a su hijo.

«Mata a Peter —había dicho—. Y vive para siempre. O muere, y yo encontraré la manera de hacer que Wyatt Westlock vuelva a Willow Heath, aunque tenga que matar a su padre para conseguirlo».

Y luego se había marchado.

Y James nunca lo había vuelto a ver.

Ahora lo estaba mirando. Allí, flanqueado por cinco integrantes del gremio encapuchados, mayor, con el pelo más canoso y con el vientre más abultado. Él no vio a James, que lo esperaba en las sombras. No sabía que su hijo acechaba escondido, recompuesto gracias a los residuos infernales, con una bestia encerrada entre sus huesos.

Desde donde se encontraba James, era capaz de apreciar la impaciencia en las facciones de su padre. Se maldijo a sí mismo por lo corto de miras que había sido. No tendría que haber dejado solos a Peter y a Wyatt. Creyó que lo hacía para protegerlos, que lejos de él estarían mejor. Creyó que iba a conseguir mantener a raya a ese demonio el tiempo suficiente para que Wyatt hiciese lo que había que hacer.

Pero tendría que haber anticipado que su padre lo tendría todo pensado.

Como siempre había sido el caso.

Recorrió la hilera de árboles, sin parar e intranquilo, mientras se enjugaba el sudor de la frente con el dorso de la mano. No sabía qué hacer. No sabía si volver y hacer algo o correr a toda velocidad en la dirección opuesta. Era una bomba a punto de estallar y se le estaba acabando el tiempo. Tras la prisión que eran sus costillas, sentía que algo empezaba a despertar muy poco a poco. Notaba el pinchazo de algo insidioso en su interior, el rasguñar de las garras contra su espina dorsal. Le gruñó el estómago y sintió que el hambre le provocaba escalofríos por todo el cuerpo.

Se metió las manos en los bolsillos y agarró el inhalador. Un silbido de aire vacío se le proyectó hacia los pulmones. Rio en aquella oscuridad frondosa, un bramido que no era del todo suyo le había brotado de la garganta.

Ahora no —pensó mientras se pasaba las manos por el pelo—. *Ahora no. Mierda.*

Un grito hendió los deshechos que eran sus pensamientos. El aullido de una *banshee*, agudo, nítido y quebrado. Le recorrió las entrañas e hizo que dejase de respirar. Le arrebató el aliento.

Era Wyatt, y su alarido había desgarrado por completo el cielo previo al amanecer.

El mundo se resquebrajó bajo sus pies. Una fisura dividió la tierra en profundos afluentes de oscuridad. Dio un salto a un lado para evitar un abismo que no dejaba de ensancharse, y estuvo a punto de caer en él. Después se tambaleó hasta llegar a un árbol. No sabía si aquello era obra de Wyatt, o si había sido cosa del colgante. No sabía si el mundo había respondido así al tono inhumano de su grito o si se estaba preparando para tragárselo entero.

El grito no cesó, y los árboles se inclinaron sobre él. La arboleda se desenterró casi por completo como una supernova. James se agarró a una rama y esperó a que llegase su final, la oscuridad insondable, la noche infinita.

Pero no ocurrió nada. Todo quedó en silencio. Demasiado en silencio. Demasiado tranquilo. Algo ronroneó en su interior. Algo antiguo, satisfecho y más familiar de lo que tenía derecho a ser en realidad. James salivó entre tambaleos, a caballo entre un hambre de hace eones y un pavor incontrolable.

«Ha parado el tiempo —gruñó la bestia—. O es una bruja muy lista o es una muy testaruda. Los mundos no pueden contener el aliento de esta manera. Se van a romper. Alguien tiene que volver a darle cuerda al reloj cuanto antes».

—Sal de mi cabeza —espetó James, que se aferró las sienes.

«¿Seguro que es lo que quieres? —siseó esa voz horripilante—. ¿Quieres que me vaya? ¿Quieres vivir a medias, como Pedyr?».

La terrible quietud que lo rodeaba seguía presente, inapropiada como un río congelado en verano.

«Puedo enseñarte a exorcizarme, James Campbell —gruñó otra vez el parásito de su interior

—. Pero tienes que ser rápido. Corre con tu bruja y te mostraré el precio que tienes que pagar para no dejar de ver las estrellas».

Los susurros se agolpaban en su cabeza y notaba los dientes de la bestia. Empezó a correr.

34

WYATT

Unas manos agarraron a Wyatt por los brazos, pero la soltaron en cuanto vieron al chico de la capilla. O quizá fuese que ella se había zafado. No podía estar segura. El silencio de la tierra tiraba de ella como si fuese barro, por lo que se movía como si estuviese en un sueño. Como si tuviese las piernas de plomo. Como si sus pies fuesen ladrillos. Avanzaba igual de lento que si se estuviese arrastrando.

Cuando llegó hasta el lugar donde había caído Peter, él ya se había puesto en pie. Una medio carcajada silenciosa mezclada con un medio grito ahogado brotó de los labios de Wyatt mientras chocaba contra él, para luego ponerse de puntillas e intentar mirarlo a los ojos. El plácido azul de su mirada había desaparecido. En lugar de él, solo había negro, intenso y distante.

—Peter. —Wyatt tenía el pelo alborotado a causa de la estática, y unas filigranas cobrizas se agitaban en el aire a su alrededor—. Peter, mírame.

Le puso las manos en el pecho y luego las deslizó por él, hasta el lugar donde hacía tan solo unos minutos había sentido su corazón. Ahora no notaba nada. Solo una quietud horrible.

—No —susurró—. No.

Una piedra suelta repiqueteó por el pasillo. El ruido de unas botas empezó a oírse cada vez más cerca, y Wyatt sabía que los integrantes del gremio se encontraban justo detrás de ella, a la espera. No le importó. Los dejaría acercarse.

—Lo que habéis forjado tiene un nombre —dijo Joseph Campbell, que se acercó a ella—. Está relacionado con una magia antigua y muy prohibida. Debo admitir que no os creía capaces.

El terrible silencio se había tragado todo eco posible en su voz. Era como si un vacío enorme e impío hubiese abierto la boca en mitad de la estancia, como si absorbiese el sonido igual que el vacío absorbe la luz de las estrellas. Todo parecía amplificado a su alrededor, demasiado nítido.

—Había una razón para quemar a las *banshees* —espetó uno de los integrantes del gremio—. Mira lo que has hecho. Es obra del diablo. Ya nunca irás al cielo.

Al oír el asco en su voz, Peter ladeó la cabeza. Había algo raro en él. Se movía rápido como un animal y tenía una sonrisa terrible en la comisura de la boca. Wyatt vio la rabia brillar en las profundidades de su mirada y notó que el estómago le daba un vuelco. Se dio cuenta demasiado tarde de dónde había anidado la rabia de su grito.

—Esto no es lo que quería —consiguió decir.

La luz del sol se proyectó a través de la ventana resquebrajada y se expandió por el suelo en

prismas dorados e inquietos. Peter quedó envuelto de repente en luz, como el santo glorificado que el gremio había imaginado que era. Lo único que quedaba de él era su cuerpo, lleno hasta arriba de la rabia de la chica que lo había amado.

—Esto es una abominación —susurró otro de los integrantes del gremio.

La orden de Joseph Campbell restalló como la punta de un látigo.

—No dejéis que se marche.

La terrible quietud estalló cuando todo el mundo se movió a la vez. Un par de integrantes del gremio pasaron junto a Wyatt y se acercaron a Peter con unas dagas ceremoniales desenvainadas. Ella se concentró por instinto en algo muy profundo y tiró de un hilo. Notó que tenía tacto de cuero, duro como una rienda. Peter hizo una finta, con los labios separados en un gruñido contenido.

Wyatt se tambaleó hacia atrás, horrorizada. La comprensión empezó a abrirse paso en su interior. Era ella la que lo había hecho. Había tirado de la voluntad de Peter igual que había conseguido hacer brotar sus huesos de la tierra.

Los del gremio avanzaron, titubeantes. La luz del sol brilló en la punta de una daga, y Wyatt extendió la mano e hizo un movimiento. Un agitar brusco que terminó en un tirón. Peter se abalanzó. Los huesos se rompieron bajo sus manos, y el cuerpo cayó al suelo inerte. Un segundo siguió al primero. Peter se movía como si le estuviesen dando órdenes, y el hilo que los separaba no dejaba de tensarse.

Un tercer integrante del gremio empezó a alejarse para luego darse la vuelta y salir corriendo. Wyatt dio un solo paso, momento en el que Peter bloqueó la escapada del tipo encapuchado. Cerró la mano alrededor del cuello del discípulo y luego miró a la víctima con esos ojos vacíos y fijos, contemplándolo hasta que dejó de intentar zafarse.

—¡Cuidado, Peter!

La cabeza se le agitó justo cuando un cuarto integrante del gremio saltó de un banco y le clavó una daga en la base de la espina dorsal. Peter se tambaleó hacia delante a causa del impacto, y tiró a un lado el cuerpo que agarraba para luego darse la vuelta y encarar al atacante. La empuñadura de la daga sobresalía de su espalda, clavada en la herida mientras la sangre se acumulaba a su alrededor en un charco cada vez más grande. El dolor no se reflejaba en su rostro. Parecía ajeno, frío e inmortal como un dios.

El del gremio, que se había quedado sin arma, cayó de rodillas.

—Por favor. —Levantó las manos en gesto de súplica, como un discípulo que rezase a un santo—. Por favor, ten piedad.

No había nada extraño en la expresión de Peter al ver al hombre de rodillas. No había venganza ni enfado en su gesto. Solo esa indiferencia terrible. Poco a poco, extendió el brazo y posó una mano cubierta de sangre sobre la cabeza del arrodillado. Un suspiro brotó del acólito,

que se estremeció a partes iguales a causa del miedo y del alivio.

Los huesos chasquearon.

El cuerpo cayó al suelo.

Tras él, el último integrante del gremio lo miraba paralizado.

—¿Qué estás haciendo? —estalló la voz de Joseph Campbell en el silencio—. ¡Acaba con él!

El hombre tembloroso preparó la daga y se acercó a Peter con paso lento y reticente. Peter vio cómo lo hacía. El pulso de Wyatt batió en sus venas cuando el tipo se echó a correr. Peter extendió el brazo, y la cabeza del integrante del gremio resonó con fuerza al chocar contra el borde de uno de los bancos. Un estallido de rojo le brotó en la sien cuando cayó al suelo sin vida.

Cuando Peter se dio la vuelta al fin hacia Wyatt, Joseph Campbell era el único que quedaba con vida. El padre de James estaba en pie, sudando con el traje puesto y el rostro del color de la leche agria.

—Ahora, Peter —dijo, con esa voz que reservaba para ellos cuando no se habían portado bien—. Tienes que pensar lo que vas a hacer. Conoces a mi hijo. Crecisteis juntos. ¿Recuerdas el verano en el que os enseñé a los tres a jugar al cricket? ¿Los regalos que os hacía año tras año?

El cristal crujió bajo sus zapatos de vestir mientras Peter seguía avanzando, con los hombros tensos y sin parpadear. Agarró a Joseph por el cuello de la camisa y lo puso de puntillas sin esfuerzo. Se quedaron cara a cara en el círculo de luz, mientras la hiedra caía a su alrededor como una catarata esmeralda.

—Libéralo —suplicó Joseph con voz temblorosa—. Por favor. Libéralo. Eres una buena chica, Wyatt. No eres una asesina. Esta vida no era para ti. Es lo que dijo tu padre justo antes de morir.

—¿Mi padre? —repitió Wyatt. Era el primer sonido que emitía un eco desde hacía minutos. Reverberó por las columnas cubiertas de enredaderas de la pequeña capilla. La aflicción brotó iracunda en su pecho—. ¿También lo mataste tú, igual que mataste a James?

No necesitó confirmación alguna. Vio la verdad escrita en los ojos de Joseph. Le resultó extraño que tanto su madre como ella nunca hubiesen recibido un diagnóstico oficial, que nunca las hubiesen llamado del hospital. A pesar de su distanciamiento, seguro que hubiesen avisado a Wyatt por tratarse de un familiar directo.

Tendría que habérselo imaginado. Seguro que se hubiese percatado de lo que ocurría. No era más que un cebo para que ella volviese a Willow Heath. Una trampa para dar comienzo a una serie de acontecimientos que luego no podrían obviarse.

En el altar, Joseph agarró con fuerza la muñeca de Peter.

—Por favor, no quiero morir.

—Peter, mírame —dijo Wyatt.

La cabeza se giró demasiado rápido hacia ella. La sangre se le derramaba por el oído como agua y le manchaba uno de los lados de la cara. No había nada familiar en su mirada. No había

consuelo. Ni tampoco indicio alguno de que la hubiese reconocido. Lo único que vio Wyatt fue a ella misma reflejada en el espejo que era su mirada. El pozo vacío de su rabia. La lenta putrefacción de su valentía.

Wyatt se lo volvió a imaginar en el gallinero poniéndoles nombre a todos los animales. Recordó la manera en la que la cabra lo seguía por todas las estancias mordisqueándole las mangas. La manera en la que se había convertido en algo despiadado para ocultar que lo único que quería era un lugar en el que estar tranquilo. Peter nunca había querido todo esto. No quería ser un asesino. Pero ella lo había convertido en uno a pesar de todo.

No era justo.

Se quedó muy quieto, como un soldado que esperase órdenes, envuelto en todos los colores del amanecer. En algún lugar del exterior de la capilla, la luz se extendió por los prados, el bosque, la granja. Por el mundo. Todo despertó.

—Te quiero —dijo Wyatt. Demasiado tarde. Demasiado tarde. El viento arreció, como si el mundo respirase al fin. El susurro flotó y la brisa se llevó consigo pétalos de un blanco hueso que se separaron de sus flores—. Pero se acabó. Libéralo. Suéltalo.

Peter dejó de agarrarlo, y Joseph se tambaleó hacia atrás para tropezarse con el altar. Se llevó la mano al pecho y jadeó a causa del pánico mientras intentaba recuperar el aliento.

A menos de un metro de distancia, Peter se quedó inerte y mirándolo, con los ojos iluminados por la luz del sol. Miraba sin ver. Después, Joseph emitió un grito estruendoso, sacó una navaja de dentro de la chaqueta y volvió a abalanzarse contra Peter.

Wyatt casi no tuvo tiempo de reaccionar antes de que una figura saliese de las sombras y se plantase entre el cuerpo inmóvil de Peter y Joseph. La hoja del arma blanca resonó húmeda cuando se clavó entre las costillas de James Campbell. Su padre se echó hacia atrás, blanco como el hueso.

—Imposible —consiguió decir—. Es imposible.

—Auch —dijo James, que tocó la empuñadura del arma.

Joseph cayó de rodillas con la boca abierta.

—Tiene que ser un truco. E-es un truco. ¿Qué clase de demonio eres?

—Tu hijo —gruñó James, y se sacó la navaja—. Dios, sí que la has clavado profunda. —La sangre empezó a manar y a mancharle la camisa. Jugueteó con la navaja en la mano y le dedicó a Wyatt una mirada de soslayo—. ¿Todo listo?

—¿Para qué?

—Has desalineado los mundos. —Se le marcaron los hoyuelos a causa de una sonrisa—. He venido para volver a alinearlos.

Wyatt se preparó para su castigo, para ver cómo la navaja se clavaba sin remedio en el corazón de Joseph. Pero, en lugar de eso, James se giró para encarar a Peter. Por un momento, se

quedaron muy quietos, y la sonrisa de James desapareció poco a poco de su gesto.

—Eres un auténtico imbécil —dijo, para luego clavarle la navaja en el pecho.

A través de las costillas. A través del corazón. Ese corazón que había dejado de latir. La tierra se agitó de forma terrible, y las ondículas reverberaron por el éter. Se tambaleó hacia atrás y se dio un cabezazo contra uno de los bancos de madera. Se le nubló la vista, vio las estrellas y parpadeó justo a tiempo para ver cómo el suelo se abría como si fuese unas fauces negras e iracundas. Resonó un chasquido y apareció un abismo frente a ella.

Oyó gritar a Joseph Campbell cuando cayó de cabeza en él, cuando la tierra se lo tragó con esa boca sin fondo. Sobre ella, el techo empezó a derrumbarse, como si la tierra misma se estuviese preparando para tragarse la capilla por completo. Wyatt se puso en pie a duras penas y vio que James se afanaba para mover el cuerpo sin vida de Peter, medio arrastrándolo por el pasillo en ruinas.

Corrió para colocarse a su lado mientras esquivaba las rocas que no dejaban de caer. Juntos consiguieron sacar a Peter a la luz intensa de la arboleda, donde se encontraron con todo un caos. Los árboles desenterrados y volcados entre sí como un castillo de naipes.

—Vamos —aulló James—. Rápido, vamos.

Se alejaron de la hilera de árboles justo a tiempo para ver cómo se derrumbaba el mundo detrás de ellos. Sintieron un temblor muy intenso, tanto como el rechinar de dos placas tectónicas.

Y luego cesó tan rápido como había empezado.

Se quedaron tumbados al borde de un precipicio ancho y profundo. Se extendía por todo lo que antes era la arboleda, un agujero inmenso en el lugar donde solía estar. Daba la impresión de que la mismísima boca del infierno se la había tragado, con la capilla incluida.

Se les concedió un instante de silencio. Un momento de quietud inmaculada. Wyatt estaba tumbada sin moverse, temerosa de echar un vistazo a su alrededor. Los dedos de Peter descansaban fríos sobre su mano. Las lágrimas no dejaban de resbalarle por las mejillas, y ella no hacía nada para contenerlas. En la distancia, las aves soltaron un gorjeo.

Y luego, el silencio desapareció. Junto a ella, James soltó un rugido agonizante. Wyatt se incorporó de repente, con el corazón latiéndole a mil por hora, justo a tiempo para verlo apartarse a rastras con las manos aferradas a su vientre. Arqueó la espalda en el suelo, y el dolor hizo que se inclinase hacia delante.

—¡Jamie! —Wyatt se arrastró junto a él, pero no dio señal alguna de haberla oído—. ¡Jamie!

Él siguió retorciéndose, tirándose tanto de la piel que Wyatt creyó que iba a arrancársela a tiras. Wyatt consiguió agarrarlo al fin, justo cuando estaba a punto de quedar colgando del borde del precipicio. La oscuridad se abrió bajo ellos, una caída de la que no eran capaces de ver el final.

James aferró las manos al borde y empezó a tener unas arcadas terribles. Ella lo agarró con

fuerza por la cintura mientras notaba las convulsiones, mientras lo recorría un temblor invisible. Las venas se le marcaron en la frente y soltó otro grito, más agudo e intenso que el primero. Algo negro como la tinta empezó a derramársele por la boca, liso y húmedo como una anguila. Flotó hacia la sombra y su cuerpo alargado se dirigió hasta las oscuras profundidades. James se quedó muy quieto, entre arcadas, y permitió al fin que Wyatt tirase de él hacia atrás para alejarlo del borde. Cayó bocabajo en la tierra, y ella fue detrás. Sintió el latido intenso del corazón de James a través de su espalda, al mismo ritmo que el suyo.

Terminaron por rodar y colocarse bocarriba, instante en el que Wyatt sintió el carácter definitivo del momento, una sensación que la cubrió como si acabase de taparse con una manta. Se había terminado. Aquello era el final. Quedó tumbada entre los tréboles mientras contemplaba cómo las nubes se movían en el cielo. No eran nubes de tormenta, sino unas blancas y esponjosas. El cielo era azul claro. Un color propio del verano.

La tonalidad de azul que siempre la hacía sentir como en casa.

35

WYATT

Enterraron a Peter en el jardín, debajo de un montículo de rocas apiladas sin ton ni son. Una tumba miserable, sin nombre. Cuando terminaron, permanecieron el uno al lado del otro, contemplaron la tierra y vieron cómo las nomeolvides empezaban a abrirse.

—¿Deberíamos escribir su nombre en alguna parte?

James frunció el ceño sin dejar de mirar la pila de rocas.

—No sé muy bien cómo deletrearlo.

—Pero... —Arrugó la frente, lo miró e hizo visera con la mano para cubrirse del sol—. No es un nombre difícil de deletrear, Jamie.

—La bestia lo llamaba de forma diferente —dijo mientras se inclinaba para arrancar una flor del suelo—. Lo oí cuando estaba atrapado dentro de mi cabeza.

—Pettier —dijo ella, que lo recordó en ese momento.

James asintió.

—Pedyr Criafol.

Un cúmulo de emociones se extendió por sus entrañas. Sorpresa. Tristeza. Y luego, debajo de todo eso, aceptación. Terminó por darse cuenta de que nunca llegaría a conocer de verdad a Peter. De que acabaría por convertirse en un sueño para ambos, algo que ninguno sabría cómo justificar.

Pero Wyatt lo había querido. Los había querido a los dos. A Peter también, independientemente de la parte de sí mismo que hubiese decidido compartir con ella. Eso tenía que significar algo. Se quitó el collar de cuero del cuello y colocó el ojo de Osito sobre la piedra más alta. James la vio hacerlo, con las manos en los bolsillos.

—A él le hubiese gustado que te lo quedaras.

Ella resopló.

—En realidad, nunca fue mío.

Permanecieron allí un rato más, viendo cómo las abejas zumbaban entre las flores de añil basto.

—No dejo de darle vueltas a lo de anoche —dijo ella, cuando el silencio se volvió demasiado incómodo—. No puedo dejar de preguntarme qué habría hecho diferente.

—Eso es una pérdida de tiempo —comentó James—. Se acabó. No podemos hacer nada.

La rabia le recorrió el cuerpo.

—Solucionamos lo de tu muerte, ¿no?

No tenía respuesta para eso. Wyatt lo miró y vio que tenía los ojos entrecerrados y contemplaba el sol con gesto funesto. Se preguntó qué era lo que estaba viendo en la oscuridad de su cabeza. Qué clase de recuerdos había traído consigo desde más allá de las fauces del infierno.

Luego Wyatt preguntó, entre titubeos:

—¿Cómo tienes la herida?

—Mejor. —Sonrió, pero no consiguió disipar la preocupación del ambiente—. ¿Ves?

Se levantó el dobladillo de la camisa y le dejó ver el torso. La maraña de cicatrices irritadas había empezado a desaparecer. Ya casi se le había cerrado la herida que le había hecho su padre.

—¿Te vas...? —Wyatt hizo una pausa, sin saber muy bien qué decir. Luego se decidió—. ¿Te vas a quedar para siempre?

—No lo sé —admitió sin dejar de mirar el cielo—. Pero lo que había dentro de mí se ha largado y no me he convertido en una estatua de sal. Parece que hay esperanza.

—¿Crees que eres inmortal? ¿Igual que Peter?

Arqueó una ceja.

—No es una teoría que tenga ganas de poner a prueba.

Mientras hablaban, Poquita culebreó entre sus pies, con ojos abiertos y blanquecinos. Parecía cansada, lenta, con el pelaje encrespado y movimientos artríticos. Empezó a dar vueltas por la tumba y a buscar un poco de sol entre la hierba. Cuando se acomodó, alzó la vista hacia Wyatt con una determinación que indicaba que no pensaba moverse de allí.

—Tranquila —susurró ella—. Tú también puedes irte.

Poquita soltó un maullido y cerró los ojos, para luego acomodarse mejor entre el cúmulo azul de pétalos. Wyatt se enjugó una lágrima antes de que cayese al suelo.

—Siempre fue la gata de Peter.

—Todo lo que hay por aquí es de Peter —dijo James—. Siempre lo ha sido. Y sabes lo que haría él si estuviese con nosotros ahora, ¿verdad?

James alzó el mechero plateado, bastante más abollado que la última vez que lo había visto. El viento arreció y agitó el pelo de Wyatt, que no pudo evitar sonreír.

—Le prendería fuego a todo.

36

WYATT

Al final, todo ardió mucho más rápido de lo que esperaba. La casa con sus gabletes torcidos y cubierta de turba, con la tracería decorativa verde a causa del moho. Lo que quedaba del techo estaba cubierto de un encaje de liquen; y la plataforma del tejado, enterrada entre flores de glicinia. Tenía algo cautivador: la forma en la que se retorció sobre sí misma, en la que restallaba la madera y el humo brotaba de las ventanas en enormes columnas color carbón.

Wyatt Westlock se encontraba en el extremo del camino de adoquines, junto a James Campbell y con el gallo debajo del brazo. Junto a ellos, la cabra mascaba tréboles, ajena a la conflagración en ciernes. Un grupo de gallinas deambulaba de un lado para otro, picoteando los escarabajos que encontraban entre la hierba.

Sobre ellos, el cielo estaba repleto de nubes. Estaban abiertas en canal y la lluvia caía racheada en el lugar donde Wyatt había crecido. La pared de humo se disipó despacio mientras el aguacero veraniego extinguía aquel infierno. Las llamas menguaron hasta quedar reducidas a rescoldos, para terminar con poco más que un siseo humeante.

Se quedó por allí una hora más.

Dos.

Vio cómo el fuego se apagaba y cómo lo único que quedaba de la casa era un almacén quemado, hundido y extraño. Tomó una gran bocanada de aire. Sintió mil cosas al mismo tiempo.

—Vamos —dijo a Mamá al tiempo que chasqueaba la lengua—. Mackenzie te va a odiar.

—¿Y a mí? —preguntó James, detrás de ella.

—A ti ya te odia —le recordó—. Pero creo que sus amigos te tolerarán.

Le dieron la espalda al mismo tiempo a la casa en llamas.

Al legado de Wyatt.

Metieron los animales en la camioneta, mientras las gallinas no dejaban de aletear dentro de las jaulas. Wyatt giró el contacto, y el motor se encendió con un gruñido. Por el retrovisor, una última columna de humo se alzaba hacia los cielos. Wyatt dedicó una despedida silenciosa al chico que había vivido en aquel lugar. A la chica que había soñado ahí dentro. A su corazón, que había abandonado en el jardín para brotar y que se convirtiese en algo diferente.

Y luego se marchó a casa.

AGRADECIMIENTOS

Cuando eran joven, solía imaginarme que era Wendy Darling y que me sentaba en la ventana de mi habitación, a la espera de vivir las aventuras propias de tener un amigo como Peter Pan. Cuando llegaba el verano, convertía el barrio en un escondite para los niños perdidos. Pasábamos el día correteando por el bosque con helados con forma de dedos, saltando de piedra en piedra hasta que empezábamos a creer que podríamos llegar a volar.

Ahora que echo la vista atrás siendo adulta, podría decirse que aquellos veranos interminables tienen una magia intrínseca. Es como si existiesen ajenos al tiempo, en la burbuja aislada de mi infancia. Son recuerdos felices en general, pero también hay en ellos cierto tipo de melancolía. Son momentos que nunca volverás a experimentar, vividos por un tú que ya no existe.

Escribí este libro como una carta de amor a esa época y a esos sentimientos.

Al igual que ocurre con todo lo que necesita mucho amor para salir adelante, es necesario un equipo de personas para llevarlo a buen puerto. Y es algo del todo mágico, en serio. Lo cierto es que no podría haber escrito sola la historia de Wyatt Westlock. La lista de personas a las que podría darles las gracias es interminable, pero intentaré hacer todo lo posible para que sea breve.

A mí marido: gracias por pasar noche tras noche y mes tras mes escuchando cómo desentrañaba esta historia. Gracias por entretener a las niñas cuando se acercaban las fechas de entrega y por traerme café siempre que me quedaba despierta hasta tarde. Eres la mejor pareja que una mujer podría desear.

A mi agente, Josh: gracias por defender siempre a capa y espada estos libritos extraños que escribo, por confiar en mí cuando yo no lo hago. Tus consejos siempre han sido muy valiosos, por lo que agradezco que estés al otro lado del teléfono cuando necesito hablar las cosas.

A mi editora, Mallory: gracias por tu paciencia infinita y por tus astutos comentarios, por darme la posibilidad de escribir mal la historia tantas veces como necesitaba para que saliese bien. Siempre consigues ver más allá, aunque las palabras de la página no sean más que un caos de sensaciones.

Para Lucy y el maravilloso equipo de Gollancz: gracias por darme la oportunidad de contar no una, sino dos historias. Habéis trabajado muy duro para conseguir que mis libros acabaran en tantas manos como era posible, y no he dejado de verme sorprendida por vuestra capacidad constante para encontrar nuevas maneras de llegar a los lectores.

A mi publicista Daniela: gracias por trabajar incansablemente para ayudarme a sacar esta

historia adelante, y por ayudarme a recorrer el mundo de la edición con tanta gracilidad.

Para Maeve y Sasha: gracias por crear otra cubierta tan alucinante. Me encanta el precioso diseño y jamás me hubiese imaginado algo tan perfecto cuando empecé a esbozar y a pensar en la historia.

Para David y el resto del equipo creativo de Scholastic: gracias por recibirme con los brazos abiertos y por estar tan emocionados como yo por compartir esta historia con los lectores. Sé que este puede ser un trabajo agotador, y estoy muy agradecida de poder contar con vosotros.

Para Jackie y Janell: gracias por vuestro meticuloso trabajo en la revisión y por aceptar con tanta profesionalidad que nunca vaya a aprender las diferencias regionales entre algunas palabras.

Para Shannon: gracias por estar siempre disponible y venir con un café en mano. No podría haber terminado este libro sin ti, recogiendo la mesa de la cocina y controlando a los cuatro niños que tenemos. No hay palabras para describir todo lo que tu compañía significó para mí durante este proceso.

Para mis padres y mi hermano: gracias por entretener a mi familia cuando estaba encerrada en el despacho por culpa de la fecha de entrega. Significa mucho para mí que hayáis dedicado tanto tiempo a las niñas, y sé que están creando recuerdos de infancia maravillosos durante esas tardes tranquilas junto al lago.

Para Jan y Meryn: gracias por las conversaciones nocturnas sobre escritura en la cabaña de la estación de esquí cubierta de nieve. Me ayudaron a deshacer muchos de los nudos de mi trama entre tazas de cacao, y os agradezco muchísimo que seáis tan inteligentes (y tan raras como yo).

Para De: gracias por las horas de mensajes de voz inconexos, por las escenas de la novela sin editar y por no rehuirme nunca cuando te enviaba una trama nueva y alocada a las cinco de la mañana.

Al resto de mi comunidad de escritura: ya sabéis quiénes sois, y vuestra compañía, humor y sabiduría hace que el proceso creativo sea un poco menos solitario.

Para mis lectores: gracias por elegir este libro. Si estáis leyendo esto, supongo que es porque habéis llegado hasta el final y espero de verdad que hayáis disfrutado del viaje.

Y por último, pero no menos importante, a los niños de aquel callejón sin salida de Nueva Inglaterra. Gracias por todos los veranos interminables llenos de sueños. Por los torneos de hockey callejero, los fuertes junto al arroyo y las historias de miedo con las que nos aterrorizábamos en el prado. Por las confesiones de azotea, por jugar al béisbol bajo la lluvia y por aquella recreación de una semana de duración de *El señor de los anillos* a la que dedicamos inexplicablemente todo el verano de 2004.

Eso sí que era magia. Y siempre estaré agradecida por ello.

¿Te ha gustado esta historia?

■ ● ● **Escríbenos a...**

umbriel@uranoworld.com

Y cuéntanos tu opinión.

Conoce más
sobre nuestros libros en...

 **UmbrielEditores**

 **UmbrielEditores**



